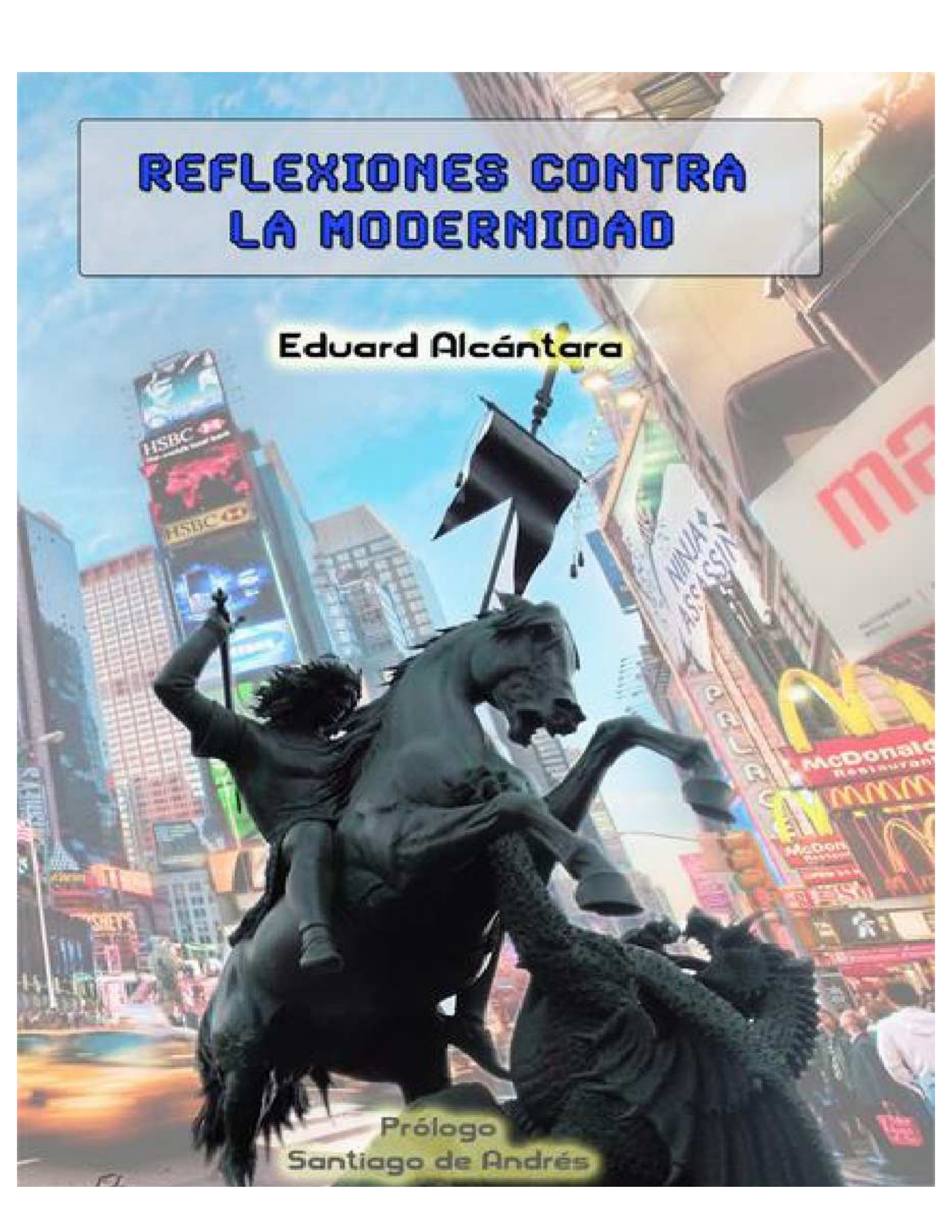

REFLEXIONES CONTRA
LA MODERNIDAD
Eduard Alcántara
Prólogo
Santiago de Andrés

INTRODUCCIÓN

El presente libro es el resultado de un compendio de escritos que hemos ido redactando a lo largo de estos últimos años. En la selección que, de cara a la composición de esta obra, hemos realizado nos ha guiado el criterio de que los textos tuvieran un enfoque, impregnado hasta la médula, de Tradicionalismo. Por ello hemos dejado de lado artículos y ensayos en los que -pesar de que siempre se puede vislumbrar la inspiración y el punto de vista propios de la Tradición- la etiqueta con la que, a simple vista, se los catalogaría sería seguramente otra: léase 'historia', 'política', 'cultura', 'antropología', 'religión' o 'economía'. También hemos apartado otros de temática claramente Tradicional por haber aparecido, o estar a punto de aparecer, en papel impreso; ya sea en libros como el que esta misma editorial tuvo ya a bien editar ("El Hombre de la Tradición") o bajo otros tipos de formato (en revistas, como prólogos de algunos libros o formando parte de otras obras en forma de capítulos). Gracias a estas discriminaciones hemos podido evitar que la extensión del presente libro resultase excesiva.

Nuestro editor pensó en un título que representara el espíritu que informa a la globalidad de los diversos escritos que han dado vida a esta obra y no fue otro que el que definitivamente ha adoptado la misma: "Reflexiones contra la modernidad". Es cierto que nosotros ya habíamos barajado otros distintos que hicieran directa alusión a la visión del mundo y de la existencia (el 'Tradicionalismo') que se halla tras su redactado o a su fuente de inspiración (la 'Tradición'), además de a la persona que tan certeramente nos ha transmitido cuáles son las esencias y los atributos del Mundo Tradicional: Julius Evola. Tan solo basta echar una ojeada a los títulos de muchos de los textos que componen la presente obra para corroborar que es el gran maestro italiano quien nos ha guiado en la redacción de todos los contenidos del libro. Pero aunque, como señalábamos, habíamos barajado -de acuerdo a estos criterios- otros títulos posibles finalmente nos pareció que el pensado por nuestro editor ("Reflexiones contra la Modernidad") también tenía mucha razón de ser, pues la exposición y la reivindicación, que en nuestros textos realizamos, de los ejes y de las doctrinas Tradicionales llevan implícitos nuestra denuncia de la gran infatuación representada por la modernidad, pues el Mundo Tradicional constituye la antítesis del mundo moderno. Y nuestra denuncia, además, no tan solo es implícita sino que también lo es explícita en todos los textos publicados. Explícita en contra de los delineamientos generales que han llevado (y llevan) hacia el abismo existencial y explícita en contra de algunas de las manifestaciones concretas que ejemplifican la decadencia del hombre. Explícita, a su vez, en relación a los diferentes grados de disolución que han ido conformando y conforman la modernidad (y, más recientemente y con intensidad aun mayor, la postmodernidad), pues los procesos

INTRODUCCIÓN

El presente libro es el resultado de un compendio de escritos que hemos ido redactando a lo largo de estos últimos años. En la selección que, de cara a la composición de esta obra, hemos realizado nos ha guiado el criterio de que los textos tuvieran un enfoque, impregnado hasta la médula, de Tradicionalismo. Por ello hemos dejado de lado artículos y ensayos en los que -pesar de que siempre se puede vislumbrar la inspiración y el punto de vista propios de la Tradición- la etiqueta con la que, a simple vista, se los catalogaría sería seguramente otra: léase 'historia', 'política', 'cultura', 'antropología', 'religión' o 'economía'. También hemos apartado otros de temática claramente Tradicional por haber aparecido, o estar a punto de aparecer, en papel impreso; ya sea en libros como el que esta misma editorial tuvo ya a bien editar ("El Hombre de la Tradición") o bajo otros tipos de formato (en revistas, como prólogos de algunos libros o formando parte de otras obras en forma de capítulos). Gracias a estas discriminaciones hemos podido evitar que la extensión del presente libro resultase excesiva.

Nuestro editor pensó en un título que representara el espíritu que informa a la globalidad de los diversos escritos que han dado vida a esta obra y no fue otro que el que definitivamente ha adoptado la misma: "Reflexiones contra la modernidad". Es cierto que nosotros ya habíamos barajado otros distintos que hicieran directa alusión a la visión del mundo y de la existencia (el 'Tradicionalismo') que se halla tras su redactado o a su fuente de inspiración (la 'Tradición'), además de a la persona que tan certeramente nos ha transmitido cuáles son las esencias y los atributos del Mundo Tradicional: Julius Evola. Tan solo basta echar una ojeada a los títulos de muchos de los textos que componen la presente obra para corroborar que es el gran maestro italiano quien nos ha guiado en la redacción de todos los contenidos del libro. Pero aunque, como señalábamos, habíamos barajado -de acuerdo a estos criterios- otros títulos posibles finalmente nos pareció que el pensado por nuestro editor ("Reflexiones contra la Modernidad") también tenía mucha razón de ser, pues la exposición y la reivindicación, que en nuestros textos realizamos, de los ejes y de las doctrinas Tradicionales llevan implícitos nuestra denuncia de la gran infatuación representada por la modernidad, pues el Mundo Tradicional constituye la antítesis del mundo moderno. Y nuestra denuncia, además, no tan solo es implícita sino que también lo es explícita en todos los textos publicados. Explícita en contra de los delineamientos generales que han llevado (y llevan) hacia el abismo existencial y explícita en contra de algunas de las manifestaciones concretas que ejemplifican la decadencia del hombre. Explícita, a su vez, en relación a los diferentes grados de disolución que han ido conformando y conforman la modernidad (y, más recientemente y con intensidad aun mayor, la postmodernidad), pues los procesos

deletéreos al principio no son tan perceptibles (aunque claramente identifica- bles desde la óptica Tradicional) como a medida que se van acentuando pero no por ser menos perceptibles dejan de pertenecer a esa anomalía que es el mundo moderno.

Evola explica que el título de su obra "Rivolta contro il mondo moderno" quizás puede dar pie a equívocos en cuanto que alguien, a priorí, pudiera hacerse una idea errónea sobre el contenido del libro, pues en él, en realidad, se efectúa una morfología del Mundo Tradicional y tras ésta se explica cuál es la génesis del mundo moderno. Nos dice que lo de "rivolta" más que nada sería la consecuencia que, tras su lectura, debiera plantearse emprender el lector contra esta disolvente modernidad. Pues bien, podríamos, a nuestra escala, parangonar este nuestro libro que estamos introduciendo con esa obra capital del maestro trasalpino y considerar que el título del mismo en realidad representaría algo así como la consecuencia reflexiva que debiera hacerse tras su lectura. Consecuencia que (tras conocer, gracias a su lectura, los pilares basilares y algunas de las doctrinas esenciales del Mundo de la Tradición) no sería otra que la del rechazo del mundo moderno sin matices y sin concesiones. (De todos modos ya hemos, igualmente, dejado claro que estos trabajos nuestros -ahora editados- tampoco están exentos de estudios sobre el meollo de la funesta modernidad y sobre variadas ramificaciones y excrecencias suyas.)

Por estas razones consideramos como acertado el título que nuestro editor pensó para este libro y, además, el que figure en su portada constituye un pequeño y simbólico reconocimiento a su intasable labor editorial y al aprecio que siempre ha mostrado hacia nuestros artículos y ensayos.

El orden en que aparecen los diecinueve trabajos no responde al azar sino a determinados criterios, como el de comenzar con escritos que pretenden explicar con cierta profundidad de qué hablamos cuando nos referimos al Mundo Tradicional y de qué lo hacemos cuando, por el contrario, hacemos alusión al mundo moderno. Si la Tradición concibe las vivencias del hombre y su concepción de la existencia dentro de una percepción del tiempo cíclica (aunque matizando, como veremos, esta característica cíclica') y si esto es explicado en el primer trabajo es lógico que en el segundo se diseccionen las etapas en que se divide cada ciclo humano y que en el tercero se despejen dudas acerca del porqué dicha concepción cíclica no supone, de ningún modo, la adopción de posturas fatalistas ante la existencia, sino todo lo contrario.

El lógico proceder nos ha hecho colocar en cuarto lugar más doctrina: en este caso relacionada con una aplicable a los tiempos corrosivos que corren (la doctrina de 'cabalgar el tigre'). En quinto lugar los aspectos doctrinales se tornan más puntuales con cierto estudio de la 'obra al negro' y el intento de aclarar determinadas posibles confusiones con respecto a su ubicación "temporal" dentro de los mitos.

Tras este primer bloque más genuinamente doctrinal el lector se topará con tres textos esencialmente de carácter crítico. Crítico con ciertos aspectos de esas postreras interpretaciones de los textos sagrados y sapienciales de la tradición indoaria que se conocen como el Vedanta. Crítico, sin concesiones, con el reencarnacionismo y con su infausta aplicación de la excreción 'evolucionista' (que corre paralela a la falacia del 'progresismo') al terreno de ciertas corrientes pseudoespirituales que tomaron, sobre todo, carta de naturaleza a lo largo del siglo XIX. Y - echando mano de una doctrina propia del budismo: la de los nidana- crítico (en realidad demoledor), desde un punto de vista estrictamente metafísico, con esa auténtica aberración que supone el aborto.

El tercer bloque no es tal, pues tan sólo lo integra el ensayo comparativo realizado entre las enseñanzas evolianas y el fondo -más que metapolítico- Tradicional, y a veces incluso metafísico, que rezuma el sorprendente pensamiento de ese gran desconocido que fue José Antonio Primo de Rivera.

En un cuarto bloque hemos agrupado tres escritos que pretenden dejar al descubierto dos sistemas religiosos que suponen en sí una renuncia a la Tradición y constituyen, por ello, un transitar por la cuesta abajo del mundo moderno. Se trata del judaismo y del Islam. En el primer caso tan solo hemos pretendido resumir mucho de lo que Evola escribió acerca no sólo de esa religión sino también sobre las entrañas existenciales del pueblo judío; tanto del devoto como del secularizado. En el segundo caso sí que hemos realizado un análisis destinado estrictamente a la religión islámica; siempre desde el prisma que nos marca la Tradición.

Si las bases de todos estos trabajos nuestros las hemos hallado en la interpretación de la Tradición que nos transmitió Julius Evola no está de más que el quinto bloque lo hallemos dedicado al gran maestro italiano. Tal como señalamos en uno de los tres textos que lo componen, sin duda a Evola no le hubiera gustado que le dedicásemos ningún escrito, pues al principio de la 'impersonalidad activa' siempre le concedió un papel muy destacado y, por ello, siempre pretendió que el ego apareciera lo menos posible, tanto en su vida como en su obra. Nosotros, a pesar de esto, le hemos dedicado dos escritos a los posibles procesos de transformación interior que Evola pudo experimentar a lo largo de su vida y lo hemos hecho, más que nada, para así poder tratar cuestiones metafísicas que tienen que ver con la Iniciación o 'vía heroica y solar'. El tercer escrito responde a la idea de que para distinguir pura 'metafísica' de lo que es 'Tradición' ha de ser diáfana la idea de que la primera corresponde exclusivamente al plano Suprasensible y, en cambio, la segunda sería el resultado de haber aplicado aquí abajo (en el microcosmos) las Realidades de lo Alto (del macrocosmos en particular y de los diferentes planos de la Realidad Metafísica -que incluyen, por tanto, el totalmente Incondicionado- en general). En base a esta idea hemos hablado de un Evola que no fue ajeno a los aconteceres políticos del mundo que vivió y de un Evola activo en lo externo.

El sexto y último bloque trata sobre algunas de las anomalías que en el hombre (o, más en propiedad, en el individuo) ha provocado la modernidad reinante, tales como el consumismo o el infantilismo y trata, asimismo, sobre sus causas más profundas. Ante síntomas como éstos que denotan la grave enfermedad que aqueja al actual ciclo humano sólo nos debe caber aplicarnos con denuedo y perseverancia en ese combate interior que, a modo de epílogo de este libro, se propone en nuestro último artículo.

¡Afanémonos para emprenderlo!

Eduard Alcántara

PRÓLOGO

Ironizaba Furio Jesi, hace ya bastantes años, a cuenta de los autores «tradicionalistas» en general, pero con el punto de mira puesto en Evola, a propósito de la contradicción que suponía hablar y escribir tanto sobre materias de las que se acababa diciendo que, en realidad, eran inefables. Si no ellas, sí su ultima ratio. Sin embargo, la puya, salida de la mente del intelectual hebreo-italiano, podía volverse con facilidad contra su autor. Era una cuestión de perspectivas. En cierto sentido, y por así decirlo, de esferas...

Para quien vive inmerso en la cosmovisión racionalista, la palabra, el verbo, no habría poseído jamás otra realidad que ser el adobe con el que se construye un edificio-discurso eminentemente social. La clave de bóveda de una humanidad definida por su mens cogitans, cuyos límites conforman una esfera cuyo borde interior constituye el límite del fenómeno homo (1). ¿Para qué y cómo hablar de lo que está más allá de la «esfera»? Para la doctrina cristiana, el verbo creador del Génesis, aquel cuyo sentido no es el comunicar sino el manifestar, se ha tenido que hacer carne para articular un discurso racional y hacerse visible (y audible) a los hombres. La pared de la esfera en la que vive inmersa la «criatura» es una cesura, una solución de continuidad, un abismo sobre el que es imposible tender puentes. La secularización del discurso cristiano siguió por el camino trazado y la lógica de la modernidad racionalista, tras «matar al padre» en su avatar de verbo creador, declaró que más allá de la esfera no hay «nada», sólo fantasías, o fantasmas, surgidos del inconsciente o de las ansias y miedos bien conscientes de ese animal, presunto florón de la presunta evolución, que es el sapiens, sapiens... Pero no nos dispersemos. Para el hombre de las luces (de las pocas luces en verdad) la palabra debería, este sería su más noble fin, ser el instrumento único de exégesis y de conocimiento. Sólo lo que puede ser definido con palabras puede ser inteligible y por tanto poseído. Podría decirse que la palabra sería una «hacedora de límites». Así, desde esta perspectiva, no es fácil (lo cierto es que, pensando como piensa en su heterodoxia el redactor de esta introducción, más bien sería ontológicamente imposible) que alguien como Jesi hubiera sido capaz de entender (más allá de una «comprensión» literal -es curioso lo exactas que se aparecen a veces las palabras-) que nada de lo escrito, de lo pronunciado, por cualquier autor tradicional es en sí, ni es escrito o pronunciado por sí. La puya se vuelve hacia la mano que la escribe en su implícito reconocimiento de que no se ve, no se puede imaginar más allá de la pared de la esfera. Es incluso probable que alguien, siguiendo esa lógica, llegara a sostener que cuando un maestro zen emite un koan, en realidad no está «hablando»...

Sin embargo, lo cierto es que los textos de un Evola o un Guénon no son construcciones o sistematizaciones filosóficas, no son defensas racionales de la logicidad de unos principios y de sus diferentes desarrollos. Como tampoco lo son los textos sacros, o el propio verbo en el contexto ascético o cultual tradicional. Ambos autores, y otros muchos, lo repiten una y otra vez. Para la Tradición, la palabra tiene otra raíz, otro sentido, otro valor. Sin embargo, desligada de la garganta que la articula, del sonido que la dota de plenitud, para el hombre moderno la palabra sólo es el símbolo convencional que representa un valor semántico igualmente convencional. Y ese hombre nada puede entender que transcienda ese marco. Pero, retrocedamos otra vez, pues la dispersión vuelve a cernirse sobre nosotros... ¿Cuál sería, así pues, el «valor central» de los textos redactados desde una perspectiva «tradicional»? Dejemos que lo digan los miembros del Gruppo di Ur. « Todo lo que el cerebro humano podía dar, lo ha dado. Así, en concreto, se trata también de convertir el cuerpo entero en un instrumento de la conciencia que, superando la limitación individual deberá penetrar en los estratos donde actúan las fuerzas oscuras y profundas de un Yo superior: hasta encontrar la entrada al camino que conduce al "palacio cerrado del Rey". La presente colección de monografías pretende dar pormenores, sugestiones y normas de dicha ciencia secreta. Se ha seguido el criterio de evitar en lo posible todo discursar en torno a las cosas y, por el contrario, proporcionar su esencia. ..» (2). Estimular, proporcionar apoyos, retos, sugerir o, incluso, en cierto sentido, destruir, pero no sólo en el ámbito raciona l sino eminentemente en el ámbito existencial (concediéndole a este término un valor también «supra-físico»), son algunos de los sentidos, de ese tipo de textos. Pero, y aquí radica el núcleo de la cuestión, no están, como dijimos, concebidos para ser discutidos per se. sólo si a través de ellos el lector inicia (o prosigue en la dirección exacta) una vía que supere la limitación individual, dichos textos habrán consumado su función. En palabras de Pió Filippani-Ronconi: «La teoría y, por consiguiente, la doctrina son para Evola hipóstasis "metafísicas"de una experiencia, mejor, de una realización, que es el hacerse del espíritu, su potencia, la raíz de la realidad (exactamente al contrario del convencimiento de aquellos que "satisfechos con el discurso tradicional" permanecen incapaces de experimentar el mundo de las ideas-fuerza, hipnotizados como están por el "Ángel de la ventana de occidente" de la famosa fábula de Meyrínk)» (3). El libro «racional» está destinado a perdurar en el tiempo, a ser consultado una y otra vez, a ser instrumento de la permanencia de la dualidad objeto/sujeto, mientras que los textos «tradicionales» pretenden contribuir a alcanzar un conocimiento que, una vez logrado, los hacen superfluos. Pudiendo estar escritos en un mismo idioma, ambos tipos de escritos están construidos en lenguajes radicalmente diferentes.

Es en uno de esos dos lenguajes, superfluo decir cual, en los que están escritos los textos de Eduard Alcántara reunidos en esta recopilación. En sus páginas, como en

la mayoría de las redactadas por el autor, son dos los tonos que parecieran adivinarse. Por un lado, la voluntad de una fría, despersonalizada («exacta» fue, recuerdo, el adjetivo que empleé para describirla en una carta que remití a Eduard hace tiempo) exposición de aquellos principios que son, por encima de toda discusión, de toda relatividad, por ejemplo, al abordar la temática ciclológica. Por otro, el diálogo, la íntima reflexión consigo mismo sobre los desarrollos de esos principios, sobre su depositarse en un mundo que cada vez está más alejado de ellos. Es el caso, a mi parecer, entre otros de su abordar la problemática del aborto desde el punto de vista de los nidana. En todo caso, siempre exposiciones y reflexiones encaminadas a ser soporte de una acción sólo comprensible y sólo realizable, en expresión tan cara a Evola, sub specie interioritatis, y a ser estímulo para quien posea un análogo paisaje interior.

Pero estamos en la edad más oscura. Las condiciones de manifestación en esta era son las que son. Y varias, o múltiples, las vocaciones, las «ecuaciones personales», de nuevo una fórmula propia del Barón, de aquellos que han pretendido, que pretenden aún, «remontar el tiempo» y «disolver la condición». Y varios son los rostros que se da la Tradición para poder «ser útil», horrible expresión en este contexto, al hombre en estos tiempos. Desde muy pronto, Eduard Alcántara encontró en el ejemplo existencial y en la obra escrita de Julius Evola la brújula que marcaba el Norte, físico y metafísico a un mismo tiempo, que le ha permitido no perderse en los meandros cenagosos de esta edad del lobo.

A riesgo de críticas, probablemente justas, de los verdaderos conocedores de la obra de Evola, me atrevería a afirmar que hermetismo y tantra son los dos polos (permítaseme esta licencia literaria) sobre los que giró la ascesis guerrera del Maestro. Dos vías Reales forjadas para una era de sombras, de condición, de duro entrelazamiento de espíritu y sangre. El arma de la vocación del guerrero. Y esa es la vocación de Eduard Alcántara. Probablemente todos hayamos leído alguna vez páginas que hubiéramos creído escritas por nosotros mismos, en forma y en fondo, textos con los que nos hemos identificado más allá de la razón y sobre las que volvemos en busca de una sensación de apertura apenas definible como mental sino casi diríamos física. Ésta fue, creo, la relación inicial que Eduard estableció con la obra de Evola. Con el tiempo, la semilla crece y madura. La intuición se va convirtiendo en acerada certeza. Las piezas del rompecabezas empiezan a conformar una imagen. Una cosmovisión va coagulando a la par que la vida asume una forma y un sentido distintos. Lo que eran opiniones, más o menos acertadas, más o menos válidas, van dejando paso a realidades objetivas. Los textos van perdiendo subjetividad para asumir la forma del «acta de un testigo»... Si algo conozco a Eduard, sé que estas palabras le producirán cierta incomodidad, cierto rubor, pues no podrá dejar de leerlas como una especie de elogio. Y conozco su humildad y su instintiva distancia de todo aquello que pueda ser alimento de vanidad. Pero nada

hay, al menos conscientemente, de eso sino una constatación objetiva que todo lector podrá confirmar por sí mismo a través de estos capítulos y de todo lo que ha ido escribiendo a lo largo de los años.

La vía del Autor es, vano escribirlo, el sendero de la acción. Sus textos, una llamada y un estímulo para quien siente que ése es también su propio camino. Y de aquí la lógica de la inclusión de algunos de los artículos en este libro, pienso en concreto en el dedicado a la temprana polémica entablada entre Guénon y Evola a propósito del Vedanta. Este regreso a aquella valoración evoliana de las críticas tántricas al Vedanta, una cierta lectura del cual podría inducir en estos tiempos a posiciones de pasividad, hace patente la alineación del Autor en el campo de quienes entienden que son las propias condiciones densificadas de estos tiempos últimos las que implican necesariamente una vía de constante (inter)acción con una «realidad» que se concibe más desde los planteamientos esencialmente «shákticos» que desde mera «ilusión». Probablemente sea en las páginas dedicadas al fatalismo y a la libertad donde más patente se hace lo anterior: «Nadie como el gran Tradicionalista romano defendió el principio de la Libertad del Hombre. El Hombre Reintegrado no es esclavo ante nada. No es esclavo de sí mismo: no es un títere manejado a antojo por sus pasiones, pulsiones, bajos instintos o por sus sentimientos engordados. No está sujeto irremeiablemente a sus circunstancias. No se halla determinado ni por presuntas dinámicas históricas (...) ni se encuentra mediatizado por condicionantes sociales ni por ningún tipo de dios omnipotente que haga y deshaga a antojo (...) El Hombre Superior no se encuentra tampoco cercenado en sus potencialidades por ningú- na especie de determinismo ambiental-educativo. Ni tampoco por otro de orden cósmico en la forma de un "Destino" cuya fatalidad lo tenga irremisiblemente programado de antemano». Así pues, el hombre se afirma, se desvela, a través del combate contra las fuentes de condicionamiento connaturales a esta era. Desde esta perspectiva aparece como necesaria la acción frente a las formas que adopta en esta «realidad» el principio del «obstáculo» -el sentido profundo del término «satán»-, desde la subversión política, social, ética e intelectual que asóla un Occidente, ya casi completamente devastado, en cuyo contexto el Autor, haciendo gala de valor y honestidad, hace expresa mención del oscuro papel jugado por el judaismo en este proceso, hasta los cantos de sirena -por ejemplo, la coartada sufí del Islam- de formas religioso-políticas, privadas de toda luminosidad, de toda apertura, que son presentadas por muchos «satisfechos con el discurso tradicional'», como los califica Filippani, como tablas de salvación, pero que no son sino instrumentos, y no demasiado refinados, de aceleración en nuestra caída hacia la «nada».

A veces se ha llamado la atención sobre el hecho de que hacer una introducción a un texto consiste en enmarcarlo, en situarlo en un determinado mapa intelectual o volitivo, pero no recensionarlo. Así pues, el sentido de todos y cada uno de los

escritos de esta selección, pensados desde las enseñanzas de Evola, no es otro que contribuir a que todo aquel que los lea haga fructificar en él la sacra arbor traditionis. Pero esa ya es una labor del lector.

Santiago de Andrés

NOTAS:

1.- «Preso desde hace ya tiempo en una especie de círculo mágico, el hombre se encuentra hoy con que apenas nada sabe de tales horizontes. No sólo, sino que... aquellos que en nuestros tiempos se atavían con el nombre de "científicos " han urdido una verdadera conjura, han hecho de la ciencia su monopolio y no quieren que se sepa absolutamente nada más que ellos y de manera diferente a la de ellos». Premessa al primer volumen de Introduzione ala Magia, a cura del Gruppo di Ur, Roma 1971, p. 9.

2.- Gruppo di Ur, op. cit. p. 10.

3.- Pió Filippani-Ronconi, «Julius Evola e la via de la realizzazione», prólogo a Julius Evola, Lo Yoga della Potenza, Roma IV edición corregida 1994, p. 13.

EL AUTOR

Con más de un cuarto de siglo dedicándose a la docencia como -en definición que él prefiere- maestro de escuela este español catalán cuenta como su principal vocación la del estudio de la metafísica y, en un plano más contingente, de la historia. Esto le ha empujado a la elaboración de trabajos centrados en estas ciencias y en otras relacionadas con ellas como puede ser la metapolítica. La lógica de estas sus preferencias le ha abocado a identificarse con el Tradicionalismo, a la manera como entendieron esta corriente de pensamiento autores como René Guénon, Frithjof Schuon o Titus Burckhardt... pero especialmente el italiano Julius Evola; cuya exposición, desde la óptica de la 'vía de la acción' (interna y externa), de lo que representa la Tradición estima como la interpretada de manera más adecuada.

El autor del presente libro se ha, por ello, dedicado, especialmente, al estudio de la extensa obra del pensador transalpino y a la posterior elaboración de artículos y ensayos divulgativos e interpretativos de la misma, así como aplicativos a temas o situaciones de la actualidad. Tarea que ha venido cumplimentando con la impartición de conferencias. Sus trabajos on-line y en papel impreso se pueden rastrear por diversos webs, blogs (en especial en: http://septentrionis.wordpress.com/)revistas y libros y han sido traducidos a diversos idiomas como el portugués y el francés y publicados en alojamientos de diferentes países, como -aparte de España- Italia, Francia, Portugal, Argentina, Chile, Ecuador o Méjico. Este mismo sello editorial -Ediciones Camzo- tuvo a bien publicar su obra "El Hombre de la Tradición"; libro que verá una edición en portugués y otra en inglés.

eduard_alcantara@hotmail.com

Cosmovisiones Cíclicas y Cosmovisiones Lineales

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 27 de Julio del 2009.

Vamos a confrontar las insalvables diferencias existentes entre el Mundo Tradicional y el mundo moderno por medio del contraste entre la manera de entender y vivir la existencia del hombre a lo largo del parámetro tiempo en uno y otro mundos.

Primeramente deberíamos señalar que, aunque nos hallemos en plena vigencia de la disoluta modernidad, la bandera de la restauración de los valores de la Tradición debería ser nuestro referente y no tendría, en consecuencia, que hacernos considerarla como a una realidad periclitada.

También conviene aclarar que no es éste un espacio dedicado a fijar qué se entiende, o qué entendemos, por Tradición, por cuanto el tema central a tratar es el que viene definido por el título. De todos modos ciertos rasgos definitorios suyos aparecerán en algunos de los párrafos que irán sucediéndose.

Apuntado lo cual pasaremos a constatar que el Hombre Tradicional siempre concibió el transcurrir del tiempo bajo un prisma cíclico. Así pues, a lo largo del año conmemoraba y revivía mitos de contenido Trascendente a través de la ejecución en fechas determinadas de ritos y ceremonias de carácter mágicooperativos que propiciaban su transformación interior y su identificación sustancial con la Esencia Metafísica que se hallaba en la base y en el origen de dichos mitos rememorados. Lo importante era, pues, propiciar esta identificación con el Ser o Principio Supremo de manera cíclica a través de la realización de estos ritos sagrados que se iban, pues, repitiendo periódicamente; por esta razón se ha hablado del ´mito del eterno retorno´. Primaba, pues, el Ser a diferencia del devenir que prevalece omnímodamente en nuestro deletéreo mundo moderno; devenir que arrastra a nuestro contemporáneo y desarraigado hombrecillo-espantajo en medio de una vorágine sin rumbo y sin sentido.

En el mismo orden de cosas la Tradición entendió que la humanidad siempre pasaba, a lo largo de sus sucesivas generaciones, por una serie de edades o etapas diferentes que, una vez completado el ciclo, volvían a repetirse bajo el signo de unas premisas concretas aunque adaptadas a las nuevas situaciones espaciotemporales. En el mundo indoeuropeo siempre se habló en sus textos sagrados de las cuatro consabidas edades: las de oro, plata, cobre y hierro de la tradición grecorromana o las de los cuatro yugas de la indoaria. Cada una de estas etapas suponía una regresión del hombre en cuanto se alejaba paulatinamente de su origen divino para ir, poco a poco, materializando su manera de entender y de vivir la existencia; regresión opuesta a la idea de progreso continuo de que se vanagloria el mundo

moderno y que en realidad no se trata más que de un proceso progresivo y acelerado de desespiritualización y de bestialización, esto es, de una fuga del hombre hacia adelante en su enfermiza obsesión de alimentar, alentar y sobresaturar sus apetencias fisiológicas y de dar rienda suelta y desenfrenada a sus apetitos, instintos y pasiones más bajos y animalescos. Estamos, por ende, hablando, por un lado, del Hombre-Dios que, según el pensamiento Tradicional, se va bestializando paulatinamente y, por otro lado, del animal simiesco que, según uno de los subproductos de la modernidad –el evolucionismo-, progresa hasta convertirse en humano; y es que esta idea de ´progreso´ continuo emana de la concepción lineal que de la historia de la humanidad hace gala el mundo moderno.[11]

Dentro de esta concepción marcada por la fuga hacia adelante debemos comprender la pretensión del historicismo, que considera al hombre como sujeto pasivo sin posibilidad de convertirse en creador de su propia historia -la de la humanidad-: sin posibilidad de ´hacer´ la historia. Esta última sería algo así como una entidad con ´vida´ autónoma cuyas nuevas manifestaciones no serían más que la consecuencia de su misma dinámica interna y en las cuales el ser humano no tendría ningún papel activo. La dinámica económica, social, cultural y política de un período histórico dado serían la lógica, e inevitable, consecuencia de la que aconteció en la etapa anterior.

El ´mito del eterno retorno´ al que aludíamos anteriormente o la doctrina Tradicional de las cuatro edades que una vez finiquitadas vuelven a repetirse podrían hacer pensar que el hombre transita por una especie de circunferencia cuyo camino siempre sería, lógicamente, el mismo, sin posibilidad de modificación; si esto aconteciera así nos hallaríamos ante un cierto fatalismo. Por este motivo, hay quien ha utilizado como soporte gráfico para mejor explicar esta manera de concebir la existencia el de la esfera en lugar del de la circunferencia, puesto que en la esfera se pueden trazar infinitud de circunferencias que corresponderían a las múltiples y diferentes concretizaciones espacio-temporales en que estas doctrinas y concepciones Tradicionales verían su plasmación en el terreno de la inmanencia. Así pues cualquier visión fatalista de la realidad queda descartada puesto que el transitar del hombre y de la humanidad no acontecen por un único camino prefijado con anterioridad e imposible de soslayar, sino que es el hombre quien le da forma a las etapas, a las edades, a los ciclos y a los contenidos cósmicos por los que debe atravesar. Y no únicamente por esto es por lo que se demuestra que, según los parámetros de la Tradición, es un ser activo sino que también deja bien patente dicha cualidad cuando desvaloriza el interés por su devenir histórico y convierte en puntal de su existencia su aspiración a desarrollar su Ser, su esencia metafísica, apoyándose, a menudo, en los rituales sacros que anual y cíclicamente se iban

---

[1] En otro artículo al que titulamos ´Contra el darwinismo´ se podrá encontrar una extensión de nuestro alegato antievolucionista.

repitiendo en fechas determinadas y a los que hemos aludido en alguno de los anteriores párrafos del presente escrito.

Podemos también hacer recordar, como muestra y signo del ´sentir´ antifatalista del Mundo Tradicional, cómo el proceso de caída por el que va atravesando el hombre desde la Edad de Oro o Satya-yuga hasta la de Hierro, del Lobo, Oscura o Kali-yuga puede ser, aunque sea temporalmente, truncado por él, tal como se puede constatar con los llamados Ciclos Heroicos, en los cuales la casta de los guerreros supera su simple condición de poseedora de fuerza física, es decir, su sola condición humana para impregnarse de sacralidad y aspirar a la misma inmortalidad de los dioses y a la restauración del Orden de la Edad Primordial ante las fuerzas amenazantes del caos: así nos lo narran las sagas aqueas con los Hércules, Aquiles, Teseo,…y así nos lo cuentan los ciclos artúricos con el mismo Arturo y con sus Caballeros de la Tabla Redonda. Se trata de un intento contracorriente de restaurar la unidad del Hombre Primordial, del Hombre de los Orígenes cuyo cuerpo y cuya alma formaban un todo armónico con su espíritu; cuya llama divina e inmortal se hallaba todavía lejos de extinguirse.

Llegados a este punto nos imponemos la siguiente pregunta: ¿dónde deberíamos remontarnos para encontrar los orígenes de la moderna concepción lineal del existir? Y para facilitar una respuesta medianamente diáfana bien nos vendrá el recurso de la comparación. Así pues, como hemos hecho constar párrafos más arriba, mientras la Tradición de los pueblos indoeuropeos hacía frente común con aquella percepción cíclica o esférica de la existencia que queda bien definida en la doctrina de las cuatro edades, hubo –y sigue habiendo- pueblos como el hebreo que ya desde tiempos muy remotos concibió linealmente su transcurrir en el tiempo. Y este pasivo dejarse llevar por un movimiento de inercia hacia adelante, esta ausencia de posibilidad de modificar este rumbo que no suponía, ni supone, más que una especie de caída ´libre´ en el vacío no podía ser cortocircuitado –permítasenos el vocablo- más que con el advenimiento del mesías, del salvador. Esta posibilidad de modificación no surgió, en el seno de las creencias de dicho pueblo, sino en un momento bastante tardío de su discurrir en el tiempo: concretamente en la época de sus profetas y por boca de ellos.

Del judaísmo, y con algunas lógicas variantes, esta cosmovisión lineal pasó a un cristianismo que fue desplazando, allá donde fue consolidándose, a la visión cíclica Tradicional del existir. El cristianismo, el judaísmo, el islamismo, al igual que otras religiones, ya periclitadas, del mundo antiguo y de naturaleza pelásgica, ctonia, telúrica,… crearon un hiato ontológico insalvable entre lo Trascendente y el hombre, puesto que le desposeyeron a éste de su espíritu, de su nous, de la naturaleza divina que, para la Tradición, anida en él y no le dejaron más vía de relación con lo divino que la que ofrece toda religión que rechaza cualquier tipo de esoterismo: la vía pasiva de la devoción, de la fe, del creer y de la sumisión a un dios o a unos dioses cuya esencia suprasensible él no posee y no puede, por tanto, compartir. El hombre

no se encontrará, pues, más en una posición de tú a tú con la divinidad sino que se deberá de humillar ante ella, puesto que es un ser inferior que ya no comparte su misma esencia metafísica y que ha perdido la posibilidad de, a través de la iniciación, despertar la semilla divina que anida en su interior para transformarse y poder tener acceso a la Gnosis o Conocimiento de la Trascendencia y al Despertar o Iluminación espiritual.

A este hombre al que se le ha amputado su estrato sacro-espiritual se le ha rebajado de nivel. Ya no podrá entender más sobre lo Trascendente, tal como anteriormente sí le era posible gracias a lo que él poseía de más que humano; de sobrehumano, diríamos. Sin espíritu únicamente le queda el alma, la psyqué, la mens para vivir ´en orden´ con su/s dios/es. Es decir, que ya sólo cuenta con medios meramente humanos que su mente pone a su disposición, a través de la fe y la creencia, para ser ahora no más que un fiel devoto de su/s divinidad/es. Y cuando el hombre ha sido obligado a descender a este plano humano, cuando la mente ocupa la cúpula en su jerarquía constitutiva a nadie le puede extrañar que la facultad racional que en ella está inmersa pueda interrogarse, poner en tela de juicio y dudar de cualquier realidad: incluida la Realidad Trascendente. Estamos, pues, en los albores del racionalismo y en la antesala del agnosticismo y del materialismo. Estamos, en definitiva, en un punto en el cual el ser humano ha perdido referentes espirituales que le proporcionaban solidez y se aturde y sufre si se pone a meditar y a tomar conciencia sobre su vacío interno. La angustia existencial puede llegarle a tal nivel que opta por enterrar cualquier viso de lucidez mental -que le podría llevar a reflexionar sobre el páramo interno que alberga- por un lado inflamando hasta la turbación sus sentimientos y sus pasiones y/o, por otro lado, dándole rienda suelta a sus pasiones e instintos más bajos e intentando alimentar en la medida de sus posibilidades sus necesidades más primarias y materiales, como consecuencia de todo lo cual ya tenemos a nuestro hombre de este disoluto y disolvente mundo moderno abocándose a esta fuga frenética hacia adelante sin rumbo fijo, sin valores y sin referentes Superiores que puedan sustraerlo de la vorágine en que de una manera pasiva es arrastrado dentro de esta lógica lineal que caracteriza a nuestra deletérea época actual.

Para que veamos aún con más claridad las relaciones existentes entre estas religiones devocionales y la nefasta modernidad podemos resaltar la naturaleza materialista que las mismas revisten. Podemos, por este camino, poner en evidencia cómo la religión mosaica no fue sino hasta épocas no muy alejadas de las del nacimiento de Jesús cuando, de manera ni mucho menos generalizada, empezó a admitir una especie de mundo celestial tal como, más o menos, lo concibe el cristianismo. A pesar de lo cual, su tema central es el de un "paraíso terrenal" al que se accederá ´al final de los tiempos´ una vez acontecida la resurrección de la carne. El hombre carece, según el hebraísmo, de espíritu, por lo que tras la muerte física nada le sobrevive al cuerpo y no queda más que esperar a los citados y lejanos tiempos en los que la carne resucite. Hemos de señalar que la consideración de la

existencia de una sola componente en el ser humano corresponde a una concepción monista de la vida que como mucho permite la licencia de poder hablar de ´cuerpos espiritualizados´. Se nos permitirá que cambiemos, por un momento, de plano para ilustrar con un ejemplo muy esclarecedor lo que estamos señalando: véase con qué celo los judíos más ortodoxos recogen y reúnen en bolsas los restos separados y/o esparcidos de algún cadáver de un correligionario suyo muerto de manera violenta; pues no olvidemos que, para el hebraísmo, es la carne la que resucitará en un futuro.

Estas creencias mosaicas impregnaron en un muy considerable grado a un cristianismo que también habla de la ´resurrección de la carne´ y de la ´resurrección de los muertos´ y que utiliza fórmulas como aquella empleada en la ceremonia matrimonial de ´hasta que la muerte os separe´, pareciendo, así, vetar la posibilidad de la continuación, más allá de la muerte física, del vínculo sacramental creado entre los dos cónyuges; y es que, una vez más, la vida de la materia -del cuerpo- parecería la única existente.

Esta concepción materialista se repite también en el islamismo. ¿O no es chocante que una religión ofrezca a quien es capaz de inmolarse por ella, de morir combatiendo por Allah, un paraíso en el que poseerá y disfrutará de lujosos palacios de jade, repletos de numerosísimos harenes y en el que gozará de un estado de erección permanente, eterna…? ¿Hablamos de espiritualidad o hablamos de líbido y de instintos primarios? ¿Hablamos de un estado del Ser que debería de haber superado el mundo de los sentidos –es decir, de un estado Suprasensible del Ser- o hablamos de materialismo en sentido estricto?

Podríamos concluir estas líneas con un poco de terminología e indicar cómo después de haber expuesto muchas de las reflexiones de este escrito se verá lo acertado de algunos autores al emplear la expresión ´Civilizaciones del Ser´ -las cíclicas de la Tradición- y su opuesta ´Civilizaciones del devenir´ –las lineales del mundo moderno-.



Stonehenge:
El simbolismo del círculo en la cosmovisión cíclica del Mundo de la Tradición.

Los Ciclos Heroicos

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009,

La doctrina de las 4 edades, de la regresión de las castas y la concepción de la libertad de Evola

De entre los autores que pueden ser considerados sin reparos como Tradicionalistas pensamos que es Julius Evola quien mejor ha sabido captar la quintaesencia o el espíritu de muchas de las enseñanzas pilares de esta corriente existencial y de pensamiento. Lo decimos así pues somos del opinar de que muchos de entre los Tradicionalistas nos han legado determinadas doctrinas presentándonoslas de forma un tanto estática y rígida. Penetrar en el espíritu de la letra de la Tradición no lo consideramos como tarea sencilla. Sin duda se hace más asequible si se han llegado a experimentar y vivenciar algunas de las metas que a corto o a largo plazo expone la Tradición como posibles de conquistar para determinado Hombre con ciertas potencialidades descondicionadoras. Sin duda, también, determinadas cualidades de ciertas personas les facilitan la posibilidad de descubrir qué modos y actitudes son los más propicios para emprender determinadas vías de transformación interior.

Pensamos, continuando con estas percepciones nuestras, que la adhesión que Evola -por vocación consustancial a su misma naturaleza- demostró siempre hacia la vía de la acción le facilitó mucho el entender cuáles son los caminos y los métodos idóneos para emprender, con ciertas garantías de éxito, los recorridos que pasan por el descondicionamiento del hombre con respecto a todo aquello que lo mediatiza y por las etapas que pueden llevarlo hacia el Conocimiento de lo Trascendente incondicionado y hacia la identificación ontológica con dicha Trascendencia.

Es acción interior lo que se precisa a lo largo de todos estos procesos conocidos con el nombre de Iniciación. El ascesis no es otra cosa que ejercicio interno. La necesaria e imprescindible práctica interior es, en definitiva, acción**. Y es por todo esto por lo que la vía más apropiada para completar el arduo y metódico proceso iniciático es aquella conocida como 'vía de la** acción**' o vía del guerrero o '*shatriya*'.**

Evola tenía la certeza de que, a pesar de los tiempos por los que se transita, siempre es viable la total Restauración de la Unidad Primordial de la que gozó el Hombre en sus orígenes (durante la Edad de Oro o *Satya* o *Krta-yuga)* y de que igualmente es viable el retorno de las agrupaciones humanas e instituciones al orden Tradicional.

Resulta, pues, lógico, que nuestro autor defendiera la idea de que la casta guerrera es la más apta para aspirar a estos procesos restauradores.

El maestro italiano mostró esa especial y añadida dosis de 'sensibilidad' y de poder de interpretación que le posibilitaron el no estancarse en una visión rígida de los diferentes textos Sapienciales y Sagrados del mundo de la Tradición cuando éstos nos hablan de la doctrina de Las Cuatro Edades, pues el proceso de decadencia que ésta nos expone no es irreversible ni –tal como diversos autores tradicionalistas han entendido- está impregnado de un fatalismo contra el que nada pueda oponer el Hombre.

Evola le dio una especial relevancia a la idea de que la involución –con respecto a lo espiritual e imperecedero- podía ser frenada e incluso eliminada antes del final de un ciclo cósmico, humanidad o *manvantara*; esto es, antes del ocaso del *kali-yuga*. Y sostuvo firme y ocurrentemente esta idea porque creía en la libertad absoluta del Hombre. Porque creía que el Hombre, así en mayúscula, aparte de tener la clara potestad necesaria para conseguir su total transustanciación o *metanoia* también tenía en sus manos la posibilidad de devolver a sus escindidas y desacralizadas comunidades los atributos y la esencia que siempre fueron propios del Mundo Tradicional. Porque Evola creía, en definitiva, en el Hombre Superior o Absoluto, Señor de sí mismo.

Quizás su adhesión e identificación con la vía de la acción se halla en el origen de esta su convicción en la posibilidad restauradora de la sacralidad perdida. La acción abre las puertas a esta posibilidad. O quizás debemos de plantear la direccionalidad de esta causa-efecto en sentido inverso y pensar, así, que pudiera ser que su convencimiento en la viabilidad de esta posibilidad reintegradora de la unidad perdida sea la razón por la que optó por la vía de la acción frente a la vía contemplativa y que dicha elección la ejerciera al convencerse de que ésta era la única vía posible para aspirar al retorno de la Tradición.

Parece que el primer planteamiento es el atinado, ya que en su autobibliografía (más que autobiografía) titulada "El camino del cinabrio" [2] **el gran intérprete italiano de la Tradición afirmaba que desde temprana edad la identificación con la acción (junto a su vocación hacia lo Trascendente) constituyó parte de su "*ecuación personal*".**

Sin duda es esta tendencia casi, diríamos, innata hacia la vía del *shatriya* la que le otorga a Evola ese *plus* que le coloca por encima de

---

2 De esta obra existe publicación en castellano a cargo de "EdicionesHeracles" y que data de 1.998.

la mayoría de autores Tradicionalistas a la hora de mostrar esa clarividencia hacia el convencimiento de que es posible, aun en períodos de máxima involución, recuperar la sacralidad perdida. Nadie como nuestro autor romano creyó en los Ciclos Heroicos.

Nadie como el gran Tradicionalista romano defendió el principio de la Libertad del Hombre. El Hombre Reintegrado no es esclavo ante nada. No es esclavo de sí mismo: no es un títere manejado a antojo por sus pasiones, pulsiones, bajos instintos o por sus sentimientos engordados. No está sujeto irremediablemente a sus circunstancias. No se halla determinado ni por presuntas dinámicas históricas (el determinismo característico del historicismo, basado en el materialismo dialéctico, que postula que la historia se hace a sí misma: tesis+antítesis=tesis; o, lo que es lo mismo, igual a cambios históricos)ni se encuentra mediatizado por condicionantes sociales ni por ningún tipo de dios omnipotente que haga y deshaga a antojo sin la posibilidad de que uno pueda trazar su propio rumbo y sin que el ser humano pueda llegar a ser tratado como algo más que una simple criaturilla que no pueda albergar en su seno la semilla de la eternidad sino que tenga que resignarse bovinamente a postrarse devocionalmente antes su "creador". El Hombre Superior no se encuentra tampoco cercenado en sus potencialidades por ninguna especie de determinismo ambiental-educativo. Ni tampoco por otros de orden cósmico en la forma de un "Destino" cuya fatalidad lo tenga irremisiblemente programado de antemano.

A este Hombre al que el budismo denominaría El Despertado o El Iluminado se llega, en épocas deletéreas, a través de la 'vía heroica' que tuvo sus más claras y arquetípicas plasmaciones en los conocidos como Ciclos Heroicos, concretados en algunas de las más conocidas sagas del mundo antiguo y del alto medievo.

Para dejar bien diáfana la idea de cuán adversas, desde el punto de vista existencial, eran las etapas del devenir histórico de la humanidad en las cuales irrumpieron algunos de los más ejemplares y patentes Ciclos Heroicos se nos hace más que recomendable recordar cuáles son la esencia y la dinámica de la doctrina Tradicional de las Cuatro Edades y qué estrecha relación guarda ésta con la también doctrina Tradicional de la Regresión de las Castas.

Y de esta guisa empezaríamos por recordar cómo en los orígenes de la actual humanidad, ciclo cósmico o *manvantara* los diferentes textos Tradicionales nos hablan de cómo el Hombre vivía en una Edad de Oro (Hesíodo), *Satya-yuga* **o** *Krta-yuga* **(textos sapienciales del hinduismo), en la que la Realidad Trascendente –y por ende la Eternidad- le era consustancial. Estos textos nos hablan también de cómo se produjo una primera caída que se tradujo en la pérdida de esa inmortalidad y de cómo algunas personas poseedoras de una especial potencialidad interior y de**

una firme voluntad pudieron recobrar lo Inmortal e Imperecedero e identificarse ontológicamente con Ello gracias a que supieron despertar la semilla aletargada de lo Absoluto que anida en el interior del hombre. Estas personas –esta élite-, como Hombres Superiores que eran, se erigieron en guías y en Luz para los demás y acabaron no sólo por detentar la autoridad espiritual sino asimismo por ejercer la autoridad temporal. Ambos principios, pues, el espiritual y el temporal se hallaron unidos en los mismos representantes, por lo que las actividades humanas se encontraron en todo momento impregnadas por lo Sacro. Así hallamos, pues, a la realeza sacra y a la aristocracia sagrada en la cúspide de la pirámide social en esta segunda etapa –tras la primera caída señalada- de la Edad de Oro.

Pero, desgraciadamente, acaeció una segunda caída o involución y hubo –paralela y emblemáticamente- de abandonarse la morada geográfica de la Edad De Oro. Aquella morada que las diferentes Tradiciones sapienciales sitúan en las inmediaciones y más al norte del círculo polar ártico y a la que le asignan nombres como el de Thule, Hiperbórea, la Isla Blanca o el Monte Meru. Hay textos que nos dicen de que el traslado se hizo hacia una isla-continente situada en medio del océano (…Atlántico) que podría coincidir con la Atlántida de Platón.

Esta segunda caída o involución espiritual supuso un mayor alejamiento del hombre con respecto a lo Trascendente y vino aparejada con la separación entre los principios espiritual y temporal y, en consecuencia, entre la autoridad espiritual y la temporal o política. Desaparecieron, pues, la realeza y la aristocracia sacras y de la separación de los atributos espirituales y los temporales aparecieron dos castas autónomas: la sacerdotal (1ª casta) y la regio-aristocrático-guerrera (2ª casta). Ésta aristocrático-guerrera quedó desacralizada y la sacerdotal, a su vez, renunció a la vía activa propia del guerrero y perdió, de esta manera, no sólo la vocación hacia la acción exterior sino también la vocación hacia una acción interna que es la única capaz de hacer factible el acometer cualquier intento de transustanciación interior. Renunció, pues, la casta sacerdotal a la Iniciación y, consecuentemente, a la Visión y Conocimiento de lo Absoluto.

La casta sacerdotal o bramánica pasó a ocupar la cima de la pirámide social y el poder político quedó delegado en una casta aristocrático-guerrera desacralizada que quedó subordinada a aquélla. Estamos hablando ya de la Edad de Plata o *treta-yuga*; hablando, pues, de la 2ª Edad.

En la 1ª Edad –la de Oro- el metal que la representaba rememoraba al Sol como astro con luz propia, pues luz o espiritualidad propia es lo que

había desarrollado en su interior el Hombre Reencontrado propio de aquellas élites o aristocracias sacras que se erigieron en rectoras con respecto al resto de hombres de las comunidades de las que formaban parte..

Por contra, ahora, la Edad de Plata reivindica a la plateada Luna que no posee luz propia y cuya luz –"espiritualidad"- tan sólo es un reflejo de la auténtica Luz que emana del Sol. Es por esto por lo que el hombre, al no poder poseer esa Luz en su interior, se tiene que conformar con creer en ella, con tener fe en ella, con erigirse en un mero y pío devoto de la misma. Esto es a lo máximo a lo que, en el terreno "espiritual", puede aspirar el bramán o sacerdote y es, al mismo tiempo, a lo que condena al guerrero (o a la aristocracia-guerrera): a que ignore la posibilidad de emprender una acción transmutadora interior y a que, acto seguido, se pliegue a la visión devocional que el sacerdocio tiene de lo divino y le rinda pleitesía a dicho sacerdote, reconociéndole al mismo tiempo una superior autoridad "moral".

En el seno de esta Edad de Plata se puede observar cómo con el tiempo se produce un gradual deslizamiento desde este tipo de cosmovisión lunar hacia otra de naturaleza bastante similar como lo es la demétrica o pelásgica –también de corte sacerdotal- en la que la Madre Tierra se convierte en el principal objeto de adoración. Se sacraliza, así, a lo que no contiene en su esencia divinidad. Se venera a la Tierra como a una diosa, cayéndose, por tanto, en el panteísmo. Las únicas fuerzas a las que los ritos religiosos intentan hacer operar son aquéllas que recorren las entrañas de la Tierra, son aquéllas de naturaleza ctonia o telúrica que en lugar de ayudar al proceso de descondicionamiento y liberación del hombre lo atan aún más a lo bajo: a lo instintivo, a lo impulsivo, a lo pulsional, a lo sensual, a lo concupiscente, a lo libidinoso,…

Y de lo libidinoso, el desenfreno, lo lujurioso y del enseñoramiento del erotismo emergen los llamados cultos afrodisíacos o dionisíacos 2[3] **que suponen una vuelta más de tuerca en estos procesos involutivos propios de la Edad de Plata.**

Si en la Edad de Oro la diferencia ontológica que existía entre la aristocracia Iniciada y el resto de los miembros de la comunidad obligaba

---

[3] Para este tipo de etapas en las que lo afrodítico o dionisíaco irrumpe con especial ímpetu (tal como sucede en la actual era crepuscular de la Edad de Hierro) Evola planteó la posibilidad de que aquellos hombres diferenciados que quisiesen alcanzar elevadas cotas de perfección interna pudiesen servirse de variados tipos de sustancias (alcohol, drogas,…) o de la fuerza del eros -que resultarían corrosivos para el hombre común- para superar el estado de conciencia ordinario y adentrarse en otros estados de conciencia superiores. (Estas ideas las desarrollamos en su día en un escrito que llevaba por título "Cabalgar el tigre" y que pretendía resumir los puntos esenciales desarrollados en el magnífico libro de idéntico título escrito por Evola y del que hay diversas ediciones en lengua castellana: la una de Nuevo Arte Thor y la otra de Ediciones Heracles.)

a considerar la existencia de una verdadera jerarquía, ahora en la Edad de Plata la inexistencia, en el seno de ningún grupo social, de seres Superiores o Renacidos a la Esencia divina provoca una tal nivelación interior entre los individuos que se debe hablar de sociedades igualitaristas, y niveladas por lo bajo, en las que ya no impera una auténtica y legítima jerarquía. Ya ha desaparecido la diferencia esencial que existía, en la Edad de Oro, entre aquella minoría compuesta por los que eran capaces de gobernarse a sí mismos (de -utilizando una expresión taoísta- ser 'señores de sí mismos') y la mayoría de los que eran incapaces de autogobernarse (incapaces de no ser marionetas de sus convulsiones emocionales y de no ser más que hombrecillos limitados por sus mediatizaciones).

La Tierra, con la consideración por la cual es investida como madre de sus criaturas los hombres, valorará a éstos como a iguales entre sí, tal como una madre hace con sus hijos. Todos han salido de su seno y todos volverán, tras la muerte, a sus entrañas [34] y por este motivo no existen para ella diferencias sustanciales entre sus vástagos. No hay rangos, categorías ni jerarquías. Se impone, por un motivo más, el carácter homogeneizador y antijerárquico de estos cultos lunares, deméticos y telúricos. La Edad de Plata aplasta las diferencias y convierte al hombre en individuo-átomo indiferenciado.

Inmerso en la vorágine de degradación el hombre acabará, incluso, dándole la espalda a todos estos cultos decadentes propios de la Edad de Plata. Cualquier tipo de forma religiosa (lunar, demétrica, telúrica, afrodisíaca,...), propia de dicha Edad, quedará relegada prácticamente al olvido. La casta sacerdotal perderá todo el peso social que ostentaba y, por esta razón, cualquier atisbo de hegemonía. Así verá cómo deberá postrarse ante una casta regio-guerrera que, tal como acontecía en la Edad de Plata, estaba desprovista de cualquier atributo y aspiración espirituales; se hallaba totalmente desacralizada. Sólo le interesaba el ejercicio del poder y lo ejecutaba por la aplicación de la fuerza y no por ningún tipo de Superioridad ontológica que le otorgara prestigio a los ojos del resto de castas.

El hombre avanzaba, así, en su proceso de materialización y embrutecimiento y entraba de pleno ya en la 3ª Edad: la de Bronce o *Dwapara-yuga*. La doctrina de la Regresión de las Castas nos recuerda cómo

---

[4] De ahí que en la Edad de Plata se inhumen o entierren los cadáveres como signo del retorno a la Madre Tierra de sus hijos, mientras que, por contra, en la Edad de Oro los cadáveres eran incinerados para –al desintegrarse el cuerpo entre las llamas- facilitar el ascenso hacia el Sol (como símbolo de lo Alto) del alma Superior o alma Espiritualizada.

ahora es la casta guerrera (la 2ª) y no la sacerdotal (la 1ª) la que se ha encaramado a la cúspide de la pirámide social.

El fin de la Edad de Plata se asocia con la inundación y desaparición, bajos las aguas, de la *quasi* mítica Atlàntica y con la huida de sus supervivientes hacia occidente y hacia oriente. La mitología griega nos habla, de manera más o menos simbólica, de cómo los titanes (como símbolo de la casta guerrera) y otros seres monstruosos se enfrentan a los dioses con el afán de destronarlos. Lo hacen contra las divinidades preponderantes en la anterior Edad de Plata (de corte matriarcal) y también contra las que, relegadas a lo largo de la 2ª Edad, habían sido las hegemónicas en la Edad de Oro (de signo patriarcal y solar). La mitología nórdico-germánica nos explica cómo en esta lid acontece finalmente el *Gottedamerung* u 'ocaso de los dioses', puesto que éstos son derrotados por los gigantes y por los monstruos y la fuerza bruta se hace hegemónica.

Parece que las dinámicas cósmicas marcan fatal e inexorablemente el destino de los hombres sin que éstos puedan hacer nada para frenar o invertir el proceso de decadencia que tan diáfanamente nos explica la doctrina de las Cuatro Edades y la de la Regresión de las Castas. Parece que el hombre no sea libre para decidir su destino. Parece que la vía iniciática que conduce a la Gran Liberación hubiese quedado hace mucho extinguida. Parece que ya resultase quimérico cualquier intento de restauración de la Tradición. Pere hete aquí que los diferentes mitos nos narran el cómo unos seres de naturaleza bastante similar a la de los titanes o gigantes (con un progenitor divino y el otro humano) se empeñan en superar su naturaleza perecedera (que tiene su origen en su parte de sangre humana) y en conquistar la inmortalidad. En ello se afanan, en el mito, por medio de todo tipo gestas y pruebas y finalmente conquistan la eternidad y acabarán siendo admitidos en las moradas divinas. Estamos hablando de los héroes de los Ciclos Heroicos de los que con tanta relevancia nos hablan mitologías como la griega (Heracles, Aquiles, Ulises, Perseo,…). Estamos, en definitiva, hablando de cómo miembros de la casta guerrera se enfrentan a su naturaleza materializada y escindida y en un acto prolongado de heroísmo se liberan de sus condicionamientos, cadenas y ataduras y acaban transmutándose en el Hombre Integral y Restaurado. Acaban demostrando cómo en última instancia el hombre puede llegar a erigirse en amo, dueño y señor de su destino. Acaban demostrando cómo el hombre puede llegar a ser un ser auténticamente Libre. Cómo la Libertad puede conquistarse tras una larga, ardua y metódica travesía que conocemos con el nombre de Iniciación. Acaban demostrando cómo el hombre puede superar –si en ello se empeña y si posee determinadas aptitudes innatas- cualquier condicionamiento, cualquier determinismo, cualquier fatalismo y cualquier corriente cósmica en contra.

Estamos hablando de cómo algunos de estos héroes (casta guerrera) restauran en sus respectivos dominios (Teseo como rey-sacro de Atenas, Ulises como rey-sacro de Ítaca,…) el Orden Tradicional perdido. Y lo consiguen en una época tan poco propicia como esta de la Edad de Bronce en estado ya muy avanzado. El guerrero se ha, pues, sacralizado y ha vuelto a unificar en su persona los principios sacro y político. La Autoridad espiritual y la temporal son ejercidas por la misma persona y por la misma élite, tal como sucedía en la Edad de Oro. Este guerrero se ha reconvertido en realeza sacra y en aristocracia sagrada y se ha, así, posicionado por encima y fuera del sistema de castas.

Sin duda estos Ciclos Heroicos que han hecho posible restaurar la Tradición han tenido como sus hacedores y triunfantes protagonistas a los guerreros porque éstos son los que llevan intrínsecamente asociada la 'vía de la acción'. Y ésta puede revestirse de una vertiente externa (combate material, lucha territorial o lid física) y/o también –si así algunos se lo proponen firmemente- de una vertiente interna que es la que les puede conducir a la Gnosis del Principio Supremo que se halla en el origen del mundo manifestado y es, asimismo, la que les puede, paralelamente, hacer viable su Identificación, en el plano del ser, con dicho Principio Eterno.

Sólo la casta guerrera podía protagonizar este logro y esta Restauración, pues la casta sacerdotal únicamente conoce de la pasiva 'vía de la contemplación' y, obviamente, a través de ésta se hacen inviables los procesos internos palingenésicos o transustanciadores.

Desgraciadamente estos Ciclos Heroicos no pudieron prolongar *ad aeternum* **el tipo de Espiritualidad Solar propio de la Tradición y, por ello, sistemas políticos como los que Platón denominó 'tiranías' supusieron el retorno hegemónico de las castas guerreras desacralizadas.**

La caída existencial no daba tregua, hasta el punto de darse por sellada la Edad de Bronce y por iniciada la 4ª Edad: La Edad de Hierro, *Kali-yuga* o –para la mitología nórdica- Edad del Lobo.

Aunque el sino de la Edad de Hierro fuera el de la hegemonía social y política de las castas 3ª (*viaishas* **o comerciantes) y 4ª (** *sudras* **o "mano de obra"), antes de que esto aconteciera a raíz, básicamente, de los hechos subversivos propios de la Revolución Francesa, sucederá que el resto de Edades (de Oro, Plata y Bronce) ya finiquitadas se irán manifestando en forma de subedades como si de recreaciones de aquéllas se tratase. Esto siempre había acontecido de similar manera en el transcurso de cada**

Edad: la/s anterior/es periclitada/s reaparecía/n como reflujo de lo que fue y se perdió.

Es por ello por lo que antes de que la burguesía (3ª casta) y el proletariado (4ª casta) se encaramen al poder el *kali-yuga* verá cómo diversos Ciclos Heroicos reverberarán, o intentarán reverberar, las esencias de la Edad de Oro. Esto sucede en la Antigua Roma durante el período republicano, en el que la dirigencia senato-patricial es la que ostenta, en muchos de sus miembros, los cargos que los habilitan para oficiar los ritos operativos correspondientes a las principales deidades. Se trata, además, de gente que ha sido iniciada en los misterios de esas divinidades. Y de gente que había pasado anteriormente por la milicia. Por ello esta élite o aristocracia guerrera unifica las funciones y/o autoridades espiritual y político-temporal, tal como fue propio de la Edad de Oro.

En los prolegómenos del período imperial romano hallamos a un Julio César que también responde a estos mismos patrones, pues no hay que olvidar sus funciones como *flamen dialis* u oficiante de Júpiter. Y ya durante la etapa del Imperio emperadores como Octavio Augusto, Tiberio, Marco Aurelio o Juliano han recibido la iniciación en ritos y misterios diversos: de Eleusis, de Mitra,…

Pero no sólo en la Antigua Roma sino que también posteriormente otros Ciclos Heroicos irrumpen a lo largo de esta deletérea Edad de Hierro con el firme propósito de revertir los procesos de involución. El Ciclo del Grial se erige en hilo conductor de varios de estos Ciclos Heroicos, como lo son el de la saga artúrica o, ya en pleno Medievo, el del Sacro Imperio Romano Germánico [45]. Diversas órdenes aúnan lo guerrero y lo espiritual y muchos de sus miembros practican ritos iniciáticos que transmutan sus naturalezas internas. Como paradigma de estas órdenes se halla la del Temple. Igualmente algunas de estas órdenes acaban, significativamente, convirtiéndose en la médula vertebradora de un Sacro Imperio Romano Germánico en el que el Emperador también se reviste de la máxima autoridad espiritual en el seno de la Cristiandad y por encima de la misma Iglesia. [6].

[5] Se puede consultar nuestro trabajo "El *Imperium* a la luz de la Tradición" para completar lo que se ha venido explicando en torno a ciertos períodos e instituciones de la Antigua Roma y del Medievo.

[6] Es de destacar cómo en los períodos del Medioevo en los que la autoridad espiritual del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico fue reconocida por encima de la del Papa, el Emperador incluso designaba a obispos y abades y los investía con los signos de sus respectivas dignidades: cruz, báculo y anillo. Tampoco está de más recordar que todo Papa que acababa de ser elegido como tal debía, antes de ser consagrado, jurar fidelidad al Emperador. Además, en el hecho de que el Papa ungiese y coronase al Emperador se hallaba un reconocimiento implícito de la superior autoridad no sólo política sino también Espiritual de éste. Hubo emperadores que retrasaron en años su unción y

Como señalamos párrafos más arriba éstos que unen en sus personas lo espiritual (de forma operativa y no devocional) y lo político-militar-temporal se hallan por encima, y afuera, del sistema de castas.

Nuevas demostraciones han sido éstas de que el hombre puede hacer valer su libertad ante cualquier contrariedad y determinismo siempre que sea capaz de superar su condición meramente humana para convertirse en un 'más que hombre'.

Pero como no había de ser de otra manera en un período tan descendente de la humanidad, el *kali-yuga* asiste a cómo tras estos períodos heroico-solares se suceden otros en los que la 1ª casta –sacerdotal- escala a la cúspide de la pirámide social.

En tal orden de cosas asistimos, durante la Roma Imperial, a la asunción del cristianismo como religión oficial del Estado. Ello sucede con Teodosio 'el Grande'. La figura del emperador ya no se reviste de dignidad divina; entre otros motivos porque ya no la encarnan Hombres Superiores y transfigurados a través de determinadas prácticas y ritos iniciáticos, sino que se trata tan sólo de simples humanos que reconocen en la Iglesia una superior autoridad moral. Así pues, la casta sacerdotal vuelve a hacerse hegemónica.

Y también volverá a hacerse hegemónica cuando bien avanzada la Edad Media el güelfismo que se organiza entorno a los Estados Pontificios derrote al gibelinismo que se articula alrededor del Sacro Imperio Romano Germánico. La victoria de los que propugnan la superior autoridad "espiritual" de la Iglesia sobre aquéllos que defienden la de la figura del Emperador significará la victoria de los *bramanes* sobre el principio regio-aristocrático-sacro.

La Edad de Hierro contempla asimismo cómo también la 2ª casta –la guerrera- se encarama, en determinados períodos, a lo más alto del entramado político-social. Ciertos emperadores romanos son buen ejemplo de ello, ya que provienen de las legiones e imponen su poder por la fuerza, además de carecer de dignidad sacral. Sus mandatos coinciden con períodos más o menos convulsos de la historia de Roma en los que los viejos ritos forman parte del recuerdo o, cuanto menos, se han vaciado de contenido y de operatividad.

Esta casta *shatriya* también es la que dirige sus respectivos Estados en el período en el que las llamadas ciencias históricas han definido como

---

coronación por parte del Papa por no considerar relevante la intervención papal en el reconocimiento de sus dignidades imperiales.

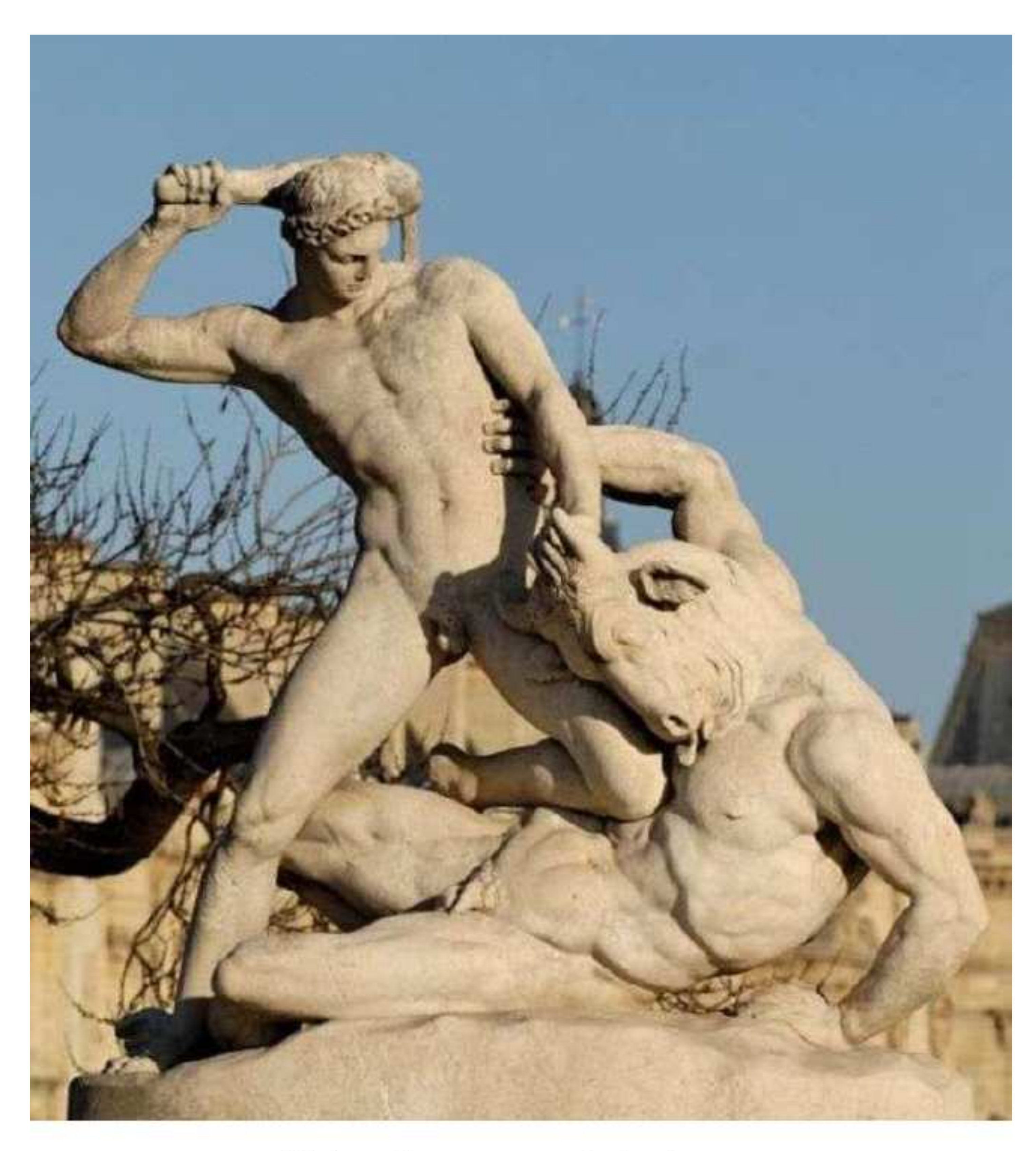
'edad moderna' y que se sitúa, cronológicamente, entre la 'edad media' y la 'edad contemporánea'. Es la época de las monarquías autoritarias y de las absolutistas, en las que los reyes se suelen apoyar, las más de las veces, en una nobleza de origen guerrero que al igual que ellos no conoce de vías interiores que conduzcan al Despertar.

Napoleón Bonoparte podría, muy bien, ser considerado como un paradigma altamente significativo de la transición entre el dominio sociopolítico que hasta el final de la 'época moderna' venía ejerciendo la 2ª casta (la guerrera) y el que desde el inicio de la 'época contemporánea' empezará a monopolizar la 3ª casta: la de los mercaderes o *viaishas.* En Napoleón Bonaparte vemos al miembro de la casta guerrera (su padre pertenecía a la nobleza corsa) que actúa movido por la ideología del liberalismo triunfante gracias a la Revolución Francesa y que no es otra que la propia de la casta de los mercaderes; esto es, de la burguesía que ve en el liberalismo económico la posibilidad de dar rienda suelta a sus aspiraciones comerciales y/o económicas.

A partir de entonces y a lo largo de esta 'edad contemporánea' la 3ª casta se adueñará del poder, salvo en los períodos en los que la 4ª casta (*sudras*) –la de la 'mano de obra'- dirija (por lo menos aparentemente) los regímenes políticos comunistas e imponga el llamado Cuarto Estado. Bien es cierto que, tras la caída del comunismo en la Europa Oriental a fines de la década de los '80 del siglo pasado, hay quien ha considerado, acertadamente, que el clásico mundo del liberal-capitalismo burgués (Tercer Estado impuesto por la 3ª casta) ha sido sustituido por un tipo de vida aún más colectivista, gregaria, amorfa, uniformizada y desarraigada que la impuesta por el marxismo y en la que ya cualquier referente ideológico ha sido enterrado. El único impulso, y referente, que actúa es el económico y las actividades que, avasalladoramente, se imponen son la producción y el consumo desaforados. Mundo sin referentes al igual que sucedía, en la India Tradicional, con aquellos individuos que se hallaban fuera y por debajo del sistema de castas (los 'sin casta' o parias) y que le habían dado la espalda a cualquier norma formadora y a cualquier tipo de raigambre: los 'sin tradición' y 'sin linaje'. Individuos que por sus disolventes o deshonrosas conductas habían sido expulsados de sus respectivas castas: 'los desterrados'. Evola predijo de manera magistral este devenir y al tipo de sociedad que del mismo se derivara la definió como la de la hegemonía del Quinto Estado; y que, sin duda, corresponde al actual modelo planetario de globalización y de homogeneización alienante y desenraizadora.

Pero en medio de tantos procesos disolventes y de tanta corriente en contra ¡¿quién nos dice que no sea todavía posible que algunos hombres

consigan mantenerse en pie entre las ruinas, alcancen una Superior dignidad interior e inauguren un nuevo Ciclo Heroico?!



El héroe Teseo vence al minotauro.

Evola frente al fatalismo

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 19 de Agosto del 2010.

INTRODUCCIÓN

Una rígida interpretación de la Doctrina de las 4 Edades podría comportar predeterminismo atentatorio contra el principio Tradicional de la Libertad inalienable del Hombre Reintegrado a su esencia metafísica. Julius Evola mostró esa especial y añadida dosis de ´sensibilidad´ y de poder de interpretación que le posibilitaron el no estancarse en una visión rígida de los diferentes textos Sapienciales y Sagrados del mundo de la Tradición cuando éstos nos hablan de la doctrina de Las Cuatro Edades, pues el proceso de decadencia que ésta nos expone no es irreversible ni está impregnado de un fatalismo contra el que nada pueda oponer el Hombre. El maestro italiano le dio una especial relevancia a la idea de que la involución podía ser frenada e incluso eliminada antes de que aconteciera el final de un ciclo cósmico; esto es, antes del ocaso del kali-yuga. Y sostuvo firme y ocurrentemente esta idea porque creía en la libertad absoluta del Hombre. Porque creía que el Hombre -así en mayúscula-, aparte de tener la clara potestad necesaria para conseguir su total Despertar interior, también tenía en sus manos la posibilidad de devolver a sus escindidas y desacralizadas comunidades los atributos y la esencia que siempre fueron propios del Mundo Tradicional. Porque Evola creía, en definitiva, en el Hombre Superior o Absoluto, Señor de sí mismo. Igualmente creía que la pasividad fatalista del hombre podría prolongar el fin de una etapa. Para los tiempos crepusculares Evola barajaba la posibilidad de acelerar el fin del kali-yuga cabalgando el tigre: acelerando los procesos disolventes que se dan en estos tiempos deletéreos.

DESARROLLO

A la pregunta de ¿qué tipo de hombre es el que puede aspirar a su Reintegración interior y a encauzar a su comunidad por el camino de la Tradición?, se debe responder que no es otro que aquél que es capaz de dominarse a sí mismo, de autogobernarse y (echando mano del taoísmo) de ´ser señor de sí mismo´. Sólo el autarca, del que nos había hablado Evola durante los años ´20 del pasado siglo -durante la que ha sido definida como su etapa filosófica (que ya apuntaba claramente hacia su definitiva etapa Tradicionalista)-, sólo, decíamos, el autarca que no depende del otro, de lo otro, del exterior ni del tú porque no hay circunstancia, ni condicionamiento externo a él, que lo pueda mediatizar y hacer dependiente, sólo él puede, tras haber conseguido gobernarse a sí mismo, ser apto para gobernar a su comunidad. Hablamos, en definitiva, del Iniciado: de aquél que se empezó sometiendo a rigurosos, metódicos y arduos ejercicios/prácticas de autocontrol y

descondicionamiento frente a lo exterior (acabamos de hacer alusión a ello) e interno (con respecto a emociones, sentimientos exacerbados, pulsiones e instintos primarios) y que, tras lo cual, ha preparado su alma/mente, en primera instancia, para que sea apta para captar otras realidades (sutiles) que se hallan más allá de las que pueden aprehender los sentidos y para que, más tarde (y tras este último y difícil logro) pueda, asimismo, llegar al Conocimiento de Aquello que se halla más allá, incluso, del mundo sutil y, en definitiva, de cualquier modo de manifestación y que se encuentra, además, en el origen del cosmos. Hablamos, pues, del Conocimiento del Principio Primero o Supremo Eterno, Incondicionado e Indefinible y, hablamos, por otro lado, de la Identificación ontológica del Iniciado con dicho Principio.

El iniciado o (echando mano del léxico budista) Despertado plasmará en sí la Imperturbabilidad del Principio Primero que ha desarrollado en su interior y dicha Imperturbabilidad e Identificación con lo Permanente y Eterno le hará inmune a cualquier tentación hacia lo caduco y superfluo y le hará, por ende, idóneo para dirigir a su comunidad hacia las metas que enfocan hacia lo Alto, Sacro, Estable y Permanente y le alejarán de cualquier veleidad que tienda hacia lo bajo, lo materialista, lo transitorio, lo inestable y lo perecedero.

¿Es posible que se afirme este tipo de Hombre Superior en medio del marasmo vermicular y disoluto por el que discurre el hombre del mundo moderno? ¿Es posible esto en el cenagal de la etapa crepuscular de la Edad oscura –Kali-yuga o Edad de Hierro- por la que atravesamos? El Tradicionalismo, especialmente en boca de Julius Evola, nos responde afirmativamente, aun consciente de lo enormemente complicado que puede resultar. Pero complicado no equivale a imposible. No existe nada imposible para el hombre que se lo proponga. El hombre que opta transitar por las vías de la Tradición no encuentra fatalismos: no encuentra determinismos que no pueda superar.

Para la Tradición el Hombre Absoluto e Integrado no es una quimera, sino, al contrario, una posibilidad que alberga el hombre y que ha pasado de potencia a acto. Si es posible Despertar la semilla de la Eternidad que anida en nuestro fuero es porque la Tradición concibe que somos portadores de ella. Si es posible Espiritualizar nuestra alma, psyché o mens es porque el Espíritu, atman o nous (eso sí, en forma aletargada) también se halla en nosotros gracias a que procedemos, por emanación, del Principio Primero cuya manifestación dio lugar a la formación del cosmos. Somos, pues, portadores de dicho Principio Superior e Imperecedero del que emanamos y tenemos la posibilidad de emprender la tarea heroica de Despertarlo en nuestro interior.

Si el emanacionismo o emanatismo como certidumbre defendida por la Tradición abre las puertas a la consecución del Hombre Reintegrado no ocurre lo mismo con las creencias propias de religiosidades que han de ser enmarcadas en la cuesta abajo propia del mundo moderno. Religiosidades de corte lunar que no conciben el que el

hombre comparta esencia (ni aunque sea en estado quasi larvario que deba ser activada) con el Principio Supremo sino que, por el contrario, afirman que el hombre fue creado (creacionismo) ex nihilo (de la nada) por Dios y que, al no emanar de Él, no comparte nada de Su divinidad. No admiten, por tanto, la Iniciación y la consecuente posibilidad del hombre de transmutarse interiormente (metanoia) y aspirar a Ser Más que hombre: a ser Hombre Trascendente.

Las religiosidades de tipo lunar están por el creacionismo, pues de la misma manera que la luna carece de luz propia y la luminosidad que de ella nos llega no es más que un reflejo de la solar, de la misma manera, decíamos, en este tipo de religiosidad no nos arriba de lo Alto más que un reflejo o aproximación mental que no es otro que el aportado por la única herramienta de encaro del hecho Trascendente que la religiosidad lunar pone al alcance del hombre: la simple fe, la creencia y la devoción. Por lo cual niega la posibilidad de la Gnosis de lo Absoluto y la posibilidad del hombre de llegar a Ser uno con la dicha Trascendencia. Y la niega, repetimos, aduciendo que el hombre no comparte esencia con lo Trascendente y no puede, pues, actualizarlo en sí; aduciéndolo, recuérdese, por sostener que no emana de Él y que en la naturaleza de dicho hombre no se esconde el Espíritu en potencia.

La convicción Tradicional del hombre como portador de Atman o Espíritu hace concebir la esperanza de su Despertar y del heroico cometido de aspirar a culminar la Restauración del Orden Tradicional mediante lo que, etimológicamente, comporta la auténtica Revolución, en el sentido de Re-volvere; esto es, de volver a recuperar la cosmovisión, los principios y los valores que siempre han caracterizado al Mundo Tradicional y que se hallan en las antípodas de la desacralización, del materialismo, del positivismo, del hedonismo, del consumismo y del gregarismo despersonalizado propios de este mundo moderno.

Por el contrario, el hombre concebido por las religiones lunares-creacionistas (aparte de no ser apto para emprender intentos de Restauración de la Tradición) será la antesala de posteriores procesos de decadencia aun mayores, pues al habérsele amputado su dimensión sacro-espiritual se le ha rebajado de nivel ontológico. Ya no podrá entender más sobre lo Trascendente, tal como en la Tradición sí le era posible gracias a lo que él poseía de más que humano; de Sobrehumano, diríamos. Sin Espíritu únicamente le queda el alma, la psyqué o mens para vivir "en orden" con su/s dios/es. Es decir, que ya sólo cuenta con medios meramente humanos para mirar a lo divino y que no son otros que aquéllos que su mente pone a su disposición, a través de la fe y la creencia. Por esto habrá de contentarse con no ser más que un fiel devoto de su/s divinidad/es. E irremediablemente cuando el hombre ha sido obligado a descender a este plano –sin más- humano, cuando la mente ocupa la cúpula en su jerarquía constitutiva, nadie podrá extrañarse que la facultad racional que en ella (en la mente) se halla inmersa se atrofie y pueda dudar de la existencia de cualquier realidad no sensible; como lo es una Realidad Trascendente (más que humana) que no podrá aprehender con sus tan solo humanas herramientas (el

método discursivo, el especulativo,…). Nos hallaremos, pues, en los albores del racionalismo, del posterior relativismo para el que no existen Verdades Absolutas y todo plano de la realidad (aun el Superior) puede ser cuestionado y nos hallaremos asimismo, como consecución lógica posterior, en la antesala del agnosticismo y del materialismo.

Las religiosidades de carácter lunar, propias del mundo moderno, fueron segregando un tipo de hombre inclinado, irremisiblemente, a posturas evasionistas con respecto a la posibilidad de búsqueda del Espíritu y con respecto a la posibilidad de actuar sobre el medio circundante con la intención de modificarlo y, más aun, rectificarlo. Frente a ellas se alza un tipo de Espiritualidad Solar y activa (la Tradicional) para la que el fatalismo no existe y para la que el hombre debe trazar su camino (recordando una adecuada imagen aportada por el mismo Evola) tal cual el río circula por el cauce que él mismo ha socavado.

Si el creacionismo excreta un hiato ontológico insalvable entre Creador y criaturas no debe extrañar que de religiones que a esta convicción se adhieren (como las conocidas como religiones del Libro) surgiera un maniqueísmo que dejó, de manera extrema, sin solución de continuidad a Dios y al hombre y que estimó como creaciones del Mal todo el contenido de la manifestación cósmica. Tal aconteció con excrecencias como el catarismo que despreciaban al cuerpo en particular y al mundo físico en general por considerarlos obras del ángel rebelde y caído (Lucifer) y no, como sí consideró siempre la Tradición, como emanaciones del Principio Primero Inmanifestado. El Mundo Tradicional observó y trató siempre al cuerpo humano como el templo del Espíritu, mientras que, p. ej., el judeocristianismo lo contempló como la mazmorra que impedía la liberación del alma (entiéndase, del Espíritu); asimismo la vida terrenal en la que este encarcelamiento tenía lugar la definió como un valle de lágrimas.

Las también conocidas como Religiones del Desierto no conciben la posibilidad del Retorno de la Tradición gracias al accionar del Hombre, pues para ellas el hombre no atesora semilla divina que poder despertar y poderle, así, hacerle apto para revertir los procesos disolventes por los que pueda atravesar el mundo que le circunda, sino que estas Religiones del Desierto provocan una espera pasiva ante el fin de los tiempos, ante la venida de un Salvador o Mesías o ante la Parusía (la vuelta de Cristo) para que la humanidad pueda ser salvada, suba a los cielos, reciba el premio del Paraíso Terrenal (la Tierra Prometida) o para que acontezca la resurrección de la carne.

En la misma línea –y como fiel reflejo de estas Religiones del Libro- el protestantismo representa una vuelta de tuerca más y un intento de corrección de un catolicismo que había adoptado muchas improntas y posturas de espiritualidades precristianas que se situaban muy en la órbita de la Tradición. El protestantismo afirma que es la fe y no las obras las que permiten la Salvación. De este modo cierra las puertas a

cualquier aspiración a la Transustanciación de la persona mediante la acción interior (Iniciación), pues accionar no es más que obrar.

El catolicismo o helenocristianismo (opuesto al judeocristianismo) se hallaría en una situación de superioridad frente a otra de las Religiones del Libro como lo es el islamismo, ya que el concepto trinitario defendido por el primero reconoce la posibilidad de divinización del hombre (su palingénesis o segundo nacimiento: a la Realidad del Espíritu) al considerar a la divinidad también en su expresión humana de Hijo. Nada de esto ocurre con (en palabras de Marcos Ghio) el árido monoteísmo semita postulado por un Islam en el que la diferencia de esencia entre Dios (Allah) y el hombre es abisal e insalvable y en la que, por este motivo, a éste se le cierran las puertas de su entronización Espiritual y, en consecuencia, de la posibilidad de ser señor de sí mismo y de trazar su destino y el de sus comunidades.

Quizás, también, no estaría de más realizar algún distingo entre los libros vestotestamentarios y los del Nuevo Testamento, pues hay quien afirma que evangelios como el de San Juan contienen vetas de esoterismo; y no hay que olvidar que este último se afana en la búsqueda y Conocimiento de la Verdad (de la Realidad Suprasensible) y en la consecución de un tipo de Hombre Descondicionado y Diferenciado apto, entre otras cosas, para no dejarse arrastrar por las corrientes disolutorias dominantes en el mundo moderno.

En la misma línea acorde con la Tradición se hallarían todas aquellas manifestaciones que en el entorno de la Cristiandad se reflejaron ya en la Saga Artúrica alrededor de un Ciclo del Grial que se prolongó en el Medievo asociado a órdenes ascético-militares como la de unos templarios que practicaban la Iniciación y cuya veta esotérica también fue consustancial a organizaciones como la de los Fieles de Amor (a la que, p. ej., perteneció un Dante) o la de los Rosacruces. Y en la misma línea Tradicional, dentro también del contexto del mundo cristiano, se hallaría el Sacro Imperio Romano Germánico, cuya cúspide jerárquica, en la figura del Emperador, aunaba las funciones sacra y temporal (política) como es propio de cualquier ordenamiento Tradicional en el que, por este motivo, el gobernante también ejerce de Pontifex o ´hacedor de puentes´ entre lo terrestre y lo celestial; entre sus súbditos y la Trascendencia.

Pero no en esta línea Tradicional se hallaría el misticismo cristiano, pues si la Iniciación prepara al adepto para descondicionarlo mediante prácticas y ejercicios metódicos y convertirlo en Hombre Diferenciado que pueda acceder al Conocimiento de lo Absoluto el misticismo, por contra, no lo prepara para ello sino que se detiene en el cumplimiento de la fe, la devoción y la piedad, siendo por ello que con estos medios mentales (y por ello humanos) no podrá acceder nunca a la Gnosis de lo Superior, sino que, a mucho estirar, se tendrá que conformar con recibir de lo Alto (como si se tratase de una especie de dádiva en agradecimiento por la devoción mostrada) una especie de fogonazo cegador que tan sólo le dará una idea poco aproximativa y muy difusa de lo que se halla más allá de la realidad sensitiva. Esto

acontecerá en el mejor de los casos, ya que en muchos de ellos dicho fogonazo no será, en realidad, más que una especie de alucinación provocada en el místico por sus ayunos extremos enajenantes, por la repetición hasta la saciedad -extenuante- de letanías y/o por su actitud mental obsesiva hacia lo divino.

El árido monoteísmo semita al que citábamos más arriba encuentra también fiel reflejo en el judaísmo. Ya hemos hecho alusión párrafos atrás, al mito inmovilizante y fatalista de la resurrección de la carne y del Paraíso Terrenal que sólo acontecerá con la venida del Mesías, pero podríamos reforzar esta ausencia de posibilidad de transustanciación del hombre y de posibilidad de hacer frente a los procesos deletéreos con los que se encuentra, recordando cómo hay muchos judíos ultraortodoxos (como los de la organización Naturei Karta) que consideran al Estado de Israel actual como una impostura que atenta contra sus convicciones religiosas, por cuanto ellos creen que la Tierra Prometida que -más que aproximadamente desde el punto de vista geográfico- se halla en el territorio de dicho Estado sólo les pertenecerá legítimamente tras la venida del Mesías libertador; la cual, obviamente, todavía está por acontecer. No cabe aquí, pues, lucha que llevar a cabo sino la espera pasiva y resignada más absoluta que pueda caber.

Este pasivo dejarse llevar por un movimiento de inercia hacia adelante, esta ausencia de posibilidad de modificar este rumbo no supone más que una especie de caída libre en el vacío que no puede ser cortocircuitada por la acción del hombre y que responde a una cosmovisión de naturaleza lineal, ante la cual se levanta una totalmente disímil que es la propia de la Tradición y que es de orden circular o, como en ocasiones se la ha preferido denominar, de orden esférico.

En su momento hablamos con profundidad de estos dos tipos contrapuestos de manera de concebir la vida y la existencia: la lineal propia del mundo moderno y la circular propia del Tradicional [7]. No vamos, pues, a extendernos en este capítulo ya por nosotros trabajado. Tan sólo vamos a apuntar que la cosmovisión lineal no sólo atañe al hecho religioso (de carácter lunar y pasivo) sino también a las excrecencias que ha originado su secularización. Así pues el liberalismo apunta a un camino marcado por una suerte de fatalismo, irremisible como tal y "superior" a las potencialidades del hombre, que está marcado por el progreso continuo (progresismo) y conducirá a una suerte de paraíso terreno atestado de bienes de consumo inacabables, de abundancia ilimitada y, por tanto, de total "felicidad" (vacuna, añadimos nosotros). Y en la misma línea el marxismo trazó otra línea inalterable que conduciría al ideal del comunismo y de su sociedad sin clases sociales y sin superestructuras de ningún tipo: ni Estados, ni ejércitos,…

Ya en su momento hemos apuntado el porqué en lugar de hablarse de cosmovisión cíclica, como propia de la Tradición, en ocasiones se ha preferido hablar de cosmovisión esférica, ya que en una esfera se pueden trazar infinidad de

[7] Consúltese nuestro escrito "Cosmovisiones cíclicas y cosmovisiones lineales".

circunferencias que corresponderían a las diversas concretizaciones que el hombre (haciendo uso de su libertad y poder de trazar su destino) puede hacer de las cuatro edades de las que, según diferentes textos Sapienciales Tradicionales, consta un ciclo cósmico humano.

Igualmente en otras ocasiones [8] hemos señalado la posibilidad que tiene el hombre de provocar una especie de cortocircuito en la dinámica propia de la sucesión de las cuatro edades (de Oro, de Plata, de Bronce y de Hierro), poniendo freno al proceso involutivo en lo que la Tradición ha denominado como Ciclos Heroicos, que suponen la Restauración de la Tradición Primordial (Edad de Oro perdida).

De hecho el hombre, haciendo buen uso de la libertad que posee en el sentido de poder marcar su propio camino superando determinismos y condicionantes que pueden parecer fatalmente insalvables, el hombre, decíamos, tiene en sus manos el que el final de la etapa crepuscular del Kali-yuga o Edad de Hierro, porque atraviesa, acontezca antes y, dé, en consecuencia, paso, a una nueva Edad de Oro o Satya-yuga dentro de un nuevo ciclo humano o manvântara o, por el contrario, el que (como consecuencia de posturas pasivas, conformistas, alienadas o marcadas por determinismos varios) dicho final pueda prolongarse más allá de lo que las dinámicas cósmicas podrían hacer indicar.

Pocos como Evola nos han hecho con más nitidez ver cuál es el camino más apropiado para que el hombre sea capaz de llegar a su Integralidad y emprender, después, la tarea de Reconstrucción Tradicional de su derrumbadas sociedades. Este camino, nos dice el maestro italiano, no es otro que el de la vía de la acción, ya sea ésta interna, buscando el desapego y transformación interiores, o ya sea externa, luchando por intentar demoler el deletéreo edificio en ruinas en el que vivimos, con el objetivo de construir, en su lugar, un Orden cimentado en valores imperecederos y en principios inmutables.

Es acción interior lo que se precisa a lo largo de todos estos procesos conocidos con el nombre de Iniciación. El ascesis no es otra cosa que ejercicio interno. La necesaria e imprescindible práctica interior es, en definitiva, acción. Y es por todo esto por lo que la vía más apropiada para completar el arduo y metódico proceso iniciático es, repetimos, aquella conocida como ´vía de la acción´ o ´vía del guerrero´ o shatriya.

Las sociedades Tradicionales estaban constituidas, en su organización jerarquizada, por una élite sacro-guerrero-dirigente, bajo la cual se hallaba la casta guerrera y por debajo de la cual se situaban los estamentos cuya actividad vocacional tenía su eje en las actividades económico-productivas (comerciantes y maestros de talleres, por un lado, y mano de obra por el otro). Con la degradación sufrida en los estertores del Mundo Tradicional las funciones regia o dirigente y sacra se escinden y ya no estarán representadas por aquella élite; dándose paso, por ello, ya en el seno del

[8] "Los ciclos heroicos. Las doctrinas de las cuatro edades y de la regresión de las castas y la libertad en Evola"

mundo moderno, a sociedades divididas en las siguientes castas –no representativas del Mundo Tradicional-: brahmanes o sacerdotes, shatriyas o guerreros, viashias o mercaderes y sudras o mano de obra.

En tal estado de cosas la casta a la cual le resulta consustancial la vía de la acción es la más capacitada para emprender la gesta heroica de Restauración de la Tradición. Y así ocurrió a lo largo de las edades que sucedieron al Mundo de la Tradición Primordial o Edad de oro (Satya o Krita-yuga): así ocurrió, pues, en diferentes períodos -Ciclos Heroicos- de la Edad de Plata o Treta-yuga, de la Edad de Bronce o Dvâpara-yuga y de la Edad de Hierro o kali-yuga. Ciclos Heroicos como los protagonizados por héroes como aquéllos que nos refiere la mitología griega al hablarnos de unos Heracles, Aquiles, Ulises o Perseo que se elevan desde su condición de guerreros a la de la Inmortalidad (o, para hablar con más propiedad, Eternidad) a la que les ha llevado, sin duda, un proceso de transustanciación interior. Las polis en que ellos reinen recibirán la impronta sagrada de estos reyes sacros y volverán -aunque sea por un tiempo- a la Edad de Oro perdida: así en la Ítaca de Ulises o en la Atenas de Perseo.

Igual Ciclo Heroico ocurre en buena parte del discurrir de la Antigua Roma, muestra de lo cual es la unión en una misma persona de aquellas dos funciones o atributos que en el Mundo de la Tradición siempre había estado aunados, no sólo en una única persona sino también en la aristocracia a la que aquélla pertenecía; así, la función sagrada (Pontifex) y la función dirigente (como Imperator o jefe de los ejércitos y como Princeps o principal rector político) se unifican en la figura de los emperadores romanos. Su carácter sacro se hace patente por la condición de Iniciados en diferentes ritos -como los de Eleusis o de Mitra- que tuvieron muchos de los emperadores de la Antigua Roma, tales como Octavio Augusto, Tiberio, Marco Aurelio o Juliano.

También, con anterioridad a estos párrafos, hemos mencionado otros Ciclos Heroicos que igualmente se suceden en los momentos menos propicios (Edad de Hierro o, acorde con la ciclología mítica nórdica, Edad del Lobo) para enfrentar una tarea de Revolución (recuérdese: de re-volvere) Tradicional. Ciclos Heroicos como los que rodean la Saga Artúrica y el misterio del Grial o como el que representa el Sacro Imperio Romano Germánico en buena parte de la Edad Media. En este último caso el Emperador es un Ser Iniciado y así lo explicarían, entre otras evidencias, los poderes taumatúrgicos que poseía y que representarían una consecuencia sutil de su condición Sobrenatural. Además se trata de una figura que aúna el poder sacro y el temporal como sucedía en la Edad de Oro. El poder religioso del Papado, en esta etapa, se halla por debajo del sacro ostentado por el Emperador y así quedaba reflejado en la ceremonia de coronación de los Emperadores oficiada por los Papas y que sellaba el reconocimiento, por parte de éstos, de la superior competencia Espiritual del Emperador. En ocasiones algunos emperadores retrasaron en años dicha ceremonia o murieron sin que ella se hubiera realizado y esto aconteció como

síntoma de que el Emperador no necesitaba de la acción papal para que su legitimidad fuera reconocida.

Cuando el Papado se negó a reconocer la superioridad Espiritual del Emperador se iniciaron, a raíz de las Querellas de las Investiduras, las guerras entre gibelinos y güelfos. Los primeros reconocían dicha Superior legitimidad del Emperador y los segundos eran partidarios de desposeer al Emperador de su competencia sacra y otorgársela en exclusiva al Papa. El que en una época poco propicia (avanzando el Kali-yuga) estas querellas se fueran decantando del lado güelfo-papal no resulta extraño. La consecuencia de ello es doble: por un lado se desacraliza paulatinamente el poder temporal (representado por el Emperador) y, por ende, poco a poco se desacraliza la misma sociedad y por otro lado se empieza a atomizar Europa en repúblicas (como las italianas) y en reinos que irán dando al traste con cualquier tipo de aspiración unitaria Transnacional (el Imperium) basada en principios Superiores y que tiene la función de representar en la Tierra (el microcosmos) el Ordo reinante en el macrocosmos. [9]

Los Ciclos Heroicos relacionados son un ejemplo más que representativo de la posibilidad real que el hombre posee de trazar su rumbo al margen de las adversidades que pueda encontrar en su periplo vital, destruyéndose, así, cualquier visión del mundo y de la existencia marcada por el fatalismo.

El Héroe, pues, no puede surgir -contrariamente a la opinión de algunos autores tradicionalistas- a partir de la casta sacerdotal o brahmana sino de la guerrera o shatriya, pues con la simple fe (actitud pasiva) del sacerdote es imposible operar transmutaciones en el interior del hombre, pero, en cambio, a través de la vía activa consustancial al guerrero sí es más factible pensar en procesos internos (que deben ser activos) de Liberación Espiritual del hombre.

La primera tarea (la interior) que debe, pues, emprender el hombre es la que puede llevarle a Ser Hombre Diferenciado y Absoluto gracias al Despertar, en su fuero interno, de esa Trascendencia pura e Imperecedera de la que la esencia humana no es ajena. Y para ese fin hay que empezar por derrotar a aquellas fuerzas (tamas, echando mano del tantrismo) que, desplegadas en el mundo manifestado, arrastran hacia lo bajo, hacia lo primario, lo pulsional y lo pasional.

Recalquemos que el Héroe es un Iniciado y que, por tanto, si en el terreno del hecho Trascendente se destierra la Iniciación sólo queda la perspectiva religiosa. Sólo quedan, pues, la fe y las creencias en que todos los píos, creyentes, devotos y cumplidores de una serie de dogmas y preceptos religioso-morales (establecidos pensando en las posibilidades de cumplimiento de la mayoría de los mortales) alcanzarán la salvación, en una suerte de democratismo espiritual marcado por la accesibilidad de la masa a la vida celestial, cuando, por el contrario, el Despertar al

[9] Esta idea del Imperium fue desarrollada en nuestro ensayo "El Imperium a la luz de la Tradición"

que va asociada la Iniciación es un logro que sólo una minoría apta y voluntariosa puede alcanzar. Según la perspectiva religiosa no cabe acción transfiguradora interior y la consecuencia de esto es la promoción de un evasionismo en el plano de lo interno que, por lógica consecuencia, acabará afectando al plano externo del individuo conduciéndole a la inacción exterior y a su pasividad ante la posibilidad de cambiar los signos deletéreos de los tiempos.

Hemos ya indicado el porqué, con Evola, sostenemos que debe ser a través del guerrero -y de su arquetipo- mediante quien se pueden operar los actos heroicos Reintegradores. Y lo hemos sostenido negándole esta posibilidad a la figura sacerdotal. Un signo más de esta no aptitud del brahmana para la transustanciación interna vendría dado por un dato básico que ilegitimiza su misma existencia social y que, sencillamente, es el de que esta casta no existía en el Mundo Tradicional sino que su aparición viene directamente ligada con los procesos involutivos que desembocaron en el mundo moderno, al separarse las funciones espiritual y temporal que antes estaban encarnadas por la aristocracia sacro-guerrera-dirigente. Podemos comprobar cómo en civilizaciones como la de la China o el Japón Tradicionales no existía casta sacerdotal o cómo en la antigua Roma tampoco. En ésta los ritos sacros eran oficiados por la élite de un patriciado cuya función dirigente y guerrera también le eran propias; así lo vemos, p. ej., en un Julio César como flamen dialis u oficiante de los ritos sacros consagrados al dios Júpiter. También "en la antigua India aparecen, como proceso involutivo, los brahmanes (a partir de los purohitas, que eran sacerdotes que dependían del rey sacro y cuyo origen hay que buscarlo en cultos dravídicos anteriores a las invasiones de pueblos indoeuropeos) y se convierten en casta dominante. Casta, por tanto, inexistente en el mundo Tradicional, en cuya pirámide social encontramos en primer lugar, en su cúspide, la casta regioguerrera y aristocrática de atributos sagrados, en segundo lugar, por debajo de ella, la guerrera propiamente dicha y en tercer puesto, en su base, la de todos aquellos que se dedican a actividades de tipo económico: comerciantes, artesanos, agricultores, campesinos,…" [10]

En la misma línea señalábamos en su día que "…Sin duda las formas espirituales precristianas –el mal llamado paganismo- habían entrado, desde hacía ya tiempo, en un proceso de decadencia que, por ejemplo, en buena parte del mundo celta había dado pie a la aparición y hegemonía de la casta sacerdotal de los druidas. La irrupción de esta casta coincide con una cierta deriva matriarcal en el seno de muchos pueblos celtas. Antes de darse este declive, el patriarcado del mundo celta corría paralelo al hecho de que los ritos sagrados eran ejercidos por la aristocracia dirigente." [11]

Por estas razones si nos colocásemos en la problemática que se vivió en el Medievo y que llevó a los enfrentamientos entre gibelinos y güelfos o a la eliminación de la

[10] Aparecido en nuestro ensayo "Jerarquía y trifuncionalidad".
[11] Ídem.

Orden del Temple (que se selló, definitivamente, con la quema en la hoguera de su último Gran Maestre Jacques de Molay, en 1.314, en la îlle des juifs del río Sena, en París) por decisión de unas jerarquías eclesiásticas (personificadas en la figura de Clemente V) que abominaban de todo lo que fuera esoterismo e Iniciación y por decisión, asimismo, de un Estado francés (en la figura de Felipe el hermoso) que quería asentar su poder en forma omnímoda y opuesta a cualquier ideal Imperial como el del Sacro Imperio Romano Germánico al cual los templarios siempre habían apoyado, si nos colocásemos, decíamos, en tal problemática y la enfocáramos desde el punto de vista Tradicional, aplicado a la estructuración social que debe tener cualquier sociedad Tradicional que se precie de ser tal, deberíamos situar en la legítima cúspide de la pirámide social al Emperador y a la élite sacroguerrera que representarían órdenes ascético-militares como la de los templarios. Bajo este primer estamento se hallaría el meramente guerrero y por último el económico-productivo. Siendo de esta manera no cabe, pues, el Papado en un ordenamiento Tradicional ni caben los eclesiásticos (cardenales, arzobispos, obispos, monjes, sacerdotes,…) por representar, todos ellos, un tipo de religiosidad lunar y pasiva.

La adecuada interpretación de la Tradición es la que debería llevar a las certidumbres que estamos sosteniendo. Y las sostenemos por haber visto en Evola el más adecuado intérprete de los parámetros esenciales en que sustenta el Mundo Tradición. Así, p. ej., lo supo también ver un encriptado grupo de personas que allá por los años ´70 de la pasada centuria redactaron una serie de interesantes escritos que bebían del legado Tradicional transmitido por Julius Evola. Se dieron a conocer como los dioscuros (así eran conocidos los hermanos Cástor y Pólux de los que nos habla la mitología griega) y nos dejaron sentencias y reflexiones muy ilustrativas al respecto de las ideas que pretendemos transmitir con el presente trabajo. Algunas de estas sentencias y reflexiones las relacionamos a continuación:

"…ni se llegue a un compromiso consigo mismos fingiendo encerrarse en una torre de marfil en la cual se espera el último derrumbe, el dicho justo sea en vez ´si cae el mundo un Nuevo Orden ya está listo´".

"´Existe quien no tiene armas, pero el que las tiene que combata. No hay un Dios que combata por aquellos que no están en armas´. Tal es la invitación a la lucha dirigida por el maestro pagano Plotino".

"Sólo del hombre y exclusivamente de él dependerán las elecciones futuras".

"No hay justificación o comprensión, sino inexorable condena hacia aquellos que, teniendo las posibilidades no combaten y que por inercia se dejan abandonar en forma masoquista a un perezoso fatalismo".

"Preparar silenciosamente las escuadras de los combatientes del espíritu para que, si y cuando los tiempos se tornen favorables, este tipo de civilización pueda ser destruida en sus raíces y ser sustituida con una civilización normal. Recordando

siempre al respecto que los tiempos pueden ser convertidos en favorables y que el hombre es el artífice del propio destino".

"No existe una condición externa en la cual no se pueda sin embargo estar activos por sí y para los otros".

"Ha habido una indulgencia en femeninas perezas permaneciendo en la espera de lo que debe acontecer, casi como si se tratara de un buen espectáculo televisivo en el cual el espectador no está directamente implicado".

"La espera pasiva y mesiánica no pertenece al alma occidental".

"Verdad tradicional que justamente en la edad oscura son preparadas las semillas de las cuales surgirá el Árbol del ciclo áureo futuro, por lo que nunca, ni siquiera en la época férrea, la acción tradicional se perderá"

"El prejuicio materialista remite las causas de los acontecimientos únicamente a fenómenos de carácter natural. A tal obtusa concepción nosotros oponemos resueltamente la enseñanza según la cual cada pensamiento viviente es un mundo en preparación y cada acto real es un pensamiento manifestado".

"Nosotros encendemos tal llama, en conformidad con el precepto ariya de que sea hecho lo que debe ser hecho, con espíritu clásico que no se abandona ni a vana esperanza ni a tétrico descorazonamiento." [12]

El hombre de alma pasiva y mesiánica (del que hablaban los dioscuros) aceptará con bíblica resignación el destino que le ha impuesto su dios y, a diferencia del Héroe Solar, nunca pensará en rebelarse contra sistemas políticos antitradicionales, injustos, alienantes y explotadores.

El Hombre de la Tradición, por contra, más que amilanarse por la tremenda dificultad de encontrar el Norte que supone el vivir en la etapa crepuscular de la Edad Sombría o Kali-yuga, más que amilanarse verá en ello una oportunidad de arribar más Alto que, tal vez, donde hubiera podido llegar en otras edades no tan abisales del discurrir del hombre por la existencia terrena, pues al encontrarse en las ciénagas más espesas necesita de un mayor impulso para salir de ellas y este mayor impulso le puede catapultar mucho más Arriba: a la actualización del Principio Eterno que aletarga en su fuero interno.

La Tradición concibe que el Hombre Diferenciado puede entrar en las moradas celestiales dando una patada en las puertas del Cielo, sin complejos de inferioridad, mirando cara a cara a la divinidad, de tú a tú. Y, más aun, puede aspirar a superar

---

[12] Pueden leerse estas reflexiones y sentencias, y otras más, en los volúmenes 1, 2 y 3 de "La magia como ciencia del Espíritu", editados por Ediciones Heracles en 1.996.

la esencia de los mismos dioses o numens (como parte de la manifestación que éstos son) para pasar a Ser uno con el Principio Primero que se halla por encima y más allá del mundo manifestado.

En contraste con el Héroe Olímpico que nunca supo ni sabe de complejos de inferioridad ni de ineptitudes cuando miraba y mira a la Trascendencia encontramos al hombrecillo producto del mundo moderno alicorto e incapaz de arribar al Despertar a la Realidad Metafísica. Hombrecillo al que, p. ej., ya vemos cómo en la antigua Roma los Libros Sibilinos [13] obligan a practicar la genuflexión dentro del contexto representado por el alejamiento del mundo romano con respecto al Ciclo Heroico que le fue propio.

Hemos tratado en otro lugar de la Doctrina de las Cuatro Edades [14] y de la posibilidad heroica de ponerle freno a la espiral desintegradora e involutiva que ella nos explica. Autores como René Guénon nos han hablado [15], a partir del estudio de los textos Sapienciales del hinduismo, de la duración de cada una de las cuatro edades de que consta un Manvântara o ´ciclo de humanidad´, diciéndonos que la Edad de Oro, Satya-yuga o Krita-yuga tiene una duración de 25.920 años, la Edad de Plata o Trêta-yuga 19.920, la Edad de Bronce o Dvâpara-yuga 12.960 y la Edad de Hierro, del Lobo o kali-yuga 6.480. Igualmente afirma el Tradicionalista francés que nos hallamos en una fase avanzada del kali-yuga. Nótese que la duración de cada edad sigue una proporción de 4, 3, 2, 1, lo cual nos hace comprender que cada edad dura menos que la anterior en cuanto comporta un mayor nivel de decadencia, tal cual acontece con la bola de nieve que a medida que va bajando por la pendiente de la montaña se va haciendo mayor al igual que la velocidad que va tomando: su aceleración acaba resultando ciertamente vertiginosa. Si la Edad de Oro equivale al Mundo de la Tradición Primordial y puede ser calificada como la Edad del Ser y de la Estabilidad (de ahí su mayor duración) las restantes edades comportan la irrupción de un mundo moderno que puede, a su vez, ser denominado como mundo del devenir y del cambio (de ahí la cada vez menor duración de sus sucesivas edades). En verdad, no en balde, se puede constatar que en los últimos 50 años la vida y las costumbres han cambiado mucho más de lo que habían cambiado en los 500 años anteriores. Los traumáticos conflictos generacionales que se sufren, hoy en día, entre padres e hijos no se habían dado nunca en épocas anteriores (al menos con esta intensidad) debido a que los cambios en gustos, aficiones, hábitos y costumbres se sucedían con más lentitud. Los cambios bruscos, frenéticos y continuos propios de nuestros tiempos han dado lugar a lo que Evola definió como el hombre fugaz.

---

[13] Para una profundización mayor en la problemática que la aparición de los Libros Sibilinos supuso en la antigua Roma se puede consultar el capítulo titulado "Los Libros Sibilinos" que forma parte de nuestro escrito "Evola y el judaísmo (Segunda parte)

[14] "Los ciclos heroicos. Las doctrinas de las cuatro edades y de la regresión de las castas y la libertad en Evola". Op. cit.

[15] "Algunas observaciones sobre la doctrina de los ciclos cósmicos", artículo de René Guénon editado por Ediciones Obelisco en 1.984, junto a otros textos, dentro del volumen "Formas tradicionales y ciclos cósmicos".

Hombre fugaz que es el propio de la fase crepuscular por la que atraviesa la presente Edad de Hierro, caracterizada (esta fase) no ya por la hegemonía del Tercer ni del Cuarto Estado o casta (léase burguesía y proletariado) sino por la del que, con sagacidad premonitaria, Evola había previsto, pese a no haber vivido, como preponderancia del Quinto Estado o del financiero o especulador propio del presente mundo globalizado, gregario y sin referentes de ningún tipo. Este sujeto hegemónico en el Quinto Estado equivaldría al paria de las sociedades hindúes que no es más que aquél que ha sido infiel, innoble y disgresor para con su casta y ha sido expulsado del Sistema de Castas para convertirse en alguien descastado y sin tradición ni referentes. El hombre fugaz no se siente jamás satisfecho, vive en continua inquietud y convulsión. Su vacío existencial es inmenso y nada le llena. Intenta distraer dicho vacío con superficialidades, por ello su principal objetivo es poseer, tener y consumir compulsivamente. Cuando consigue poseer algo enseguida se siente insatisfecho porque ansía poseer otra cosa diferente, de más valor económico o de mayor apariencia para así poder impresionar a los demás. Y es que el mundo moderno es el mundo del tener y aparentar, en oposición del Mundo Tradicional que lo es del Ser. Este hombre fugaz se mueve por el aquí y ahora, pues lo que desea lo desea inmediatamente, no puede esperar. Su agitación no le permite pensar en el mañana.

El politólogo Samuel Huntington habló del fin de las ideologías (la llamada postmodernidad), bien que pensando que con el fin del comunismo en el poder, escenificado con la Caída del Muro de Berlín, se rendía el orbe a las excelencias del capitalismo liberal. Aunque más bien el mundo caía en manos de los caprichos del capitalismo financiero, alma de la globalización. Las ideologías que surgieron como consecuencia de los efectos nefastos que acarreó la Revolución Francesa habían quedado relegadas a un muy segundo lugar. Un cierto altruismo que aún conservaban los adalides del liberalismo y del marxismo cuando más que pensar en sus satisfacciones personales pensaban en un futuro (al que más que probablemente ellos no llegarían a conocer) de paraíso liberal (con provisión ilimitada de bienes de consumo) o comunista (con el triunfo definitivo del proletariado y la desaparición de cualquier superestructura), ese cierto altruismo, decíamos, quedaba defenestrado con el fin de las ideologías y el advenimiento del Quinto Estado con la hegemonía del hombre fugaz egoísta e individualista por antonomasia. 1[16]

Ante este desolador panorama actual sin duda resulta más difícil derrotar a los fantasmas del fatalismo e insuflar la convicción de que se puede voltear semejante emponzoñado estado de cosas.

Un cierto determinismo expele el posicionamiento de quienes interpretando los datos aportados por Guénon se han aventurado a datar los inicios y finales de cada una de las Cuatro Edades de que consta un manvântara. Así tenemos que se ha escrito

---

[16] Para un mejor entendimiento de la Doctrina de la Regresión de las Castas volvemos a remitirnos a nuestro artículo "Los ciclos heroicos. Las doctrinas de las cuatro edades y de la regresión de las castas y la libertad en Evola".

que la Edad de Oro habría empezado el año 62.800 a. C. para acabar el 36.880 a. C. La Edad de Plata habría, lógicamente, comenzado con el fin de la anterior y se habría alargado hasta el año 17.440 a. C. Tras acabar ésta se habría dado paso a una Edad de Bronce que habría concluido en el 4.480 a C. Finalmente este último año sería cuando se habría iniciado la actual Edad de Hierro; la cual concluiría el año 2.000 d. C…

En otros sitios se puede observar cierta variación en cuanto a la datación de las Cuatro Edades, situando el comienzo del Kali-yuga el año 3.012 a. C., su mitad el año 582 a. C., el inicio de su crepúsculo el año 1.939 d. C. y en el 2.442 d. C. el final de la Edad de kali (esa especie de demonio de piel oscura de la que nos habla el Bhagavad Purana) o de la que ya los textos Sacros de la Tradición hinduista denominaron era de la riña y de la hipocresía.

Contrariamente a Guénon, Evola nunca habló de la duración de cada yuga o edad, porque para el gran intérprete romano (aunque siciliano de nacimiento) de la Tradición ello suponía un cierto tic fatalista de no poca consideración. Datar el año exacto de inicio y fin de una Edad comporta no creer en que el hombre, si se lo propone, puede convertirse en protagonista de su andadura existencial y de la andadura de sus comunidades. Pues el hombre es libre para Despertar al igual que lo es para condenarse. Sin duda la duración de cada yuga que hemos visto, párrafos atrás, en Guénon anda en relación directa con las dinámicas propias de las fuerzas sutiles que forman el entramado del Cosmos y que pueden adoptar un cariz disolvente para el hombre o, por contra, reintegrador de su Unidad perdida. De estas dinámicas nos habla el I Ching o Libro de las Mutaciones y entiende, asimismo, una deriva del mismo cual es el Tao-tê-king de Lao-tsé. Según estas enseñanzas aportadas por ambas fuentes Tradicionales de Ciencia Sagrada llega un momento en el que la expansión de ciertas fuerzas catagógicas o alienantes llega a tal punto que deberá detenerse, para después retroceder y dejar que el espacio que habían ocupado pase a ser enseñoreado por fuerzas de índole anagógica o Elevadora. Se habría, de esta manera, puesto punto y final al kali-yuga para dar paso a otro nuevo ciclo humano o manvântara con el inicio de una nueva Edad de Oro o Satya-yuga (Edad de Sat -Ser, en sánscrito). Sin duda en la mentalidad de Evola datar con exactitud cuándo estos cambios cósmicos acontecen significaba anular el protagonismo y la libertad del hombre a la hora de trazar el cauce de su andadura. Para el maestro italiano se trataba de aprovechar los estertores del predominio de las fuerzas catagógicas para ponerle fin a su hegemonía cuanto antes mejor. Y se trataba, asimismo, de acabar con la pasividad fatalista del hombre moderno con el objeto de que dichos estertores no se alargaran más allá de lo que los textos Tradicionales habían calculado (sin duda, de modo aproximativo). Por otro lado, volvemos a reincidir en el tema clave de este ensayo en el sentido de que incluso en pleno auge hegemónico de fuerzas disolventes el hombre no debe renunciar a la gesta Heroica de Reconstituir en sí mismo la Unidad perdida y de Restaurar el Ordo Tradicional (sea, eso es otro cantar, de manera más o menos duradera).

En una de las dataciones que hemos aportado hemos indicado que la mitad de la Edad de Hierro tendría lugar el año 582 a. C. Vamos a aprovechar esta fecha por tratarse de un s. VI a. C. sobre el que Guénon vertió una serie de reflexiones dignas de comentar. Para éste, no obstante, la mitad del kali-yuga había acaecido antes. Se queja el Tradicionalista francés 12[17] de las conclusiones vertidas por la historiografía al uso por haber catalogado como de oscurantista todo lo acontecido antes de ese siglo y porque dicha historiografía oficial hace comenzar en el transcurso de dicha centuria la etapa de "civilización" del mundo clásico cuando, en cambio, según su parecer (el de Guénon) existe una continuidad con los siglos anteriores y más concretamente con las vetas de Tradición que aún existían. Así pues, para él la aparición del pitagorismo en aquel siglo, en Grecia, no supone ningún punto de inflexión en ningún sentido sino que representa una readaptación del orfismo. La irrupción del segundo Zaratrusta (este nombre equivaldría más a una función que a una persona) en Persia también supondría una adecuación del mazdeísmo. La elaboración del Confucionismo (siempre durante el mismo siglo) en China sería el aporte ideal de códigos sociales y éticos destinados a una mayoría no apta para aprehender las Verdades Metafísicas que ofrecía el taoísmo para una minoría metafísicamente apta. Sí, como primera excepción a lo dicho, contempla Guénon un punto de inflexión en la aparición de la filosofía en Grecia, pues a su loable motivo de aparición (inscrito etimológicamente en el mismo vocablo filosofía: amor a la sabiduría) le sucede la problemática de la adopción de herramientas humanas (los métodos especulativo y discursivo) para intentar comprender Realidades Suprahumanas como lo son las Realidades Metafísicas [18]; sin obviar la deriva posterior que, en cuanto a los fines de sus elucubraciones, protagonizaron muchos filósofos y muchas escuelas filosóficas (cada vez en mayor número a medida que discurría el tiempo). Y como segunda excepción considera Guénon que la aparición del budismo en el s. VI a. C. supone una caída con respecto al hinduismo imperante en la India, pues opina que el budismo estaría atentando contra la jerarquía consustancial a cualquier sociedad Tradicional al abrírsele la posibilidad de acceso a la Realidad Absoluta a cualquier hombre, independientemente de la casta a la que pertenezca, que tenga la aptitud y la voluntad para intentarlo; además de sopesar como de antitradicional el que quien sigue la vía del budismo abandona su pertenencia social a la casta en la que nació. Para Guénon, con toda seguridad, sólo el brahman o sacerdote podría aspirar al acceso al Plano de la Trascendencia. Para Guénon, tengámoslo en cuenta, sólo el brahman puede Restaurar la Tradición perdida.

Contrariamente a lo expuesto por Guénon, Evola no considera la aparición del budismo como un punto de involución con respecto al hinduismo sino como un punto de superación con respecto a un hinduismo que había caído en un ritualismo vacío

[17] "La crisis del mundo moderno". Capítulo I: "La Edad de sombra". Editorial Obelisco. 1ª edición de 1.982 y 2ª edición de 1.988.

[18] Este tema fue estudiado en nuestro redactado "Ciencia sacra y conocimiento".

y le había dado la espalda al esoterismo. El budismo, además, es fundado por Gautama Siddharta: un shatriya miembro de uno de los linajes guerreros más tradicionalmente valerosos de la India (Shankya). Para Evola, la formulación del budismo constituye, pues, un acto Heroico protagonizado por alguien perteneciente a la única casta capaz de emprender gestas de Reconstitución de la Tradición. Para Evola el budismo no atenta contra la jerarquización social Tradicional y no lo hace por dos motivos: uno, porque la estratificación social de la India de entonces no se puede definir como de Tradicional, ya que las funciones sacra y guerrero-dirigente se hallan divididas entre brahmanes (que profesan, además, un tipo de religiosidad lunar) y shatriyas y no se encuentran, como correspondería a un Ordenamiento Tradicional, encarnadas en una misma élite. Y el otro motivo por el que el budismo, en opinión de Evola, no atenta contra la jerarquización social del Mundo Tradicional es que para el Hombre Superior -y tan solo para este tipo de Hombre- no deben existir normas, morales ni reglamentos (entre ellos los que exige cumplir una casta para con sus miembros) que puedan ejercer el papel de cortapisas y obstáculos para aquél que pretende elevarse más allá de su condición humana con el fin de acceder a una de tipo Suprahumano. Sí, en cambio -como no podía ser de otro modo- en el parecer de Evola el resto de personas (que no tienen la capacidad y/o la voluntad de encarar la praxis de las Realidades Suprasensibles) debe someterse al sistema Tradicional estamental que ayudará a gobernar sus vidas, ya que estas personas no son capaces de llegar a autogobernarse; a ser señores de sí mismos.

Si el Hombre de la Tradición es un Hombre que no conoce de fatalismos paralizantes huelga comentar que tampoco concibe de la existencia de determinismos inmovilizantes con respecto a la aspiración de emprender cualquier empresa Superior:

-Ni determinismos de casta, por más que los miembros de unas (guerreros) sean más propicios para emprender actos Heroicos que los de las restantes o resulten más aptos para llegar a estados de conciencia más sutiles de la Realidad Suprasensible; o para llegar, incluso, más allá de cualquier Realidad sutil.

-Ni determinismos históricos (el determinismo histórico que, de acuerdo a los postulados del materialismo dialéctico, postula que la historia se hace a sí misma: tesis más antítesis= nueva tesis; o igual a cambios y nueva etapa histórica). El historicismo considera al hombre como sujeto pasivo, sin posibilidad de escribir la historia por sí mismo; sin posibilidad de hacer historia. Ésta última sería algo así como una entidad con vida autónoma cuyas nuevas manifestaciones no serían más que la consecuencia de su misma dinámica interna y en las cuales el ser humano no tendría ningún papel activo. La dinámica económica, social, cultural y política de un período dado serían la lógica, fatal, e inevitable, consecuencia de la que aconteció en la etapa anterior.

-Ni determinismos religiosos concretados en un dios omnipotente que hace y deshace a su antojo y sin que, fatalmente, el hombre-criaturilla pueda hacer nada para marcar su propio rumbo.

-Ni determinismos ambiental-educativos que condicionen totalmente el camino a elegir y a seguir por el hombre.

-Ni determinismos cósmicos en la forma de un Destino que todo lo tiene irremisiblemente programado de antemano.

Y que para el Hombre Verdadero no existen determinismos cósmicos se cerciora si se tiene presente el que todas las doctrinas Sapienciales nos hablan de fuerzas (o numens) que interactúan armónicamente en el Cosmos. La dinámica de estas fuerzas cósmicas influye en la existencia de los hombres y en el devenir de los acontecimientos, pero no de manera fatalista e insoslayable. El Mundo Tradicional ofició, siempre, ritos sagrados que hacían posible el conocimiento de cuáles eran las dinámicas que, en un momento determinado, seguían o seguirían dichas fuerzas cósmicas, pero también ofició sacrificios (oficios o ritos sacros) que tenían como objetivo el poder influir –a favor propio- sobre estos numens para hacerlos propicios en momentos en que podían no serlos para los intereses personales o de la comunidad. Es por lo cual que con estos sacrificios el hombre podía labrarse su propio destino operando sobre determinadas dinámicas cósmicas que, en ciertos momentos, no les eran favorables.

Evola sabía que dichas dinámicas influían en el hombre (que comparte fuerzas sutiles con el Cosmos), pero también era consciente de que influir no significa fijar ni significa determinar irremisiblemente. Además, hay siempre que tener presente que el que ha elegido con éxito la vía de la transustanciación interior vence todas estas influencias porque se encuentra por encima de cualquier numen o fuerza cósmica: se halla por encima de cualquier atisbo (por muy sutil que éste sea) del mundo manifestado porque ha realizado en sí la Gran Liberación y el total descondicionamiento.

El Héroe se niega a ser arrastrado por la corriente porque está convencido de que nada puede a su voluntad y de que, por tanto, puede sobreponerse al accionar de las leyes cósmicas. Está convencido de que la libertad que ha conseguido en su interior (su descondicionamiento con respecto a cualquier atadura y determinismo) le ha hecho invulnerable a estas leyes cósmicas, a estos numens; en definitiva, al Destino.

El mundo nouménico constituido por todo un entramado de fuerzas sutiles explica la armonía y el dinamismo del cosmos. Y en consonancia y en armonía con ese mundo nouménico es como deben estar dinamizadas las fuerzas sutiles del ser humano, ya que si éstas no están armonizadas con sus análogas del resto del cosmos discurrirán a tal fuerte contracorriente que acabarán por desarmonizarse

también entre ellas mismas (en nuestro interior). De aquí, pues, la importancia que en el Mundo de la Tradición se le dio siempre a la realización y correcta ejecución de los ritos sagrados. Ritos que tenían o bien la finalidad de hacer conocer a sus oficiantes cuál era la concreta dinámica cósmica de un momento dado, bien con tal de no actuar aquí abajo contrariamente a dicha dinámica (en batallas, empresas arriesgadas, en la elección del momento de la concepción de la propia descendencia o del momento más idóneo para contraer matrimonio o para coronar a un rey,…) o bien con tal de poder adoptar las medidas apropiadas para actuar a sabiendas de que se hará a contracorriente de ese mundo Superior. O bien estos ritos se efectuaban con la intención de que fuesen operativos, esto es, de que tuviesen el poder de actuar sobre ese mundo Superior para (en la medida en que fuera posible) modificar su dinámica y hacerla favorable –o menos antagónica- a las actuaciones que se quisieran llevar a cabo aquí abajo.

Hay quien se pregunta por las razones por las cuales hombres como el de origen indoeuropeo, que tan adecuadamente conoció de este tipo de ritos operativos y los ejecutó y que protagonizó siempre tantos Ciclos Heroicos, ha podido hundirse en simas tan profundas como en las que se halla a día de hoy. Seguramente ha sido el que más aceleración le ha impreso a su caída; cierto es que en el actual estado de globalización, por el que atraviesa todo el planeta, prácticamente todos los pueblos del orbe se han igualado en niveles de sometimiento a los dictados de la materia y de lo infrahumano.

Seguramente para encarar la respuesta a esa pregunta habría que empezar resaltando la evidencia de que el hombre indoeuropeo (antes de la postración en la que caído) siempre fue muy dado a la libertad, tanto en lo social, como en lo político y en lo Espiritual. Por ello siempre conformó sociedades de tipo comunal y orgánico unidas a entes políticos superiores (el Regnum y, mejor aun, el Imperium) por el mero principio de la Fides y no por la fuerza ejercida desde las altas jerarquías. Por ello, también, aspiró siempre a la suprema libertad: la libertad interior que se obtiene tras un duro, riguroso y metódico ascesis que no es otra cosa que la Iniciación y en cuyos estadios iniciales pugna por el descondicionamiento del Iniciado con respecto de todo aquello que lo mediatiza y esclaviza.

Siempre, repetimos, fueron muy propias del mundo indoeuropeo el tipo de sociedades orgánicas (como corresponde a cualquier sociedad que se precie de Tradicional) que no basan, por tanto, su cohesión a través de la fuerza material ejercida por los que detentan el poder sino que basan su unidad en la libre elección hecha (a través de la fides juramentada al Regnum o al Imperium) por los entes sociales o políticos que armónica y orgánicamente las componen.

Este hombre mostró muy a menudo su capacidad de ser señor de sí mismo (de autogobernarse y autodominar su mundo psíquico), sin que, por tanto, necesitase que le reglamentaran todos los aspectos de su vida cotidiana hasta el más ínfimo detalle; como, por el contrario, aconteció siempre –y acontece- con otros pueblos –

pelásgicos, semitas,…- cuyas religiones ordenaron –y/u ordenan- hasta el extremo, mediante normas y dogmas, toda la existencia de sus miembros. Para la élite Espiritual de ese hombre indoeuropeo cualquier ligadura social y moral hubiera representado un obstáculo en medio de la vía de descondicionamiento que estaba recorriendo.

Pero, cuando dicho hombre se aleja de la Tradición y rompe, por tanto, con lo Alto no halla en su caída ni férreas morales ni dogmas ni reglamentaciones omnipresentes que atenúen dicha caída; morales y dogmas que, al modo de ataduras, si bien le hubieran impedido Ascender también le hubieran evitado el estrellarse, de forma tan estrepitosa y categórica, contra los abismos.

Aquí podemos encontrar las razones de esa caída libre que este hombre viene protagonizando. Caída libre no fatal ya que, no lo olvidemos, siempre puede ser frenada en acto heroico que, de realizarse, le puede volver a catapultar desde lo más bajo hacia lo más Elevado.

Hemos señalado, a lo largo de este escrito, ciertas discrepancias de enfoque habidas entre Julius Evola y René Guénon. Se trata de unas discrepancias que no afectan a las coincidencias básicas que ambos Tradicionalistas mostraron en sus disecciones del Mundo Tradicional y sus denuncias del mundo moderno, pero no está carente de relevancia el que sigamos mostrando alguna otra divergencia, por cuanto está íntimamente relacionado con el tema del presente trabajo. Se trata de una divergencia que ambos autores estuvieron, a finales de los años ´20 del s. XX, dirimiendo en forma epistolar y que ha sido agrupada bajo la cabecera de "Polémica sobre la metafísica hindú". Evola denuncia algunos ciertos contenidos del libro de Guénon "El hombre y su devenir según el Vedânta" en el sentido de los peligros evasionistas a los que puede conducir el vedântismo (sobre todo el vedântismo advâita) que tuvo a bien exponer Guénon en dicha obra [19]. Es así como Evola lo percibe cuando opina sobre esta interpretación de los Vedas que es el Vedânta. En tal línea el maestro italiano afirma que "el punto de vista del Vedânta es que el mundo, procedente de estados no manifestados, vuelve a sumergirse en ellos al final de cierto período, y ello recurrentemente. Al final de tal período, todos los seres, bon gré mal gré, serán por tanto liberados, ´restituidos´." Evola nos advierte del fatalismo que envuelve a estas creencias y nos advierte de que si el hombre, junto a toda la manifestación, volverá a Reintegrarse en el Principio Supremo del que procede y será, así, restituido a lo Eterno e Inmutable no se hace necesaria ninguna acción: ni interna tendente a la Liberación ni externa que apunte a la Restauración del Orden Tradicional, ya que, tarde o temprano, toda la humanidad (así como todo el mundo manifestado) acabará Liberada cuando haya sido reabsorbida por el Principio Primero. Ni que decir tiene la pasividad a la que dichas creencias pueden llevar.

---

[19] Problemática tratada en nuestro "Críticas de Evola al Vedânta".

Igualmente nos advertía Evola de que considerar, tal como hace el Vedânta, al mundo manifestado como mera ensoñación (Mâya) puede abocar a posturas evasionistas con respecto al plano de la inmanencia. Puede llevar al refugio en el Mundo de la Trascendencia y a dar la espalda a una realidad sensible sobre la que el Hombre Tradicional debe tener muy claro que debe actuar para sacralizarla y convertirla en un reflejo de lo Alto (recuérdese el Imperium, en el microcosmos, como reflejo del Ordo macrocósmico). De no actuar en este sentido nos olvidaríamos -empleando terminología del hermetismo alquímico- del coagula que debe seguir al solve en todo proceso de metanoia o transformación interna; nos olvidaríamos, pues, de la materialización del Espíritu que debe seguir a la fase de Espiritualización de la materia propia de los procesos Iniciáticos.

No es nuestra intención la de resaltar desavenencias doctrinales entre Evola y Guénon sino la de hacerlo sólo si tienen una incidencia directa en el tema que estamos trabajando en este escrito. Pocos años después de haberse producido esta discrepancia epistolar, el mismo Evola reconocía, en un artículo intitulado "René Guénon, un maestro de los tiempos nuestros", la alta competencia Tradicionalista de Guénon y lo imprescindible de su obra; opinión que no podemos por menos que compartir.

Pensamos que a lo largo de todas estas líneas ha quedado bien aclarada la postura existencial que defiende Evola como aquélla que debe adoptar cualquier persona que vea en la Tradición Perenne el faro y la luz que debe guiar su existencia. Esta postura ha quedado claro que es la de la vía de la acción (que puede convertirse en heroica) y la del rechazo a concepciones deterministas, fatalistas, evasionistas, pasivas e inmovilizantes. La lucha (interna y externa) debe ser el arma utilizada por el hombre que aspire a Restaurar lo Permanente y Estable frente a lo caduco y corrosivo del mundo moderno. La lucha externa le hará siempre concebir, a Evola, la esperanza de acabar con las manifestaciones políticas, económicas, sociales y culturales combatiéndolas en lid directa con el fin de abatirlas y hacer triunfar un nuevo Ciclo Heroico en plena Edad del Lobo. Esta esperanza y este objetivo son los que transmiten libros suyos que no son precisamente de los primeros que escribió en su definitiva etapa Tradicionalista: obras tales como "Orientaciones" (1.950) y "Los hombres y las ruinas" (1.953). Más adelante se apercibió de que pese a la inconsistencia interna de que hacía gala la modernidad los aparatos políticos que le eran propios a ésta se habían dotado de una fuerza represiva tan fuerte que resultaba casi ilusorio el aspirar a acabar con ella, por lo cual Evola creyó que antes que enfrentarse directamente con el Sistema que abanderaba los antivalores propios del mundo moderno se hacía más conveniente emplear otra táctica también extraída de las enseñanzas del Mundo Tradicional; concretamente de las enseñanzas extremoorientales. Y esta táctica no era otra que la de "Cabalgar el tigre" [20] y que nos transmitió en una obra homónima escrita por él el año 1.961. Para Evola ´cabalgar el tigre´ es adoptar tácticas como la de fomentar las contradicciones de

[20] Se puede consultar nuestro escrito "Cabalgar el tigre".

nuestro degradante mundo moderno y del Establishment que lo sustenta y que a la vez es su consecuencia. Se trata de fomentar sus contradicciones y ponerlas de manifiesto y en evidencia. El desarrollo de sus contradicciones debe provocar tales tensiones, fricciones, desajustes y desequilibrios que acabe en el estallido de todo el entramado plutocrático materialista de este orbe globalizado (que Evola definió como el de la hegemonía del Quinto Estado) y que dé, en consecuencia, paso a una nueva Edad Áurea. Sin la acción heroica del hombre el final de esta etapa terminal de la Edad de Hierro podría prolongarse más de lo que las dinámicas cósmicas podrían indicar. ´Cabalgar el tigre´ que representa el mundo moderno hasta que éste se agote y llegue a su fin, en lugar de enfrentarlo directamente, pues, de este modo, el tigre nos destrozaría.

Evola contempla los procesos disolventes por los que se atraviesa y piensa que el principio de ´Cabalgar el tigre´ se puede, también, aplicar en el plano interno en el sentido de utilizar los venenos (como el sexo, el alcohol, las drogas, ciertos bailes/ritmos frenéticos,…) -que, por su naturaleza o por su omnipresencia, embriagan a la modernidad crepuscular- como medio de alterar el estado de conciencia ordinario y hacer más accesible el paso a otros estados de conciencia superiores. Sobra señalar lo peligroso de esta vía de la mano izquierda (como la definió el tantrismo), vía húmeda (en términos hermético-alquímicos) o vía dionisíaca por cuanto aquél que se aventura por el camino de la Iniciación y elija el tránsito por esta vía sin la preparación ardua de descondicionamiento previo seguramente se verá desgarrado y devorado por el tigre de estos venenos y convertido en adicto y en esclavo de ellos. Es por ello que sólo unos pocos hombres cualificados son aptos para aventurarse por semejante peligrosa vía de acceso a planos Superiores de la realidad.

Por otro lado se precisa no dejar de señalar que los tipos de más alta prestación Espiritual no necesitan de ayudas externas, en la forma de estos venenos, para que su conciencia pueda penetrar en la esencia de otro tipo de planos suprasensibles de la realidad, sino que será por su propia preparación metódica encarada al dominio y eliminación de su submundo emocional, pulsional e instintivo como habrá dado los primeros pasos para -tras aplicar otro tipo de rigurosas técnicas y de estrictos ejercicios de concentración, visualización,…- iniciar el acceso al conocimiento de otras realidades de orden metafísico y para hacer efectiva su progresiva transformación interior (la del Iniciado). Estaríamos hablando, ahora, de la vía de la mano derecha, vía seca o apolínea.

De aquel Hombre que es capaz de ´convertir el veneno en remedio´ también se pueden aplicar expresiones como aquélla que afirma que ´la espada que le puede matar, también le puede salvar´ o la que asevera que ´el suelo que le puede hacer caer, también le puede servir para apoyarse y levantarse´. Sin duda se trata de otra vía heroica adoptada por un Hombre para el que no existen situaciones -por muy

irreversibles y fatales que puedan parecer- ante las que no se pueda actuar, ya sea luchando de frente o, como en este caso acabamos de explicar, cabalgando el tigre.

Ha quedado claro a lo largo de todo este escrito el que para el Hombre de la Tradición no existe fatalismo ninguno que le relegue a un vegetar pasivo y ovino a la espera de cambios predeterminados que le vendrán de fuera y cuyo cumplimiento le será totalmente ajeno a su voluntad. Ha quedado diáfana la idea de que las potencialidades Espirituales que anidan aletargadas en su seno interno pueden actualizarse y Liberarlo. Y no querríamos concluir este trabajo sin recurrir a una imagen sugerente que nos llega del hinduismo y que nos presenta a la diosa Shakti (símbolo de la fuerza sutil que se conoce con el mismo nombre: shakti) bailando alrededor del dios Siva (o Shiva: representación del Principio Supremo y Primero) y habiendo finalmente logrado, con su danza erótica, que el miembro viril de él se vigorice. Vigorización que no representa otra cosa que la de actualización del Espíritu dormido que, en potencia, albergamos en nuestro interior. No otra, sino ésta, es el gran reto heroico que debe acometer el hombre que aspire a convertirse en Hombre Diferenciado, para el que las adversidades son retos y no obstáculos impregnados de un fatalismo insalvable.



Plotino:

"No hay un Dios que combata por aquellos que no están en armas".

El *Imperium* a la Luz de la Tradición

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009

El Mundo Tradicional siempre se caracterizó por tener las miras puestas hacia lo Alto. El hecho Espiritual impregnaba su discurrir [21]. En lo Alto oteaba orden: el Orden del Cosmos, los siete Cielos enunciados y descritos por cierta metafísica,… Y si en lo Alto oteaba un orden que se había impuesto a la nada [22] o al caos previos, quiso -dicho Mundo de la Tradición- instaurarlo aquí abajo como si se tratase de un reflejo del imperante allá arriba. Pretendió hacer de la Tierra un espejo de lo que veía en el Cielo, pues siempre concibió que el microcosmos debía de asemejarse al macrocosmos o, lo que es lo mismo, lo de abajo a lo de arriba [23]. Y para que ese Orden cósmico imperase en la Tierra debería de existir –aquí abajo- una fuerza centrípeta que evitase la disgregación de los diferentes elementos que debían acabar tomando parte de él –de ese nuevo orden- y que debían acabar haciéndolo realidad. Y esa fuerza centrípeta aglutinadora no podía revestir otra naturaleza que la espiritual.

La Idea (en el sentido Trascendente) sería el eje alrededor del cual giraría todo un entramado armónico. Una Idea que a lo largo de la historia de la humanidad ha ido revistiéndose de diferentes maneras. Una Idea que -rastreando la historia- toma, por ejemplo, cuerpo en lo que simbolizaba la antigua Roma. Y Roma representará a dicha Idea de forma muy fidedigna. La Idea encarnada por Roma aglutinará a su alrededor multitud de pueblos diversos 4[24] que, conservando sus especificidades, participarán de un proyecto común e irán dando cuerpo a este

---

[21] Un ´discurrir´ que, en el contexto expresado, no hay que confundir con el concepto de ´devenir´, de ´fluir´, de lo ´pasajero´, de lo ´caduco´, de lo ´perecedero´,…

[22] Aquí la expresión ´la nada´ debe ser asimilada a la del ´caos´ previo a la configuración del mundo manifestado (del Cosmos) y no debe de confundirse con el concepto de No-Ser que determinada metafísica -o que un Réné Guénon- refería al Principio Supremo que se halla en el origen y más allá de la manifestación.

[23] Como curiosidad podríamos detenernos en el conocido como "Parque del Laberinto de Horta", en la ciudad de Barcelona, y observar de qué manera su autor quiso reflejar estas dos ideas de ´caos´ y de ´orden´ cósmicos… Lo hizo construyendo el parque en medio de una zona boscosa que representaría el caos previo en el que, a modo de símil, los árboles crecen de manera silvestre y sin ningún tipo de alineamiento. Por contra, el parque implica poner orden dentro de este desorden: construir a partir de una materia prima caótica y darle forma, medida y proporción. Edificar el Cielo en la Tierra.

[24] Estos pueblos diversos que se agruparán alrededor de la empresa romana no serán pueblos de culturas, costumbres o religiosidades antagónicas, ya que, en caso contrario hubiera sido muy difícil imaginarse la integración de los mismos en la Romanidad. Sus usos, costumbres y leyes consuetudinarias en ningún caso chocaron con el Derecho Romano. Sus divinidades fueron, en unos casos, incluidas en el Panteón romano y, en otros, asimiladas a sus equivalentes romanas. Sus ceremonias y ritos sagrados fueron perviviendo en el seno del orbe romano o fueron, también, asimilados a sus semejantes romanos. La extracción, casi exclusivamente, indoeuropea de dichos pueblos explica las semejanzas y concordancias existentes entre los mismos (no debe olvidarse que remontándose a épocas remotas, que rozan con el mito, todos estos pueblos constituían uno solo; de origen hiperbóreo, según muchas tradiciones sapienciales).

concepto de orden en el microcosmos representado por la Tierra. Estos pueblos dejarán de remar aisladamente y hacia rumbos opuestos para, por contra, dirigir sus andaduras hacia la misma dirección: la dirección que oteará el engrandecimiento de Roma y, en consecuencia, de la Idea por ella representada. De esta manera Roma se convertirá en una especie de microcosmos sagrado en el que las diferentes fuerzas que lo componen actuarán de manera armoniosa al socaire del prestigio representado por su carácter sacro (por el carácter sacro de Roma). Así, el grito del "Roma Vincis" coreado en las batallas será proferido por los legionarios con el pensamiento puesto en la victoria de las fuerzas de lo Alto; de aquellas fuerzas que han hecho posible que a su alrededor se hayan unido y ordenado todos los pueblos que forman el mundo romano, como atraídos por ellas cual si de un imán se tratase.

Roma aparece, se constituye y se desarrolla en el seno de lo que multitud de textos Tradicionales definieron como Edad de Hierro, Edad del Lobo o Kali-yuga. Edad caracterizada por el mayor grado de caída espiritual posible al que pueda arribar el hombre: por el mayor nivel de oscurecimiento de la Realidad Trascendente. Roma representa un intento heroico y solar por restablecer la Edad Áurea en una época nada propicia para ello. Roma nada contracorriente de los tiempos de dominio de lo bajo que son propios de la Edad de Hierro. Es por ello que, tras el transcurrir de su andadura histórica, cada vez le resultará más difícil que la generalidad de sus ciudadanos sean capaces de percibir su esencia y la razón metafísica de su existencia (las de Roma). Por ello -para facilitar estas percepciones sacras- tendrá que encarnarlas en la figura del Emperador; el carácter sagrado del cual -como sublimación de la naturaleza sacra de Roma- ayudará al hombre romano a no olvidar cuál es la esencia de la romanidad: la del Hecho Trascendente. Una esencia que conlleva a la sacralización -a través de ritos y ceremonias- de cualquier aspecto de la vida cotidiana, de cualquier quehacer y, a nivel estatal, de las instituciones romanas y hasta de todo el ejercicio de su política.

Con la aparición de la figura del Emperador Roma traspasa el umbral que separa su etapa republicana de la imperial. Este cambio fue, como ya se ha señalado, necesario, pero ya antes de dicho cambio (en el período de la República) Roma representaba la idea de *Imperium*, por cuanto la principal connotación que, desde el punto de vista Tradicional, reviste este término es de carácter Trascendente y la definición que del mismo podría realizarse sería la de una "unidad de gentes alrededor de un ideal sacro". Por todo lo cual, tanto la República como el Imperio romanos quedan incluidos dentro de la noción que la Tradición le ha dado al vocablo "*Imperium*".

Así las cosas la figura del Emperador no podía no estar impregnada de un carácter sagrado que la colocase al nivel de lo divino. Por esto, el César o Emperador estuvo siempre considerado como un dios que, debido a su papel en la cúspide piramidal del Imperio, ejercía la función de ´puente´ o nexo de unión entre los dioses y los hombres. Este papel de ´puente´ entre lo divino y lo humano se hace más nítido si se detiene uno a observar cuál era uno de los atributos o títulos que

atesoraba: el de Pontifex; cuya etimología se concreta en ´el hacedor de puentes´. De esta manera el común de los romanos acortaba distancias con un mundo del Espíritu al que ahora veía más cercano en la persona del Emperador y al que, hasta el momento de la irrupción de la misma -de la figura del Emperador-, empezaba a ver cada vez más alejado de sí: empezaba a verlo más difuso debido al proceso de caída al que lo había ido arrastrando el deletéreo kali-yuga por el que transitaba.

Los atributos divinos del Emperador respondían, por otro lado, al logro interno que la persona que encarnaba dicha función había experimentado. Respondían a la realidad de que dicha persona había transmutado su íntima naturaleza gracias a un metódico y arduo trabajo interior que se conoce con el nombre de Iniciación. Este proceso puede llevar (si así lo permiten las actitudes y aptitudes del sujeto que se adentra en su recorrido) desde el camino del desapego o descondicionamiento con respecto a todo aquello que mediatiza y esclaviza al hombre, hasta el Conocimiento de la Realidad que se halla más allá del mundo manifestado (o Cosmos) y la Identificación del Iniciado con dicha Realidad. Son bastantes los casos, que se conocen, de emperadores de la Roma antigua que fueron Iniciados en algunos de los diferentes Misterios que en ella prevalecían: de Eleusis, mitraicos,… Así podríamos citar a un Octavio Augusto, a un Tiberio, a un Marco Aurelio o a un Juliano.

La transustanciación interna que habían experimentado se reflejaba no sólo en las cualidades del alma potenciadas o conseguidas sino también en el mismo aspecto externo: el rostro era fiel expresión de esa templanza, de ese autodominio y de ese equilibrio que habían obtenido y/o desarrollado. Así, el rostro exhumaba gravitas y toda la compostura del emperador desprendía una majestuosidad que lo revestían de un hálito carismático capaz de aglutinar entorno suyo a todo el entramado social que conformaba el orbe romano. Asimismo, el aura espiritual que lo impregnaba hacía posible que el común de los ciudadanos del Imperio se sintiese cerca de lo divino. Esa mayoría de gentes, que no tenía las cualidades innatas necesarias para emprender las vías iniciáticas que podían hacer posible la Visión de lo metafísico, se tenía que conformar con la contemplación de la manifestación de lo Trascendente más próxima y visible que tenían "a su alcance", que no era otra que aquélla representada por la figura del Emperador. El servicio, la lealtad y la fides de esas gentes hacia el Emperador las acercaba al mundo del Espíritu en un modo que la Tradición ha definido como de ´por participación´.

Hecho este recorrido por la antigua Roma -como buen modelo para adentrarse en el conocimiento del significado de la noción de *Imperium*-, no deberíamos obviar alguna otra de las cristalizaciones que dicha noción ha visto en etapas posteriores a la romana. Y nos referimos, con especial atención, a la que se concretó, en el Medievo, con la formación de un Sacro Imperio Romano Germánico que nació con la vocación de reeditar al fenecido, siglos antes, Imperio Romano y convertirse en su legítimo continuador.

El título de ´Sacro´ ya nos dice mucho acerca de su fundamento principal. También, en la misma línea, es clarificador el hecho de que el emperador se erigiera en cabeza de la Iglesia; unificando además, de esta manera, en su cargo las atribuciones o funciones política y espiritual.

De esta guisa el carisma que le confiere su autoridad espiritual (amén de la política) concita que a su alrededor se vayan uniendo reinos y principados que irán conformando esta idea de un Orden, dentro de la Cristiandad, que será el equivalente del Orden y la armonía que rigen en el mundo celestial y que aquí, en la Tierra, será representado por el *Imperium*.

La legitimidad que su carácter sagrado le confiere, al Sacro Imperio Romano Germánico, es rápidamente reconocida por órdenes religioso-militares que, como es el caso de la del Temple, son dirigidas por una jerarquía (visible u oculta) que conoce de la Iniciación como camino a seguir para experimentar el ´Segundo Nacimiento´, o palingénesis, que no es otro que el nacimiento al mundo del Espíritu. Jerarquía, por tanto, que tiene la aptitud necesaria para poder reconocer dónde se halla representada la verdadera legitimidad en la esfera espiritual: para reconocer que ella se halla representada en la figura del emperador; esto sin soslayar que la jerarquía templaria defiende la necesidad de la unión del principio espiritual y la vía de la acción –la vía guerrera- (complementariedad connatural a toda orden religioso-militar) y no puede por menos que reconocer esta unión en la figura de un emperador que aúna su función espiritual con la político-militar [25].

Para comprender aún mejor el sentido Superior o sagrado que revistió el Sacro Imperio Romano Germánico se puede reflexionar acerca de la repercusión que tuvo el ciclo del Santo Grial en los momentos de mayor auge y consolidación de dicho Imperio. Una repercusión que no debe sorprender a nadie si nos atenemos a los importantes trazos iniciáticos que recorren la saga griálica y a cómo se aúnan en ella lo guerrero y lo sacro en las figuras de unos caballeros que consagran sus vidas a la búsqueda de una autorrealización espiritual simbolizada en el afán mantenido por hallar el Grial.

Aclarados, hasta aquí, en qué principios y sobre qué base se sustenta la noción Tradicional del *Imperium* no estaría de más aclarar qué es lo que se hallaría en sus antípodas, como antítesis total del mismo y como exabrupto y excreción antitradicional propios de la etapa más sombría y crepuscular que pueda acontecer en el seno de la Edad de Hierro; etapa por la que estamos, actualmente, transitando y a la que cabe denominar como ´mundo moderno´, en su máxima expresión. Un mundo moderno caracterizado por el impulso hacia lo bajo –hacia lo que degrada al hombre- y por el domino de la materia, en general, y de la economía (como paradigma de la anterior), en particular.

[25] Hay que tener presente que el mismo vocablo ´emperador´ deriva del latín Imperator, cuya etimología es la de ´jefe del ejército´.

Pues bien, en tal contexto los Estados [26] ya han defenestrado cualquier aspiración a constituir unidades políticas que los sobrepasen y que tengan la mira enfocada en un objetivo Elevado, pues, por contra, ya no aspiran a restaurar el *Imperium*. Sus finalidades, ahora, no son otras que las que entienden de mercado (de economía).

En este afán concentran sus energías y a través de la fuerza militar o de la colonización financiera (a través de préstamos imposibles de devolver por los intereses abusivos que llevan implícitos) someten (7) a gobiernos y/o países a los dictados que marcan sus intereses económicos; intereses económicos que, por otro lado, son siempre los de una minoría que convierte a los gobiernos de los estados colonizadores en auténticas plutocracias.

Por estas "artes" estos estados ejercen un imperialismo que no es más que la antítesis de lo que siempre representó la idea de *Imperium* y lo más opuesto a éste que pueda imaginarse.

---

[26] A caballo entre finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna se van debilitando los ideales Superiores supranacionales y van siendo suplantados por otros impregnados por un egoísmo que redundará en favor de la aparición de los Estados nacionales.

Bueno es también recordar que el Emperador Carlos (I de España y V de Alemania) fue, allá por la primera mitad del siglo XVI, el último que intentó recuperar las esencias y el espíritu, ya mortecinos, del Sacro Imperio Romano Germánico. Al igual que no está de más reconocer en el imperio que España construye -arrancando de fines del siglo XV- a lo largo del s. XVI, el último con pretensiones espirituales (al margen de que, en ocasiones, pudiesen coexistir con otras de carácter económico) de entre los que Occidente ha conocido. Y esto se afirma en base a los principales impulsos que se hallan en la base de su política exterior, como los son, en primer lugar, su empeño en evitar la división de una Cristiandad que se veía seriamente amenazada por el crecimiento del protestantismo o, en segundo lugar, sus esfuerzos por contener los embates del Islam protagonizados por turcos y berberiscos o, en tercer lugar, su decisión de evangelizar a la población nativa de los territorios americanos incorporados a la Corona (aparte de la de otros territorios; como las Filipinas,…). Estos parámetros de la política exterior de España seguirán, claramente, en vigencia también durante el siglo XVII.

A medio camino entre el imperio español y otros de corte eminentemente antitradicional (por lo mercantilista de los mismos), como el caso del imperio británico (que alcanzó su máxima expresión en el s. XIX) o del conocido como imperialismo ´yanqui´ (tan vigente en nuestros días), podríamos situar al de la Francia napoleónica. Y no sólo lo situamos a medio camino por una evidente razón cronológica, sino que también lo hacemos porque a pesar de haber perdido cualquier orientación de carácter espiritual (el laicismo consecuente con la Ilustración y la Revolución Francesa fue una de las banderas que enarboló), a pesar de ello, decíamos, más que motivaciones de naturaleza económica (como es el caso de los citados imperialismos británico y estadounidense), fueron metas políticas las que ejercieron el papel de motor de su impulso conquistador. Metas políticas que no fueron otras que las de exportar, a los países que fue ocupando, las ideas (eso sí, deletéreas y antitradicionales) triunfantes en la Revolución Francesa.
Percíbanse los métodos agresivos y coercitivos de que se vale el imperialismo antitradicional (como caracterización que es de un nacionalismo expansivo) y compárense con la libre decisión (Sacro Imperio Romano Germánico) de participar en el proyecto común del *Imperium* que, a menudo, adoptaron reinos y principados. Compárense dichos métodos con la rápida decisión de integrarse en la Romanidad a la que optaron (tras su derrota militar) aquellos pueblos que se enfrentaron a las legiones romanas.



El emperador Octavio Augusto, "Pontifex Maximus" entre el macrocosmos y el microcosmos

Cabalgar el tigre

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 28 de Julio del 2009.

No hace demasiado tiempo alguien, tras haberse leído el imprescindible libro de Julius Evola, "Cabalgar el tigre" [27], nos expuso una serie de reflexiones y comentarios sobre su particulares posturas ante las tácticas, las tesis y las doctrinas sapienciales en él expuestas. Algunos de estos comentarios estaban salpicados de ciertas dudas sobre el fondo del que emanan una serie de planteamientos expuestos por el autor italiano y se hallaban impregnados de una mesurada crítica -por otro lado constructiva- acerca de lo conveniente y/o de lo correcto de la adopción de determinadas posiciones presentadas en esta obra cimera, capital y de lectura imprescindible.

Ante ello nosotros (que hace ya años que nos leímos esta obra; pero de la que, a pesar de lo cual, se nos quedaron firmementemente arraigados su mensaje y su esencia), le escribimos a nuestro apreciado interlocutor los siguientes párrafos:

"Cabalgar el tigre" es un libro que rompe con la moral propia de nuestras terminales sociedades (esa moral que ha venido en denominarse como de ´moral pequeño burguesa´) y rompe igualmente con las instituciones por ella impregnadas y lo hace de una manera radical y sin ningún tipo de miramientos ni de concesiones.

Se trata de planteamientos hechos pensando en un hombre, como el actual, que vive en plena Edad de Hierro; en pleno período de decadencia. Y ante lo imposible de darle un golpe de timón al actual devenir corrosivo de los tiempos, se nos dice en este libro que debemos de concienciarnos de que no nos queda más remedio que el de vivir inmersos en ellos (en estos tiempos), pero sin que nos arrastren por el camino de la disolución, por lo que hemos de intentar vivir en medio de las ruinas, pero permaneciendo en pie. No adoptando posturas evasionistas y/o nihilistas [28], sino intentando acelerar la descomposición de este deletéreo mundo moderno para así conseguir que su caída (si ahora se nos presenta como imposible) ocurra cuanto antes mejor y para que en esta lucha mantenida para acelerar dicha caída [29] se vaya

[27] Expresión extremo oriental.

[28] Pueden consultarse nuestros "Debates metafísicos (I): el nihilismo".

[29] Se debe de tener bien presente la realidad de que la lucha contra este disoluto y alienante mundo moderno no puede revestir una naturaleza frontal, pues la actual fuerza y casi omnipotencia del Sistema que lo vertebra nos arrollaría como lo haría, si nos colocásemos ante ella, una imponente bola de nieve que en su vertiginosa caída por la ladera de la montaña cada vez se ha ido haciendo más grande. Sino que las tácticas, que, por el contrario, se deben asumir deben ser diferentes. Si no nos debemos de colocar delante del tigre si no queremos que éste acabe rápidamente con nosotros, debemos de cabalgarlo. Y cabalgarlo es adoptar tácticas como la de fomentar las contradicciones de nuestro degradante mundo y del ´Establishment´ que lo sustenta y que a la vez es su consecuencia. Fomentar sus contradicciones y ponerlas de manifiesto y en evidencia. El desarrollo de sus contradicciones debe de provocar tales tensiones, fricciones, desajustes y desequilibrios que acabe con el estallido de todo el entramado plutocrático materialista de este orbe globalizado que Evola definió como el de la hegemonía del ´Quinto Estado´.

forjando el hombre que se hallará preparado para tomar las riendas de la reconstrucción de un nuevo Orden; de una nueva Edad Áurea.

Acelerar la descomposición de los tiempos que acontecen es ´cabalgar el tigre´ para cansarlo cuanto antes y acabar derrotándolo. Pero al margen de estas connotaciones y aplicaciones de carácter más exterior 4[30] y político, ´cabalgar el tigre' es también una fórmula reservada para un tipo de Hombre diferenciado (no para los que no somos más que ´el común de los mortales´) que transita por el arduo, disciplinado y metódico camino de la transmutación interior y que es capaz de utilizar ´el veneno y convertirlo en remedio´. Esto es, utilizar los ´venenos´ que emponzoñan y destruyen al hombre común y que de manera apabullante, exagerada y disolvente impregnan el mundo moderno (tales como, de forma más contundente, pueden serlo las drogas, el alcohol o el uso obsesivo y degradante del sexo [31]5, utilizar, decíamos, estos ´venenos´ [32] para alterar su estado de conciencia ordinaria con el objeto de volverla más volátil y sutil y, en definitiva, más propicia a ser reconducida y elevada a otros estados de conciencia superiores que le pongan en el camino -siguiendo los rigurosos procesos de la Iniciación [33] - que lleva a la difícil meta de lo que el budismo llama el Despertar.

---

[30] No obviemos que la forja del hombre en lid contra lo que suele denominarse como el Sistema también reviste una vertiente que afecta al carácter, a la voluntad, a la tenacidad, al valor, a la autodiscipina, al espíritu de sacrificio y, en definitiva, a toda una serie de cualidades de la psique, mente o alma que se ven, así, desarrolladas y reforzadas. Esto le configuraría otras connotaciones de carácter no exterior a la fórmula de ´cabalgar el tigre´ cuando ha sido aplicada al intento de acelerar el fin del mundo moderno.

[31] No son escasas las doctrinas sapienciales que han concebido o conciben el sexo como herramienta válida para adentrarse en el sendero que busca su culmen en la Gran Liberación o Despertar. Se puede ver esto, por ejemplo, en el dionisismo, en el taoísmo o en el tantrismo. Y es algo que no nos ha de extrañar si tenemos en cuenta que el sexo fue definido por alguien como ´la mayor fuerza mágica del Cosmos´. El Iniciado en estos ritos intentará prolongar al máximo el acto sexual con la finalidad de activar y/o desarrollar, en su fuero interno, toda una serie de energías y fuerzas que comparte con la totalidad del citado Cosmos y que, por empatía, le facilitarán su conocimiento y la identificación con el mismo; a la par que le ayudarán a ir desapegándose de todo aquello que lo liga y encadena hacia lo material y hacia lo irracional. Estos procesos le adentrarán en dimensiones más sutiles de la realidad y constituyen los pasos previos para aspirar a acceder a la Realidad Superior; aquella otra del total descondicionamiento propio del Principio Supremo (del No-Ser de determinada metafísica). No hay que obviar la importancia que, para el Iniciado, puede revestir el ´trauma´ o ´shock´ representado por el orgasmo a la hora de intentar abandonar el estado de conciencia ordinario y de aspirar a adentrarse en otros estados de conciencia superiores; a la vez que menos densos y condicionados.

[32] Las técnicas iniciáticas a las que hace alusión la fórmula de ´convertir el veneno en remedio´ cobran un especial sentido y una especial adecuación en estas fases terminales, y especialmente obscuras, del actual Kali-yuga en las que los ´venenos´, como el alcohol y todo otro tipo de drogas, se hacen omnipresentes y en las que lo sexual ha llegado a unos extremos de promiscuidad casi inimaginables no mucho tiempo atrás. Y ante este desolador panorama un tipo de Hombre diferenciado que -tal como se ha señalado en otros párrafos- no concibe posturas nihilistas, evasionistas o de fuga se encontrará continuamente ante estos ´venenos´ y podrá (si opta por esta ´Vía de la Mano Izquierda´) acceder a ellos con bastante facilidad. Más sentido cobra aun la Vía Seca si tenemos en cuenta que si ya resulta harto improbable hallar, en los tiempos que corren, este tipo superior de Hombre adjetivado como de ´dionisíaco´, ¿cuánto más difícil no será encontrar el otro tipo de Hombre denominado como de ´apolíneo´, de cualificación interna todavía más elevada que el anterior y que puede emprender la difícil tarea de su transformación interior sin servirse de ningún tipo de ayuda como la que pueden representar dichos ´venenos´?

[33] Al respecto pueden consultarse nuestros "Debates metafísicos (II): la Iniciación".

Esta vía iniciática se conoce en Oriente como la ´Vía de la Mano Izquierda´ y en la tradición hermético-alquímica occidental como la ´Vía Seca´.

Existe otro camino, otra vía reservada para un tipo de Hombre diferenciado de cualidades internas aun superiores a las ya muy de por sí elevadas que se presuponen inherentes al anterior tipo de Hombre del que acabamos de hablar. Este otro camino es el conocido en las escuelas sapienciales de Oriente como el de la ´Vía de la Mano Derecha´ y en la tradición alquímico-hermética de Occidente como el de la ´Vía Húmeda.

Se trata de una Vía que no necesita de la utilización ni de la ayuda de ninguno de los ´venenos´ de los que hemos hablado anteriormente para que el Iniciado se abstraiga interiormente de todo lo que inunda, distrae, liga y dispersa a la mente y que le supone obstáculos insalvables de cara a su búsqueda de estados superiores de conciencia que tiene por finalidad la Iluminación, a la par que la Gnosis o Conocimiento de la Realidad Metafísica que existe más allá y en el origen de todo el mundo manifestado, físico y, aun, sutil.

Este tipo superior de Hombre descondicionado también podría ser definido como de ´apolíneo´ (Vía Húmeda o de la Mano Derecha) frente al otro tipo de Hombre al que le cabe el apelativo de ´dionisíaco´ (Vía Seca o de la Mano Izquierda). Es este ´dionisíaco´ el que se servirá de las embriagueces, que podrá experimentar con facilidad en nuestro actual estado crepuscular del Kali-yuga, para emprender el camino de la búsqueda de la Iluminación. Es el que intentará ´convertir el veneno en remedio´ ´cabalgando el tigre´.

´Cabalgar el tigre´ también simboliza dominar, controlar y anular las pasiones, pulsiones, sentimientos y bajos instintos e impulsos que encadenan al hombre a lo bajo, a lo ínfero.

De este Hombre que es capaz de ´convertir el veneno en remedio´ también se pueden aplicar expresiones como aquella que afirma que ´la espada que le puede matar, también le puede salvar´ o la que asevera que ´el suelo que le puede hacer caer, también le puede servir para apoyarse y levantarse´.

Claro debe quedar que aquel que intente ´cabalgar el tigre´ sin estar innata e iniciáticamente validado y preparado para ello, será desgarrado, despedazado y devorado por él: por un alcohol o unas drogas que temerariamente quiso poner a

---

NOTA – No querríamos concluir este escrito sin volver a hacer hincapié en la inviabilidad y peligrosidad que representa la opción de ´cabalgar el tigre´ desde el punto de vista de cualquier pretensión iniciática; que, por otro lado, tan remota se muestra en nuestros terminales tiempos. Por ello, nos reiteramos en defender esta fórmula en su planos más ´externos´: como estrategia de lucha no frontal contra el mundo moderno y como medio para robustecerse anímica o mentalmente a lo largo del devenir de este tipo de lucha.

su servicio o por unas prácticas sexuales respecto de las cuales acabará animalmente esclavizado y fatalmente obsesionado.

Quede bien al descubierto, pues, lo peligroso de la fórmula de ´cabalgar el tigre´. Únicamente una élite Superior desde el punto de vista de la cualificación y realización interiores podría (en caso de que aún existiera en nuestro decrépito Occidente) aventurarse por esta vertiginosa Vía de transformación interna. Y esto sólo después de haber consumado un metódico, exacto, riguroso, estricto, difícil, duro y arduo trabajo previo, enmarcado dentro de los diferentes estadios de lo que la Tradición conoce como la Iniciación.

…………………………………….

En este insigne libro Evola nos transmite la evidencia de que en los presentes momentos sombríos y crepusculares por lo que atraviesa el mundo moderno no existe nada que merezca ser salvado; que deba ser conservado. No debemos, pues, mantener actitudes ´conservadoras´, sino que debemos, por el contrario, poner todos los medios a nuestro alcance, luchando, para que la desaparición de cualquier tipo de manifestación del mundo moderno acontezca lo antes posible. El objetivo de esta lucha es el de reinstaurar los valores y la cosmovisión propios del Mundo Tradicional. La meta es la de ´volver a la Tradición´. Por lo que de este ´re-volver´ se deriva el término ´revolución´. Se trata, pues, de adoptar una actitud ´revolucionaria´ y no, repetimos, ´conservadora´.

Décadas atrás, en la época de la Italia Fascista y de paralelos movimientos en otros países, Evola sí concebía que pudiera llegar a ser factible una reorientación general hacia valores, formas e instituciones de carácter Tradicional. La familia o el Estado en, por ejemplo, época mussoliniana todavía no habían degenerado en el remedo y la caricatura en que se han convertido hoy en día. Los intereses del alma o psique de entonces todavía podían entender de lo noble, de lo épico, del honor y de la fidelidad y aún no se habían anegado en el exclusivismo positivista, utilitarista, hedonista, mezquino, egoísta e individualista del que entienden hoy en día. Nuestro autor italiano pensaba, por entonces, que con un golpe de timón, más o menos pronunciado, se estaba a tiempo de reconducirlo todo hacia formas, instituciones y valores acordes con los de un Mundo de la Tradición que no es otro que aquél de la preeminencia de lo Sacro y Superior; en su auténtica configuración activa, Olímpica y Solar.

Por aquel entonces, pues, (hasta una vez acabada la II Guerra Mundial) Evola no apostaba por la táctica de acelerar el final; acelerar la caída. Casi todo lo existente era reorientable. Por el contrario, cuando escribía esta obra y, por descontado, en la actualidad todo se encuentra en avanzado estado de descomposición, de putrefacción, y es por ello por lo que no sobrevive nada que deba de ser salvado. Por esta razón (y sin referirnos al terreno de la realización personal interior sino al distinto ámbito de la acción política, exterior) hay que ´cabalgar el tigre´ hasta

agotarlo, hasta que exhale su último aliento, su último suspiro, y no quede ni rastro de él, porque entonces sí habrá llegado la hora de construir un nuevo Orden sobre las cenizas de lo que quedó del mundo tras su agitado, atribulado, frenético, desorientado, catastrófico e infernal paso por la fase crepuscular de lo que las diferentes tradiciones definieron como el Kali-yuga o Edad Sombría, la Edad del Lobo o la Edad de Hierro.



Cabalgar el Tigre, hasta agotarlo dominarlo y enseñorearse de él

El Estado Primordial o la Obra al Negro

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 19 de Julio del 2012.

Leíamos recientemente el texto correspondiente a una conferencia pronunciada, en 1.926, por René Guénon en la Sorbona [34] a la presentó bajo el título de "La metafísica oriental". Su lectura nos ha movido a verter una serie de reflexiones. Su contenido pretendía introducir la noción de ´realización espiritual´ y explicar someramente las tres etapas en las que había que graduarla. El objetivo de estas nuestras líneas no es, por un lado, el de efectuar una cierta crítica hacia el optimismo que muestra el autor francés con respecto a la supuesta sobrada práctica de diferentes vías de ´realización espiritual´ que a su parecer se mantenía en Oriente en contraste con la pérdida de la dicha práctica que había acaecido en el llamado Occidente. No es éste nuestro objetivo, pues nos resulta obvio que su mentado optimismo resultaba ciertamente desmesurado habida cuenta del desamparo espiritual en el que se halla el actual Oriente y que no puede ser fruto de un proceso de decadencia acontecido en menos de un siglo, sino que, necesariamente, tiene que ser el resultado de unos procesos disolventes que vienen de mucho más allá en el tiempo. El alejamiento de Oriente con respecto a la Tradición no admite lugar a dudas visto el discurrir por el que se agitan países asiáticos tan representativos como, p. ej., el Japón, la India o China; todos ellos embebidos por el más burdo y sobredimensionado consumismo, por un tecnologismo descontrolado y por el materialismo más descarnado. La naturaleza del Islam, como forma religiosa propia de pueblos orientales y surgido en Asia, nunca nos ha encajado dentro de los parámetros de la Tradición y así lo hemos comunicado en ocasiones anteriores [35].

Si, por un lado -decíamos-, el objetivo de estas líneas no es éste, por otro lado tampoco lo es el de entrar en el meollo que atañe a los diferentes procesos transfiguradores que corresponden a cada una de las tres etapas de la ´realización espiritual´ que nos resume Guénon en la conferencia en cuestión, sino que nos vamos a centrar en aspectos relacionados tan solo en la primera de estas tres etapas.

El gran autor Tradicionalista francés nos comenta en la Sorbona que la consumación de esta primera etapa no permite todavía el acceso de la persona -del Iniciado [36]- a planos de la Realidad de carácter Suprasensibles o Metafísicos, aunque sí la prepara para que esto pueda ser posible en una segunda y, más adelante, en una tercera etapa. Una primera etapa que la tradición hermético-alquímica denominó como la del *nigredo* u obra al negro; así como la segunda la conoció como la del *albedo* u

---

[34] Editado en castellano, en 1.995, por la editorial Obelisco.

[35] Véase: "El Islam y la Tradición.

[36] "La Iniciación"

obra al blanco y la tercera la del *rubedo* u obra al rojo. En esta primera etapa -la que nos atañe en este escrito- el tipo de hombre diferenciado que se ha "aventurado" a transitar por los caminos de la Iniciación porfiará por erigirse en -atendiendo a una expresión taoísta- ´señor de sí mismo´, en dominador de todos sus flujos mentales (de las emociones, de los sentimientos, de las pasiones o de sus pensamientos -detrás de los cuales ya no habrá de correr como arrastrado por ellos y por su incontrolada aparición sino que deberá de ser él quien los haga aflorar y los dirija) y en dominador, asimismo, de sus pulsiones y de sus instintos. El Iniciado bregará por reflotar su inconsciente y su subconsciente para que entren a formar parte de un estrato de la consciencia en el que deberán ser domeñados y, de esta manera, nunca más manejen su actuar o influyan en él. Este control de todo aquello que turba y perturba la mente del hombre ordinario lo conoció la antigüedad griega con el término *ataraxia*. El héroe que ha emprendido esta ardua, metódica y dura vía descondicionadora y transustanciadora y la haya culminado con éxito ya no estará supeditado más al tú, al **ex**terior, a las apariencias, a lo superficial y ya no hará depender más su actuar de la opinión ni de la reprobación de los demás (ni del ´qué dirán´) o del aplauso y la aprobación de éstos sino que hará en cada momento lo que, en conciencia, deba ser hecho. Al no depender del **ex**terior sino que al actuar de acuerdo a las liberaciones que ha realizado en su **in**terior más que ´**ex**istir´ lo suyo será -según término utilizado por Evola- ***in****sistere* (ser hacia dentro). Este héroe que no dependerá más de lo **ex**terno se habrá erigido en el ´autarca´ del que nos hablaba el maestro italiano en algunas de sus primeras obras. Este héroe habrá superado complejos, traumas y miedos mediatizadores o incapacitantes. Este héroe liberado de todo lo condicionante, alienante y esclavizador habrá superado con éxito la ´mortificación´ o ´putrefacción´ de las que hablaba la alquimia; ´mortificación´ o ´putrefacción´ de todas aquellas escorias psíquicas que aturden y manejan a su antojo al hombre común.

En esta primera etapa de la realización espiritual nos señala Guénon que el Iniciado también consigue superar la cerrada noción ´temporal´ (sucesión de aconteceres) en la que estrechamente se mueve el hombre moderno y nos señala igualmente que, gracias a ello, accede a la conciencia de la ´simultaneidad´ (con respecto a todo lo acontecido, a lo que acontece y a lo que acontecerá) sin la cual resulta ininteligible e inasimilable la esencia de lo que representa la ´eternidad´.

Asimismo René Guénon hace corresponder la consecución de esta primera etapa de realización espiritual con la condición de ´estado **primordial**´ adquirida por el Iniciado. Este ´estado primordial´ encontraría su denominación en el estado propio del Adán bíblico del Paraíso. Sin duda esta condición de ´**primordial**´ estaría en consonancia con los logros descondicionadores que por ´putrefacción´ o disolución de las comentadas, líneas arriba, escorias psíquicas se lograrían con esas ´aguas **primordiales**´, disolventes o mercuriales de las que habla la tradición alquímica.

El Adán del paraíso hay que concebirlo como a esa criatura **creada** *ex nihilo* por el creador Yahvé [37]. Como criatura la podríamos equiparar a la figura de un niño (más aun de un bebé) al que todavía no se le han adherido, por falta de tiempo, los condicionamientos que el transcurrir de la vida común lleva aparejados y se halla, por ello, en ese ´estado **primordial**´ al que alude Guénon. Para hablar con mayor propiedad deberíamos comparar a la criatura Adán con un embrión humano acabado de concebir y el cual, por esto último, no ha pasado por los primeros pasos condicionadores que ya acontecen en el mismo útero materno y que el budismo denomina como ´*nidana*´ [38]. Este niño (o embrión) no sería un ser condicionado y esclavo de todo ese flujo psíquico perturbador y también cegador con respecto a la posibilidad de percepción de planos Superiores de conciencia pero, obviamente, tampoco ha penetrado en esa segunda etapa de la realización espiritual que le abriría el acceso al Conocimiento de Realidades Suprasensibles (de carácter sutil) y a la Identificación ontológica con ellas. Por esto el Adán del paraíso no conoce del mundo metafísico y, además, tiene vetada cualquier posibilidad de *gnosis* del mismo pues ésta le vendría dada, simbólicamente, por una ingesta de los frutos del Árbol de la Vida que le es terminantemente prohibida por el creador Yahvé so pena -tal como según el relato del Génesis aconteció- de su expulsión del paraíso, de la pérdida de su inmortalidad y de su rebaje a la condición de hombre común [39].

En la conferencia que nos atañe Guénon parece equiparar el paraíso bíblico con la Edad de Oro -de la tradición grecolatina- de la que hablaba Hesíodo o con el *Satya-yuga* de la tradición indoaria. Pero si hemos pretendido dejar claro que el ´estado primordial´ del paraíso bíblico se parangonaría con la ´obra al negro´ o *nigredo* tenemos que recordar que la humanidad de la Edad de Oro (toda en un principio y una élite en una segunda etapa) lo haría con la ´obra al rojo´ o *rubedo*, tal como se vislumbra cuando, tiempo atrás, explicábamos que: "(…) Y de esta guisa empezaríamos por recordar cómo en los orígenes de la actual humanidad, ciclo cósmico o manvantara los diferentes textos Tradicionales nos hablan de cómo el

---

[37] Para entender las diferencias -y consecuencias- existentes entre **creacionismo** y emanacionismo escribíamos en otra ocasión que "No existe nada imposible para el hombre que se lo proponga. El hombre que opta transitar por las vías de la Tradición no encuentra **fatalismos**: no encuentra **determinismos** que no pueda superar.

[38] Para la Tradición el Hombre Absoluto e Integrado no es una quimera, sino, al contrario, una posibilidad que alberga el hombre y que ha pasado de potencia a acto. Si es posible Despertar la semilla de la Eternidad que anida en nuestro fuero es porque la Tradición concibe que somos portadores de ella. Si es posible Espiritualizar nuestra alma, *psyché* o *mens* es porque el Espíritu, *atman* o *nous* (eso sí, en forma aletargada) también se halla en nosotros gracias a que procedemos, por **emanación**, del Principio Primero cuya manifestación dio lugar a la formación del cosmos. Somos, pues, portadores de dicho Principio Superior e Imperecedero del que **emanamos** y tenemos la posibilidad de emprender la tarea **heroica** de Despertarlo en nuestro interior.

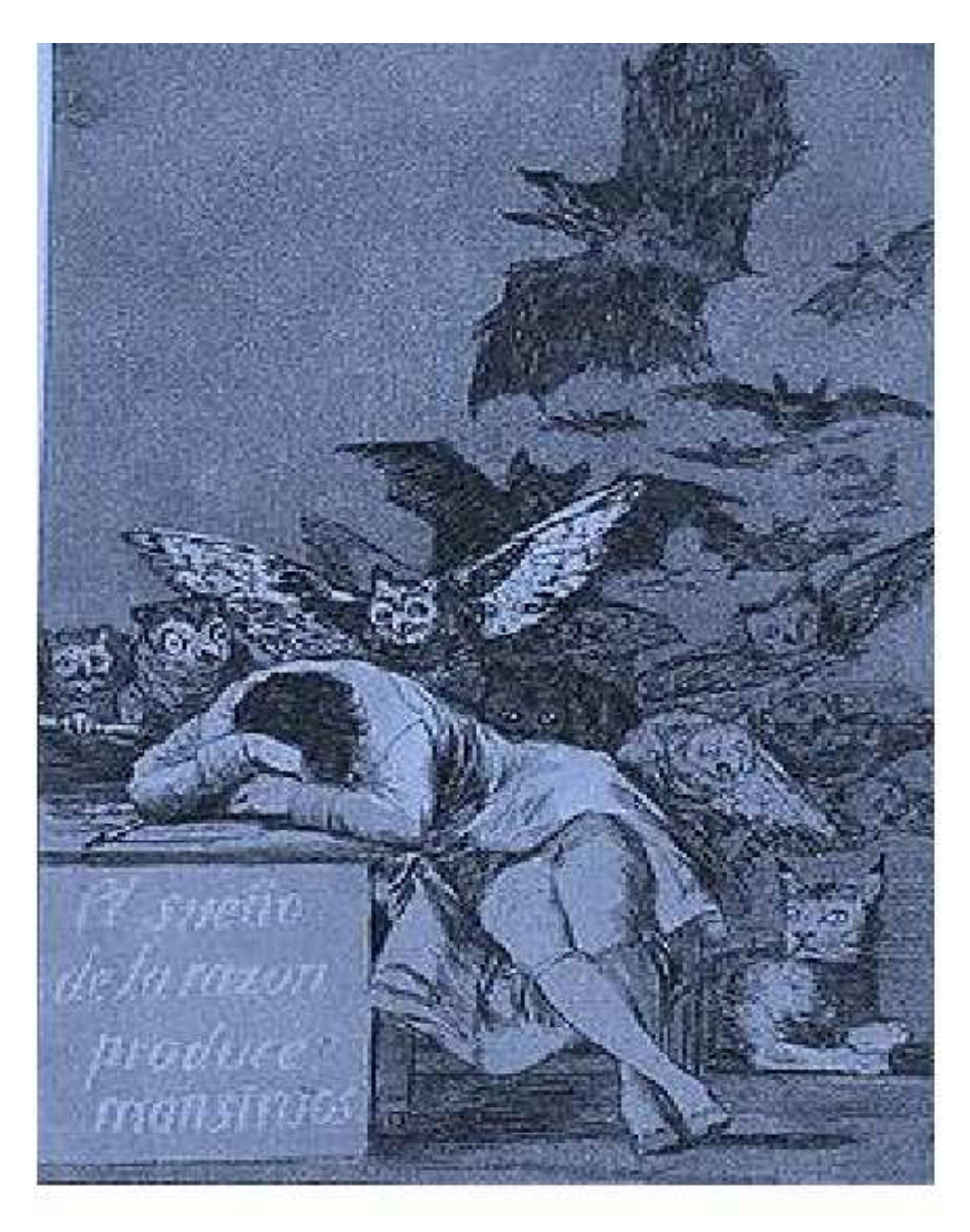
[39] Si el **emanacionismo** o **emanatismo** como certidumbre defendida por la Tradición abre las puertas a la consecución del Hombre Reintegrado no ocurre lo mismo con las creencias propias de religiosidades que han de ser enmarcadas en la cuesta abajo propia del mundo moderno. Religiosidades de corte lunar que no conciben el que el hombre comparta esencia (ni aunque sea en estado *quasi* larvario que deba ser activada) con el Principio Supremo sino que, por el contrario, afirman que el hombre fue creado (**creacionismo**) *ex nihilo* (de la nada) por Dios y que, al no **emanar** de Él, no comparte nada de Su divinidad. No admiten, por tanto, la Iniciación y la consecuente posibilidad del hombre de transmutarse interiormente (*metanoia*) y aspirar a Ser Más que hombre: a ser Hombre Trascendente.

Hombre vivía en una Edad de Oro (Hesíodo), ***Satya-yuga*** o ***Krta-yuga*** (textos sapienciales del hinduismo), en la que la Realidad Trascendente –y por ende la Eternidad- le era consustancial. Estos textos nos hablan también de cómo se produjo una primera caída que se tradujo en la pérdida de esa inmortalidad y de cómo algunas personas poseedoras de una especial potencialidad interior y de una firme voluntad pudieron recobrar lo Inmortal e Imperecedero e Identificarse ontológicamente con Ello gracias a que supieron despertar la semilla aletargada de lo Absoluto que anida en el interior del hombre. Estas personas –esta élite-, como Hombres Superiores que eran, se erigieron en guías y en Luz para los demás y acabaron no sólo por detentar la autoridad espiritual sino asimismo por ejercer la autoridad temporal. Ambos principios, pues, el espiritual y el temporal se hallaron unidos en los mismos representantes, por lo que las actividades humanas se encontraron en todo momento impregnadas por lo Sacro. Así hallamos, pues, a la realeza sacra y a la aristocracia sagrada en la cúspide de la pirámide social en esta segunda etapa –tras la primera caída señalada- de la Edad de Oro." [40] No olvidemos que la *Gnosis* y la Identificación ontológica con el Principio Supremo y Primero Inmanifestado e Incondicionado que se halla más allá y en el origen del mundo manifestado (del cosmos) es la condición propia del Despertado que según el hermetismo alquímico ha consumado la obra al rojo o *rubedo* y no olvidemos que éste era el estado propio del Hombre del *Satya-yuga*; muy por encima del del Adán del paraíso bíblico.[41]

---

[40] Las religiosidades de tipo lunar están por el **creacionismo,** pues de la misma manera que la luna carece de luz propia y la luminosidad que de ella nos llega no es más que un reflejo de la solar, de la misma manera, decíamos, en este tipo de religiosidad no nos arriba de lo Alto más que un reflejo o aproximación mental que no es otro que el aportado por la única herramienta de encaro del hecho Trascendente que la religiosidad lunar pone al alcance del hombre: la simple fe, la creencia y la devoción. Por lo cual niega la posibilidad de la *Gnosis* de lo Absoluto y la posibilidad del hombre de llegar a Ser uno con la dicha Trascendencia. Y la niega, repetimos, aduciendo que el hombre no comparte esencia con lo Trascendente y no puede, pues, actualizarlo en sí; aduciéndolo, recuérdese, por sostener que no **emana** de Él y que en la naturaleza de dicho hombre no se esconde el Espíritu en potencia." ("Evola frente al fatalismo".

[41] Contrástese el fondo de los sistemas religiosos de origen bíblico que le vetan al hombre la posibilidad de acceder a la Sabiduría de lo Trascendente y la posibilidad de transustanciarse interiormente con el fondo de las doctrinas Espirituales-Sapienciales del Mundo de la Tradición que, por el contrario, le ofrecen al hombre diferenciado esas posibilidades. Así, el acceso a las manzanas áureas del Jardín de las Hespérides, que busca y consigue el héroe Heracles, otorgan la inmortalidad (o, si se prefiere, la ´eternidad´): la divinización del héroe; una divinización considerada sacrílega para religiones como las del Libro.



El nigredo hermético-alquímico: domeñar pasiones, impulsos y superar artificios de la mente tales como el racionalismo.

Críticas de Evola al *Vedânta*

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 9 de Julio del 2009.

Las críticas efectuadas por Julius Evola al libro escrito por René Guénon "El hombre y su devenir según el Vedânta" no son el fruto (tal como alguien nos ha apuntado) de una interpretación personal, y por tanto racionalista, de textos sacros. Evola reconoce muchos aspectos positivos en el Vedânta, pero critica los que considera no acordes con los parámetros en los que se articula la Tradición Primordial y critica a Guénon por otorgar a los mismos carácter de infalibilidad. Evola nunca vertió críticas sobre ningún texto sacro que beba en su totalidad de la esencia de la Tradición Primigenia. Nunca, en este sentido, puso en solfa ni una coma de textos sagrados como, por ejemplo, los Vedas. Pero la involución es algo consustancial a los Manvantaras (o ciclos cósmicos) y la interpretación que de esos textos sagrados originales se puede realizar no es ajena a dicha involución. Así pues, esta interpretación sufre desviaciones y éstas se plasman, a menudo, en otros textos sagrados (como es el caso del Vedânta).

Evola vierte estas críticas apoyándose también en textos sapienciales, como es el caso del çakti-tantra. El çakti-tantra efectúa críticas directas al Vedânta. En este sentido, en relación a la doctrina vedántica que considera al mundo manifestado como falsedad, ilusión o ´maya´ afirma Evola:

"*La inconsistencia de tal opinión (que, entre otras cosas, en lo referente a la "salvación" o "liberación" debería coherentemente desembocar en el misterio cristiano de la "gracia") del Vedânta la han mostrado con pericia precisamente los Tantra. Éstos hacen a los vedantinos el siguiente razonamiento: "decís que lo verdaderamente real solamente es el inmóvil Brahman sin atributos, y el resto -el conjunto de los seres condicionados- es ilusión y falsedad. Ahora responded: ¿quiénes sois vosotros, que afirmáis esto, Brahman o un ser condicionado? pues si sois un ser condicionado (y otra cosa lealmente no podéis decir), sois ilusión y falsedad y, por consiguiente, con mayor razón, ilusorio y falso será todo lo que decís y asimismo vuestra propia afirmación, puesto que solamente Brahman es, y el resto es ilusión".*"

Las críticas de Evola al Vedânta tienen total justificación Tradicional. Así, después de la siguiente cita de los tantra ("Y es Brahman quien en los diversos seres se alegra y entristece y en los yoguis se apresta a darse a Sí mismo la propia "liberación"), afirma el italiano:

Tal es el punto de vista de los tantra (y, con ellos, de todo el inmanentismo occidental), el cual sin embargo no puede ser el del Vedânta, precisamente porque para el Vedânta el Absoluto como causa inmanente es ilusión y entre él y lo relativo y "manifestado" hay discontinuidad, salto radical."

En la misma línea Evola transcribe unas líneas de un texto tántrico que reza así:

"¡Oh, señora del Kula! En Kuladharma (vía tántrica de la potencia) el disfrute deviene realización (yoga) perfecta, el mal se hace bien y el mundo mismo se convierte en el lugar de la liberación".

Estos dos últimos párrafos nos deben hacer recordar la fórmula del "solve et coagula" de la tradición alquímico-hermética: *no conformándose con la ´espiritualización del cuerpo´ -solve- sino siguiendo la vía hasta la ´corporización del espíritu´ -coagula-. Se trata, en definitiva de la doctrina de la Trascendencia Inmanente (la Iluminación con respecto a lo Eterno e Incondicionado sucede en este mundo: la Trascendencia es despertada en el interior del Hombre). Posibilidad que no admite el Vedânta debido, repetimos, a su consideración de lo manifestado como mera ilusión (maya).*

Vemos, pues, la legitimidad Tradicional de las críticas vertidas por Evola sobre estos textos (el Vedânta) del hinduismo.

Críticas que continúan cuando el Tradicionalista romano escribe:

(Según el Vedânta) "el pasaje a través de una jerarquía de estados hasta el no manifestado Brahman, que un ser particular puede realizar mediante el largo, áspero, austero proceso de autosuperación propio del Yoga, no es más que una especie de aceleración de algo que acaecerá naturalmente a todos los seres, es la "liberación actual" en lugar de la "liberación diferida", donde todo se reduce a una cuestión de… paciencia. De hecho, el punto de vista del Vedânta es que el mundo, procedente de estados no manifestados, vuelve a sumergirse en ellos al final de cierto período, y ello recurrentemente. Al final de tal período, todos los seres, bon gré mal gré, serán por tanto liberados, "restituidos". De donde una nueva negación: no sólo falta toda real y suprapersonal justificación para dicho desenvolvimiento, sino que la misma libertad es, según esto, negada: los seres, en última instancia, están fatalmente destinados a la "perfección"(…) Esta visión contrasta con muchas otras de la misma sabiduría hindú -especialmente del Budismo- en el cual, por el contrario, es muy vivo un sentido trágico de la existencia, el convencimiento de que si el hombre no se hace el salvador de sí mismo nadie podrá nunca salvarlo, de que solamente su voluntad puede sustraerlo al destino de la generación y de la corrupción (samsâra) en el cual, de otra forma, permanecería para la eternidad."

Y para más reafirmar lo dicho, Evola vuelve a citar al Tantra:

"Sin çakti (=potencia) la liberación es mera burla".

Y es que es imprescindible activar la çakti (a través de la Iniciación= vía activa, solar y viril) para llegar a una Liberación que por sí sola no se conseguirá, pues es falsa la premisa fatalista (que provoca pasividad=vía lunar y telúrica) de que el destino

(tal como afirma el Vedânta) de lo manifestado sea el de volver, inexorablemente, a "reabsorverse" en el Principio Supremo.

No nos hemos de extrañar de la involución que -desde el punto de vista de la Tradición Primordial- han sufrido textos como los del Vedânta, pues esta misma involución también se puede apercibir –en épocas más tardías- en la sufrida en la interpretación de la esencia de la doctrina expuesta en los textos del budismo original –el canon escrito en pali-. Involución que derivó en los textos, p. ej., del budismo mahayana y, más aún, del budismo hinayana.



El mundo concebido por el *Vedânta* como *Mâya* o ilusión incapacitaría la acción del héroe de la Tradición que sí se halla convencido de la posibilidad de trazar su propio camino.

La Ilusión Reencarnacionista

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009

Si las religiones y mitologías de los antiguos pueblos indoeuropeos reservaban sus respectivos paraísos de ultratumba (Campos Elíseos, Olimpo, Walhalla,…) tan sólo para una minoría (héroes, guerreros muertos en combate, personas que habían conseguido altas cotas de realización interior,…), otras religiones surgidas en épocas más tardías, tal como el cristianismo, prometieron el Cielo para prácticamente todos los creyentes.

Únicamente con el cumplimiento de una serie de ritos –desprovistos de poder real de transformación interna del practicante-, ceremonias, preceptos y dogmas morales se aseguraba –y se asegura- la vida eterna celestial. Ésta, de acuerdo con tales requisitos, está al alcance de todos. La mayoría puede acceder a ella sin demasiados sacrificios, méritos ni cualificaciones innatas. Es de fácil acceso para la generalidad de la comunidad creyente. Queda, pues, democratizada su consecución, en total contraste, por el contrario, con el carácter elitista, selectivo, minoritario y aristocrático que tenía en las religiones y mitologías de los antiguos pueblos indoeuropeos.

Las alteraciones que sufrió el budismo de los orígenes (fijado en el canon pali), que en un principio era exclusivamente una vía iniciática -una doctrina esotérica- que perseguía, como estadio último, el Despertar o Iluminación, las alteraciones, señalábamos, que sufrió al convertirse en religión, al masificarse, al degenerar en formas exotéricas y populares acabaron originando doctrinas como la de la reencarnación. Asimismo la incomprensión que, con el discurrir del tiempo, sufrieron ciertas enseñanzas de los textos védicos también acarreó en el hinduismo –como religión- la creencia popular en la reencarnación.

Estas distorsiones padecidas por los mencionados textos sapienciales originarios llegaron a su paroxismo cuando en el siglo XIX empezaron a ser introducidas en Occidente de la mano de personajes como Elena Petrovna Blavastky y de corrientes antitradicionales como la del teosofismo por ella fundado.

Los teosofistas le dieron a esta, ya de por sí, adulteración que supone el reencarnacionismo un carácter progresista. Sí, no podía ser de otra manera en unos tiempos en los que la quimera del progreso indefinido (tan indisociable al intríngulis del mundo moderno) se había, ya por entonces, convertido en dogma incontestable y en pilar básico de cualquier corriente filosófica, doctrina social, económica o política que pretendiera tener repercusión y/o triunfar en los tiempos deletéreos que corrían.

Así pues, de acuerdo a este planteamiento progresista, tras la muerte cada individuo se reencarnaba en otro de superior cualificación espiritual. Así sucedería una y otra vez hasta llegar al más alto escalafón de perfección que conduciría al nirvana y, ¡cómo no!, a la iluminación. Éste sería el camino que seguirían, a pocos méritos que hiciesen, todos los seres humanos. Se vuelve de nuevo a la ya apuntada democratización de los más altos logros metafísicos a los que la persona puede aspirar.

Como hemos indicado al inicio de este escrito estos postulados nada tienen en común (es más, se hallan en sus antípodas) con las creencias de las antiguas religiosidades del mundo indoeuropeo. Para así corroborarlo podemos recordar que para la mayoría de los hombres (que no habían tenido una existencia más que vulgar y arrastrada por las leyes del devenir y de lo perecedero), para la mayoría, decíamos, de ellos tras la muerte esperaba una especie de existencia larvaria en la que cualquier atisbo de conciencia desaparecería. Esta especie de existencia larvaria acontecía en lo que los griegos denominaban el Hades o los nórdico-germánicos el Niflheim.

Hasta aquí hemos hablado básicamente de creencias y, en este terreno, nos hemos tenido que circunscribir al marco estrictamente religioso, pero si en lugar de creencias quisiésemos hablar de certidumbres deberíamos recurrir a lo que nos enseñan los textos sagrados sapienciales, esotéricos y/o metafísicos, pues es en éstos en los que se refleja el Saber de la Tradición Primordial; gracias a que a ellos dicho Saber llegó a través de una cadena regular iniciática ininterrumpida –el conocido como ´cordón dorado´- a lo largo del devenir de los tiempos.

En algunos de estos textos se nos explica con detalle qué es lo que realmente sucede tras la muerte física y como resulta que sobre ello ya escribimos algo en un ensayo anterior titulado "José Antonio y Evola", vamos a reproducir la mayor parte de lo que entonces expusimos y que hace referencia explícita a "la idea que sobre la inmortalidad defiende Evola cuando habla en el capítulo titulado ´Las dos vías de la ultratumba' de su obra Rebelión contra el mundo moderno' [42], de que tras la muerte física son dos las vías que se le presentan al fallecido: una sería la ´vía de los antepasados' o pitra-yana y la otra sería la ´vía de los dioses' o deva-yana (términos de la tradición hindú). La primera de ellas sería el destino de la mayoría de los individuos cuya existencia no pasó nunca de ser la del hombre vulgar, esclavo del devenir y que consistiría en la disolución de las fuerzas y energías sutiles que hicieron posible la vida de dichos individuos (puesto que se hallan en el origen del funcionamiento de su entramado psíquico-físico),su disolución, apuntábamos, en la descendencia de su mismo clan, gens, sippe o zadruga [43] pasando a formar parte (dichas fuerzas o energías) del genio, manes,

---

[42] Traducida al castellano bajo este título, en 1994, por Ediciones Heracles. Escrita originariamente, en 1.934, como "Rivolta contra il mondo moderno".

[43] Clan, gens, sippe o zadruga hacen referencia al mismo concepto pero referido, respectivamente, a las tradiciones celta, romana, germánica y eslava.

tótem, demon o dáimon que confiere la peculiaridad y el impulso particular que caracterizan al mencionado clan. Esta vía, en realidad, no supone la inmortalidad del individuo, pues éste (o, mejor dicho, ´sus' fuerzas o energías sutiles) vuelve a reintegrarse en la corriente del mundo manifestado, del mundo del devenir y del continuo fluir. La segunda de las vías, la de los dioses, sí que supone la verdadera inmortalidad de la persona que en su existencia terrena supo desligarse de todo aquello que condiciona al individuo y experimentó una auténtica transubstanciación o transfiguración que espiritualizó su alma liberada de ataduras y la logró hacer compartir la Esencia Suprema de aquel Principio Superior, metafísico y suprasensorial que se halla en el origen del Cosmos manifestado. Por lo que, tras el óbito, si no antes, el Yo Superior o el Alma Espiritualizada de la persona habrá conquistado la inmortalidad, la eternidad y habrá escapado de la cadena de transmutaciones y cambios que son propios de la manifestación. Sólo unos pocos, sólo una minoría conquistará el ´paraíso´; logro, pues, de carácter aristocrático y nada democrático."

Lo apuntado en esta cita al respecto de la ´vía de los dioses' o deva-yana lo podemos –y debemos- ampliar con lo que otros textos Tradicionales como "El libro egipcio de los muertos" o "El libro tibetano de la muerte" (o Bardo Thödol) [44]3 nos exponen. Así pues, de acuerdo con lo que se puede leer en este último, la persona que, tras un arduo y riguroso proceso iniciático [45]4, hubiese llegado al Despertar durante su existencia terrena se hallaría con que, tras la muerte física, su Alma Espiritualizada se ´toparía' con lo Incondicionado, con el Principio Supremo, con lo Trascendente, con lo Absoluto indefinible e imperecedero que se encuentra en el origen de todo el proceso de la manifestación cósmica: con el No-Ser descrito por una determinada metafísica. Se ´toparía' con el Principio Primero y al haberlo –en vida- Conocido, experimentado y haberse fundido en uno con Él lo reconocería como de su misma esencia y se integraría en Él.

Si, a lo largo de la existencia finita, la vía que lleva a la Iluminación no se hubiera completado totalmente el Yo o Conciencia Superior de la persona fallecida puede (dependiendo del grado en que no hubiese recorrido todo el camino iniciático de transfiguración interior) experimentar las siguientes situaciones de ultratumba:

- Ante lo sobrecogedor que le resulta la contemplación del No-Ser, del Vacío ilimitado, de la inmensidad sin forma y sin delimitación de un Principio en el que no hallará ningún soporte ni ninguna referencia inherentes al mundo manifestado (del que no logró descondicionarse y desligarse del todo), ante lo sobrecogedor, decíamos, de esa visión que nunca llegó a conocer en vida sentirá una suerte de

[44] Un excelente resumen de "El libro tibetano de la muerte" se puede leer en uno de los apéndices que aparecen al final de la obra de Evola "Lo yoga della potenza" y que lleva por título "Bardo: acciones después de la muerte". Libro del cual existe una versión publicada en castellano, en 1.991, por la editorial Edaf como "El yoga tántrico".

[45] Sobre este tema se pueden consultar nuestros **"Debates metafísicos (II): la iniciación".**

pavor que le hará huir de ella. Con lo cual no podrá, de momento, integrarse en la Causa Primera y formar parte de lo Eterno y de la Realidad Superior.

- La huida le enfrentará con otra experiencia post mortem: la de la contemplación de aquellas entidades divinas propias de la religiosidad que conoció más de cerca por ser la más característica del entorno social en el que vivió. Si se identifica con ellas, si siente su esencia similar o cercana a ellas, se quedará en este plano de la realidad metafísica. Realidad inmaterial pero condicionada, puesto que las entidades divinas poseen figura, forma; la de la representación que en su cultura religiosa se les da.

El Yo Superior debería de continuar, una vez situado y anclado en este plano, el proceso de descondicionamiento total que en vida no pudo concluir. Y lo debería de continuar para aspirar a volver a ´toparse' con la primera experiencia de ultratumba que tuvo e integrarse, esta vez sí, en el No-Ser.

– Si incluso no se siente identificado con aquellas entidades divinas será porque también le sobrecoge su cercana y embargadora presencia, ya que, en vida las adoró durante buena parte de su existencia y no consiguió nunca del todo percibir que tan sólo formaban parte del mundo manifestado (inmateriales, sí, pero sujetas a las formas; esto es, condicionadas), sino que siempre llegó a considerarlas como a las más altas jerarquías del Espíritu, por encima y más allá de las cuales no habría nada más; por lo que siempre las acabó contemplando aduladoramente desde una posición empequeñecida.

Es por esta razón por la que emprenderá una nueva huida y experimentará una nueva experiencia post mortem:

– Entonces el Alma Espiritualizada de la persona que había dejado la vida terrenal se enfrentará con sus propias pequeñeces, con sus propios temores, miedos y limitaciones. Unas pequeñeces y temores que no logró superar antes de la muerte y que son las que le han hecho sentir cierto pavor ante la magnitud y la presencia de las mencionadas divinidades (dioses, ángeles,…: todo dependiendo de la religión vivida). Sus propios temores y miedos pueden adoptar (dependiendo de si existían en la mitología de su entorno terrenal) la forma de dioses o diosas de aspecto monstruoso, terrible y pavoroso.

Si consigue sobreponerse al miedo infundido por estas imágenes aterradoras se integrará en la dimensión de la realidad por ellas representada y continuará su proceso descondicionador para aspirar a encontrarse de nuevo con las entidades divinas del plano superior, con el fin de identificarse con ellas y con el posterior objetivo de continuar dicho proceso descondicionador que le lleve nuevamente ante la presencia de la Ausencia (valga la contradicción de los términos); esto es,

del Vacío ilimitado, del No-Ser, del Principio Supremo, del Motor Inmóvil del que hablaba Aristóteles. Principio Superior con el que, ahora sí, se identificará y en el que se integrará definitivamente.

– Si no consigue superar sus temores y miedos, si siente pavor ante la presencia de esas divinidades de aspecto terrorífico, es señal de que el camino iniciático de desapego que recorrió en vida dejó mucho que desear: fue poco intenso y/o poco duradero. Pero aunque de escasa valía, por lo menos sí que experimentó un pequeño despegue con respecto al hombre común, al hombre vulgar, al individuo amorfo arrastrado por las pasiones y los bajos impulsos e instintos. Por lo cual, aunque este Yo Superior deberá retornar a la existencia terrena, finita y perecedera para transmigrar y convertirse en el alma, psique o mente de otro individuo, tendrá el privilegio de elegir de qué embrión (a partir del que se gestará un nuevo ser humano) formará parte. Tendrá la opción, por ejemplo, de elegir el embrión del que se formará un individuo que -por entorno familiar, social o vocacional- gozará de una mayor facilidad y predisposición, así como de mejores ´herramientas' y más óptimos medios, para emprender, con ciertos visos de éxito, el metódico y riguroso camino del desapego, de la transmutación interior y del Despertar y de la Gnosis de lo Absoluto. Podrá elegir convertirse en el alma, por ejemplo, de un individuo (allá donde aún hoy subsistan) de las castas o estamentos superiores.

Tras estos comentarios vertidos a propósito de lo enunciado por el Bardo Thödol, quede claro el hecho de que son unos pocos seres dotados de una cualificación interior especial los que llegarán a experimentar alguna, varias o todas estas experiencias de ultratumba inherentes a la ´vía de los dioses' o deva-yana, mientras que la mayoría caerán irremisiblemente en la ´vía de los antepasados' o pitra-yana reservada al hombre mediocre y vulgar. Remárquese de nuevo, en consecuencia, el carácter aristocrático, antidemocrático y antiigualitario de la consecución de la auténtica inmortalidad, de la arribada al ´paraíso´.

Recuérdese, asimismo, que el pitra-yana sólo contempla la incorporación de las energías y fuerzas sutiles del muerto al genio o tótem del clan al que perteneció y que esto se debe a que la personalidad que dicho individuo fue consolidando en vida se disolverá tras su deceso, por lo cual nadie puede (reivindicando la farsa reencarnacionista) sustentar la idea de que se puedan recordar existencias pasadas, ya que, repetimos, la individuación (y con ella el carácter, la personalidad adquirida, los pensamientos y la memoria) a la que un ser humano haya llegado durante su periplo terrenal se deshace y disuelve tras su fallecimiento.

Y, para concluir, téngase, igualmente, en cuenta que ese Yo Superior o Alma Espiritualizada que aquel que tiene el privilegio de transitar por el deva-yana ha ido forjando en vida es un Yo Superior que ya durante su existencia terrena se liberó, en mayor o menor medida, de su ego (de aquello que lo individualiza y apega a lo bajo y a lo caduco) y que, además, tal como se ha señalado

anteriormente, tras la muerte ha asistido a la disolución de lo que pudiera quedar de su personalidad; memoria incluida. Memoria de la que sólo una especie de sucedáneo o un tenue reflejo, inconsistente, subsiste, como llevada por la inercia, acompañando a ese Yo Superior que (debido a no haber logrado en vida su total desapego) comparecerá ante la presencia de dioses de carácter más amable con, tal vez, otros de signo terrorífico. Esta especie de sombra de aquella memoria que se diluyó tras acaecer el óbito, acabará por desaparecer irremisiblemente; también en aquel Yo Superior –insuficientemente descondicionado- que se habrá de convertir en el alma del embrión al que transmigre.



Walhalla (Resenburg-Ratisbona), o el paraíso de los mejores Por contra desviaciones diversas han alterado doctrinas Tradicionales como - Parafraseando a René Guénon- La de 'los estados múltiples del ser' Y han abocado a equívocos como el que dio origen al reencarnacionismo.

Consideraciones Metafísicas sobre el Aborto. La Doctrina de los *Nidana*

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8 2009

El tema del aborto ha adquirido en las últimas fechas una inusual actualidad en España a raíz de que se haya destapado el hecho de que en ciertas clínicas abortistas de Barcelona se practicaban abortos con fetos de hasta ocho meses de vida.

La carnicería alcanza cifras alarmantes tanto por lo que respecta a los casos de abortos no contemplados por la actual legislación española como a los que sí están permitidos por la ley.

Nosotros no nos alarmamos únicamente porque se masacre a un feto de 4 ó de 8 meses sino que también lo hacemos si se hace con un embrión de un día o con otro de 12 semanas.

Sin duda no existen diferencias cualitativas entre el ser de doce semanas menos un día y el de doce semanas (momento a partir del cual son legales, en España, las prácticas abortivas). Si está delinquiendo quien practica o se somete al aborto en el primer caso también debería considerarse que delinque quien practica o se somete al aborto en el segundo caso. Tenemos claro que en todos los casos nos hallamos ante un crimen atroz, despiadado y cobarde. Crimen que cuando alcanza el número -oficial…- de 100.000 anuales, en España, pasa a la categoría de genocidio.

La ciencia habla de embrión hasta transcurridas doce semanas desde el momento de la concepción y de feto a partir desde ese momento y hasta que tiene lugar el parto. La ley española autoriza, pues, el sacrificio del llamado embrión y no así el del feto. Pero no olvidemos que, por ejemplo, cuando termina el primer mes ya ha comenzado el desarrollo de todos los órganos importantes. Así pues, los ojos son perceptibles, los brazos y las piernas empiezan a aparecer y late ya un corazón de cuatro cavidades (¿sería descabellado no considerar como 'embrión' a un ser que ya ha llegado a este grado de desarrollo?). Y a este ser con ojos, corazón complejo, brazos y piernas es lícito arrebatarle fría y despiadadamente la vida. ¡Paradojas de una modernidad que se llena la boca hablando de un pacifismo de corte pusilánime y clamando contra prácticas como la de la pena de muerte y no manifiesta ningún remilgo, ningún escrúpulo, ni ninguna compasión a la hora de legalizar y promover semejante genocidio!

No es, de todos modos, en estos terrenos físicos y fisiológicos en los que pretendemos embarcarnos en el seno de este escrito sino que nuestra intención es

la de realizar algunas consideraciones que conciernen a planos de la realidad que entran en el terreno metafísico.

Sabido es que las doctrinas Sapienciales del Mundo Tradicional han hablado siempre de la 'inmortalidad del Alma' y de su preexistencia con respecto al ser humano que será portador de ella.

El 'Alma', con mayúscula, diferiría del 'alma', en minúscula, que no vendría a ser más que un equivalente de lo que conocemos como mente o psique. Por contra el 'Alma', en mayúscula, haría referencia al Espíritu o, lo que sería lo mismo, al componente imperecedero, incorruptible, eterno y Trascendente que se halla en el origen de todo el mundo manifestado (Brahman) y que también anida en el interior del ser humano (Atman). Nosotros, de todos modos utilizaremos el vocablo 'Espíritu', y no el de 'Alma', cuando nos refiramos al Principio Supremo Indefinible, incondicionado y Superior. De este modo intentaremos evitar confusiones entre conceptos y realidades diferentes.

Así pues, si el Espíritu preexiste al ser humano se podría formular la pregunta de en qué momento se incorpora a este ser humano. La razón de dicha formulación se hallaría en el aclarar si el embrión humano, que en tantas ocasiones es objeto del aborto, es portador de Espíritu. Si la respuesta fuera afirmativa la enorme gravedad de las prácticas abortivas sería, si cabe, todavía mayor.

Para ver luz acerca de dicha cuestión resulta muy apropiado el echar mano del budismo, pues el budismo originario, en sus textos en pali, nos explica una doctrina, la de los nidana, que no deja, al respecto, lugar a dudas. Una magnífica explicación de la misma la podemos encontrar en la obra de Julius Evola "La doctrina del despertar. Ensayo sobre ascesis budista" [46].

El significado de nidana sería el de estados o elementos condicionados y haría, básicamente, referencia a todos los pasos seguidos, en su existir, por el ser humano que le van, progresivamente, impregnando de la conciencia de ser tal ser –individuado-, condicionado y cada vez más alejado de la posibilidad de apercibirse de que, en su interior, anida el aletargado Principio Imperecedero; la semilla de lo Absoluto. Y cada vez más alejado, por tanto, de la posibilidad de actualizar este Principio Inmortal.

Pero, de un total de doce, los tres primeros nidana aluden a estados anteriores a la concepción del ser humano (anteriores a la formación del embrión o zigoto) y no hacen, pues, estrictamente referencia al aludido proceso condicionador de dicho ser humano sino que atañen al proceso mediante el cual el Principio o Espíritu toma el

[46] Existe, con este mismo título, una edición en castellano realizada por la Editorial Heracles y otra intitulada "La doctrina del despertar. El budismo y su finalidad práctica" a cargo de la editorial Grijalbo.

camino que le llevará a incorporarse al embrión que se acaba de formar. Un camino, pues, que viene definido por una direccionalidad vertical de descenso en contraste, pues, a la horizontal que adquirirá a partir del momento de la generación del nuevo ser humano y, a partir de este momento, a lo largo de la existencia terrenal de éste. Horizontalidad, por tanto, que el Principio Inmutable ya no transitará en solitario sino que lo hará junto al alma o mente y al cuerpo de dicho ser humano.
Tal como ya hemos señalado, los tres primeros nidana hacen alusión a estados del Espíritu anteriores a la concepción. Unos nos explican cómo por culpa de la ignorancia o -en sánscrito-, avijja o avidja el Principio se olvida, en su camino descendente, de cuál es su propia esencia. Otros, como el tercer nidana, nos enseña cómo el Principio va adquiriendo una conciencia autodistintiva que se halla en la base de la conciencia individuada que irá, posterior y paulatinamente, desarrollando el ser humano a partir del momento de su generación.

Es en base a lo expuesto en la explicación de estos tres nidana que tenemos la certeza de que en el momento de su concepción al embrión humano se le ha incorporado el Espíritu o Atman; víctima de la ignorancia o avidja y sometido a inercias individualizantes, pero Espíritu en definitiva. Por lo cual la criminal infatuación que supone el aborto se comete contra un ser humano con Espíritu y no contra un ser vivo que no posee más que un componente físico con sus correspondientes funciones fisiológicas más o menos desarrolladas. El principio Inmortal que anida en su seno no difiere lo más mínimo del que se halla en el interior de un individuo adulto.

Tras la concepción y durante las etapas embrionaria y fetal se suceden seis nidana o estados condicionados más: el quinto, el sexto, el séptimo, el octavo, el noveno y el décimo. Con la irrupción de éstos el ser se va, de forma in crescendo, individualizando, apegando, condicionando y tomando conciencia de su especificidad. Es por esto por lo que se asemeja cada vez más al ser humano en sus distintas fases vitales: infancia, adolescencia, madurez y vejez.
Un somero vistazo a estos seis nidana que acaecen durante las etapas embrionaria y fetal nos muestra como:

-En el 5º nidana se asume el área en el que, por contacto, se activarán (en el 8º nidana) los sentidos y las distintas imágenes que irán proyectándose en la mente como reacción a los diversos estímulos que puedan recibirse.

-En el 6º nidana pasa a ser posible el poder acumular experiencia como consecuencia de lo aportado ante determinados estímulos.

-En el 7º -nos dice textualmente Evola en "La doctrina del despertar"- "irrumpen el sentir, el colorido emocional de las percepciones y el sentimiento en general".

-En el 8º se pueden ya activar los sentidos y se generan las impresiones que siguen al contacto de los sentidos con el objeto y/o receptor correspondiente. También se

desarrolla el deseo que viene provocado por la experiencia sensorial y el consiguiente anhelo de volver a repetir dicha experiencia.

-En el 9º nidana aparece el apego provocado por la dependencia establecida hacia el objeto de deseo descubierto y contactado por los sentidos. Con todos estos condicionantes acumulados hasta este nidana nace el sentido del yo o del individuo.

-En el 10º nidana no podíamos ya por menos que encontrarnos ya con el ser individual y con las pautas que pueden marcar su devenir y su existir (merece la pena recordar, tal como nos dice Evola, el origen etimológico de este término: 'ex-sistere' o el 'estar fuera de sí' propio de una existencia condicionada, atada a las contingencias y estímulos exteriores y que no conoce de lo Interior o Centro; del Espíritu).

Por tanto nos hallamos ante un ser individual -para ello, con el necesario sentido del yo- que podría ser víctima de las criminales prácticas abortivas. Que el tal ser lo sea ya individual en el hipotético momento en el que el aborto cercene su existencia sólo depende del momento embrionario o fetal en que cada uno de estos seis nidana aparezca y de los plazos legales para practicarlo que sean contemplados por las diferentes legislaciones que sobre el aborto tienen vigor en los muchos países en los que se permite.

Los nidana 11º y 12º no son de interés en el presente escrito por cuanto se refieren a estados que acaecen más allá del parto o nacimiento y se hallarían, pues, más allá del período en el cual se practican los abortos legales y/o ilegales. Acontecen referidos al nacimiento (11º nidana) y a la declinación y muerte del individuo (12º y último nidana).

En otro diferente orden de cosas -que se sitúa al margen del tema del presente escrito- cabría recordar que el generarse de cada uno de los doce nidana supone un progresivo obscurecimiento del Principio y un obstáculo también mayor de cara a la acometida de cualquier intento serio, por parte del individuo, de Despertar la semilla de la Inmortalidad (y del Conocimiento de lo Superior e Incondicionado) que se lleva dentro. Este difícil –a la vez que metódico y riguroso- fin es el que siempre ha perseguido la Iniciación.

Seguramente el lector atento se habrá percatado de que nos hemos saltado el 4º nidana. No hemos hecho ninguna mención a él. Y lo hemos hecho así porque queremos mostrar cómo no tan sólo, tal como ya hemos explicado párrafos más arriba, el ser acabado de concebir es portador del Principio Inmortal –Espíritu-, sino que también queremos mostrar cómo en este ser acabado de generar también hallamos ya el alma. Con lo cual el grado de aberración que alcanza el aborto no tiene límites.

El 4º nidana se conoce bajo la denominación de 'nombre-y-forma' y hace referencia al estado en que acontece la formación, en el ser acabado de engendrar, de los elementos materiales -'forma'- y de los sutiles y mentales -'nombre'-. A estos últimos se unen, en este preciso instante, los elementos de la herencia de la 'vía del devenir' (esto es, la herencia samsárica) y los correspondientes a los aportados como herencia psíquica por los progenitores.

Para aclarar a qué elementos de la herencia samsárica o de la 'vía del devenir' nos estamos refiriendo podríamos recordar unos contenidos que en alguna ocasión anterior habíamos expuesto y que rezaban que:

"…tras la muerte física son dos las vías que se le presentan al fallecido: una sería la 'vía de los antepasados' o pitra-yana y la otra sería la 'vía de los dioses' o deva-yana (términos de la tradición hindú). La primera de ellas sería el destino de la mayoría de los individuos cuya existencia no pasó nunca de ser la del hombre vulgar, esclavo del devenir y que consistiría en la disolución de las fuerzas y energías sutiles que hicieron posible la vida de dichos individuos (puesto que se hallan en el origen del funcionamiento de su entramado psíquico-físico), su disolución, apuntábamos, en la descendencia de su mismo clan, gens o sippe pasando a formar parte (dichas fuerzas o energías) del genio, manes, tótem, doble sutil,"vida" de esta vida, demon o daimon que confiere la peculiaridad y el impulso particular que caracterizan al mencionado clan. Esta vía, en realidad, no supone la inmortalidad del individuo, pues éste (o, mejor dicho, 'sus' fuerzas o energías sutiles) vuelve a reintegrarse en la corriente del mundo manifestado, del mundo del devenir y del continuo fluir." [47]

Aclarado lo cual podríamos afirmar que el alma del nuevo ser sería, de este modo, el resultante de la unión del componente 'nombre' del 4º nidana, más la herencia samsárica y más el añadido de la herencia proveniente por vía biológica (la de los padres).

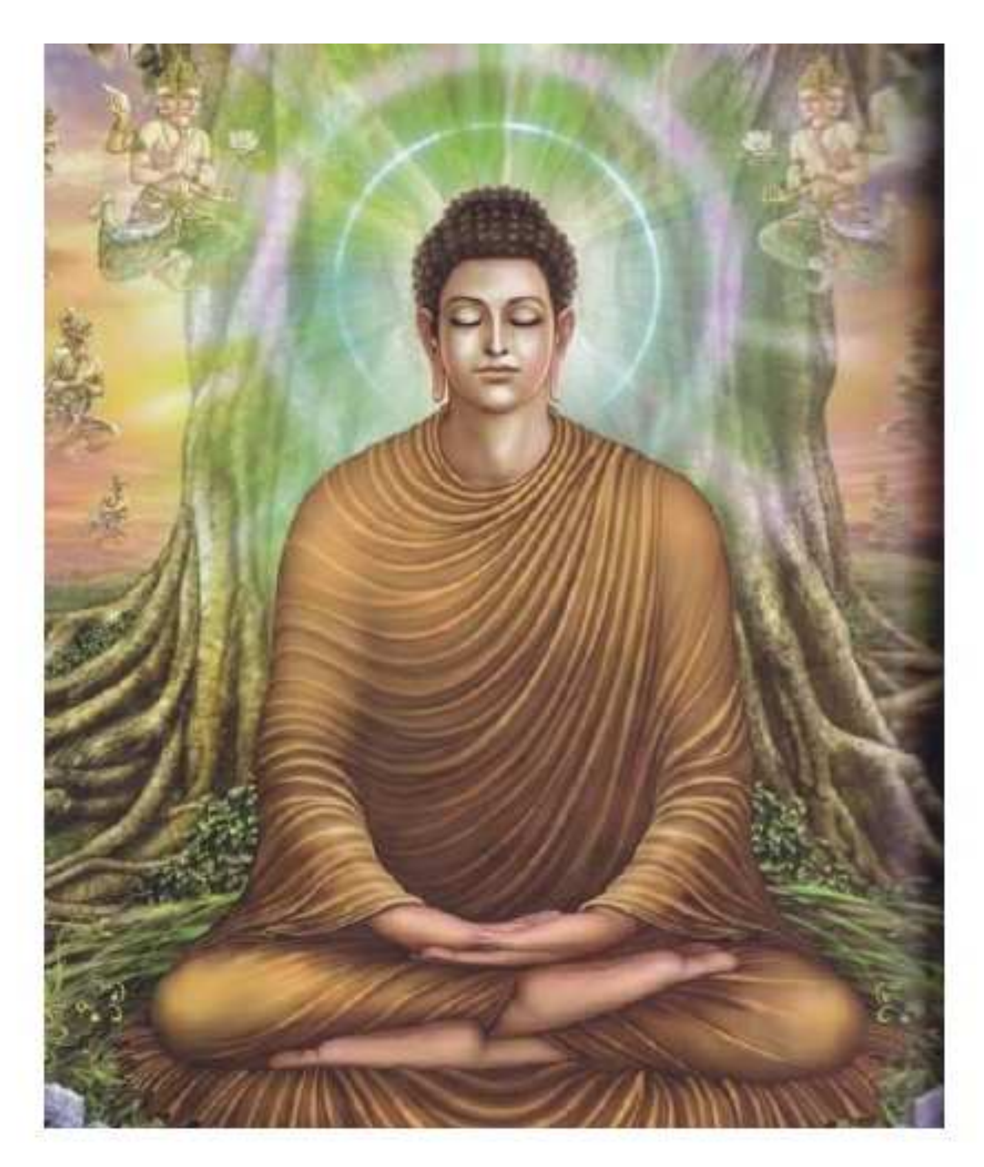
Pero aún hay más, ya que el atentado ejercido por medio del aborto no sólo destruye a un ser compuesto por Espíritu, alma y cuerpo; no sólo afecta a un ser concreto individual y/o individualizado, sino que, paralelamente, acarrea graves repercusiones a otros niveles, pues altera dinámicas y equilibrios en el plano cósmico e incluso en el supracósmico.

Es así porque invierte esa inercia por la cual el Espíritu se había integrado en el ser humano recién concebido. Una inercia, recordemos, que hallaba su explicación en la individualización que había experimentado dicho Principio Imperecedero a causa

[47] Originariamente redactamos estas ideas en nuestro escrito titulado "José Antonio y Evola". Más tarde creímos conveniente reproducirlas en "La ilusión reencarnacionista". De todos modos si se desea profundizar en este orden de cosas recomendamos la lectura del capítulo VIII ("Las dos vías de ultratumba") de la parte primera del libro de Julius Evola "Rebelión contra el mundo moderno"; título éste el de la traducción hecha al castellano por Ediciones Heracles.

del avidja, u olvido, que había padecido entorno a cuál es la "naturaleza" de su esencia. Así, con la práctica del aborto, el Espíritu integrado en el ser concebido se verá abocado a transitar por otros derroteros.

Algo similar ocurre con los tres componentes que habían dado origen al alma del embrión. De esta manera, por ejemplo, el genio, manes, tótem, doble sutil o daimon que las dinámicas cósmicas habían encaminado hacia ese embrión [48]3 para integrarlo en él en el mismo momento de su generación, deberá, a causa del aborto, abandonar el camino que los flujos cósmicos habían establecido y retornar, brusca e inesperadamente, a ese entramado sutil que vertebra, vivifica y dinamiza al cosmos como si de su aliento vital, de sus nervios y de su aparato circulatorio se tratase. Un brusco retornar que provoca desequilibrios, desajustes y descompensaciones en el armónico entramado cósmico…



Gautama Siddharta, "el Buda": la 'doctrina de los nidana'.

[48] Mayormente el genio, manes, tótem, doble sutil o daimon se encamina a su integración en un embrión determinado por pertenecer el nuevo ser engendrado al mismo linaje o clan (o a los restos desorientados que de éste quedan en el mundo moderno) del que proceden estas fuerzas sutiles –el genio,…- que acabarán confiriendo determinadas peculiaridades y concretos impulsos comunes a los miembros de dicha estirpe.

José Antonio y Evola

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 27 de Julio del 2009.

Los innumerables trabajos que, a lo largo de tantas décadas, se han realizado alrededor del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, primer Jefe Nacional de la F.E. de las J.O.N.S., han solido analizar los planteamientos que, el que fuera uno de los fundadores de Falange Española, defendía a propósito de cuestiones relacionadas con las esferas de lo político (así, en minúsculas), de lo social y de lo económico. No han faltado tampoco ensayos –eso sí, en menor número- sobre sus posicionamientos en materias cuyo abanico podría oscilar entre lo, digámoslo así, filosóficocultural y lo religioso.

A nuestro entender prácticamente todos estos trabajos adolecen de algo esencial, pues no han sabido, o no han podido, atisbar que todo el pensamiento de José Antonio tiene como base unos fundamentos y unas raíces que van mucho más allá del momento histórico y político en el que fue formulado e incluso mucho más allá de las etapas históricas en las que empiezan a aparecer los primeros conatos serios de lo que acabarían siendo los pilares de nuestro actual mundo moderno; pilares en forma de contravalores y de instituciones y corrientes ideológicoculturales antitradicionales. Sí, contrarios a la Tradición, así, con mayúsculas. Esto es, contrarios a una manera de vivir y percibir el mundo y la existencia que entiende de Realidades que superan el plano meramente material [49]1.

No sólo constatamos el hecho de que "el pensamiento de José Antonio tiene como base unos fundamentos y unas raíces que van mucho más allá del momento histórico y político en el que fue formulado…" sino que incluso afirmamos que no tan sólo "van mucho más allá" retrocediendo en el tiempo, sino que se encuentran por encima del tiempo, por encima del devenir, por encima del fluir continuo de lo perecedero, del mundo manifestado y condicionado, por encima –según el decir de los textos sagrados del hinduismo- del samsara. Y esto ocurre porque al estar en sintonía con la esencia de la Tradición atesoran una naturaleza intemporal, eterna e imperecedera.

Como hemos encontrado una ingente y, quizás para algunos, sorprendente similitud entre el pensamiento de José Antonio y la manera en que el italiano Julius Evola entiende y nos transmite cuál es el núcleo y cuáles son los entresijos de la Tradición, no estará de más que sea el propio autor transalpino el que nos aclare qué es lo que

---

[49] Tal como en su día aclaramos al redactar el escrito "Los fascismos y la Tradición Primordial" (HYPERLINK "http://septentrionis.wordpress.com/2009/02/01/los-fascismo-y-la-tradicion-primordial/"http://septentrionis.wordpress.com/2009/02/01/los -fascismo-y-la-tradicion-primordial/) *"no pretendemos en absoluto hablar de esta corriente (el ´tradicionalismo´) que, por ejemplo, en España como doctrina política, social y económica va, desde hace cerca de dos centurias, indisociablemente ligada al carlismo."* De paso aprovechamos para recordar que en el citado escrito se hacen referencias al falangismo -íntimamente relacionadas con José Antonio- que se hallan en estrecha conexión con el contenido de nuestro presente texto.

debemos de entender por Tradición. Así en "Los hombres y las ruinas" -1.954- [50] escribe que:

"En su significado verdadero y vivo, tradición no es un supino conformismo a todo lo que ha sido, o una inerte persistencia del pasado en el presente. La Tradición es, en su esencia, algo metahistórico y, al mismo tiempo, dinámico: es una fuerza general ordenadora en función de principios poseedores del carisma de una legitimidad superior -si se quiere, puede decirse también: de principios de lo alto- fuerza que actúa a lo largo de generaciones, en continuidad de espíritu y de inspiración, a través de instituciones, leyes, ordenamientos que pueden también presentar una notable variedad y diversidad".

La adhesión de Evola a la cosmovisión inherente a la Tradición responde a un impulso hacia lo Trascendente que ya desde temprana edad sintió en su interior. Este impulso le corrió paralelo a otro que le adhería a una manera activa de entender la existencia. Él habla en "El camino del cinabrio" -1.974- [51] de esta doble ecuación personal que desde buen principio le marcó las pautas de lo que acabaría siendo su manera de percibir y de vivir el mundo. Ecuación personal que le haría defender ´la vía de la acción´ como el más óptimo camino a elegir para transitar por el sendero del descondicionamiento y del desapego del yo previo para aspirar a su transfiguración o palingénesis interior y a su identificación con el Principio Supremo, con lo Absoluto incondicionado.

´Vía de la acción´, ´vía del guerrero´ o (volviendo a echar mano de la terminología del hinduismo) ´vía del shatriya´ que más que entenderla desde la óptica de la acción exterior hay que entenderla bajo el prisma de la acción interior. Hay que entenderla como ascesis, como trabajo interno metódico, riguroso, como ejercicios constantes tendentes a conseguir la autarquía del practicante con respecto al mundo de las pasiones, de las aprensiones, de los sentimientos, de los impulsos, de los instintos y de los sentidos. Trabajo interno que, tras este disciplinado proceso de –permítasenos la expresión- profilaxis del alma y, por tanto, de autodominio y autocontrol tendrá como siguiente objetivo el conocimiento de realidades cada vez más sutiles y alejadas de la realidad física que perciben nuestros sentidos y como fin último la Gnosis de la Realidad Suprema, incondicionada y eterna que se halla en el origen de todo el mundo manifestado, a la par que también tendrá como fin último la identificación total de la Persona con dicha Realidad Suprema; esto es, la Iluminación o Despertar de la que nos habla el budismo.

Todos los valores y atributos consustanciales al tipo humano del guerrero lo hace más propicio que cualquier otro para transitar por este arduo camino, por el cual pocos pasos (o ninguno) se podrán dar sin esas buenas dosis (tan indisociables al shatriya) de espíritu de sacrificio, de voluntad, de marginación del yo en aras de la

[50] Publicado en castellano por Ediciones Alternativa (1.984) y por Ediciones Heracles (1.994).

[51] Existe traducción al castellano por Ediciones Heracles (1998).

consecución de un objetivo no particular, de heroísmo y de una valentía que comporta la superación de miedos, pavores y complejos; miedos que irán apareciendo en algunos estadios de este proceso iniciático de descondicionamiento y desapego por cuanto dicho proceso implica el ir desligándose de los soportes existenciales en los que el hombre vulgar suele apoyar su condicionado discurrir por la vida.

Es por todo esto por lo que la ´vía de la acción´ ha sido asociada al arquetipo del guerrero y por todo esto por lo que la consideramos como la única viable para emprender la empresa consistente en lograr la autonomía del alma -o mente- con respecto a todo lo que la puede mediatizar; autonomía que convertirá al iniciado en estas lides en Autarca o Señor de sí mismo.

El camino opuesto a éste no puede, por oposición, ser otro que el de la ´vía pasiva´ (quizás confusamente muchos han llamado a este camino opuesto como ´vía contemplativa´) y que no puede nunca aspirar a nada más que no sea la simple fe, creencia o devoción en la divinidad o, a lo sumo, a estados de arrebato y arrobamiento extático-místico en los que el alma, lejos de ser Señora de sí misma, es objeto de perturbador enceguecimiento.

La preeminencia de la dimensión interior de la ´vía del guerrero´ comentada algunos párrafos más arriba no nos debe hacer ignorar su dimensión exterior y no nos debe, por tanto, hacer olvidar aquellas sagas en las que el guerrero y/o el caballero iban pasando por todo tipo de aventuras y superando una serie de pruebas que no eran ni más ni menos que el reflejo externo de aquellos cambios descondicionadores y transmutadotes que en su interior iba experimentando; a la vez que estas pruebas externas le servían de apoyo para facilitarle dichos cambios internos. No podemos, en consecuencia, olvidarnos, por ejemplo, del ciclo artúrico y del Grial y no podemos, tampoco, olvidarnos de aquellos caballeros monjes que en órdenes religioso-militares del Medievo, como lo fueron la del Temple, optaron por la ´vía de la acción´ como camino a seguir en aras a la consecución de la transustanciación del yo condicionado en Ser descondicionado.

Y en consonancia con este modelo humano del caballero a la búsqueda del Espíritu que podemos ver profundamente tratado por Evola en su obra "La leyenda del Grial y la tradición gibelina del Imperio" -1.937- [52]4 podemos tener bien presente aquella definición hecha por José Antonio a propósito del hombre nuevo que se pretendía forjar como "mitad monje, mitad soldado" o reproducir otras sentencias suyas como la efectuada el 6 de noviembre en el Parlamento español en la que afirmaba que "Es cierto; no hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera

[52] Obra publicada en castellano por la editorial Plaza & Janés en 1.977.

militar –o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso-" [53]5.

José Antonio, al igual que Evola, pareció haber sentido en su interior la misma doble fuerza formativa: la de la acción y la de la espiritualidad. Así, por lo que respecta a la acción y en relación directa con el arquetipo del guerrero, reza el punto 26 de la Norma Programática de la Falange que "Su estilo (el de la Falange) preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y sacrificio." (Norma programática firmada por José Antonio y que transpira su personal estilo.) Y por lo que hace referencia a la espiritualidad ya en el discurso de fundación (29 de octubre de 1.933) del movimiento político que acabaría liderando decía que "…sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros les estimamos, portador de valores eternos; cuando se le

---

[53] Es de destacar cómo José Antonio aúna sus dos valencias personales (la guerrera y la espiritual) hasta en su misma concepción de la ultratumba. Así expone en un discurso celebrado en Madrid el 9 de mayo de 1.935 que "…*queremos que la dificultad siga hasta el final y después del final; que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo*". Para continuar más adelante diciendo que"… *el Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues ien: nosotros que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable; un Paraíso donde no se descanse nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas."*

Se desprende de estas líneas que al Paraíso del que nos habla José Antonio no es fácil llegar: que sólo unos pocos, los mejores, lograrán acceder a él. No se parece en nada a esa eternidad que determinadas religiones prometen para prácticamente todos, con tal de que hayan practicando, en vida, una serie de ritos desprovistos de poder transmutador del interior del practicante y con tal de que hayan seguido con cierta fidelidad un cierto número de dogmas y prescripciones morales; una concepción, en suma, democrática de la eternidad, por cuanto la mayoría puede acceder a ella sin demasiados sacrificios, méritos ni cualificaciones innatas. Y sí se parece, en mucho, el Paraíso al que se refiere José Antonio a la idea que sobre la inmortalidad defiende Evola cuando habla en el capítulo titulado "Las dos vías de la ultratumba" de su obra "Rebelión contra el mundo moderno" *, de que tras la muerte física son dos las vías que se le presentan al fallecido: una sería la ´vía de los antepasados´ o *pitra-yana* y la otra sería la ´vía de los dioses´ o *deva-yana* (términos de la tradición hindú*)*. La primera de ellas sería el destino de la mayoría de los individuos cuya existencia no pasó nunca de ser la del hombre vulgar, esclavo del devenir y que consistiría en la disolución de las fuerzas y energías sutiles que hicieron posible la vida de dichos individuos (puesto que se hallan en el origen del funcionamiento de su entramado psíquico-físico), la disolución, apuntábamos, en la descendencia de su mismo clan, *gens*, *sippe o zadruga*** pasando a formar parte (dichas fuerzas o energías) del *genio, manes*, tótem, demon o *dáimon* que confiere la peculiaridad y el impulso particular que caracterizan al mencionado clan. Esta vía, en realidad, no supone la inmortalidad del individuo, pues éste (o, mejor dicho, ´sus´ fuerzas o energías sutiles) vuelve a reintegrarse en la corriente del mundo manifestado, del mundo del devenir y del continuo fluir. La segunda de las vías, la de los dioses, sí que supone la verdadera inmortalidad de la persona que en su existencia terrena supo desligarse de todo aquello que condiciona al individuo y experimentó una auténtica transubstanciación o transfiguración que espiritualizó su alma liberada de ataduras y la logró hacer compartir la Esencia Suprema de aquel Principio Superior, metafísico y suprasensorial que se halla en el origen del Cosmos manifestado. Por lo que, tras el óbito, si no antes, el Yo Superior o el Alma Espiritualizada de la persona habrá conquistado la inmortalidad, la eternidad y habrá escapado de la cadena de transmutaciones y cambios que son propios de la manifestación. Sólo unos pocos, sólo una minoría conquistará el ´paraíso´; logro, pues, de carácter aristocrático y nada democrático.

**Traducida al castellano bajo este título, en 1994, por Ediciones Heracles. Escrita originariamente, en 1.934, como "Rivolta contra il mondo moderno".*

**Clan, *gens, sippe o zadruga* hacen referencia al mismo concepto pero referido, respectivamente, a las tradiciones celta, romana, germánica y eslava.

estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse" [54]. Y, en la misma tónica, se puede leer en los llamados "Puntos Iniciales" de la Falange, publicados el 7 de diciembre de 1.933 y que también rezuman del estilo y del pensamiento de José Antonio, se puede leer, decíamos, que "Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capaz de un destino eterno, como portador de valores eternos."

Bien es sabido que el tipo de espiritualidad que reivindica Julius Evola se halla reñido con aquél que comportó el cristianismo de los orígenes y, en buena medida, con el que esta religión ha defendido en las últimas centurias. Al cristianismo primigenio lo llegó a definir como "anarquismo de los orígenes" y denostó sin paliativos su carácter de pacifismo pusilánime, de igualitarismo anti-jerárquico y su moral de esclavos. No obstante lo cual Evola pudo ver en el catolicismo de la Edad Media apuntes de compenetración con la esencia y con los valores de la Tradición: con la idea de jerarquía, con la ética caballeresca y con el elemento esotérico; si bien, sobre todo este último asunto, al margen y a pesar de la Iglesia oficial. La actitud no cerril de nuestro autor italiano hacia el cristianismo se puede cotejar en reflexiones suyas como las efectuadas durante su estancia en la cartuja de Hain (Alemania, febrero de 1.943), donde escribía que "…no buscando compromisos con el pensamiento ´moderno´ e incluso con las ciencias profanas de hoy en día, sino desapegándose decididamente, insistiendo tan sólo en el punto de vista de la ascesis, de la pura contemplación y de la trascendencia, que la Iglesia podría quizás, dentro de determinados límites, volver a convertirse verdaderamente en una fuerza y asegurarse así una inviolable autoridad." [55]

Posiciones semejantes se pueden observar también en José Antonio cuando, por un lado, se puede leer en el punto 25 de la ya aludida Norma Programática que "Nuestro movimiento incorpora el sentido católico –de gloriosa tradición y predominante en España- a la reconstrucción nacional", pero por otro lado afirmaba, en el curso de una conferencia pronunciada el 3 de marzo de 1.935 en Valladolid, que "…el cristianismo era la negación de los principios romanos; la religión de los humildes y

---

[54] Esta libertad total que José Antonio le supone al hombre para decidir su propio destino, para ´*condenarse*´ o ´*salvarse*´, encuentra su paralelismo en la que también le presupone Evola para optar por dejarse arrastrar por las fuerzas y energías que abocan al individuo hacia lo bajo (fuerzas denominadas con el vocablo *tamas* por el tantrismo) o, al contrario, para conquistar la inmortalidad, la eternidad. Libertad que se obtiene una vez el alma se ha desligado de las ataduras que lo encadenan a los embrujos y a la existencia ciega del mundo manifestado. Y libertad, en definitiva, que no se encuentra irremisiblemente sujeta a ningún tipo de determinismo fatalista; ya sea éste de naturaleza física, psíquica o relativo a ciclos cósmicos como los descritos por las doctrinas sagradas del hinduismo (los cuatro *yugas*) o del mundo grecorromano y del nórdico (las cuatro edades: de oro, plata, bronce y hierro o del lobo).

[55] Publicado en ´La Stampa´, en febrero de 1.943 y traducido al castellano por el Centro de Estudios Evolianos de Argentina.

de los perseguidos, capaz de negar al César su divinidad y aun su dignidad sacerdotal. El cristianismo minó los cimientos de la Roma agitada…”.

Coinciden igualmente Evola y José Antonio en su admiración por la Roma antigua. Para el primero en su fundación y en buena parte de su discurrir histórico concurren la fuerza y los valores formativos de la Tradición e instituciones adaptadas a esta última y servidoras de la misma. Mientras que para el segundo Roma representa medida y geometría. José Antonio es un clasicista y Roma es la encarnación de ese clasicismo en oposición a un romanticismo con respecto al cual su talante personal se encuentra en las antípodas.

Como detalle ilustrativo de esta adhesión a la romanidad, en el seno de la Falange a éste su primer Jefe Nacional se le refiere siempre con su nombre de pila, no con su apellido. Se hace así tal cual se hacía con los césares de Roma: con Julio César, con Octavio,…

Acabamos de hacer alusión al distanciamiento de José Antonio con respecto al romanticismo y aquí estriban algunas discrepancias que mantuvo con relación a los fundamentos del nacionalsocialismo, afirmando que “El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución Francesa, pues la declaración de los derechos del hombre es copia calcada de las Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán.” (Conferencia, ya citada, del 3 de marzo de 1.935.)

Evola, asimismo, contempla al romanticismo como un producto más del deletéreo y disolvente mundo moderno. Esas pasiones y sentimientos que el Hombre Diferenciado de la Tradición ha conseguido dominar son exacerbados y encumbrados por el romanticismo. Como botón de muestra significativo de la oposición de Evola hacia esta corriente cultural podemos recordar la expeditiva crítica que en su libro de 1.961 “Cabalgar el tigre” [56] realiza a la música de Wagner, por, entre otras cosas, melodramática y a la de Beethoven por trágico-patética.

Sacado, como hemos hecho, el tema del nacionalsocialismo deberíamos de indicar que Evola interpreta que la gran importancia que durante el III Reich se le dio, por parte de ciertos ideólogos, al tema de la raza biológica conlleva un elemento igualitarista, por cuanto la pertenencia a determinado tipo racial es la que otorga la principal legitimidad como ciudadanos del Reich. Para Evola se debería, por el contrario, superponer a la ´raza del cuerpo´ la ´raza del alma´ y a ésta ´la raza del espíritu´. Así pues, se crearían, de este modo, otros criterios diferenciadores en el seno de la comunidad. Se crearían criterios que acabarían conformando una clara

[56] Publicado en castellano por Ediciones de Nuevo Arte Thor -1987- y por Ediciones Heracles.

jerarquía en la que por encima de los individuos que únicamente cumplieran con los atributos y requisitos establecidos para ´la raza del cuerpo´, se encontrarían escalonadamente situados aquellos miembros de la comunidad que, en mayor o menor grado, cumplieran con los valores propios de ´la raza del alma´; como pueden serlo el heroísmo, el valor, el espíritu de servicio y de sacrificio, la abnegación, la sinceridad, la voluntad, la fortaleza de ánimo, la constancia,... Y aun por encima de aquéllos que hubieran desarrollado convenientemente los valores propios de ´la raza del alma´ se hallarían las personas que hubieran sido capaces de actualizar las potencialidades de ´la raza del espíritu´ o, dicho en otros términos, de conseguir recorrer el trayecto entero que lleva (tras el descondicionamiento con respecto a lo externo y al subconsciente y el inconsciente) al Conocimiento y a la identidad total con el Principio Supremo y eterno. Los pocos que consiguieran llegar a esta meta ocuparían la cúspide de la pirámide social en que se debería de vertebrar el Estado, tal como siempre ocurrió en el mundo Tradicional [57].

Se tienen, pues, así, criterios antiigualitarios y diferenciadores en oposición al nivelador e igualitario que supone el de la fijación en la raza biológica o ´raza del cuerpo´. Criterio igualitario que hace que la totalidad de la comunidad se halle, repetimos, legitimada en el seno del Estado y, en consecuencia, en igual medida representada. Y criterio que, en el mismo discurso varias veces citado (y pronunciado en Valladolid), le hizo decir, en sentido crítico, a José Antonio que "Alemania vive una superdemocracia" y que a Evola hacía hablar de la prevalencia y la exaltación del demos; o lo que es lo mismo, de la masa indiferenciada.

En armonía con esta posición, digámoslo así, antidemocrática mantenida por José Antonio y en consonancia con las pretensiones de querer articular el tejido social de manera jerárquica, desde lo alto de la pirámide y teniendo como punto de referencia los más altos valores, al igual que de acuerdo con la mentalidad clasicista de la que ya hemos hablado, éste que fue uno de los fundadores de la Falange asevera, en dicha misma conferencia, refiriéndose a la Italia del período fascista que "Roma pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba".

Lo que se ha venido comentando en los últimos párrafos no queremos que se interprete como pinceladas que denotarían por parte de nuestros dos autores una oposición integral al mundo cultural y político que dirigió y/o que se desarrolló en el seno del III Reich y/o formó parte de su amplio entramado. Y no pretendemos que se puedan extraer estas conclusiones de rechazo general puesto que tanto Evola

---

[57] Evola desarrolló esta doctrina de ´las tres razas´ en el libro "Síntesis de doctrina de la raza" (1.941), que ha sido traducido al castellano bajo el título "La raza de espíritu" por Ediciones Heracles en 1.996 y reeditado por esta misma editorial. Asimismo hemos tratado este tema con más amplitud en nuestra serie de escritos (tres en total) titulados "Evola y la cuestión racial"

como José Antonio supieron encontrar elementos, intenciones, objetivos e instituciones válidos en la Alemania nacionalsocialista. Pero si hemos analizado deteminados factores que resultan conflictivos en la opinión de los dos autores ha sido, básicamente, para resaltar nuevos puntos en común en la cosmovisión que ambos compartían.[58]

Sin dejar el hilo del clasicismo afín a José Antonio y definido por lo exacto, por lo severo, por la línea o por lo recto, bien debemos de hablar del concepto de Patria que él defiende, pues se trata de un concepto alejado de lo sensual y del apego a la tierra (alejado, por ende, de cualquier veleidad afín al romanticismo) y cercano a la idea clásica del Imperium. Lo podemos comprobar en un artículo por él escrito bajo el título de "La gaita y la lira" y publicado el 11 de e nero de 1.934 en el que podemos leer: "…¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? (…) Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. (…) Es elemental impregnación en lo telúrico. (…) (El patriotismo) tiene que ser lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo sensible, sino en lo intelectual. (…) Veamos (en la patria) un destino, una empresa… Sin empresa no hay patria. (…) Calla la lira y suena la gaita (…:) Enmudecen los números de los imperios –geometría y arquitectura- para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea".

Asimismo afirmaba José Antonio en un "Ensayo sobre el nacionalismo" datado el 16 de abril de 1.934 que "(para el romanticismo) lo que determinaba una nación eran sus caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos, climatológicos."

---

[58] Julius Evola consideraba que el régimen fascista italiano no logró terminar del todo con la dinámica de clases sociales que acabó imponiéndose con la Revolución francesa, puesto que considera que el Corporativismo que se aplicó seguía considerando de manera separada a patrones y obreros, aunque existieran, con el objetivo de resolver conflictos laborales, mecanismos de enlace entre ambos. Evola sostenía que esta dinámica de clases es propia del mundo liberalcapitalista y sostenía, asimismo, que ambas clases sociales en el mundo Tradicional formaban parte de un mismo estamento o de una misma función social: la económicoproductiva y que la verdadera jerarquía no es la que pueda hallarse entre empresarios y obreros, sino la que viene determinada por la preeminencia de la función regiosacra sobre la guerrera y, más todavía, sobre la productora .(Se pueden consultar, al respecto, nuestros "Debates metafísicos (VII): jerarquía y trifuncionalidad".) Por el contrario el gran intérprete de la Tradición italiano consideró que en el seno del III Reich sí se acabó con esta dinámica clasista; logro que se debió, en parte, a la inclusión de empresarios, técnicos y obreros, sin ningún tipo de distinción organizativa, en las filas del Frente del Trabajo Alemán. (Se puede contrastar lo dicho consultando el capitulo IX de "El fascismo visto desde la derecha" y en el capítulo III de las "Notas sobre el II Reich", trabajos que, en un único volumen, fueron publicados en 1.964 y de los cuales existen un par de traducciones al castellano: la publicada en Barcelona por Ediciones Alternativa y la que elaboró Ediciones Heracles, en Buenos Aires, en l.995 bajo el título "Más allá del fascismo".)

Pues bien, José Antonio también mantiene la misma postura que Evola acerca del corporativismo fascista al exponer, hablando del mismo, que *"Existe, para procurar la armonía entre patronos y obreros, algo así como nuestros Jurados Mixtos, agigantados: una Confederación de patronos y otra de obreros, y encima una pieza de enlace. Hoy día el Estado corporativo ni existe ni se sabe si es bueno."* (Conferencia pronunciada el 3 de marzo de 1.935 en Valladolid.)

Evola escribía en el capítulo titulado "El espacio. El tiempo. La tierra" de "Rebelión contra el mundo moderno" que "En tales seres (entiéndanse los hombres vulgares) predomina lo colectivo, sea como ley de la sangre y de la estirpe, sea como ley del suelo. Aunque se despierte sin embargo en ellos el sentido místico de la región a la cual pertenecen, tal sentido no irá más allá del nivel del mero ´telurismo´."

Hay otra cuestión que Evola nos presenta en "Los hombres y las ruinas" y que él denomina como ´elección de las tradiciones´ de cuya tesis podemos ver un buen ejemplo en uno de los considerados como ´papeles póstumos´ (escritos en prisión) de José Antonio, cuya cabecera es la de "germanos contra bereberes". Habla el Tradicionalista italiano de que en la extensa historia de los países se suelen hallar hechos, momentos y períodos históricos que vienen marcados por el sello de una concepción del mundo y de la existencia determinada o bajo el sello de otra de índole diametralmente opuesta. Habla de que, en ocasiones, es lo que él denomina como ´luz del norte´ lo que impregna el tejido social, las instituciones, los valores, los hechos y, en definitiva, la cosmovisión en una comunidad dada y, por el contrario, en otros casos y períodos históricos es la ´luz del sur´ la que deja su impronta en el seno de dicha comunidad. Habla de que la denominada como ´luz del norte´ vendría asociada a conceptos como el de la jerarquía, la diferencia, lo vertical, lo solar, lo estable, lo inmutable, lo eterno, lo imperecedero, lo patriarcal y a valores como el honor, el valor, la disciplina, el heroísmo, la fidelidad,… Y de que la denominada como ´luz del sur´ abanderaría conceptos como el del igualitarismo, lo uniforme y amorfo, lo horizontal, lo lunar, lo inestable, lo mutable, lo caduco, lo perecedero, lo matriarcal, lo sensual, lo instintivo, lo hedonista, lo concupiscente,… Y habla de que una de las funciones de un verdadero Estado debe de ser la de efectuar una acertada ´elección de las tradiciones´ que sirva de referente constructivo y de fuerza formativa para los seres a los que dirige y vertebra. Es decir, que el Estado debe saber discriminar qué períodos, hechos o personajes de su historia deben de ser reivindicados y cuáles han de ser descartados; no cabe aclarar que se debe optar por aquéllos marcados por la ´luz del norte´.

Evola reivindica para la historia de Italia buena parte de la antigua Roma y, por ejemplo, descarta, por liberal y antitradicional, el período decimonónico del Risorgimento que acabará con la unificación de la Península Trasalpina. Además achaca a la hegemonía y reaparición del espíritu consustancial al substrato preindoeuropeo existente en tierras italianas antes de la aparición y triunfo de Roma, le achaca, señalábamos, los momentos crepusculares de la misma Roma y el resto de etapas históricas y episodios negativos -desde la óptica de la Tradición- para Italia.

José Antonio, en el citado escrito "Germanos contra bereberes" coloca detrás de las grandes gestas de la historia de España el espíritu germánico (´luz del norte´) presente en ella y, en esta línea, a él atribuye la Reconquista de una Península Ibérica que había caído bajo la égida musulmana y a él atribuye, también, la

conquista de América. Mientras que otros períodos nefastos de la histórica hispánica (coincidentes con su decadencia como potencia mundial) y ciertas decadentes tendencias políticoculturales las atribuye al influjo preponderante de cierto substrato de mentalidad levantina; impregnado, por tanto, por la ´luz del sur´.

En este orden de cosas, y como fiel reflejo de ´la luz del sur´, Evola, en el capítulo XIV de "Los hombres y las ruinas", habla de "la Italita de las mandolinas, (…), del ´sole mio´…" Con la misma intención que cuando José Antonio critica la "España zarzuelera" o la " de charanga y pandereta", al igual como "aquel provincialismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias ", de lo cual, en forma de brindis, escribía un 25 de febrero de 1.935 homenajeando al poeta Eugenio Montes.

Frente a esto se alza un tipo humano reivindicado por ambos y que reúne los atributos afectos a la ´luz del norte´, siempre, como no podía ser de otro modo, acordes con la filiación clásica de nuestros dos autores. Así, mientras José Antonio en la "Carta a los militares de España" –de fecha 4 de mayo de 1.936- nos recuerda al "antiguo pueblo español (severo, valeroso, generoso)", o en un discurso pronunciado en Sevilla, el 22 de diciembre de 1.935, nos alude a "esa vena inextinguible del heroísmo individual que conquistó América", así como en un escrito ("El sentido heroico de la milicia") de 15 de julio de 1.935 habla "del corazón, ansioso de lucha y de sacrificio", al igual que en otras ocasiones ensalza "el laconismo militar de nuestro estilo" o "el espíritu de servicio y de sacrificio" (discurso fundacional del 29 de octubre de 1.933), o aclara que el estilo de la Falange "preferirá lo directo, ardiente y combativo" ("Norma Programática", de noviembre de 1.934), así, por otro lado, en la misma tónica y siempre como atributos de ´la raza del alma´, podemos leer en Evola que el antiguo tipo romano de raza nórdico-aria se caracterizaba por "la audacia constante, el dominio de sí mismo, el gesto conciso y ordenado, la resolución tranquila y meditada, el sentido del mando audaz", cultivaba "la ´virtus´ como virilidad intrépida y fuerza, la constancia, la sabia reflexión, la disciplina, la dignidad y serenidad interior, la fidelidad, el gusto por la acción precisa y sin ostentación,…" ("Orientaciones para una educación racial", capítulo "El arquetipo de nuestra raza ´ideal´"). [59]

Muchas de las posturas angulares expuestas, de manera constante, en el corpus doctrinal presentado por Evola como lo son el basamento metafísico del mismo o su rechazo a excrecencias del mundo moderno como el positivismo, el dogma de la ´voluntad popular´ o la idea de progreso, las podemos encontrar en José Antonio sin tener que dispersarnos en la búsqueda de diferentes textos, pues en pocas líneas aserta que en el siglo XIX "hasta menospreciaban, por obra del positivismo, a la

---

[59] Obra publicada en 1.941 y de la cual existe alguna traducción al castellano como la efectu ada por "S.O.S. libros".

Metafísica. Así fueron elevados a absolutos los valores relativos, instrumentales: la libertad –que antes sólo era respetada cuando se encaminaba al bien-, la voluntad popular –a la que siempre se suponía dotada de razón, quisiera lo que quisiera-, el progreso –entendido en su manifestación material técnica." (discurso celebrado el 21 de enero de 1.935 en Valladolid.)

Y ya que acaba de aparecer la idea de ´libertad´ podríamos apuntar otra, que tal vez puede resultar curiosa, coincidencia que, a propósito del liberalismo, vuelve a unir los pensamientos expuestos por nuestros dos hombres. Y es que partiendo de la base del rechazo frontal, por parte de los dos, del liberalismo como uno de los subproductos más disolventes que ha generado el mundo moderno y que en las revoluciones americana y francesa encuentra su consolidación y empuje definitivos, partiendo, escribíamos, de ese rechazo puede llegar a llamar la atención el hecho de que ambos autores considerasen la existencia de un primer liberalismo que tuvo su justa razón de ser. Podemos comprobar este extremo cuando José Antonio defiende que aquel inicial liberalismo aspiraba "no a otra cosa que a levantar una barrera contra la tiranía " (conferencia pronunciada en Madrid, el 9 de abril de 1.935) y cuando Evola explica que "Es sabido que tales orígenes hay que buscarlos en Inglaterra, y puede decirse que los antecedentes del liberalismo fueron feudales y aristocráticos: hay que hacer referencia a una nobleza local celosa de sus privilegios y de sus libertades, la cual, desde el Parlamento, trató de defenderse de cualquier abuso de la Corona." (artículo aparecido en la publicación Il Borghese, con fecha 10-10-1968 y titulado "Los dos rostros del liberalismo"; del cual existe una traducción al castellano facilitada por el Centro de Estudios Evolianos).

Este primigenio liberalismo positivo habría de degenerar en doctrina subversiva y destructora de cualquier resto de idea, valor o institución Tradicional que, por entonces, pudieran subsistir. Por lo cual ante los conceptos, las estructuras, el sistema político y los postulados corrosivos que de dicha doctrina deletérea se derivaron José Antonio aboga por "un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden" (discurso fundacional datado el 29 de octubre de 1.933). Ideas, estas tres, muy recurrentes en la obra evoliana, hasta tal punto que –como botón de muestra de ello- aparecen en títulos de capítulos de libros como el de "Los hombres y las ruinas".

Y hablando de "un Sistema de autoridad, de jerarquía y de orden", es en este mismo libro, en su capítulo IV, donde se nos dice que "Orgánico es un Estado cuando éste posee un centro, y este centro es una idea que informa a partir de sí en modo eficaz a los diferentes dominios: es orgánico cuando el mismo ignora la escisión y la autonomización de lo particular y, en virtud de un sistema de participaciones jerárquicas, cada parte en su relativa autonomía tiene una funcionalidad y una íntima conexión con el todo". También en defensa del Estado Orgánico José Antonio confía en que "se llegará a formas más maduras en que tampoco se resuelva la disconformidad anulando al individuo, sino en que vuelva a hermanarse el individuo

en su contorno por la reconstrucción de esos valores orgánicos, libres y eternos." (discurso pronunciado en Madrid, el 17 de noviembre de 1.935).

En este mismo orden de cosas, en el que lo político se encuentra tan íntimamente ligado a lo metapolítico, y sin dejar "Los hombres y las ruinas" escribe Evola, en el capítulo II, que "Las nociones de nación, patria y pueblo, no obstante el halo romántico e idealista que puede circundarlas, pertenecen en esencia al plano naturalista y biológico, no al político, y remiten a la dimensión ´materna´ y física de una determinada colectividad". También señala que "en la romanidad antigua la idea del Estado y del ´imperium´ se vinculó estrechamente al culto simbólico de divinidades viriles del cielo, de la luz y del supramundo. (…) Más adelante en la historia tal línea conduce allí donde, si no de ´imperium´, se habló de derecho divino de los Reyes." José Antonio, por su lado, nos dice que "De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico. Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras ´patria´ y nación en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como ´Imperio´ o ´servicio del rey" ("Ensayo sobre el nacionalismo", datado el 16 de abril de 1.934). [60]

Podríamos continuar exponiendo, hasta límites difíciles de otear, las precisas e incontestables semblanzas que existen entre el llamado pensamiento joseantoniano y la doctrina que, a lo largo de su extensa obra, Evola nos ha hecho llegar, pero pensamos que ya hemos cumplido sobradamente -y modestamente- con el objetivo que nos habíamos trazado a la hora de pensar en redactar el presente escrito. Es por ello por lo nos queda el preguntarnos sobre el origen de tanta coincidencia. ¿Llegaron a conocerse en el transcurso de la visita que José Antonio realizó, en mayo de 1.935, a Italia? José Antonio fue a Italia invitado por los C.A.U.R. (Comités de Acción por la Universalidad de Roma), a los cuales se había afiliado en el año 1.933 (año de la fundación de este organismo; el cual tenía una componente cultural muy importante que, seguramente, no era ajena a la obra que Evola había, por aquel entonces, publicado). El presidente de esta institución, el general Coselschi ejerció de anfitrión y quién sabe si una de las personas con quien le puso en contacto no pudo ser el mismo Evola; más teniendo en cuenta que -aunque no hemos podido confirmar este extremo- en algún lugar hemos podido leer (en un artículo anónimo de desacertado título: "Julius Evola, el mago negro del fascismo") que nuestro autor italiano fue, a partir de 1.936, director de los C.A.U.R., no así su presidente, que

---

[60] Las numerosas citas textuales de escritos, actos, conferencias,… de José Antonio que en este ensayo se han efectuado han sido extractadas de las "Obras de José Antonio Primo de Rivera", según recopilación hecha por Agustín del Río Cisneros y edición de 1971.

siempre lo fue el citado general Coselschi desde el año de la fundación de este organismo, en 1.933, hasta el de su disolución en 1.943.[61]

Si no se llegaron a conocer personalmente no hay que descartar la posibilidad de que un hombre con las inquietudes culturales que tenía José Antonio hubiera tenido acceso a algunas de las obras que Evola había publicado antes de la trágica muerte –el 20 de noviembre de 1.936- del jefe de la Falange; obras como "Imperialismo pagano"[62], "La tradición hermética"[63], "Máscara y rostro del espiritualismo contemporáneo"[64] y, sobre todo, su fundamental "Rebelión contra el mundo moderno".

¿Desconocía Evola, por aquel entonces, el pensamiento de José Antonio? No se puede ni afirmar ni descartar esta posibilidad. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que en 1.937 no era ajeno a la ideología falangista y a los fines que este movimiento perseguía, puesto que de 1.937 data un artículo suyo que lleva por título "¿Qué es lo que quiere el falangismo?"[65] en el que demuestra conocer la esencia, el programa de dicho movimiento.

De todos modos, y al margen de las anteriores hipótesis, lo que sí se deduce de la sorprendente similitud que presentan las cosmovisiones y las posturas políticas y/o metapolíticas de ambos autores es que compartían una misma llama interior que tiene mucho de innata y que dejó una huella indeleble en sus respectivos actos, comportamientos y realizaciones externas.

---

[61] Sobre el tema de José Antonio y los C.A.U.R. se puede consultar el capítulo "José Antonio, miembro fundador de los C.A.U.R." del libro de José Luis Jerez Riesco "José Antonio, fascista", publicado por Ediciones Nueva Repúb lica el año 2.003.

[62] Publicado en 1.928 y traducido al castellano por Ediciones Heracles (2.001).

[63] Publicado en 1.931 y traducido al castellano por la editorial Martínez Roca en 1.975.

[64] Publicado en 1.932 y traducido al castellano por Ediciones Alternativa y por Ediciones Heracles.

[65] Publicado en la revista *Lo Stato* y que ha sido editado en castellano, en 2.005, por la asociación cultural Tierra y Pueblo dentro del "Cuaderno Evoliano I".



José Antonio Primo de Rivera:
Metapolítico, un hombre clásico y, más aún, un hombre de la Tradición

El Islam y la Tradición

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 27 de Julio del 2009.

Frente a los procesos disolventes y corrosivos que le son inherentes a este nuestro mundo moderno, hay quien desde posiciones propias a las de la Tradición contempla el actual resurgir de la fe islámica y el fortalecimiento de las tesis integristas musulmanas como el rescoldo principal en el que ella –la Tradición- pervive o se testimonia. Ante la desacralización de la vida y de la existencia que azota, con cada vez mayor virulencia, sobre todo a Occidente, los hay que ven la actual eclosión del fundamentalismo mahometano como una revuelta integral protagonizada por los valores sacros y perennes.

Ante lo cual nos formulamos la siguiente pregunta:

¿Se parangona la religiosidad islámica con los parámetros básicos que informan lo que conocemos como Tradición o, más bien, la fe sarracena se colocaría al nivel de los primeros peldaños que, desmarcándose ya de dicha Tradición, hacen descender al hombre por los vericuetos sombríos del mundo moderno?

Y nuestra respuesta apunta hacia la segunda opción. Y apunta hacia ella porque en el mundo Tradicional al hombre que atesoraba en su interior potencialidades de desapego con respecto a todo aquello que pudiese condicionarlo y mediatizarlo, a ese hombre se le ponía a su alcance la posibilidad de emprender el arduo y metódico camino del descondicionamiento interno que representaba el paso previo para la posterior adquisición del Conocimiento de lo Trascendente e Incondicionado, gracias, esto último, a lo que algunas doctrinas sagradas han denominado como el Despertar.

Y si consideramos al hombre integralmente en sus tres dimensiones –a saber: cuerpo, alma o psique y Espíritu- este Despertar acontecía en el plano del Espíritu, es decir, en el plano de lo que es más que humano. En un plano que si se consigue ser activado nos abre la visión y el Conocimiento de la Realidad Suprasensible y Metafísica que nos Trasciende y que, por otro lado, se halla ignota para el hombre mutilado de nuestras petrificadas civilizaciones.

Y esta dimensión del Espíritu empezó a ser amordazada por los primeros embites del mundo moderno. Empezó a ser anestesiada hasta llegar a sumírsela en un sueño casi perpetuo. Se imposibilitó el que el hombre con potencialidades Superiores pudiese optar a su transformación ontológica interior.

¿Y qué le fue quedando a este hombre mutilado de Ser; mutilado de lo Trascendente que anida en su fuero interno, pero ya en eterno letargo? Pues le fue quedando lo que de mero hombre tiene; lo que le conforma como un ser condicionado. Le fue,

tan sólo, quedando su cuerpo y su alma o mente. Y, en consecuencia, si quería seguir sacralizando –ahora con minúsculas- su vida y su existencia –o, al menos, parte de ellas- se tenía que empezar a conformar con sentir piadosa devoción por lo divino y con profesarle fe a la divinidad. Ya no podía más Conocer y hacerse uno con lo Trascendente, pues la semilla Espiritual que anidaba en su interior, y que compartía la misma esencia con lo Trascendente, se hallaba fatalmente adormecida.

Su alma o psique era un conglomerado de naturaleza humana y perecedera y no era, pues, una herramienta que le pudiese acceder a lo Sobrehumano e imperecedero, sino que sólo le podía servir para creer en ello. Las doctrinas sapienciales, esotéricas e iniciáticas habían sido, de esta manera, olvidadas y el hombre se limitó a formas de simple devoción, religiosidad; a formas, en definitivas exotéricas. Se ciñó al mero cumplimiento de normas morales y de ritos vacíos, con el simple fin de estar a bien con la divinidad y conseguir, así, una salvación que se hacía fácilmente accesible a todos. Un salvación, pues, de carácter igualitario, pues para conseguirla era suficiente con cumplir como un buen creyente dichos preceptos morales y dichos rituales, como decíamos, vacíos y carentes de poder –como soporte y símbolo- de transformación interior. Anótese, pues, que el Despertar o Iluminación al que en el Mundo Tradicional únicamente podían tener acceso unos pocos seres Superiores –en cuanto a su cualificación interior se refiere-, tenía, pues, un carácter aristocrático (de ´aristos´= los mejores), mientras que la doctrina de la salvación, propia de una religiosidad inherente a la caída de nivel del mundo moderno, tiene unas connotaciones igualitarias y, por ende, democráticas, debido a una promiscuidad (=cantidad) que es producto de la facilidad que existe para alcanzarla.

No cabe duda de que el Islam encaja totalmente en este tipo de religiosidad descrita como consustancial al mundo moderno. Hablamos de religiosidad y no de espiritualidad, pues la dimensión del Espíritu hemos, ya, explicado, cómo fue siendo domeñada coincidiendo con los estertores de la Tradición. Y hablamos de una religiosidad, como la musulmana, que hemos de definir como de pasiva y devocional y, en consecuencia, opuesta, a aquella Espiritualidad que definió al Mundo Tradicional y que hay que calificar como de activa, por cuanto era el Hombre Superior el que consciente y soberanamente emprendía el difícil y riguroso camino de la autotransformación y autorrealización interiores. Camino que le iba convirtiendo en señor de sí mismo y dominador mayestático de miedos, bajos impulsos, instintos primarios, emociones, sentimientos desatados y pasiones turbadoras. Y señor de sí mismo que contrasta con el ideal de sumisión que predica el Islam; cuya etimología es precisamente ésa: sumisión.

Un Islam, por tanto, que representa un tipo de religiosidad -por ser pasiva y meramente devota- lunar. En contraposición a una Tradición cuya Espiritualidad siempre fue –por su esencia activa- Solar y Olímpica.

No está en lo cierto aquel que quiera hacer partícipe al Islam de un tipo de Espiritualidad activa, argumentando que en su seno se desarrollaron corrientes de

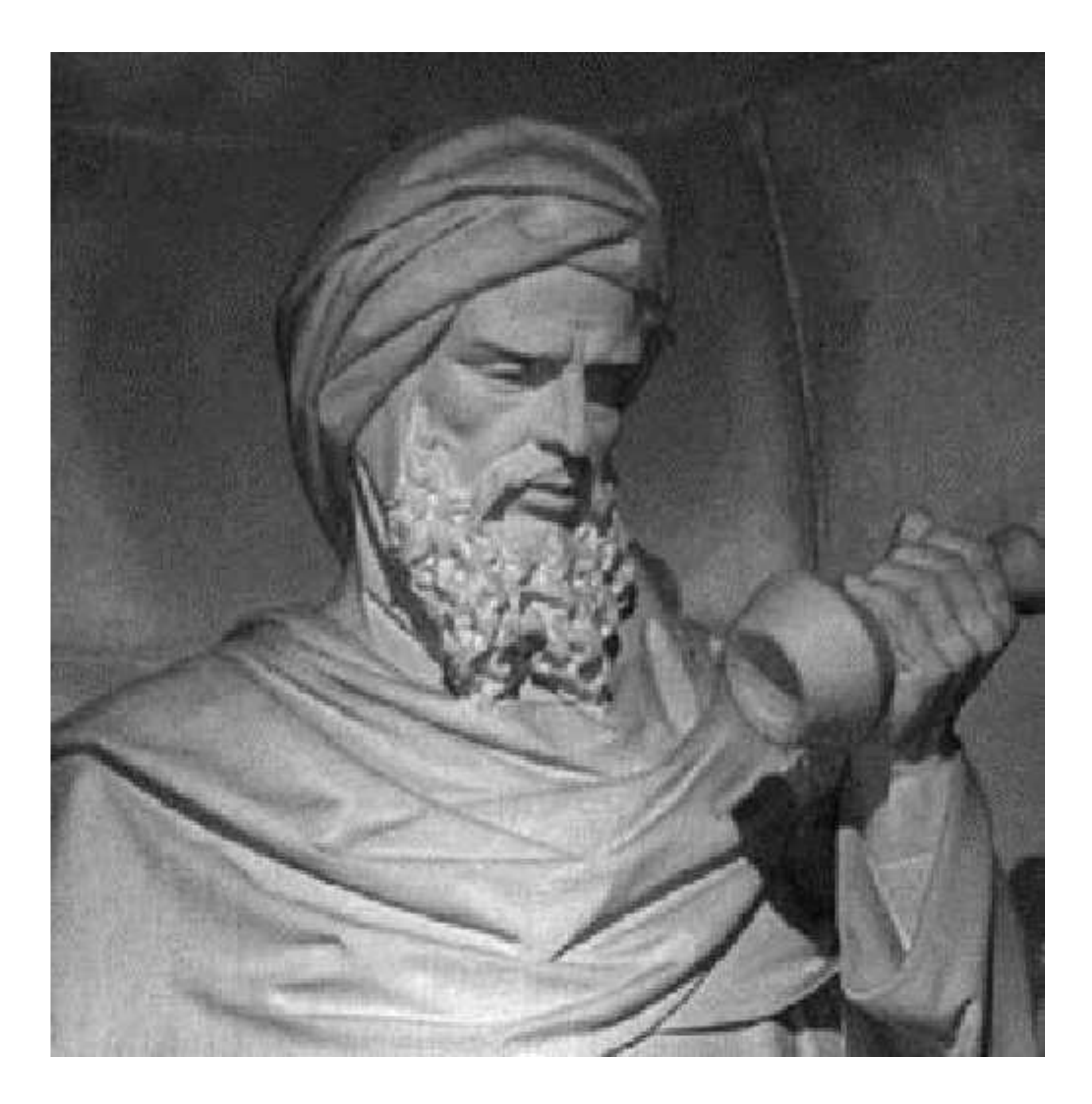
carácter esotérico y, por tanto, de genuina transustanciación interna de la persona. Y no está en lo cierto porque siempre se trató de corrientes que, tras la cortina de una aparente obediencia musulmana, eran portadoras de una cosmovisión y de unos objetivos ajenos a los de la religiosidad oficial existente en los territorios en los que tomaron cuerpo. Y tomaron cuerpo precisamente en zonas de población de origen eminentemente, o considerablemente, indoeuropeo en las que unos pocos siglos antes el Islam no había hecho todavía acto de presencia en forma de invasión militar y en las que la fe mahometana no había conseguido aún barrer algunos de los restos de una Espiritualidad Superior y Solar que habían subsistido hasta el momento de dicha irrupción militar. Y nos referimos a la zona ocupada de la Península Ibérica –Al Andalus- y a Persia. Y como algunos de sus más destacados representantes resaltaríamos al maestro sufí murciano Ibn Arabí (siglos XII y XIII) y al también sufí persa Al Hallaj (siglos IX y X); quien, como dato significativo, fue torturado y ejecutado por salirse de la ortodoxia marcada por la religión musulmana (esto es, por transitar por la vía Olímpica del Despertar y del Conocimiento de lo Absoluto). Igualmente Persia fue testigo de la aparición de otra orden de naturaleza esotérica e iniciática: la de los ismaelitas.

Es bien significativo que estas vetas de Espiritualidad Superior no se desarrollaran en el seno de etnias de extracción no indoeuropea, pues hemos de tener bien presente que pueblos como los semitas -entre los que mayoritariamente se expandió inicialmente el Islam- siempre se adhirieron, y se siguen adhiriendo, a un tipo de religiosidad pasiva y lunar; y esto es debido a su idiosincrasia particular y a sus nulas potencialidades de cara a emprender vías iniciáticas de elevación hacia una Conciencia Superior.

Quede, pues, claro que ante el embrutecimiento extremo representado por el actual Occidente plutocrático, hedonista, tecnocrático, consumista, deletéreo y disoluto, el Islam no representa al Mundo de la Tradición, sino que se enmarca dentro de la fisonomía y los rasgos generales de los primeros procesos de decadencia que acontecieron en el devenir de lo que conocemos como el mundo moderno. Primeros procesos de decadencia que, como hemos visto, cercenaron la dimensión Trascendente del hombre y le abocaron a que su psique, alma o mente se quedara sin su Superior referente Espiritual y se recluyera en lo máximo a lo que podía, ahora, aspirar si miraba hacia lo Alto: en la simple devoción y pía y sumisa creencia.

Y tengamos presente que cuando la mente se ha quedado sin este referente Superior –el Espíritu-, su autonomía resultante y su falta de guía y eje Supremo le puede ir abocando –como así ha ido aconteciendo, especialmente, en Occidente- a la creación de monstruos como lo son el racionalismo –como absolutización y degradación de la razón-, el iluminismo del período de la Ilustración, el positivismo o el más abyecto materialismo propio de esta etapa crepuscular por la que transita el mundo moderno.

PRO TRADITIO OMNIA



Averroes, prohibida su obra -por metafísica- y desterrado en Lucena (Córdoba) por el fanatismo fundamentalista islámico de los almohades.

Evola y el Judaísmo (Primera parte)

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 4 de Febrero del 2009.

La postura que adoptó Julius Evola ante el judaísmo quedó muy bien definida en unos escritos que fue redactando a lo largo de los años ´30 y ´40 de la pasada centuria y que han sido recogidos en una compilación que fue traducida y editada, en 2.002, en castellano bajo el título de "Escritos sobre judaísmo" por Ediciones Heracles.Dicha postura la podríamos resumir de la siguiente manera:

El judaísmo no es el causante del actual estado de decadencia en que se halla inmerso el hombre moderno, sino que tan sólo representa un factor de aceleración del proceso de disolución de los valores eternos. Un Freud y un Adler, judíos ambos, redujeron el actuar de la conciencia al influjo directo del inconsciente y de lo subconsciente, esto es, de las pasiones, de los instintos, de las pulsiones incontroladas, de los sentimientos cegadores,… Pero sus teorías disolventes nunca hubieran podido aparecer y triunfar en nuestro mundo si siglos antes un no judío como René Descartes no hubiera intentado reducir el campo de la conciencia a lo meramente racionalista, pretendiendo, así, barrarle la vía de lo Superior, de lo Trascendente. Igualmente, en el triunfo del Tercer y Cuarto Estado, es decir, del espíritu burgués y del proletario intervino el judaísmo de forma muy preponderante, pero estos nefastos triunfos jamás hubieran sobrevenido si antes no hubieran existido las monarquías absolutistas carentes de la componente sacra que al poder político siempre le había sido consustancial en el Mundo Tradicional; y en cuya desacralización no había intervenido el judaísmo. Así pues éste actúa como detonante de procesos que ya habían iniciado la senda de la corrosión de los valores Tradicionales.

Por un lado, el judío fiel a la Ley mosaica maquina contra otros pueblos bajo los dictados que le marca el considerarse como el pueblo elegido por Yahvé. Por otro lado, el judío que se ha desmarcado de su Ley se mueve guiado por un atávico sentimiento de venganza hacia el pueblo indoeuropeo por los supuestos padecimientos a que le ha sometido históricamente. Además, este último tipo de judío, al haberse desmarcado de su religión, tampoco aspira con entusiasmo a su ´tierra prometida´ de Israel para poner punto y final a su diáspora, sino que continúa incrustado en otros países, acelerando en ellos los procesos de decadencia de que hemos hablando. Al no constituir, el pueblo judío, una raza, sino una amalgama de ellas -askenazis de origen tártaro, sefardíes, camitas,…-, el judío descreído no posee un terruño físico al que añorar, pues su remoto origen geográfico es múltiple y variado e Israel tiene, por el contrario, connotaciones de patria de origen religioso. Y es por esta razón, repetimos, por la que se contenta con no poner fin a su diáspora.

Al parecer de algunos autores Tradicionalistas el problema de las disolutas ideas que el judío ha ido vertiendo en el seno del Mundo Moderno y del espíritu materialista, monetarista y especulador que ha ayudado de manera inestimable a extender entre otros pueblos, se podría resolver si se reencontrara con su Tradición Solar que, según su opinión, tuvo y se hizo patente en la etapa de los reyes y que se trasluce en episodios bíblicos como el de la revuelta, que sería prometeica y heroica, de Jacob contra el ángel enviado por Yahvé. Según Evola estas pinceladas de concepción del mundo y de la Trascendencia viriles y Solares no le son innatas al judaísmo sino que no fueron más que una muestra más de la costumbre del judaísmo de copiar modelos de otras culturas y pueblos.

Nada mejor que transcribir unas líneas redactadas, en otro lugar, por Evola para confirmar, y entender con más profundidad, cuanto hemos dejado dicho:

"Las civilizaciones "arianas" –pueden contarse entre ellas, la de la antigua Grecia, de la antigua Roma, de la India, del Irán, del grupo nórdico-tracio y danubiano- redespertaron por un cierto período a la raza solar bajo la forma heroica, realizando así un parcial retorno a la pureza originaria. Puede decirse de las mismas que el elemento semítico, pero luego sobre todo el judaico, representó la antítesis más precisa, por ser tal elemento una especie de condensador de los detritos raciales y espirituales de las diferentes fuerzas que chocaron en el arcaico mundo mediterráneo. Se ha ya mencionado que, desde el punto de vista de la misma investigación de primer grado (el que hace referencia a la raza física), Israel debe ser considerado menos como una "raza" que como un "pueblo" ("raza" tan solo en un sentido totalmente genérico), habiendo confluido en el mismo razas muy diferentes, incluso de origen nórdico, como parece haber sido el caso respecto a los Filisteos. Desde el punto de vista de la raza del espíritu las cosas se encuentran en manera análoga: mientras que, en su necesidad de "redención" de la carne y en sus aspectos "místicos-proféticos" en el Judío parece aflorar la raza dionisíaca, el grueso materialismo de otros aspectos de tal pueblo y el relieve dado a un vínculo puramente colectivista señala la raza telúrica, su sensualismo la afrodítica, y, en fin, el carácter rígidamente dualista de su religiosidad no se encuentra privado de relaciones con la misma raza lunar.

También desde el punto de vista espiritual es necesario pues concebir a Israel como una realidad esencial compuesta; una "ley", casi en la forma de una violencia, ha buscado mantener unidos a elementos muy heterogéneos y darles una cierta forma, cosa que, hasta cuando Israel se mantuvo sobre el plano de una civilización de tipo sacerdotal, pareció incluso lograrse. Pero en el momento en el cual el Judaísmo se materializó y, luego y más aun, cuando el Judío se desligó de su propia tradición y se "modernizó", el fermento de descomposición y de caos, anteriormente retenido, tenía que volver a su estado libre y –ahora que la dispersión de Israel había introducido el elemento hebraico en casi todos los pueblos- tenía que actuar por contagio en sentido disgregativo en todo el mundo hasta convertirse en uno de los

más preciosos y válidos instrumentos para el frente secreto de la subversión mundial. Separado de su Ley, que le sustituía a la patria y a la raza, el Judío representa la antiraza por excelencia, es una especie de peligroso paria étnico, cuyo internacionalismo es simplemente un reflejo de la naturaleza informe y disgregada de la materia prima de la cual aquel pueblo ha sido originariamente formado. Estas concepciones sin embargo hacen también comprender a aquel tipo medio de Judío, que mientras por un lado, para él y para los suyos, como tradicionalismo residual, observa en su estilo de vida un racismo práctico solidario, muchas veces incluso intransigente, en lo que se refiere a los otros deja en vez actuar las restantes tendencialidades, y ejerce aquella actividad deletérea que, por lo demás, se encuentra prescripta por la misma Ley hebraica e incluso indicada como obligatoria cuando haya que tratar con un no-judío, con el goim."[66]

En "El mito de la sangre" [67] nos dice Evola que: "Es irrebatible que en el campo de la cultura, de la literatura, del arte, de la misma ciencia las "contribuciones" hebraicas, de manera directa o indirecta, convergen siempre hacia este efecto: falsificar, ironizar, mostrar como ilusorio o injusto todo aquello que para los pueblos arios tuvo siempre un valor de ideal, haciendo pasar tendenciosamente hacia un primer plano todo aquello que de sensual, sucio, animal se esconde, o resiste, en la naturaleza humana. Ensuciar toda sacralizad, hacer oscilar todo apoyo y toda certidumbre, infundir un sentido de perturbación espiritual tal de propiciar el abandono hacia fuerzas más bajas, en esto se manifiesta la acción hebraica, acción por lo demás esencialmente instintiva, natural, procedente de la esencia, de la "raza interna", así como al fuego le resulta propio el quemar y a un ácido la corrosión". De todos modos, en el mismo capítulo del que hemos extraído la anterior cita, nos acaba recordando Evola lo que ya señalamos en los primeros párrafos de este artículo: que "no se puede hacer de los Judíos las causas únicas y suficientes de toda subversión mundial", pues "La acción judaica ha sido posible tan solo porque en la humanidad no-judía ya se habían determinado procesos de degeneración y de disgregación".

---

[66] Corresponde al capítulo XII ("Las razas del espíritu en el mediterráneo arcaico y en el judaísmo") de la Parte Tercera ("La raza del alma y del espíritu") del libro "Sintesi della dottrina della raza", escrito en 1.941, y traducido y editado al castellano por Ediciones Heracles, en 1ª edición en 1.996 y en 2ª ampliada en 2.005, bajo el título "La raza del espíritu".

[67] También existe, por Ediciones Heracles, edición en castellano del año 2.006. Las citas extractadas corresponden al capítulo IX: "Racismo y antisemitismo".

Evola y el Judaísmo (Segunda parte)

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 28 de Julio del 2009.

No hace mucho publicamos bajo este mismo título un texto en el que se trazaban las coordenadas que al decir de Julius Evola definían la esencia del pueblo judío, sus grandes (y/o a menudo diversificados) rasgos actitudinales, las causas profundas de su/s manera/s de actuar y el papel que el judaísmo podía haber ejercido en los procesos de decadencia por los que se ha visto arrastrado -especialmente- el llamado Occidente en los períodos que la historiografía oficial conoce como la edad moderna y la contemporánea.

Quedó bien clara entonces la profundidad de los análisis realizados por nuestro egregio autor, que le alejaba drásticamente de cualquier intención y proceder panfletarios y demagógicos. En esta línea nos fue dado afirmar que:

"Julius Evola, impregnado de ese sentido Superior y Metafísico de la existencia inherente a la Tradición, abordó desde sus más genuinas raíces todo tipo de cuestión doctrinal y de asunto político, social o cultural. Y para la cosmovisión Tradicional estas genuinas raíces se sitúan en un plano Suprasensible y tienen, por tanto, mucho que ver con el hecho espiritual. Es así que el mismo tema de la cuestión judía fue analizado por Evola abordando en primer lugar y como causa primera, y más importante, de toda su problemática los avatares religiosos por los que ha ido pasando el judaísmo a lo largo de su devenir. Evola, pues, nos ofrece un enfoque del tema judío mucho más completo e integral que la mayoría de las interpretaciones al uso. Y es que puede ser que se haya tenido acceso a detallados y acertados estudios sobre el psiquismo y la caracterología de los judíos pero difícilmente estos estudios abordan las causas con las se pueden explicar las peculiaridades de la psique de la generalidad de los judíos; y si se han embarcado en la tarea de discernirlas no han mostrado competencia para adentrarse en el ámbito de lo espiritual, que es el que nos da las claves originales del accionar del judío. Sobre esta indispensable base Evola, con su singular agudeza, desgrana los principales episodios y las más influyentes corrientes "culturales", de pensamiento, políticas y científicas que han ejercido un papel de acelerador de los procesos de decadencia y de disolución por los que transita, de manera vertiginosa, "nuestro" deletéreo mundo moderno. Y en este desgrane el gran intérprete italiano de la Tradición nos muestra el contundente protagonismo que ha tenido el elemento judío en la obra de demolición de los vestigios que del recto Mundo de la Tradición pudiesen subsistir; protagonismo que representa un hecho fehaciente independientemente de que los primeros procesos disolventes por los que empezó a discurrir el llamado Occidente haya que buscarlos en parámetros, e incluso personajes, ajenos al judaísmo."

No vamos, obviamente, a volver a incidir en lo que ya explicamos en el anterior artículo dedicado a este tema, sino que con esta segunda parte pretendemos darle

al asunto de estudio una *vuelta de tuerca* más para poder, así, ofrecer el análisis y el examen que Evola efectuó sobre cuestiones concretas en las que el judaísmo ejerció (o ejerce) un papel determinante. Pasemos, pues, a tratar de ellas:

Conexiones entre la masonería y el judaísmo (*)[68]

Como aperitivo de las posibles interrelaciones que hayan podido (y/o puedan tener) la masonería y el judaísmo nos recuerda Evola que el personaje al que se le atribuye un papel fundamental en el ordenamiento interno de la masonería no es otro que el judío Elías Ashmole (1.617-1.692). Personaje que vive en un s. XVII en el que la masonería va configurándose en la forma que resultará tan perniciosa para la salvaguarda de los resquicios que del Orden Tradicional pudieran pervivir en los siglos venideros. Va, por aquel entonces, dejando de ser la *masonería operativa* que podemos hacer remontar a los ´Colegios romanos de Artífices´ (arquitectos) y que en el Medievo conservó su carácter iniciático en el seno de los gremios relacionados, sobre todo, con las construcciones de catedrales (arquitectos, canteros, picapedreros,…) para ir transformándose en su imagen contrapuesta: la de la ´masonería especulativa´ que tan papel decisivo ejerció, con su defensa del *libre examen* y del relativismo más destructivo, en el triunfo de las revoluciones liberales que encumbraron a los mercaderes (la burguesía) al poder político. Una masonería especulativa que se considera formalmente constituida con la fundación de La Gran Logia de Inglaterra en 1.717.

Existe, nos escribe Evola, una sospechosa y especial inclinación expresada por muchos masones de que la masonería se erija en garante, de manera especial, de los **derechos** del pueblo judío. Buen ejemplo de lo cual sería el del masón Otto Hieber (primera mitad del s. XX). Y en este abanderamiento de la lucha por los **derechos** *humanos* -tan central en la religión del cosmopolitismo- muchos personajes judíos adoptan un papel predominante. Éste sería el caso de un Elie Eberlin, que aboga porque Israel asuma el papel de "Mesías colectivo" en pos de los **derechos** *del hombre* y en favor del "régimen igualitario y nivelador de las repúblicas". Para Eberlin se han de suprimir "patrias, cortes, ejércitos y aristocracias hereditarias" (no es espacio éste para comentar el estado de decrepitud en el que muchas monarquías y la nobleza se hallaban ya por aquel entonces y no vamos a ser nosotros quienes neguemos esta evidencia; otro asunto bien diferente es el de la intencionalidad de Eberlin…). Nos sigue escribiendo Evola que el también judío Ludwig clamaba por el aniquilamiento de las formas imperiales y monárquicas. Y, en total coincidencia, por la "destrucción de las formas imperiales

[68] Las tesis de Evola sobre este asunto se pueden leer en su artículo "Acerca de las relaciones entre el judaísmo y la masonería", que ha sido traducido al castellano, por un lado, por Ernesto Milà y, por otro, por Marcos Ghio; el cual, junto a otros artículos de nuestro autor por él mismo traducidos, ha sido publicado por Ediciones Heracles en un libro que lleva por título "Escritos sobre masonería" y que fue publicado en el año 2.001.

y monárquicas", además de por la constitución de la Sociedad de Naciones (precursora de la universalista O.N.U.), se declaró el congreso internacional masónico celebrado en París en 1.917 (durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial). Una Sociedad de las Naciones (establecida en Ginebra) que, al decir del hebreo Fritsch, "no es tanto una creación del presidente de los EE.UU. Wilson sino una obra magnífica del judaísmo". En total concordancia con la filosofía humanitarista y pacifista de que hacía gala la institución ginebrina (eso sí, no tan pacifista contra los Estados en los que sobrevivían, según sus criterios, sistemas políticos no "democráticos") interpretaba el ya citado Fritsch las palabras del profeta Isaías cuando profetizaba que "las espadas deberán ceder el lugar a las carretas".

Por lo expuesto hasta ahora se van haciendo patentes las concomitancias entre los objetivos de la masonería y los de un buen número de miembros del pueblo hebreo.

A estas alturas se tercia una pregunta de calado: ¿Esta ideología de los*derechos humanos* por la que abogan muchos personajes del pueblo judío es anhelada para todos los pueblos del mundo sin excepción o es querida para todos menos para el suyo? La legitimidad de esta pregunta viene dada porque otros judíos (al igual que lo que ya dijimos del mencionado Elie Eberlin) también defendían la idea del pueblo judío como "Mesías colectivo", pero con intenciones esclarecedoras y nada "beneficiosas" para el resto de la humanidad, pues, así, el rabino y masón Baruch Levi aspiraba a que "el pueblo judío, en tanto que colectividad, fuera **su** propio Mesías" y que por medio de la unión de las otras razas (no la suya…) -buen precursor, Baruch Levi, de la promoción del mestizaje actual-, la eliminación de las fronteras, de las monarquías, de cualquier otro elemento o cualquier otra institución garante de las diferencias, de la supresión de la propiedad privada y del acaparamiento en manos judías de los bienes del mundo acabara –el pueblo hebreo- dominando el mundo y realizando, de este modo, las promesas del Talmud. Baruch Levi escribe todos estos propósitos en carta que dirige a Karl Marx; del cual era confesor… ¿Podemos creer en la honradez ideológica y de intenciones de Marx cuando éste aboga por el ateísmo y anatemiza a la religión como "el opio del pueblo" si, por otro lado, tenía un confesor espiritual…? ¿o se trata tan solo de tretas de cierto judaísmo para hacerse con el control político y económico mundial?

Este presumible doble rostro de cierto judaísmo empuja a Evola a preguntarse si tras este presunto judaísmo laico desgajado de su tradición religiosa y que converge con la masonería no existe, oculto, en realidad un judaísmo fiel a su tradición y, por tanto, a la ley mosaica. En esta línea nos recuerda nuestro romano autor que un historiador de la masonería como lo fue Schwarz-Bostunitsch (de la minoría alemana de Ucrania durante aquella época de los años ´30 y ´40 del pasado siglo) afirmó que "el secreto de la masonería es el judío"; en definitiva, quien mueve los hilos de aquélla. Al igual que nos recuerda que un especialista en sociedades

secretas como lo fue Leon de Poncins[69] escribió en su libro "La Vérité Israélite" que "el espíritu de la masonería, es el espíritu del judaísmo".

En la misma línea de todo lo anterior se enmarcan las palabras del también (como Baruch Levi) rabino M.J. Merrit cuando afirmó, en el transcurso de una reunión o tenida masónica, que no había mejor lugar para realizarla que ése en el que se estaba llevando a cabo, que no era otro que una sinagoga, pues sostenía, textualmente, la convicción de que "la masonería había nacido en Israel".

A pesar de todo lo dicho hasta ahora y de todo lo, por pura lógica, deducible Evola no cierra las puertas a la posibilidad de que la similitud de objetivos perseguidos por la masonería especulativa y por cierto judaísmo no se deba tan solo a una acción planeada por un judaísmo que, en realidad, seguiría fiel a su tradición religiosa (como aquél que hemos visto que echaba mano del profeta Isaías), sino que también podría deberse a que si la masonería promueve el internacionalismo homogeneizador es normal que muchos judíos laicos se sientan identificados con este ideal que no entiende de patrias, de razas, de identidades o de pertenencias, pues al judío que se ha alejado de la ley mosaica no le queda ningún símbolo de identidad con el que se sienta atraído e identificaddo: pues su origen racial es variadísimo y desconocido para muchos judíos, sus referencias originales geográficas también y sus costumbres lo son otro tanto. Por esto, en un mundo sin referentes ni peculiaridades él se siente más a gusto.

Las concomitancias entre masonería y judaísmo afloran igualmente en su común anticatolicismo, que en el judaísmo religioso encuentra su explicación en esa visión hereje que del cristianismo tiene desde el mismo momento de su aparición, mientras que en el judaísmo laico se basa en esa especie de sentimiento de venganza *quasi* atávico que contra las Iglesia Católica conserva debido a las persecuciones que por mor de ésta, y a manos de la misma, padeció el pueblo judío en diferentes épocas y lugares y, finalmente, en la masonería encuentra su razón de ser en el obstáculo que le supuso secularmente la Iglesia Católica de cara al proyecto y al anhelo masónicos de implantación de sus postulados librepensadores y relativistas.

Nuestro gran intérprete italiano de la Tradición concluye planteando la disyuntiva de que o bien luchando contra la masonería se lucha "simplemente" contra una organización que pugna por el triunfo del igualitarismo nivelador o, en cambio, lo

[69] Leon de Poncins redactó junto a Emmanuel Malinsky otra imprescindible obra titulada "La guerra oculta", que pone al descubierto lo que se esconde tras las bambalinas de los escenarios mundiales. Obra que fue traducida al italiano por Evola y que también tiene edición en castellano traducida por Marcos Ghio y editada por Ediciones Heracles.

que se puede conseguir si se sale victorioso en esta lid es eliminar uno de los resortes que utiliza el judaísmo para llevar a buen puerto sus deseos de hegemonía mundial.

El judío y los movimientos políticos, culturales y científicos de los siglos XIX y XX (**)[70]

Evola nos ofrece una extensa relación de destacados personajes de extracción judía cuyo papel acelerador de los procesos de disolución acaecidos en Occidente, a lo largo de las dos últimas centurias, ha resultado decisivo.

Es así cómo nos recuerda que el mismo fundador del marxismo -Karl Marx- no era otro, en realidad, que el hebreo Mardochai. Nos dice, igualmente, que todos los cabecillas del bolchevismo que triunfó en la Revolución de Octubre de 1.717 en Rusia eran también, a excepción de Lenin, judíos; León Trotsky sería también un claro ejemplo de ello.

En Alemania el mismo fundador del Partido Socialdemócrata fue el judío Lasalle (quien ya en su momento había trabajado, políticamente, con los redactores de "El Manifiesto Comunista" (1.848): Marx y Engels). La misma extracción compartía la líder del Partido Comunista Alemán: Rosa Luxemburg; máxima responsable de las revoluciones espartaquistas que sacudieron duramente la Alemania inmediatamente posterior al final de la Primera Guerra Mundial. Y lo mismo sucedía con todos los principales dirigentes de este partido: Liebneckt, Kautzky o Haase.

En el campo de la filosofía no nos hemos de olvidar del *francés* Henry Bergson. Filósofo que en su justa crítica al racionalismo y al intelectualismo no adopta la postura restauradora de superarlos por lo Alto sino que se aleja de ellos bajando un peldaño más de la escalera involutiva y clamando, así, por la *religión de la vida* y de lo irracional: la *religión* de los instintos más primarios y la del turbulento e incontrolado mundo del subconsciente.

Haciendo malabares de un sincretismo contranatura, artificioso y de intencionalidad diáfanamente niveladora, igualitarizante y cosmopolita el judío Samenhof (o Zamenhof), nacido en territorio del Imperio Ruso (hoy perteneciente a Polonia), elabora, en el siglo XIX, un nuevo idioma (apelotonando elementos

[70] Tanto el presente capítulo como todos los siguientes de este escrito y las reflexiones que nosotros hemos creído conveniente verter se basan en lo expuesto por Julius Evola en una serie de artículos que Marcos Ghio tradujo y publicó, en 2.002, bajo el sello de Ediciones Heracles -junto a otros escritos de nuestro autor- en un libro intitulado "Escritos sobre judaísmo".

lingüísticos de lenguas diferentes) que pretende convertir en idioma universal: el esperanto.

La música no se ve exenta de influencias deletéreas provenientes de compositores de origen hebreo, tal como sucede con lo que Evola define como *ironismo operístico* (humorístico e irreverente) del decimonónico *alemán* Offenbach; que en sus obras intenta ridiculizar cuanto pudiera subsistir, en su época, de lo que, en su día, pudo considerarse acorde con la Tradición. O tal como ocurre con el *alemán* Schonberg y su música dodecafónica **atonal** que rompe con la escala musical tradicional de ocho notas (o, como se la suele denominar, de *una octava*). Escala de ocho notas utilizada durante siglos por todos los compositores, en Occidente, porque es el fruto de reconocer que la distancia y diferencia de sonido que, de este modo, existe entre una nota y otra es la que de manera más natural puede percibir el oído humano. Distancias de sonido que son conocidas como **tonos**; o como semitonos (entre la nota *mi* y la*fa* y entre la nota *si* y la *do*) en los casos de notas cuya diferencia de altura (más o menos agudas o graves) es menor que la habitual existente entre la mayoría de notas que se sitúan en la escala musical de manera correlativa. Pues bien, en esta línea, tan común entre muchos autores judíos, consistente en romper referencias y en desangelar cualquier atisbo de vida, de institución o de actividad ordenada Schonberg crea el dodecafonismo e introduce otro elemento de caos más en el seno de la *cultura* Occidental de su época. Elemento de caos, al decir de Evola, acorde con la misma naturaleza caótica del judío que le vendría dada por la amalgama racial tan dispar de la que procede[71]. Schonberg verá cómo su dodecafonismo será abrazado por, entre otros, el también judío -en este caso *ruso*- Strawinsky, cuya música será definida por Evola como *rítmico-orgiástica*.

A nuestro gran intérprete italiano de la Tradición no se le pasa por alto la enorme influencia (casi podríamos mejor afirmar: el tremendo monopolio) que los judíos ejercían ya en su época en el mundo del cine. Concretamente nos recuerda que es en manos de hebreos en quienes estaban compañías cinematográficas como la Paramount, la Metro Goldwin Mayer, la United Artists, la Universal Pictures o la Fox Film. De todos es sabido que dicha influencia ha ido *in crescendo* arroyadoramente hasta la situación en que se encuentra en la actualidad (especialmente en Hollywood) y por esta razón se haría interminable la lista no sólo de compañías sino también de productoras, de artistas,…

La teoría de la relatividad

Antes de pasar a comentar las críticas que Evola realiza a esta teoría, nuestro

[71] Esta tesis planteada por Evola ya fue explicada en la que se puede considerar como la primera parte que precede al presente artículo y que ya hemos comentado, en las primeras líneas, que llevaba por título el mismo que el de nuestro actual escrito.

autor nos recuerda las fuentes de las que bebe el judío Albert Einstein para formularla y el eco que ellas tuvieron inmediatamente en el mundo de la física moderna. Es así que Einstein se basa, para su elaboración, en la teoría del espacio creada por el judío Minkowsky y en reformas del cálculo infinitesimal como las llevada a cabo por el igualmente judío *italiano* Levi-Civita. El principal desarrollo que ha tenido esta teoría de la relatividad, con posterioridad a ser formulada por Einstein, ha venido de la mano del hebreo Weyll y entre los principales seguidores de la misma nos encontramos al judío *italiano* Enriques o al también judío (en este caso *alemán*) Born.

La *teoría de la relatividad* elaborada por Einstein supone, tal como nos expone Evola, un salto enorme en el abismo al que nos conducía la física moderna desde hacía ya unos cuantos siglos. La ruptura es total con respecto a la esencia de las ciencias sagradas Tradicionales. Unas ciencias sagradas que concebían los fenómenos naturales como la exteriorización del accionar de las fuerzas sutiles que componen el entramado suprafísico del cosmos y que explican la armonía consustancial de éste. Bajo este prisma las Ciencias Tradicionales entendían que lo que acontecía en el microcosmos era un reflejo de lo que sucedía a nivel macrocósmico. La modernidad, por el contrario, rompe sus vínculos con lo Alto y, por esto, las ciencias modernas se centran en los estudios, análisis, experimentación y formulación -exclusivamente- de lo fenoménico o superficial. Y siguiendo esta línea descendente la *teoría de la relatividad* se desvincula incluso de lo natural y de lo fenoménico y los sustituye por fórmulas matemáticas o los somete a ellas. Fórmulas matemáticas que son el producto de elucubraciones mentales que rozan el pensamiento abstracto más extremo y se alejan de cualquier tipo de realidad; inclusive de la material.

Para la física elaborada por Einstein, de este modo, el ente tiempo y el del espacio son superados y no tienen validez como tales. El físico judío "crea" una nueva realidad (paradójicamente irreal): la de la noción espacio-temporal; una especie de todo continuo que no tiene otro sustento que el de las disquisiciones mentales de su autor. Si la física profana había reducido cualquier idea de realidad a la meramente material, la física de Einstein no tiene otro soporte que el mental: el de sus elucubraciones mentales.

¿Nos debe extrañar esta reducción de la física a fórmulas matemáticas de lo más abstracto? ¿Nos debe, en definitiva, sorprender esta matematización de la física? Pues la respuesta que nos da Evola es que no, pues nos recuerda que no sólo el judío sino que en general el alma semita[72] ha demostrado siempre tener una

[72] Evola, hablando de pueblos semitas, nos hace una pequeña acotación para comentarnos cómo ciencias Tradicionales como la astrología en civilizaciones como la asiria, la babilonia o la caldea (de extracción semita) se basaban en la observación de la luna y de los planetas - tal como corresponde a un tipo de "espiritualidad" lunar - y no

inclinación especial hacia el número y la matemática. El álgebra nos vino introducida a través de los árabes. La numerología actual tiene esta procedencia y por ello también las cuatro operaciones básicas; por contra, por ejemplo, en la Antigua Roma se empleaban otros sistemas diferentes para calcular.

La inclinación del judío, en particular, hacia la matemática y el número puede hallar su explicación en su percepción cuantitativa, igualitarista y masificadora de la realidad y de la existencia. Esta vocación hacia el número se encuentra en la base de su querencia hacia la cábala; que, por otro lado, nos dice Evola que es de lo mejor que ha cultivado el judaísmo. Una cábala desarrollada especialmente por unos judíos sefardíes (como sería el caso de un Maimónides) que al decir de Houston Stewart Chamberlain ha representado siempre lo mejor y más granado del pueblo hebreo[73].

La psicología criminalística judía

En el Mundo de la Tradición la noción de orden que se tenía carecía de puntos en común con la idea de orden burgués tan en uso desde hace varias centurias. No se limitaba, pues, a aspectos sociales sin nexos con lo Superior, sino que, al

---

en el estudio del Sol y las estrellas como, en cambio, sucedía en otras civilizaciones caracterizadas por una espiritualidad de índole solar.

Tengamos presente que la "espiritualidad" lunar no concibe la posibilidad del Despertar a la Realidad Suprasensible ni al Principio Supremo que se halla en el origen del Cosmos. No admite, pues, la posibilidad de que determinados Hombres puedan llegar a *Ver la* ***Luz*** (a la Gnosis de lo Absoluto; además de a la Identificación Ontológica del Hombre con Ello); una **luz** propia de la que carecen la luna y los planetas y que sí poseen el Sol y las estrellas objeto de la observación y del estudio de la Espiritualidad de tipo Solar. La de naturaleza lunar se ha, pues, de contentar con la mera fe y devoción hacia lo Alto.

73 Seguramente la mayoría de judíos sefarditas son de origen hispanorromano. Se trataría de hispanorromanos que en los primeros siglos del cristianismo se convirtieron al judaísmo, bien abandonando sus debilitadas creencias politeístas o bien renunciando a un cristianismo recién abrazado. No ha de extrañar este segundo caso debido a las semejanzas existentes entre el judaísmo y un cristianismo de los orígenes de corte humanitarista, igualitarista y muy dado a la pusilanimidad.
Es lógico pensar que estas conversiones al judaísmo existieron y no, precisamente, en pequeña escala puesto que sabemos que el número de personas de religión judía existente en la España de los Reyes Católicos (concretamente a fines del s. XV) era elevado, pues con motivo del Decreto de Expulsión de 1.492 tuvieron que abandonar el Reino un mínimo de 200.000 personas (algunas cifras barajadas llegan incluso hasta hablar de 400.000) a las que hay que añadir un nada desdeñable número correspondiente a los supuestamente conversos al cristianismo que pudieron continuar viviendo en España.

Esta elevada población no podía ser, de ninguna manera, el resultante de la Diáspora que se originó en Palestina, a partir del año 70 d. C., tras las destrucciones del templo y de la ciudad de Jerusalén por orden del general romano Tito, ya que la población total existente por aquel entonces en la semidesértica Palestina era poco numerosa y, además, por lógica de distancia, no sería a la provincia más alejada del Imperio Romano, en relación a Palestina, a la que llegaría, precisamente, el mayor contingente de exiliados. A estos razonamientos hay que añadir el hecho de que no todos los judíos tuvieron que abandonar Palestina tras el citado año 70 d. C., como lo demuestra el hecho de que en el s. II d. C. se tienen noticias fehacientes de revueltas judías contra el poder y la autoridad de Roma, como es el caso de la encabezada por Bar Kohba y cuyo episodio final tuvo lugar en la fortaleza de Massada o Masadá.

contrario, hacía referencia al anhelo de reflejar aquí **abajo** -en la forma del *Regnum* o, mejor, del *Imperium*- el *ordo* que regía, equilibrada y armónicamente, **arriba**.

El Orden a establecer y por el que se luchaba debía sustentarse sobre una serie de pilares, uno de los cuales era el de la Justicia. El maestro romano nos señala cómo en esa línea de actuar y pensar tan cáustica y propia de cierto judaísmo la misma institución y el mismísimo concepto de la Justicia reciben fuertes impactos en su línea de flotación.

Es por esto por lo que algunos literatos judíos llegan a hacer aseveraciones del tipo de que "todo el mundo es culpable excepto el criminal" (Aschaffenburg) o de que "el culpable no es el asesino sino el asesinado" (Werfel). En la misma línea el escritor judío *checo* Franz Kafka nos relata en su obra "El Proceso" el cómo un acusado de un delito, que no es consciente de haber cometido, se enfrenta a un juicio en el que una Justicia deshumanizada, que no conoce ni de eximentes ni de atenuantes, le dicta sentencia condenatoria. El protagonista no es consciente de cuál será su destino dictado por esta sentencia hasta justo antes del momento en que ésta sea ejecutada[74].

Los más destacados psicoanalistas y/o psicocriminalistas judíos reman en la misma dirección de debilitar los fundamentos y la institución de la Justicia. De este modo los adscritos al marxismo (de fines del s. XIX y principios del XX) siempre han defendido la idea de que el criminal no es más que una víctima del sistema opresivo capitalista y que, por ende, no merecería punición alguna.

El judío *italiano* César Lombroso (cuyas peregrinas ideas asociaban y relacionaban, intrínsecamente, genio, criminalidad y epilepsia…) se posicionaba en *su* certidumbre de que los impulsos criminales tenían un origen genético y que, por esta razón, el criminal no podía nada contra ellos, pues constituían una especie de fuerza superior a él. Por lo cual Lombroso, también, pensaba que el criminal no merecía recibir ningún castigo.

Evola nos sigue recordando que en la misma línea de debilitar la potestad de la Justicia nos topamos con el judío *austríaco* (de Viena) Alfred Adler (discípulo de Freud) que postulaba el que en el seno de la sociedad, por mera lógica estadística, existe un porcentaje de personas con tendencias criminales y que, por este motivo,

[74] Resulta contrastante esta defensa de los atenuantes y eximentes por parte de ciertos personajes judíos si echamos la vista atrás y recordamos el tipo de justicia que regía en el seno del judaísmo fiel a la ley de Moisés: la Ley del Talión; el *ojo por ojo y diente por diente*…

al individuo que tenga la desdicha de formar parte de este desgraciado porcentaje no hay que condenarlo sino que hay que ponerlo en manos de un psicoanalista, ya que aquél no ha pedido formar parte de este desdichado segmento de la población…

También nos hace saber Evola que Adler afirmaba que el criminal es un individuo que padece de complejo de inferioridad y que si se le castiga por sus actos delictivos se sentirá, a causa de sus complejos, humillado y su reacción será la de vengarse de dicha "humillación" volviendo a delinquir. Por lo tanto Adler aboga por que no se le castigue para evitar, así, su reincidencia delictiva.

Igualmente nos hace saber el gran maestro italiano de la Tradición que Sigmund Freud defendía la idea de que el potencial delincuente es un ser que padece de un sentimiento de culpabilidad a causa de un complejo de Edipo no superado y que para intentar atenuar la culpa que siente buscará que se le castigue. ¿De qué manera?: delinquiendo. La "brillante" solución que aporta Freud es la de suprimir el castigo porque de esta manera el potencial delincuente no delinquirá al saber que si sí lo hiciera no le correspondería el ser castigado por la Justicia (que es lo que perseguía); una Justicia, por otro lado, que pierde, así, todo poder, toda respetabilidad y toda razón de ser.

Los libros sibilinos

Hemos querido, de la mano de Evola, dejar al descubierto el papel deletéreo que cierto judaísmo ha protagonizado en el seno de las sociedades del llamado Occidente a lo largo, especialmente, de las dos últimas centurias, pero igualmente de la mano del maestro italiano echaremos la vista mucho más atrás para comprobar cómo dicha acción disolvente no es ajena a épocas bastante lejanas en el tiempo. Es así, que ya en la antigua Roma se puede vislumbrar. Un buen ejemplo de ello sería el de los *Libros Sibilinos* que, según cuenta la tradición, le fueron dados por una vieja señora al último rey etrusco que reinó en Roma (en su primera etapa histórica: la de la monarquía): a Tarquino *el soberbio*. Se trata de unos libros en los que, a través de la sibila, supuestamente el dios Apolo comunicaba las profecías que daban respuesta a una serie de cuestiones que, normalmente, las gentes le habían formulado a la divinidad. Sin duda, atendiendo al contenido de las "profecías" emitidas, no podía tratarse del Apolo Solar e hiperbóreo que tan fidedignamente encarnaba los principios inmutables de la Tradición. Se puede deducir que el nombre de Apolo fue utilizado para introducir en Roma toda una serie de cultos exóticos, orientales, antirromanos, antisolares y antiolímpicos e introducir, además, todo tipo de divinidades de carácter telúrico y directamente emparentadas, por tanto, con la percepción sensual y emotiva de la vida y con cosmovisiones de tipo matriarcal y lunar. Las profecías transmitidas por las sibilas exigían al pueblo fidelidad a este tipo

de cultos -extraños a las más genuinas esencias de Roma- si se quería evitar el padecimiento de *calamidades*.

Historiadores como Tito Livio ya advertían en su época de que muchas mujeres romanas hacían abandono de los tradicionales ritos romanos (oficiados por el *pater* de familia) para acudir, en cambio, a escuchar a la sibila en plan meramente devocional y gregario.

En el s. I d. C., por culpa de un incendio en el Capitolio, se quemaron y su posterior "reconstrucción" rezuma, como muy bien nos hace ver Evola, el sello del judaísmo, pues estos Libros Sibilinos "reconstruidos" destilan un odio hacia Roma cargado con ese cariz apocalíptico tan consustancial a la religiosidad hebrea. Visión apocalíptica que advierte de terribles calamidades para los opresores, en general, del pueblo judío (así, a las claras; sin disimulos) y, en particular, para contra Roma.

Por estas y otras razones muchos son los que han venido a llamar a estos Libros Sibilinos "reconstruidos" como los **Libros Sibilinos Hebraicos**. No es para menos, pues son continuas las referencias que en ellos se hacen al dios único (a buen entendedor léase Yahvé) como el que será venerado exclusivamente. Las evidencias de estos mensajes intentan, en ocasiones, ser disimuladas con referencias a un supuesto Apolo que en realidad tiene mucho de dionisíaco y antiviril y nada de apolíneo, mayestático y sereno. Sólo estas referencias a un supuesto Apolo podían evitar cualquier lógica reacción en contra de estos Libros por parte del segmento más genuino, sano, viril y uránico de la sociedad romana.

La mano del judaísmo se pone también al descubierto cuando los Libros hablan del pueblo que, según las profecías, orará en el templo (huelga decir que se trata del templo de Salomón y del pueblo judío) y que dominará al mundo con sus espadas. También cuando uno de los oráculos, en boca de la sibila, exigió la genuflexión de los que a su escucha habían acudido. Genuflexión inconcebible en los ritos Tradicionales romanos enraizados en un tipo de Espiritualidad Solar. Así escribíamos en cierta ocasión que "*la conciencia que se tenía, en el Mundo de la Tradición, de la potencialidad divina existente en el interior del hombre hacía que éste orara y se dirigiera a sus divinidades casi de tú a tú, en pie, con dignidad y no, como se hacía y se hace en el marco de las religiones que surgieron en el seno del mundo semita, arrodillándose, humillado y con el pesado sentimiento de culpa que, por ejemplo y significativamente, desprende la idea del pecado original.*"

Fue enorme la influencia que los Libros Sibilinos Hebraicos ejerció, en Roma, entre los siglos I y III d. C. Como colofón a esta evidencia diremos que ellos fueron introduciendo en la cosmovisión de amplios sectores de la población romana una concepción lineal de la existencia (a través de la idea de un Apocalipsis que acababa

con el Juicio Final) contrapuesta a la cosmovisión cíclica del tiempo propia de la Tradición[75].

Conclusión

Tal como ya señalamos en el artículo que se ha de considerar como la primera parte de éste que estamos a punto de concluir es bien evidente que un buen número de judíos llevan protagonizando, en los últimos siglos, un papel de catalizador de los procesos destructivos a los que se ve abocado, principalmente, "nuestro" mundo occidental, pero también debe quedar claro que nadie obliga a nadie a transitar por estos nefastos derroteros. Ni al llamado Occidente, en general, ni a nadie en particular se le ha obligado a ello. No vamos a repetir las tesis de Evola al respecto pues, en caso de hacerlo, se trataría de reiterar algo que ya explicamos en la mencionada primera parte de este tema. Pero, en relación al principio de la libertad profunda del hombre para elegir entre el camino de la alienación total o el del autodominio interno, recordemos lo que en alguna ocasión habíamos escrito[76]:

"Nadie como el gran Tradicionalista romano defendió el principio de la Libertad del Hombre. El Hombre Reintegrado no es esclavo ante nada. No es esclavo de sí mismo: no es un títere manejado a antojo por sus pasiones, pulsiones, bajos instintos o por sus sentimientos engordados. No está sujeto irremediablemente a sus circunstancias. No se halla determinado ni por presuntas dinámicas históricas (el determinismo característico del historicismo, basado en el materialismo dialéctico, que postula que la historia se hace a sí misma: tesis+antítesis=tesis; o, lo que es lo mismo, igual a cambios históricos irremediables) ni se encuentra mediatizado por condicionantes sociales ni por ningún tipo de dios omnipotente que haga y deshaga a antojo sin la posibilidad de que uno pueda trazar su propio rumbo y sin que el ser humano pueda llegar a ser tratado como algo más que una simple criaturilla que no pueda albergar en su seno la semilla de la eternidad sino que tenga que resignarse bovinamente a postrarse devocionalmente antes su "creador". El Hombre Superior no se encuentra tampoco cercenado en sus potencialidades por ninguna especie de determinismo ambiental-educativo. Ni tampoco por otros de orden cósmico en la forma de un "Destino" cuya fatalidad lo tenga irremisiblemente programado de antemano."

En el mismo sentido también afirmábamos que:

---

[75] Para un mejor desarrollo de estas cosmovisiones del tiempo tan dispares remitimos al lector a nuestro escrito "Cosmovisiones cíclicas y cosmovisiones lineales"

[76] Extractado de nuestro documento titulado "Los ciclos heroicos" y subtitulado "La Doctrina de las Cuatro Edades y de la Regresión de las Castas y la concepción de la Libertad en Evola"

"Evola le dio una especial relevancia a la idea de que la involución –con respecto a lo espiritual e imperecedero- podía ser frenada e incluso eliminada antes del final de un ciclo cósmico, humanidad o *manvantara*; esto es, antes del ocaso del *kali-yuga*. Y sostuvo firme y ocurrentemente esta idea porque creía en la libertad absoluta del Hombre. Porque creía que el Hombre, así en mayúscula, aparte de tener la clara potestad necesaria para conseguir su total transustanciación o *metanoia* también tenía en sus manos la posibilidad de devolver a sus escindidas y desacralizadas comunidades los atributos y la esencia que siempre fueron propios del Mundo Tradicional. Porque Evola creía, en definitiva, en el Hombre Superior o Absoluto, Señor de sí mismo."[77]

No hay, pues, que buscar chivos expiatorios a los que responsabilizar de estos procesos de caída, porque aunque hayan existido personajes nefastos pertenecientes a un determinado pueblo –el judío- también ha demostrado ser igual de nefasto aquél que se ha dejado "conducir" por los derroteros enajenantes que han trazado los primeros. Y esto lo comentamos sin olvidarnos del hecho incontestable de que fuera del ámbito del pueblo aludido podemos encontrar, desde mucho tiempo atrás, numerosos y significativos ejemplos de personajes que también han trazado senderos de aquéllos que acaban precipitando al abismo más degradante a quienes cometen la irresponsabilidad de recorrerlos.

[77] Ibíd.

¡Qué nos disculpe Evola!

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009

No vamos a hablar en esta ocasión, y tal como suele ser habitual, sobre ningún aspecto del corpus doctrinal expuesto por Evola a lo largo de su vida. No vamos a detenernos a exponer y/o reflexionar sobre ningún dominio del Mundo Tradicional de los muchos que nos hizo conocer nuestro intérprete italiano de la Tradición[78]. No vamos a escribir sobre ninguna de las ciencias y doctrinas sacras que de manera tan diáfana nos expuso genialmente Evola. No vamos a redactar nada sobre cómo, al decir de nuestro autor, el Mundo de la Tradición se plasma en lo político o en lo social o sobre cómo intentar vivir de acuerdo a los parámetros y valores de dicho Mundo en el opuesto, desacralizado, alienante y disolvente mundo moderno por el que transitamos en la actualidad.

No lo vamos a hacer, sino que, girando 180º con respecto a la temática habitual que suele encontrarse en la mayoría de ensayos y exposiciones que se acostumbran a componer alrededor de la obra evoliana, nos vamos a aprestar a hablar sobre dos hechos que conciernen a la propia persona de Evola y que sin duda se escapan a las herramientas de comprensión de la ciencia profana que, en Occidente, monopoliza, con total exclusividad, el ámbito del conocimiento desde hace ya unas cuantas centurias.

Somos sabedores de que a nuestro romano autor le habría disgustado que habláramos sobre su persona, puesto que pocos como él, desde que el mundo moderno relegó al olvido al Tradicional, han cumplido con tanto denuedo aquella fórmula que siempre fue santo y seña de aquéllos que en épocas pretéritas se ponían por entero al servicio de la Idea. Fórmula que no era otra que la de la "impersonalidad activa" , por la cual lo importante no era la persona que protagonizaba una acción tendente hacia lo Alto o tendente a contribuir al desarrollo o al mantenimiento del equilibrio y la armonía de las instituciones que pretendían ser un reflejo en el microcosmos del Orden propio a las fuerzas o *numens* que constituían el macrocosmos. Según dicha fórmula lo que valía era la obra y no quien la protagonizaba. Lo que importaba no era ser actor ni figurar. La tendencia al protagonismo y a la notoriedad eran considerados como lastres propios del egoísmo de quien era esclavo de su propia individualidad, de su ego no superado, de un yo que como tal no podía (y no puede) ser concebido más que como el cúmulo de sentimientos, pasiones, pulsiones y complejos que convulsionan y atormentan al individuo y le impiden experimentar los estados de calma mental necesarios para poder aspirar a Conocer (y a vivenciar) otras

[78] Hemos querido escribir con mayúscula el vocablo "Tradición" y sus derivados para distinguir el concepto que ella representa de la "tradición", en minúscula, que haría referencia a usos, costumbres, cultura,... -con independencia de su naturaleza- que arrancan del pasado y que tienen o no vigencia en la actualidad. En cambio a la Tradición, con mayúscula, alguien la definió como la vigencia del Macrocosmos en el microcosmos; o, para resultar más fáciles de entender, del Cielo en la Tierra.

Realidades que se hallan por encima de la realidad material que aprehenden nuestros sentidos. De acuerdo a la fórmula de la "impersonalidad activa" la acción (interior o exterior) emprendida debe de estar impregnada de un total desapego.

Las pocas imágenes fotográficas que existen de Evola responden a su rechazo al protagonismo personal y a su adhesión a esta fórmula Tradicional. No comulgaba con que se le considerara como "filósofo de la Tradición", pues afirmaba que filosofar es un ejercicio de la mente que realiza aquél que elabora (o pretende elaborar) nuevas teorías o sistemas de pensamiento y que, por el contrario, el propósito que él perseguía no era el de elaborar nada nuevo sino el de transmitir, y en todo caso sistematizar (para mejor comprensión del hombre de nuestros desangelados y huérfanos días), el saber sacro connatural a la Tradición. Es por esta razón que Evola prefería, en lugar de filósofo, que se le considerara como "intérprete de la Tradición".

El rechazo a la filosofía le venía también dado por el hecho de que al utilizar ésta herramientas de la mente (tal como el método discursivo o el especulativo) que como tales se circunscriben a la esfera de lo humano, no puede ser nunca –la filosofía- una vía válida para acceder al Conocimiento de lo que es más que humano, de lo sobrehumano, de lo suprasensible, de lo metafísico.

No es, pues, el corpus doctrinal evoliano elaboración del pensador Evola sino sistematización, de la Sabiduría Sacra, magistralmente por él realizada y a nosotros transmitida. Desde el punto de vista Tradicional lo importante no es el hombre llamado Julius Caesar Andrea Evola sino el legado que nos ha transmitido. Así, además, lo quería él y es, repetimos, por lo cual por lo que sin duda no hubiera mostrado especial conformidad a que nos pusiéramos, como es nuestra intención, a discurrir sobre hechos que se refieren a su persona, por más que éstos tengan, seguramente, mucho que ver con los logros interiores y transfiguradores a los que, sin duda, arribó y que le fueron alejando del personaje Evola; le fueron despojando de la máscara que nos vamos colocando a lo largo de nuestro tránsito terreno (máscara que nos aboca al condicionamiento, a las dependencias y a las ataduras para con el mundo del devenir o continuo fluir y, a la postre, a la descentralidad con respecto a lo Trascendente).

Pero esperemos que su Alma Espiritualizada nos disculpe desde la Dimensión o Realidad Metafísica, incondicionada e imperecedera en la que, sin duda, se hallará.

Así pues pasemos a considerar el primero de los dos episodios que queremos tratar en el presente escrito, que no es otro que aquél al que hace alusión Alain de Benoist en un artículo que lleva , sencillamente, por título "Julius Evola" y en el que se nos explica cómo nuestro autor había anticipado, con dos años de antelación, a su discípulo y amigo George Gondinet que la muerte le sobrevendría –a Evola- a las 15:15 horas del 11 de junio de 1.974. En efecto, el deceso le aconteció a la hora predicha en tal día del sexto mes del año 74 del pasado siglo…

¿Qué podemos colegir de tan sorprendente hecho?

Pues lo que debemos de entender es que el proceso iniciático recorrido por el que ha venido a ser denominado como "el último gibelino" había llegado, al menos, a aquel punto en el cual el iniciado ha adquirido el conocimiento de cuáles son las diversas energías y fuerzas sutiles que hallándose en el Cosmos se encuentran igualmente en el interior del ser humano y representan la causa primera –sutil- del funcionamiento de sus funciones vegetativas, fisiológicas, cardiovasculares, respiratorias,… De esta manera el *prana* o aliento vital del que nos hablan los textos sapienciales de la tradición indoaria puede considerarse como la fuerza de la vida suprabiológica.

Y no únicamente debemos de entender que nuestro autor adquirió el conocimiento y visión de estas fuerzas y energías sino que, además, llegó a su identificación ontológica con ellas. Estado al que llegó tras completar lo que la tradición hermeticoalquímica denominó como la "obra al *nigredo*" y completar igualmente la posterior "obra al *albedo*". Según ciertas equivalencias que se han querido realizar, no sin ciertos reparos, ambos estadios u *obras* de la vía de transustanciación interior corresponderían a lo que en la Antigüedad fue conocido como iniciación en los *Pequeños Misterios*.

Para completar la "obra al *albedo*" Evola debió, previamente (y tras un largo, arduo y metódico camino) completar una "obra al *nigredo*" en la que fue dejando lastre, deshaciéndose de escorias, descondicionándose de posibles traumas y complejos, de miedos, de sentimientos alteradores del ánimo, de pasiones que atan y de pulsiones que esclavizan. Fue entonces cuando con la mente limpia y calma pudo emprender el camino (la "obra al *albedo*") que conduce del conocimiento de la realidad sensitiva y material al conocimiento y vivencia de otras realidades cada vez más sutiles de las que emana la sensorial y más burda. Cuando en el interior del hombre se han activado dichas fuerzas sutiles es cuando se accede a su gnosis y, por otro lado, si se han activado, el iniciado es capaz de actuar sobre ellas y de convertirse en el dueño de los procesos orgánicos de su cuerpo, hasta el punto de poder llegar a decidir y a provocar el final del funcionamiento de estos procesos y, como consecuencia, la muerte física.

Este proceso de *palingénesis* o renacimiento interior a otra/s realidad/es hace de Evola una especie de oasis en nuestro mundo. No en vano ya apuntamos en cierta ocasión que debía de quedar, de antemano, claro que *"cuanto mayor es el grado de materialización y/o de sojuzgamiento a lo ínfero, a las fuerzas irracionales, a los bajos impulsos e instintos y a los sentimientos desenfrenados por el que atraviesa el hombre en un determinado período del devenir de la humanidad menor, es, en inversa correspondencia, la posibilidad de encontrar individuos aptos, conscientes y dispuestos a adentrarse en lo que se conoce como Iniciación. Y no se olvide, en relación a esto, que el actual y disoluto período del mundo moderno por el que transitamos representa la etapa más disolvente y deletérea –*

la crepuscular u obscura- de la decadente edad de hierro o del kali-yuga *de la que ya nos ponían sobre alerta los textos sapienciales y sagrados de la antigüedad".*

El segundo episodio del que queríamos tratar ya no sería un episodio de la vida de Evola, sino, más bien, de su muerte; o, para ser más precisos, de su *postmortem*. Lo conocemos gracias a la narración hecha por alguien que fue testigo de ello. Se trata de su discípulo el Tradicionalista Renato del Ponte. Las líneas en las que del Ponte nos explica este episodio fueron reproducidas en la parte final de un ensayo elaborado por Marcos Ghio, con motivo del 30º aniversario del deceso de Evola, intitulado "Actualidad y vigencia del pensamiento evoliano"; texto que sirvió de base a una conferencia por él impartida.

Ocurrió que tras el fallecimiento del "último gibelino" razones tecnológicas y burocráticas fueron dilatando la posibilidad de que su cuerpo fuera incinerado en el horno crematorio del cementerio de Roma. Los inconvenientes surgidos llevaron a la decisión de incinerarlo en Spoleto (en la región de Umbría). Había transcurrido un mes desde la luctuosa fecha cuando se pasó a abrir el ataúd para sacar de él los restos mortales que iban a ser incinerados. Unos restos que, sorprendentemente, se hallaban completamente intactos pese al fuerte calor que hace en esas latitudes italianas durante los meses de junio y julio. Concretamente las palabras de Renato del Ponte nos hablan de *"un rostro de marfil que perfilaba una enigmática sonrisa…"*

¿Qué hemos de pensar ante tan inaudito episodio?

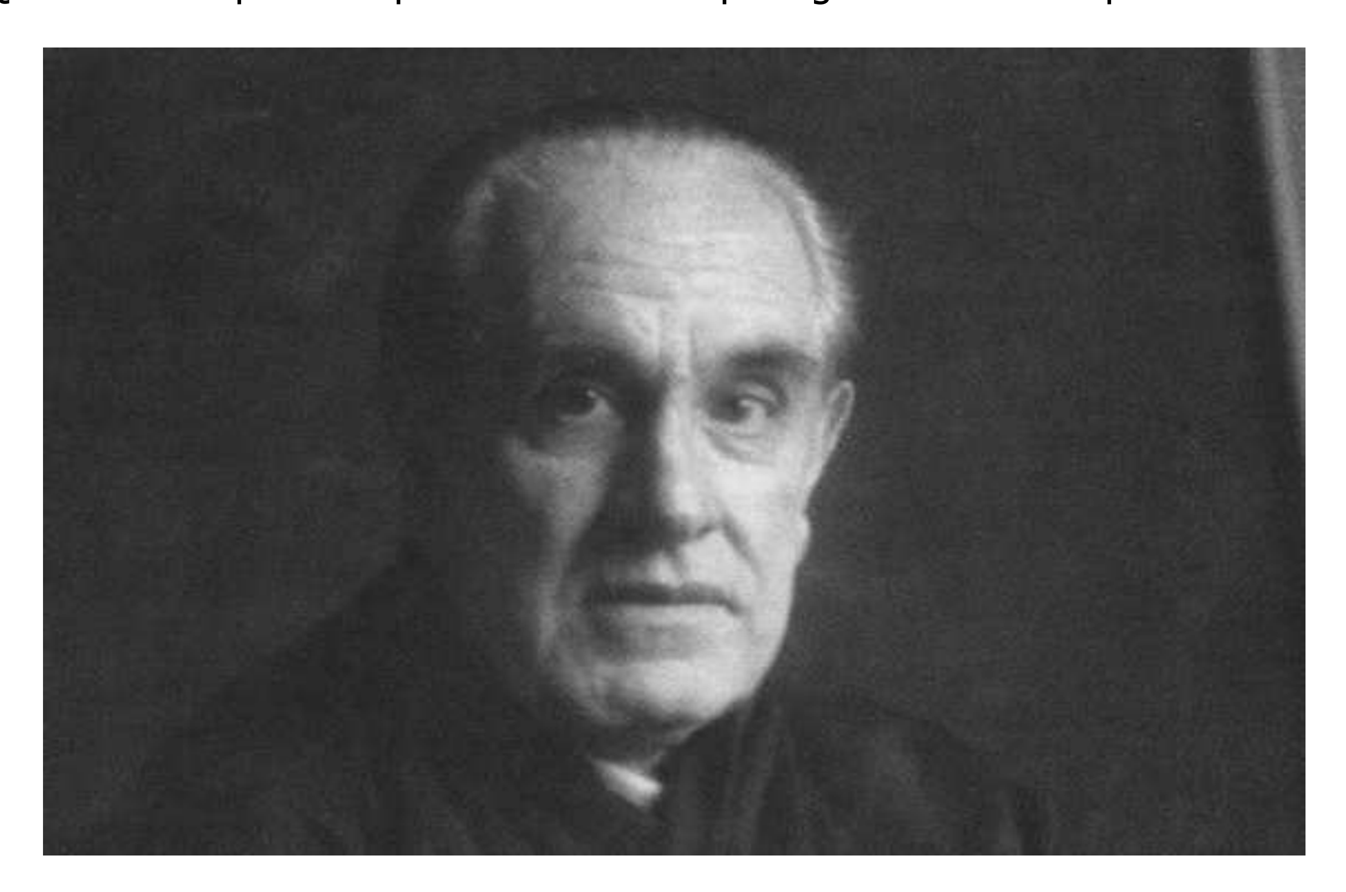
Pues lo que hemos de pensar es que el proceso de transformación interior de Evola no se detuvo en la "obra al *albedo*". No tuvo su límite en los ya citados *Pequeños Misterios,* sino que continuó hasta completar la tercera y definitiva fase de la Obra alquímica: la "obra al *rubedo*". O dicho en términos budistas: alcanzó la iluminación o Despertar; la Gran Liberación. Completó los conocidos, en la Antigüedad, como *Grandes Misterios*. Evola fue, progresivamente, conociendo y vivenciando realidades cada vez más sutiles. Accedió a la visión y al control de fuerzas o *numens* (presentes en el cosmos y en el seno del ser humano) que cada vez compartían menos esencia con el mundo manifestado y que se hallaban en los primeros estadios (o *tattva,* al decir del tantrismo) de la manifestación. Así continuó su vía iniciática hasta acceder a la Gnosis por excelencia: la del Principio Supremo que se encuentra más allá y en el origen del mundo manifestado. La del Principio Inmutable, imperecedero, eterno, indefinible e incalificable a partir del cual emana el Cosmos.

Y no únicamente a su Gnosis sino también a su identificación interior con él. Esto es, repetimos, a su Liberación con respecto a cualquier resabio del mundo de la manifestación.

Su Alma se había convertido en un fiel reflejo del Espíritu. O, más bien, su Alma se había espiritualizado por completo.

Y si, según la máxima Tradicional, lo de arriba se refleja en lo de abajo, o lo Trascendente en lo inmanente, así mismo la eternidad conseguida por el Alma, ya imperecedera, de Evola tenía que verse reflejada en su cuerpo físico. Un cuerpo físico incorrupto; ignorando y contradiciendo la lógica habitual de las leyes de la naturaleza que imperan para el común de los mortales.

¡Que nos disculpe Evola por haberle hecho protagonista de estos párrafos!



Evola anticipó, con dos años de antelación, a su discípulo y amigo Georges Gondinet que la muerte le sobrevendría a las 15:15 horas del 2 de junio de 1974. En efecto, el deceso le aconteció, al maestro italiano, a la hora predicha en tal día del sexo mes del año 74 del pasado siglo...

El porqué de la parálisis de Julius Evola

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009

Habitualmente no nos paramos a pensar en el hecho de que determinadas cosas que, a nivel físico, nos suceden en nuestro cotidiano discurrir por nuestra existencia terrenal no carecen, precisamente, de conexiones con otros planos que podríamos denominar como sutiles. Así pues, ciertas enfermedades o determinados achaques psíquicos (diríamos que la mayoría y lo afirmamos incluso a expensas de poder quedarnos cortos) tienen su causa más allá del plano en el que –de acuerdo a nuestro poder de percepción- se manifiestan. Por ello debemos de entender que si buena parte de las enfermedades físicas y/o fisiológicas se deben a trastornos de naturaleza psíquica, al mismo tiempo estos trastornos padecidos a nivel mental acostumbran a ser el resultado de desajustes y desequilibrios que ocurren en un plano más inasible todavía, que es el plano de las fuerzas sutiles que, en el interior del ser humano, se hallan en la base del funcionamiento de todas nuestras funciones fisiológicas.

Unos desajustes y desequilibrios que pueden deberse a dos razones. Recorriendo, ahora, este mismo camino en sentido inverso, la primera razón la hallaríamos en alteraciones acaecidas en el plano del mundo psíquico: convulsiones sentimentales, arrebatos incontrolados, pasionalidad desatada, tendencias depresivas,… Y la segunda razón la deberíamos de buscar más allá de nosotros mismos y la encontraríamos en relación a ese mundo nouménico constituido por todo el entramado de fuerzas que explican la armonía y el dinamismo del cosmos. Pues es en consonancia y en armonía con ese mundo nouménico como deben de estar dinamizadas las fuerzas sutiles del ser humano, ya que si éstas no están armonizadas con sus análogas del resto del cosmos discurrirán a tal fuerte contracorriente que acabarán por desarmonizarse también entre ellas mismas (en nuestro interior). De aquí, pues, la importancia que en el Mundo de la Tradición se le dio siempre a la realización y correcta ejecución de los ritos sagrados. Ritos que tenían o bien la finalidad de hacer conocer a sus oficiantes cuál era la concreta dinámica cósmica de un momento dado con tal de no actuar aquí abajo contrariamente a dicha dinámica (en batallas, empresas arriesgadas, en la elección del momento de la concepción de la propia descendencia o del momento más idóneo para contraer matrimonio o para coronar a un rey,…) o con tal de poder adoptar las medidas apropiadas para actuar a sabiendas que se hará a contracorriente de ese mundo Superior. O bien estos ritos se efectuaban con la intención de que fuesen operativos, esto es, de que tuviesen el poder de actuar sobre ese mundo Superior para (en la medida en que fuera posible) modificar su dinámica y hacerla favorable –o menos antagónica- a las actuaciones que se quisieran llevar a cabo aquí abajo.

Vemos, pues, que ningún plano de la realidad se halla desgajado de los demás. Todos se hallan relacionados. Todos están interconectados. A unos los encontramos en la base del funcionamiento de los otros. Unos son el reflejo, en el microcosmos, de lo que sucede en el macrocosmos y si pretendemos que no sea así, si pretendemos que lo de abajo no refleje a lo de arriba, si accionamos para que la Tierra no sea un espejo del Cielo, provocaremos la entrada de lo de aquí abajo en el caos y en la irrefrenable vorágime de la disolución.

Tal interrelación nos debe llevar a pensar que no sólo enfermedades físicas o trastornos de la psique tengan su explicación en desajustes acaecidos en otros planos, más sutiles, de la realidad, sino que incluso hasta determinados accidentes y/o sucesos trágicos padecidos por el hombre (o por algún tipo de hombre) puedan tener una explicación que deberíamos de buscar en otros planos de la realidad intangibles para nuestra capacidad sensorial. De acuerdo con el parecer que fue propio del Mundo Tradicional a nadie le debería de extrañar este postulado, por cuanto ya podemos deducir, por lo expuesto líneas más arriba, que un accionar, en el plano terrenal, contrario a las dinámicas cósmicas o ignorante de ellas puede, más que probablemente, provocar tragedias y desgracias de toda índole (catástrofes varias, derrotas militares, fallecimientos, enfermedades, defenestraciones,…).

Es en este orden de ideas en el que vamos a introducirnos en la tarea de intentar dilucidar si existen posibles explicaciones de orden sutil y/o Superior a las graves heridas sufridas, en el epílogo europeo de la Segunda Guerra Mundial, por Julius Evola; heridas que le provocaron para el resto de su existencia terrena (hasta su deceso el 11 de junio de 1.974), la parálisis total de la mitad inferior de su cuerpo y que le llevaron, consecuente e irremisiblemente, a la silla de ruedas.

Recordemos que el infausto y trágico suceso acaeció en Viena durante un bombardeo protagonizado por la aviación soviética. La explosión de una bomba provocó la caída de un mueble en la espalda del gran intérprete romano de la Tradición en el momento en el que éste estudiaba los archivos de ciertas organizaciones secretas subversivas. Bien es cierto que ante esta versión unánime de lo acaecido también nos ha llegado otra, explicada por el Sr.Guido Stucco[79], según la cual Evola caminaba, durante el bombardeo, por las solitarias calles de la capital austríaca en el momento en que una bomba lo arrojó de espaldas contra una barda de madera. Sea como fuere lo cierto es que las heridas provocadas en su columna vertebral resultaron incurables a pesar de los intentos realizados, durante cuatro años, por diferentes especialistas en hospitales de Suiza (donde estuvo tres años convaleciente) y de Bolonia (en donde permaneció uno más antes de regresar definitivamente a Roma en 1.949). Igualmente, también resulta evidente que en las dos versiones expuestas se nos muestra a un Evola que parecía

---

[79] Guido Stucco es Maestro en Teología Sistemática por el Seaton Hall y es Doctor en Teología Histórica por la Universidad de St. Louis.

despreciar el peligro. Un Evola que renunciaba a utilizar los refugios antiaéreos (actitud ésta bien cierta). Un Evola que parecía retar al Destino…

Llegados a este punto precisamos hacer una acotación que concierne a la idea del Destino, pues querríamos aclarar que la Tradición nunca sostuvo la noción de determinismos insalvables. Nunca defendió la idea de que el Hombre diferenciado (aquel que a través del descondicionamiento se convierte en señor de sí mismo para llegar a ser el Hombre Superior o Absoluto) no pudiera sobreponerse a las circunstancias o a los signos de los tiempos. Así pues, la Tradición nunca otorgó carácter fatalista a la noción de Destino.

Al Destino hay que entenderlo como la concreta dinámica que en un momento dado (de la vida de las personas o de la historia del hombre) es propia de determinadas fuerzas cósmicas (o *numens*). Ya hemos visto, estrofas arriba, cómo el rito (a través del sacrificio –etimológicamente, ´oficio sacro´) puede llegar a tener, gracias a su poder operativo, la capacidad de modificar, en mayor o menor grado, estas dinámicas que caracterizan el fluir ordenado y armónico de los citados noúmenos. Razón más para desechar la consideración fatalista del Destino.

Realizada esta acotación indaguemos sobre la causa (o las posibles causas) por la cual Evola pudo querer poner a prueba al Destino e intentemos, antes que nada, fijar en qué consistiría su particular Destino o qué podía ´tenerle preparado´ éste.

Los últimos compases de la segunda gran conflagración bélica estaban mostrando a las claras que no era la hora de los fascismos. Que no era –para mejor hablar- la edad de éstos. Que los tiempos que corrían (en plena decadencia del Espíritu marcada por la Edad de Hierro o Edad del Lobo) no podían más que ser los del triunfo y la hegemonía total de los materialismos en su, por entonces, doble versión: la liberalpartitocrática, plutocrática y demoburguesa, por un lado, y la marxista, por el otro.

Debido a que los fascismos habían nacido y se habían desarrollado en el seno de este disolvente mundo moderno estaban, desgraciadamente, impregnados de muchas de las escorias inherentes a éste, pero también es de rigor dejar patente que, a su vez, anidaba en ellos un intento de ruptura total con muchos de sus dogmas intocables y basales (materialismo, igualitarismo, democratismo, utilitarismo,…) y que, a menudo, sus modelos a seguir pertenecían al mundo de la Tradición (como la Antigua Roma lo fue para el fascismo italiano; cierto que de una manera más estética y superflua que raigal y esencial). Estas enconadas divergencias con el mundo moderno no podían más que acarrearle su trágico final en una etapa tan poco propicia como para intentar restaurar algún tipo de valor o de estructura acordes o cercanos con la Tradición perdida.

La aniquilación de los fascismos que tenían ´preparada´ esas fuerzas cósmicas[80] tan favorecedoras (en esta Edad de Hierro o *kali-yuga*) de procesos disolventes acarrearía, al mismo tiempo y en consecuencia, la eliminación física (tal como acabó aconteciendo) de muchas de las personas que de una u otra manera (y en mayor o en menor medida) se habían posicionado junto a ellos o, incluso, en paralelo a ellos.

Y es en paralelo a ellos donde encontramos en muchas ocasiones a Evola. Y lo encontramos en paralelo a los fascismos porque desde la distancia que le daba su no adhesión incondicional a ellos pretendió siempre rectificar sus puntos más problemáticos (plebeyizantes, demagógicos, de culto a las masas, a la técnica y al cientifismo,…) para acercarlos lo máximo posible a los parámetros que siempre fueron los propios del Mundo Tradicional.

Lo que hemos definido como el Destino tenía pues, designado, con mucha probabilidad, un trágico final para la existencia terrenal de nuestro autor, pero no fue la muerte lo que le devino sino que fue la paraplejía en sus piernas…

Se podría pensar que el Destino quiso que esa bomba soviética le produjera daños irreparables pero que no le matase, pues si Evola hubiera salido ileso de dicho bombardeo la terrible represión acontecida en los meses finales de la IIGM y en los años inmediatamente posteriores a la finalización del conflicto bélico no hubiera tenido conmiseración con un hombre en perfecto estado físico y habría acabado con su vida. Su condición de inválido le salvó, con mucha probabilidad, la vida. Gravemente herido pudieron hacerle cruzar la frontera de Austria para introducirlo en Suiza. Los tres años que pasó, convaleciente, en este país le evitaron padecer los efectos de la dura represión acaecida en la Italia de postguerra. De todos modos su estado físico no fue impedimento para obligarle a pasar medio año (1950) en la cárcel y para ser sometido a juicio. Pero, no obstante ello, pudo vivir durante varias décadas más hasta su fallecimiento en 1974. Y este prolongar su existencia el Destino lo podría haber querido para que nuestro autor pudiera seguir legando las doctrinas de la Tradición a todos aquellos que quisieran recoger su mensaje, pues de no haber sobrevivido a la IIGM nos hubiéramos visto privados de joyas tales como la reedición, profundamente transformada, de "El yoga de la potencia"[81] (o, en la versión castellana editada por Edaf, "El yoga tántrico"), "Los hombres y las ruinas", "Metafísica del sexo" o "Cabalgar el tigre". Asimismo no hubiéramos podido conocer sus "Orientaciones", su nueva y también reformada

[80] Puesto que lo de arriba se refleja abajo y ya que las fuerzas sutiles que constituyen el entramado del mundo manifestado están interrelacionadas entre ellas y es por ello que lo de abajo no debe desentenderse de lo arriba si no quiere provocar su autodestrucción y, en referencia al hombre, su bestialización, puesto que esto es así es por lo que en el ser humano actúan, de la misma manera que a nivel cósmico (e influidas por éste), unas fuerzas (volviendo a usar términos hinduistas: *gunas*) que favorecen las tendencias del hombre hacia lo Alto (*sattva*, del sánscrito ´ser´), o bien que le empujan a ser arrastrado, pasivamente, por lo que fluye -por el devenir caduco y perecedero- (*rajas*) o bien, finalmente, que le succionan hacia lo bajo, hacia lo disoluto (*tamas*).

[81] Originariamente, "El yo como potencia".

edición de "El tao-tê-king de Lao tsé" por él interpretado, la reedición revisada de los escritos del Grupo de Ur ("La magia como ciencia del espíritu"), su "Fascismo visto desde la Derecha, con notas sobre el Tercer Reich" ("Más allá del fascismo", en la versión castellana editada por Ediciones Heracles), "El arco y la clava" o su autobibliografia (que no autobiografía) "El camino del cinabrio". Sin hablar de la multitud de ensayos y artículos redactados en todo este período. El Destino habría querido, pues, que este intasable legado del saber Tradicional pudiera llegar a ser conocido por todos aquellos que fuesen aptos para poder recibirlo y asimilarlo.

Ahora bien, también podríamos plantearnos que el Destino no le tenía deparado su supervivencia a la IIGM, sino que, por contra, tal como ya hemos señalado con anterioridad, le había incluido entre todos aquellos que morirían –víctimas de la represión institucionalizada o por obra de los partisanos comunistas- a manos de los vencedores del conflicto armado. Nuestro hombre, conciente de ello, lo desafió (al Destino) y se sustrajo de sus designios. Nuestro hombre lo habría retado con sus actitudes temerarias: con su negativa a correr hacia los refugios antiaéreos durante los bombardeos o (recogiendo la otra versión que hemos explicado) con su caminar por las desiertas calles vienesas en los momentos del trágico suceso. Esta actitud desafiante sería muy propia del tipo humano del *shatriya* (o guerrero) al que Evola tenía como arquetipo personal y doctrinario a seguir por considerarlo el más adecuado para aspirar a cualquier proceso de Reconstrucción (tanto interior -del ser humano- como exterior –de la Tradición en el mundo). Es asimismo la actitud del Héroe que nada contracorriente de los tiempos de oscuridad en que le ha tocado vivir y que aspira a esta doble vertiente de la Reconstrucción o Restauración. El Héroe que se niega a ser arrastrado por la corriente porque está convencido de que nada puede a su voluntad y de que, por tanto, puede sobreponerse al accionar de las leyes cósmicas. Está convencido de que la libertad que ha conseguido en su interior (su descondicionamiento con respecto a cualquier atadura y determinismo) le ha hecho invulnerable a estas leyes cósmicas, a estos*numens*; en definitiva, al Destino. No nos debería, pues, parecer nada extraño que esta hipótesis tuviera muchos visos de ajustarse a la realidad de lo que sucedió y de lo que el Tradicionalista romano (de origen siciliano) se propuso.

Evola, repetimos, habría retado al Destino y se sustrajo a los designios que éste le tenía preparados: la muerte. La parálisis que le provocó este desafío acabaría salvándole la vida.

René Guénon, en su correspondencia epistolar con Evola, sostiene la idea de que las fuerzas de lo ínfero se habrían "vengado" (al provocarle la paraplejía) de un hombre que se había hecho inmune a ellas; que se había, definitivamente, desatado y liberado de ellas. El Tradicionalista francés creía que al no poder, dichas fuerzas de lo bajo (o que arrastran hacia lo bajo), llevar a cabo su "venganza" sobre el alma de un iniciado (precisamente por estar liberada o en proceso avanzado de liberación) sólo les quedaba ejecutarla sobre el cuerpo. Evola pareció

no compartir esta idea, ya que pensaba que no sólo el alma descondicionada sino incluso el cuerpo se hacían inmunes a cualquier influjo de este tipo de fuerzas corrosivas.

Este desacuerdo interpretativo acaecido entre Guénon y Evola es entendible si consideramos el diferente enfoque que, desde el punto de vista de la palingénesis o transustanciación interior, le otorgan ambos al cuerpo. Guénon parece adherirse a los posicionamientos del *Vedânta* hinduista, el cial le otorga una condición de falsedad, ilusión o *maya* al mundo manifestado y, en consecuencia, el cuerpo también comparte esta consideración. Es por ello que una especie de renuncia al cuerpo facilitaría el proceso iniciático. Los ayunos extremos que llevan al cuerpo hasta el borde del colapso serían uno de los métodos a seguir…

Guénon había llegado a postular que el alma podía iniciar el proceso encarado a la Iluminación o Despertar sin antes haberse descondicionado de todo aquello que la ataba a lo bajo; sin antes haberse convertido en dominadora de aquellos bajos instintos, de aquellas pulsiones e incluso de aquellas turbulencias pasionales y aquellos sentimentalismos cegadores y perturbadores a los que se haya esclavizada como consecuencia de su adscripción a un cuerpo. El autor francés escribía que una vez el alma había arribado a altas cotas de realización entonces podía optar por reencontrarse, si así le placía, con el cuerpo (pues ahora ya no correría peligro de contaminarse con los nefastos influjos deletéreos de éste) o por renunciar definitivamente a la "convivencia" con él.

Se entiende difícilmente, con estas posturas asumidas por Guénon, el proceso iniciático como aquél que debe de caracterizarse por el arduo y metódico trabajo interior propio del accesis y que tiene como primer objetivo y primera etapa el lograr el autodominio con relación a todo aquello que ata y aliena, pues si esta primera etapa no fuera necesaria (por poderse Despertar el alma autónomamente; desgajada del cuerpo desde el principio del proceso) podríamos llegar a parangonar este tipo de "vía iniciática" con lo que presuntamente (y falsamente) acontece en los casos de misticismo, en los que la experiencia de lo Superior se reduce al éxtasis producido por una visión cegadora -y de arrobamiento- de lo Alto, sin que antes se haya producido el necesario proceso de descondicionamiento interior que purifica al alma de escorias y que la hace apta para continuar el camino que tiene por finalidad la asunción del Despertar al Conocimiento del Principio Supremo y a la identificación ontológica con él.

¿Cómo se puede entender la transustanciación del alma si ésta no ha luchado por fortalecerse en lid contra aquellas fuerzas deletéreas que anidan en el cuerpo (ya que se ha desentendido de éste)? La vinculación entre el cuerpo y el alma es, pues, una condición *sine qua non* para aspirar a la transustanciación de ésta. Sería, poco menos, como pretender que se puede culminar la ´obra al *albedo*´contemplada por la Tradición Hermética sin haber previamente consumado con éxito la ´obra

al *nigredo´*, que representa la primera fase de este proceso alquímico de transformación interna.

Este apoyarse doctrinalmente (tal como hace Guénon) en los textos del *Vedânta*[82] provoca una especie de rechazo a esa parte integrante de la manifestación que es el cuerpo y representa un desencuentro con las enseñanzas de la Tradición que lo consideran al mismo (al cuerpo en particular y al mundo material en general) como prolongación –eso sí, en estado burdo-, por emanación, del Principio Supremo intemporal, inasible e indefinible que se encuentra en el origen de todo el Cosmos; enseñanzas con las que coincide totalmente la postura defendida por Evola.

Hasta tal punto vinculaba el italiano el cuerpo al alma que concebía la idea de que las transformaciones experimentadas por el alma a lo largo del camino iniciático acababan reflejándose en el aspecto externo del que las iba llevando a cabo. Así es que la pureza interior conseguida acababa rezumando en rasgos de nobleza y *gravitas* en el rostro del transformado y la consecución del Despertar le confería un aire de majestad y solemnidad inalterables y sobrecogedoras a los ojos del común de los mortales.

Un tal cuerpo constituye una unidad armónica con el alma y el espíritu y un tal cuerpo comparte, pues, los "beneficios" de los logros obtenidos por el alma y difícilmente cabría admitir que las fuerzas que arrastran hacia lo ínfero pudieran haberle hecho mella alguna a Evola en su cuerpo en la forma, por ejemplo, de la parálisis de que fue víctima.

Podríamos, ahora, pasar a adoptar otro tipo de enfoque que se posiciona en la convicción de que, tal como el hermetismo postula, a la primera fase del proceso de renacimiento interior denominada como la de la ´obra al *nigredo´* se le reconoce el efecto de la llamada ´putrefacción´ o ´ennegrecimiento´ por cuanto se persigue descomponer o eliminar las escorias psíquicas y pulsionales que ensucian, perturban y atenazan al alma y dicho ´ennegrecimiento´ o suelta de escorias (según esta otra postura) podría llegar a materializarse e impregnar el cuerpo con cualquier tipo de enfermedad o lesión como la que, según este modo de entender, habría afectado a Evola en su columna vertebral.

Esta última interpretación nos echa cabos para que, a su vez, nosotros podamos lanzárselos a ese gran erudito de la Tradición Perenne que fue el rumano Mircea Eliade. Dejaríamos definitivamente zanjadas las reflexiones que hemos vertido teniendo como epicentro a René Guénon para pasar a escuchar y, si cabe, a interpretar a Eliade. Pero lo haremos no sin antes dejar constancia (a pesar de

[82] En su momento ya hubimos hablado sobre estas divergencias existentes, al respecto, entre ambos Tradicionalistas y lo hicimos en un texto al que dimos por título el de "Críticas de Evola al *Vedânta*".

estas críticas vertidas) del inmenso reconocimiento que nos produce el extenso y valiosísimo *opus* doctrinal que nos ha legado el autor francés.

Mircea Eliade sugiere que el hecho de que Evola fuera herido, en su médula espinar, precisamente a la altura del tercer *chakra* no debería de escaparse a una interpretación sutil del trágico percance. El rumano no llega a concretar a qué se refiere con dicha afirmación, pero bien es sabido que, según el *tantra-yoga*, superpuesto a este *chakra* o centro de fuerzas sutiles se desarrollan, a lo largo de la común existencia de los hombres, manchas en el alma como la ira, la furia o el orgullo[83]. El abrir este *chakra* significaría, para el iniciado que lo lograse, romper las cadenas que le esclavizan a estos concretos baldones que ensucian al alma; controlarlos y acabar dominándolos. El *tantra-yoga* nos explica que el iniciado debe, a través de la accesis interna, despertar el noúmeno cósmico denominado *sakti* que en el interior del ser humano recibe el nombre de *kundalini. Kundalini* es asemejado a una serpiente que hay que despertar para que vaya recorriendo en sentido ascendente, desde el primero hasta el séptimo y último (el de la Iluminación), todos los *chakras* del hombre para ir abriéndolos y descondicionándolo, así, de toda atadura y sujeción a lo bajo como camino a seguir para coronar la Gran Liberación.

Podríamos colegir que Eliade puede estar queriendo afirmar que Evola, en 1.945 - en esos estertores de la IIGM en suelo europeo- en su recorrido iniciático habría conseguido emanciparse de todas aquellas ataduras que atenazan al alma y que se encuentran a la altura del primer y segundo *chakras*, pero todavía no de las que se sitúan a la altura del tercero[84] y así habría acontecido que los *numens* de lo Alto habrían, por así decirlo, "ayudado" al barón Evola a abrirle definitivamente ese tercer *chakra* al provocarle el fuerte impacto en esa parte de su columna vertebral.

Cierto es que también podría deducirse que Mircea Eliade podría estar refiriéndose, por contra, a que al poder presentar Evola una fuerte carga de ira, cólera y orgullo no superados se debería de encontrar comprensible una manifestación externa de estas lacras (en forma de irreparable lesión) precisamente en la zona del cuerpo en donde ellas se concentran. Nosotros, no obstante, no compartiríamos esta posible interpretación.

No querríamos finalizar este escrito sin dejar de destacar el hecho de que para el ojo profano tan común al mundo moderno no existen posibilidades de interpretaciones de hechos acaecidos en el plano material que sean capaces (dichas interpretaciones) de sondear y efectuar incursiones más allá de dicho

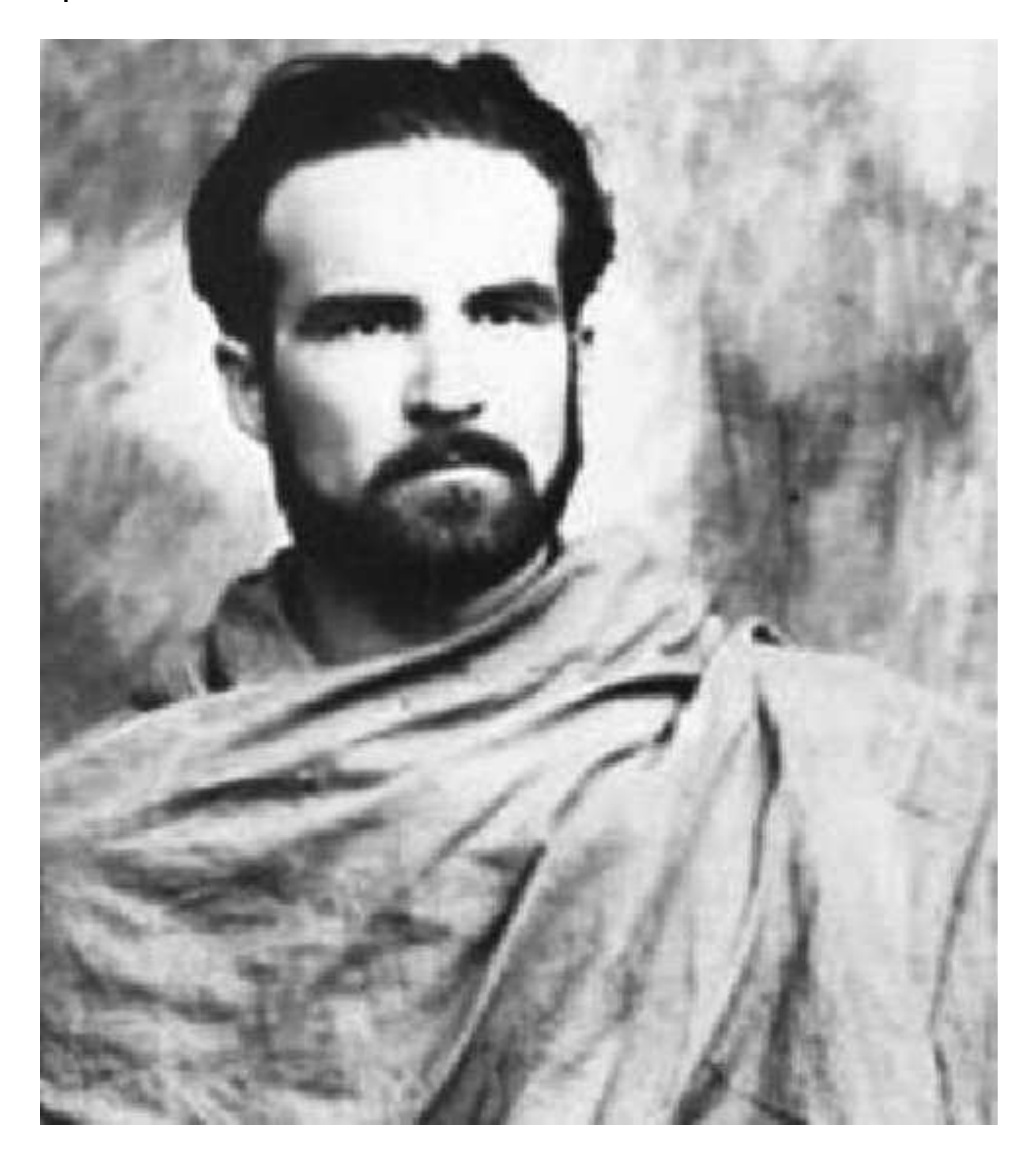
---

[83] Constátese como lo que podríamos denominar como anatomía sutil (tan presente en diversas ciencias sacras de la Tradición coloca en el hígado (no casualmente situado exactamente a la altura del tercer *chakra*) estas alteraciones de la psique que son la ira, la furia, la cólera y el orgullo.

[84] Acerca de posibles cábalas que se puedan hacer sobre a qué grado de Realización interior habría llegado Evola en el momento de su fallecimiento (en 1974) nos remitimos a nuestro texto "¡Que nos disculpe Evola!".

plano, pero que, en cambio, para el ojo del hombre de la Tradición las causas de los acontecimientos y hechos ocurridos a nivel de lo material hay que buscarlas en otros planos de la Realidad que se encuentran más allá del mundo sensitivo.

Tampoco querríamos concluir el presente artículo sin invitar a sus lectores a que, antes de decantarse sobre alguna de las interpretaciones expuestas a propósito de la parálisis de Evola, mediten acerca de cada una de ellas, pues este ejercicio instrospectivo les ayudará, sin duda, a tomar conciencia (más si cabe) de la existencia, y aun casi de la naturaleza, de otras realidades de carácter suprasensible. Sin duda nuestra mente se liberará, de esta manera, por un rato de los enquistamientos materiales, rutinarios y monocordes en los que nos vemos sometidos por la modernidad.



Mircea Eliade, el gran erudito de la Tradición Perenne, sugiere que el hecho de que Evola fuera herido -en 1945-, en su médula espinal precisamente a la altura del tercer *chakra* no debería de escaparse a una interpretación sutil del trágico percance.

Julius Evola, un Hombre de Acción

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 28 de Julio del 2009.

No hace demasiado tiempo hubo quien tuvo la ocurrencia de realizar una comparativa entre un conocido político –fallecido hace ya unos cuantos años- y Julius Evola. Se defendía la postura de la superioridad de éste como hombre de pensamiento y, por el contrario, la superioridad del personaje político como hombre de acción. Para nosotros este tipo de comparaciones nos parecía que carecían de cualquier sentido; que se hallaban fuera de lugar. Y nos lo parecía debido a que los planos en los que esencialmente cada uno desarrolló la mayor parte de sus actividades –al menos las que más renombre y/o notoriedad les han dado- eran planos diferentes que no admitían parangón alguno. De todos modos, aún en el caso de que hubieran ejercido quehaceres más parecidos, las comparaciones siempre han adolecido de una fuerte carga de subjetividad, puesto que los criterios que pueda alguien utilizar para realizarlas pueden ser totalmente disímiles a los que pueda usar otro. Y todavía podríamos añadir aquel conocido dicho de que "*las comparaciones resultan odiosas*".

Nosotros nos proponemos no entrar en este tipo de debates y es por ello por lo que no vamos a hablar del personaje político al que se ha hecho alusión. Nos vamos, por el contrario, a centrar en la figura de Evola y lo vamos a hacer no para hablar de su faceta como hombre de pensamiento o –tal como él prefería que le definieran- ´intérprete de la Tradición´, sino para centrarnos en su faceta de hombre de acción. Así lo haremos puesto que es bien conocida su alta competencia en el ámbito cultural pero no así tanto su otra vertiente que le sitúa fuera de las bibliotecas, de los estudios y de los escritorios; vertiente ignota para muchos y vertiente digna de ser tenida en muy alta consideración.

No tenemos otra mejor manera de hablar de esta su otra faceta que narrando episodios de su vida que resultan altamente significativos a tal respecto. Episodios que confirman la vocación que (en su autobiografía "*El camino de cinabrio*") afirmó tener desde muy temprana edad y que consistía en un impulso hacia la acción que le hizo adherirse rápidamente al ideal del guerrero o (recurriendo a la tradición del hinduismo) *shatriya.* ´Acción´ que hemos de entender no sólo desde el punto de vista externo sino también interno, pues es un intenso, prolongado y metódico accionar en el interior del ser humano el que le puede llevar por el sendero del descondicionamiento (con respecto a todo aquello que encadena, perturba y ciega a su conciencia) hacia su Despertar a la Realidad de lo Incondicionado, Eterno e Inmutable que se halla en el origen de todo el mundo

manifestado. Pero no es de esta acción interior[85] de la que vamos a tratar en el presente escrito sino de la otra: la exterior; haciéndolo, como señalábamos arriba, con la exposición de episodios acontecidos en la vida de nuestro autor.

Así, podríamos empezar recordando su alistamiento en el ejército italiano a la temprana edad de 16 años. Al año siguiente de su alistamiento (1.915) Italia entró en una Primera Guerra Mundial que había empezado el año anterior. Evola fue en ella oficial del arma de artillería. Su participación en acciones bélicas fue muy escasa. Prácticamente no tuvo opción para ello, lo cual sin duda tampoco provocaría gran desagrado en él, puesto que, a pesar de su vocación hacia la ´vía del guerrero´, él hubiera preferido que su país se hubiese alineado con los llamados Imperios Centrales en lugar de hacerlo –como lo hizo- con las plutocracias demoliberales. Cierto es que antes de la conflagración bélica Italia formaba parte de la Triple Alianza, junto a Alemania y al Imperio austro-húngaro, y que si, sobre todo, a esto le unimos la convicción que tenía nuestro autor (junto a sus entonces compañeros de viaje dadaístas y junto a los también vanguardistas futuristas de Marinetti) de que la participación de Italia en la guerra (con los traumas, sacudidas y remociones de conciencias que la guerra conlleva) ayudaría a romper esquemas, valores y anquilosamientos burgueses enquistados en la sociedad trasalpina de la época, obtendremos con claridad las razones que impulsaron, primeramente, -entre otros- al joven Evola a promover la entrada de Italia en la guerra y que le hicieron, finalmente, participar en ella.

A este ´Evola hombre de acción´ lo podemos ver, desde una sección de la revista La Torre que él fundara y dirigiera en 1.930, denunciando sin cortapisas cualquier atisbo de decadencia y corrupción observado en el seno de la dirigencia política de la Italia del ventenio fascista. No hubo el menor refreno a la hora de airear los modos aburguesados y las prácticas contrarias a la buena ética que se observaban, por ejemplo, en la vida social de esta alta clase dirigente política. Por ello, no es de extrañar, que, finalmente, estos sectores denunciados empezaran a presionar para que fuera clausurada la revista (hecho que aconteció a los pocos meses de su fundación) y tampoco es de extrañar que uno de los directamente aludidos en estas implacables críticas –Mario Carli- acudiera en busca del protagonista del presente escrito con ánimos de agredirle físicamente; aconteciendo, en cambio, que el que salió malparado fue el Sr. Carli, el cual recibió con su propio garrote, arrebatado por Evola, un serio correctivo en el rostro y hasta la rotura de sus anteojos…

Nuestro hombre de acción se convierte en un alpinista de élite. Así lo podemos ver en agosto de 1.934 en la cima del Monte Rossa, a 4.200 metros de altura,

---

[85] De los más que presuntos logros de la acción interior llevada a cabo por nuestro protagonista se habló de forma directa en nuestro artículo “*¡Que nos disculpe Evola!”.*

acompañado de un guía -Eugenio David- que 40 años más tarde –también en agosto- volverá, ya a una muy avanzada edad, a culminar dicha cima para depositar las cenizas del difunto Julius Evola.

A lo largo de la década de los ´30 y durante los primeros ´40 nuestro hombre de acción recorre un buen número de países de Europa tras un objetivo preferente, que no es otro que el de crear una red secreta en la que se implicarían las más aptas personas defensoras y/o difusoras de la cosmovisión propia del Mundo de la Tradición; algunas de ellas muy enfrascadas en las vicisitudes políticas del momento. Este propósito de Evola obedecía a su intención de que aquel saber ancestral, sacro y eterno que él afanaba por transmitir no quedase en papel mojado y tuviera quien lo conservase con ánimo, ¡por qué no!, de poder transplantarlo algún día al plano de las efectivas realizaciones políticas de una futura Europa; de poder plasmar la Tradición en el ideal del *Imperium*[86]. Esta aludida red secreta obedecía a la idea de la constitución de una Orden que sería la garante de ese legado sapiencial y sagrado y la rectora de ese anhelado *Imperium*.

A pesar de los trágicos avatares acontecidos con motivo de la Segunda Guerra Mundial Evola nunca cedió en este empeño de constitución de una Orden. Es por ello que, transcurrido mucho tiempo, bien avanzados los años ´60, incluso tenía ya elegida la que según su criterio podría ser una persona muy apta (por su acendrado sentido del honor y de la fidelidad y por su talante aristocrático) para convertirse en la figura rectora de esta Orden. Era en el príncipe Valerio Borghese en quien pensó para dirigir la que Evola denominaba Corona Férrea; esto es, la Orden. Desgraciadamente, el fallido golpe de Estado dirigido por Borghese en 1.970 frustó este recurrente proyecto de Evola.

Nuestro hombre de acción vivió como gran protagonista buena parte de la convulsión política que se desata en Italia como consecuencia de la reunión del Gran Consejo Fascista del 25 de julio de 1.943 en la que se depone de sus cargos y, posteriormente, se arresta a Benito Mussolini. Evola se convierte, tras ello, en uno de los principales personajes encargados, en Roma, de intentar hacer volver a Italia a la situación política anterior al 25 de julio. Pero Evola, no sin atravesar peligros, deberá abandonar el país para, tras varias escalas, arribar a Rastenburg, en los límites de la Prusia Oriental, donde se hallaba el cuartel general de Hitler –la conocida como "guarida del lobo"-, donde, junto a algunos de los más fieles e irreductibles representantes del ilegalizado Partido Nacional Fascista (Preziosi, Pavolini, Farinacci,…), empieza a organizar una especie de gobierno en el exilio y a proclamarlo en Italia a través de la radio. Es en este lugar donde todos aquellos recibirán (junto a Vittorio Mussolini –hijo del Duce-) al Benito Mussolini que

[86] Al respecto ya desarrollamos este tema en nuestro artículo " *El* Imperium *a la luz de la Tradición".*

acababa de ser liberado de su prisión en Los Abruzzos por el intrépido SS Otto Skorzeny. Evola y aquellos irreductibles son los que, en Rastenburg, se reunirán con el recién liberado para preparar la instauración de la República Social Italiana –conocida también como República de Saló- en el Norte de Italia y para actuar de forma clandestina en el resto de la Península con objeto de reorganizar el defenestrado fascio. A Evola se le encomiendan decisivas funciones en una Roma que volverá a tener que abandonar en el momento de su ocupación por las fuerzas armadas aliadas, en una huida en las que las peripecias empiezan en su mismo domicilio familiar en el momento en que agentes secretos británicos acuden al mismo para arrestarlo y él consigue escapar (gracias a las maniobras de distracción protagonizadas por su anciana madre) por la misma puerta por la que aquellos habían entrado y cuyas peripecias continúan al atravesar, primero, las líneas del ejército estadounidense y, después, las del francés hasta unirse a columnas del ejército alemán en retirada hacia el norte del país.

Los últimos días de la IIGM en suelo europeo hallamos a nuestro autor en Viena. En colaboración con la Anhenerbe (departamento dependiente de las SS) está estudiando archivos de sociedades secretas subversivas. En una especie de reto al Destino propio de un *shatriya* Evola nunca acudía a los refugios antiaéreos en momentos de bombardeos aéreos enemigos. En uno de éstos las heridas que recibe le dejan paralítico de por vida de cintura para abajo. Pero este fuerte contratiempo no significará para Evola renunciar a su condición de ´hombre de acción´, puesto que tras 3 años de convalecencia en hospitales suizos vuelve a Italia dispuesto a unirse "*al resto del ejército*" [87]. Y son sus actividades con el "*resto del ejército*" (en el que encontramos a gente como Giorgio Amirante o al General Graziani) las que le llevarán, en 1950, medio año a la cárcel y las que provocarán su enjuiciamiento bajo la acusación de "intento de reconstrucción del Partido Fascista"; juicio del que saldrá absuelto.

Evola, desde entonces hasta el fin de su existencia terrena, nunca dejará de ser guía político y hasta espiritual para destacados militantes del conocido como neo-fascismo italiano que acudían a su residencia en Roma (sita en el Corso Vittorio Emmanuele) para recibir su saber y sus consejos. Y no tan sólo personas sino que también importantes sectores de diversos grupos y/o partidos de esta área política hicieron de algunos de sus escritos su principal fuente de inspiración ideológica. Evola nunca renunció a este tipo de influjos porque como hombre de acción que era siempre se resistió a que no se pudieran aplicar en la praxis política todos aquellos valores, ideas y posiciones propios a la Tradición.

---

[87] Esta expresión la utilizó Evola en el transcurso de una conversación que, tras su regreso de Suiza, mantuvo en Bologna (antes de su llegada a Roma) con su amigo Clemente Rebora; un poeta que se convirtió al catolicismo y se integró en la orden de los padres rosminianos.

No está de más aclarar que, pese a todos los avatares narrados que le relacionan con la política, Evola, obviamente, nunca fue fascista (de hecho nunca estuvo afiliado al Partido Nacional Fascista de Mussolini) ya que su adhesión estaba para con el Mundo de la Tradición y desde el punto de vista marcado por los parámetros que informan el Mundo Tradicional el fascismo siempre adoleció (al igual que le sucedió al nacionalsocialismo) de influencias de la deletérea modernidad. La colaboración de nuestro autor con el fascismo se entiende porque, por otro lado, esta corriente política también mostró posicionamientos de claro distanciamiento con respecto a las taras propias del mundo moderno[88].

Al decir de diversos escritores (no todos ellos narran el mismo final) nuestro hombre de acción quiso morir de pie[89], firme como un *shatriya,* y mirando de frente al sol que entraba por la ventana de su habitación.

¿Habrá todavía, después de todo lo que hemos narrado, quien ningunee la faceta de Evola como hombre de acción?

---

[88] Como no es de doctrina de lo que se debía de tratar en el presente escrito no hemos querido concretar ninguno de los aspectos que acercaban al fascismo al mundo moderno ni ninguno de los que, en cambio, lo aproximaban al Mundo Tradicional. Lo que sí podemos hacer es emplazar al lector que tenga interés en ello a que le dedique una lectura a nuestro artículo " *Los fascismos y la Tradición Primordial*". O, si prefiere ir directamente a la fuente, el emplazamiento sería a la lectura del libro de Evola intitulado "Il fascismo visto dalla destra" e incluso a su apéndice "Note sul Terzo Reich". Existe traducción de ambos al castellano realizada por Ediciones Heracles bajo el título de "Más allá del fascismo".

[89] Esta actitud, por otro lado, no debería resultar extraña a Evola puesto que ya en el verano de 1.952 había recibido en su casa de pie –con ayuda de su padre y de una enfermera- a Mircea Eliade; tal como éste explica en sus "*Memorias*".

Existencias agitadas (con notas sobre el consumismo)

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 3 de Enero del 2010.

No es menester poseer un ojo demasiado avizor para percatarse del profundo estado de agitación y desasosiego que caracteriza el existir del hombre en el seno de esta alienante etapa de la humanidad que el pensamiento Tradicional conoce con la denominación de *mundo moderno*. No va a ser el tema de este escrito el de tratar de explicar de qué manera y debido a qué procesos involutivos nuestro coetáneo hombre se ha visto abocado a este desnortado pulular por la vida. Defendemos, en otro orden de cosas, la idea de que más que *verse abocado* a ello -así, como si se tratase de un sujeto pasivo- ha sido él el principal responsable de la situación existencial en la que se halla. Y defendemos esta idea porque tenemos la convicción de que, en última instancia, el hombre tiene la potestad de ser libre en la ejecución de todos y cada uno de sus actos, por mucho de que cada vez más –a medida que discurre la deletérea modernidad- encuentre tremendas dificultades para hacer uso de dicha potestad.

Sea como fuere el hecho palpable y constatable es el de que nuestro hombre actual ha perdido el norte y no parece dueño de sus actos. Ni de sus actos ni de sus pensamientos, pues si fuera el ordenador de estos últimos sus actos representarían la lógica plasmación de su voluntad e intencionalidad. Nuestro, antes que hombre, *hombrecillo* se mueve por impulsos. Es el plano irracional el que se ha adueñado de su ser y el que ha devenido en caprichoso y cruel dictador de sus incontrolados actos. Es su subconsciente el que lo tiraniza y lo aboca a actuar de la forma turbadora en que lo hace. Este hombrecillo tan sólo se mueve accionado por pulsiones. Su convulsionada existencia es la consecuencia de haber perdido la **centralidad**. Ya no conoce de la posibilidad de encontrarse con esa referencia Superior que anida, en forma aletargada, en su interior y que, de poder avivarla, le haría de **polo** y guía ordenadores de su cotidiano existir. Con la centralidad ha perdido, al mismo tiempo, la **polaridad**.

Se debe, pues, colegir fácilmente que el problema principal que se halla en la base de la vida exabrupta del *homo vulgaris* es el de que éste dejó ha ya mucho tiempo de mirar *para dentro de sí* y optó, únicamente, por hacerlo *hacia afuera de su ser*. Decidió ignorar que en sus adentros es posible hallar un plano de la realidad que es de orden metafísico y que, al no ser de naturaleza física, el Identificarse ontológicamente con el mismo le libraría de cualquier tipo de **apego** y esclavitud **hacia lo material**; tanto hacia lo material presente en el mundo manifestado como hacia lo material representado por nuestro propio cuerpo cuando éste ha sido arrojado al dominio de lo irracional, de lo primario-instintivo y del descontrol de lo impulsivo.

Ese apego hacia lo *material presente en el mundo manifestado* es el que provoca el *afán* –en términos del budismo- o **sed de posesión** que se encuentra en la base de cualquier tipo de explicación del fenómeno alienante representado por el **consumismo**. Y ese mirar exclusivamente ´hacia afuera de uno mismo´ que acontece cuando reina el apego *hacia lo material presente en el mundo manifestado* explica el contenido etimológico mismo del término ***ex****istir*, que no es otro que el de ´estar afuera´ (***ex****-sistere*) de uno mismo y al que, pensando en la Reintegración y Transformación del *homo vulgaris*, se le debería de oponer (tal como ya señaló, en su momento, Julius Evola) el concepto de ***in-****sistere*: ´estar adentro´ de uno mismo.

En el seno de las diferentes civilizaciones que, en diversas épocas, encajaron en los parámetros propios al Mundo de la Tradición fueron, básicamente, dos los tipos de hombres que en ellas coexistieron: por un lado, el de aquéllos pocos que eran capaces de (acudiendo a una ilustrativa expresión taoísta) ´*ser señores de sí mismos*´ y el de, por otro lado, los más: aquéllos otros que no conseguían autogobernarse enteramente, ya fuera por no tener la potencialidad necesaria para ello o ya fuera por no haber mostrado la voluntad necesaria para intentar arribar a esa meta. Los primeros conseguían esa (volviendo a citar al gran intérprete italiano de la Tradición: Evola) ´*autarquía*´ que no les hacía verse alterados por ningún tipo de condicionamiento inserido en la psique por influjo del exterior ni ser, asimismo, mediatizados por las ´*circunstancias*´ (que diría Ortega y Gasset). Y llegaban a ser ´*autarcas*´ tras experimentar la *transmutación* (tradición hermética *dixit*) interior como consecuencia de un disciplinado, arduo y metódico proceso descondicionador (conocido como *Iniciación*) necesario para aspirar al Conocimiento de esa Realidad Trascendente a la que aludíamos párrafos más arriba y necesario, también, para la Integración ontológica con dicha Realidad Suprasensible. Sobra decir que el desasosiego y cualquier especie de inquieto y compulsivo afán provocador de ansiedades y angustias existenciales quedaban drásticamente extirpados en esas naturalezas propias de Hombres Superiores (de Hombres Absolutos, Verdaderos o Integrales), pero cabe, asimismo, señalar que de entre los segundos tipos de hombres (el de los que eran incapaces de gobernarse totalmente a sí mismos) los había que también eran conscientes de que en su ser anidaba lo Absoluto Imperecedero aunque no pudiesen –por las dos diferentes causas ya señaladas- **actualizarlo** (hacerlo pasar de potencia o posibilidad a **acto**), mientras el resto de sus congéneres –dentro de este segundo tipo de hombres- se contentaban con la *creencia* en entes sobrenaturales y/o en divinidades pero no llegaban ni a vislumbrar la idea de un Principio Supremo ni –siguiendo a Aristóteles- de un *Motor Inmóvil* que se hallara en el origen –y más allá- tanto de esas deidades como del mismo mundo manifestado. Pues bien, ambos grupos de hombres –aun incapaces del autodominio interior- hacían girar sus respectivas existencias, a pesar de sus limitaciones, en puntos de referencia Superiores –a través de la devoción a la divinidad- y esto les posibilitaba el que -aunque no hubieran roto las cadenas que los esclavizaba a pasiones, deseos, sentimientos sobredimensionados, pulsiones e instintos primarios- sus prioridades existenciales mirasen más frecuentemente a lo Alto que a lo

mundano y a lo bajo e igualmente les ayudaba a comprender el escollo que, parar intentar acercarse a lo Alto o para estar a bien con ello, representaba –y representa- la obsesión por lo mundano. Así pues, por ejemplo, el **deseo por poseer bienes materiales** se minimizaba o, al menos, no se hacía obsesivo e insaciable tal como acontece al *hombre común* que monopoliza la tipología humana de los tiempos actuales.

El ´*señor de sí mismo*´ era conocedor de los misterios del cosmos y sabía que todo el mundo manifestado tenía un **origen común**, pues derivaba, por emanación, de un Principio Eterno e Indefinible (que René Guénon y cierta metafísica denominaron como el No-Ser o como la Posibilidad Universal) que al manifestarse pasaba *de potencia* (=de Posibilidad) *a acto*. El Hombre Reintegrado concebía a la totalidad del cosmos de manera **unitaria**, ya que, no en vano, repetimos, el **origen** de éste era **común**. Así pues, para este Hombre Integral todo aquello que le rodeaba *formaba un todo* con él mismo. No existía, para sus certidumbres, una discontinuidad entre el yo y el tú o entre sujeto y objeto. Es más, él no concebía estas mismas categorías (yo/tú, sujeto/objeto) como dotadas –cada una de ellas, por separado- de una entidad autónoma, pues de concebirlas admitiría un **dualismo** disconforme con su **visión unitaria** del mundo manifestado. Es así que para este Hombre Absoluto lo que le circundaba no era disímil con respecto a él mismo, sino que, al contrario, *formaba un todo* con él y suponía una continuidad con su ser. Cualquier impulso de **deseo de posesión** quedaba, por absurdo, totalmente desvanecido; no tenía razón de ser. Y es que se desea lo que uno no tiene: lo que nos es diferente y, por tanto, ajeno a nosotros. No cabe, por el contrario, la **sed posesiva** hacia lo que forma parte de uno.

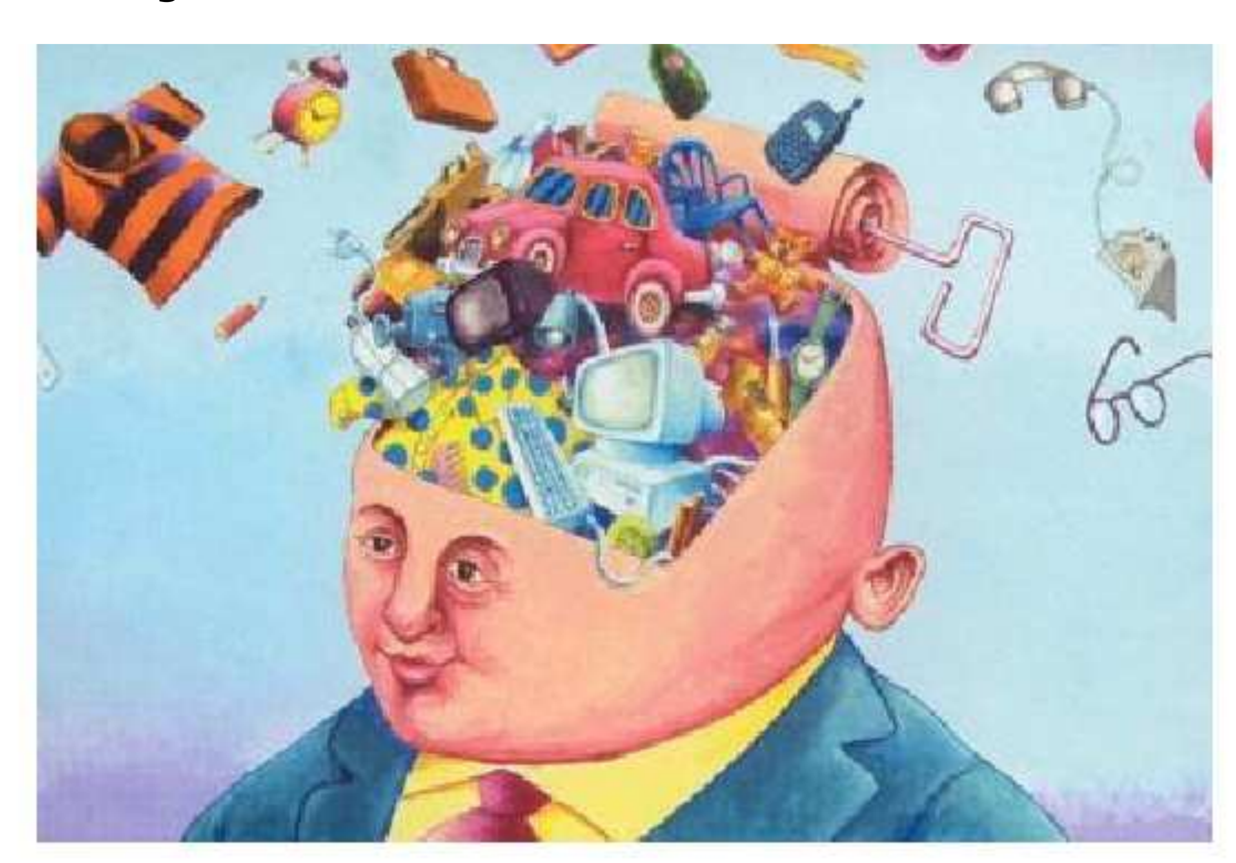
En el Mundo Tradicional el hombre luchaba por **construirse desde dentro.** Lidiaba, primero, por liberarse de los condicionamientos que dominaban a su psique y a su cuerpo. Bregaba, después, para que en su alma ya libre de escorias de lo irracional y de instintos primarios se acabara por reflejar la Realidad Trascendente que, cual semilla que tiene que germinar, habita en cada uno de nosotros. Bregaba, así, para que su alma se convirtiera, de este modo, en una especie de limpio y reluciente espejo en el que se reflejara el Espíritu; para que su alma se espiritualizara y se hiciera, así, imperecedera. Luchaba, por ende, por conquistar la Inmortalidad (del alma).

Por el contrario, en el mundo moderno el *homo vulgaris* se agita "**construyéndose" desde afuera.** A diferencia del Hombre de la Tradición, el *hombre común* no lucha por **Ser** –no lucha por Despertar a una Realidad Superior e Integrarse totalmente en ella- sino que se convulsiona con el objetivo de **aparentar**. No vive centrado en su Realización Interior sino que lo hace obsesionado en la imagen que de él pueden llevarse los demás. Su accionar sólo pugna por lo externo y por las formas y nunca por lo interno y la Esencia. En su afanarse por las apariencias, el hombre común se inquieta enfermizamente por **adquirir** todos los **bienes materiales** necesarios

para poder mejor impresionar a sus semejantes. Se aboca, pues, al **consumo descontrolado y compulsivo**.

Pero con la adquisición de nuevos productos -de todo género- y de bienes materiales no se muestra nunca conforme y satisfecho puesto que en el *reino de la cantidad* no existen los límites ni las metas liberadoras; justo al contrario de lo que acontece en el *Reino de la Calidad* en el que la Gran Liberación y la Gnosis de lo Trascendente representan la meta a lograr. La cantidad –el número- llama a más cantidad. El hombre moderno se agita insaciablemente por **consumir más y más** y, además, se apresta con urgencia a intentar compensar su vacío interior y su incapacidad de *introito* con sostenes externos (la imagen física, los ropajes y los **enseres y bienes poseídos**) que disimulen esa oquedad interna.

El Hombre de la Tradición no hesitaba sobre la certidumbre de que en el **desapego** con respecto a las ataduras representadas por el subconsciente, lo telúrico y lo material se hallaba la base de su auténtica libertad. ¡Acaso resulta tan difícil el percatarse de que el **apego** a la materia y a las fuerzas irracionales tan sólo produce desdicha, insatisfacción, infelicidad, ansiedad sin fin y dependencia esclavizante y de que dicho apego supone la gran causa de la actual avasalladora proliferación de **existencias agitadas**!



El consumismo propio de esta agitada postmodernidad representa un proceder compulsivo e insaciable gracias al cual el actual 'hombre fugaz' rehúye enfrentarse con su enorme vacío existencial.

El Infantilismo, denominador común de nuestros tiempos

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día febrero 8, 2009

Cuesta concebir cómo, al presente, se puede hablar de forma tan machacona, y de modo tan generalizado, de *progreso* si uno tiene a bien analizar algunos de los muchos devenires que acontecen en nuestros días y algunas de las muchas manifestaciones que son propias de nuestros desquiciados tiempos. Desgraciadamente para analizar hay que tener capacidad para ello y mucho nos tememos que el común de nuestros congéneres, en este mundo de la globalización y del pensar único y "políticamente correcto", no demuestra tener neuronas más que en asuntos relacionados con su economía personal o doméstica: los números de las múltiples hipotecas contraídas para adquirir el último modelo de automóvil, o para poder "disfrutar" de unas vacaciones en algún masificado centro hotelero en la playa, o para hacerse con una mayor y más lujosa vivienda que la que se poseía. Fuera de este tipo de menesteres el poder analítico de ese hombre corriente, que se agita sin rumbo alrededor nuestro, roza la nulidad. Pedirle que analice lo que sucede a su alrededor y que valore si ello es edificante o es penoso es pedirle algo que se halla muy alejado de sus capacidades.

Ante la inexistencia de un propio analizar acatará sin rechistar un discurso oficial para el cual todo lo que acaece reafirma la "certidumbre" de que vivimos inmersos en el progreso sin fin. Que a nuestros congéneres les pidamos que se paren a pensar sobre cuán superficiales resultan sus existencias es como *pedirle peras al olmo*. Que les planteemos si no les resultan infantiles sus comportamientos, sus hábitos y sus aficiones es plantearles algo sobre lo que no demostrarán capacidad de reflexión, pues para que de dicha capacidad pudiesen hacer gala deberían de disponer de unos referentes a partir de los cuales sopesar y comparar las constantes y los distintos pormenores de sus existires cotidianos. Y, desgraciadamente, no disponen de estos referentes basados, en última instancia, en Verdades Absolutas y que responden a Realidades Suprasensibles que se encuentran muy por encima –y en el origen- de aquellas otras realidades de las que exclusivamente conoce el individuo de los tiempos corrientes y que están reducidas a planos físicos y psíquicos. Desafortunadamente nuestros desdichados congéneres no conocen otra manera de "vivir" que aquélla en la que se hallan abocados en estos tiempos crepusculares por los que deviene nuestro decrépito mundo moderno. Por ello nunca podrán comprender lo banales que resultan sus vidas y la naturaleza infantil de las mismas.

Nuestro hombre corriente actúa de manera infantil al mostrarse caprichoso. Es caprichoso con respecto a las novedades que se presentan ante sus sentidos: las desea. Quiere poseerlas y poseerlas al instante; inmediatamente. Manifiesta

una sed irreprimible de posesión. Se convulsiona por hacerse con ellas. Su compulsivo afán le arrastra fuera de sí y le proyecta sobre el objeto del deseo. "Vive" afuera de sí.

De acuerdo a su conducta infantil puede enrabietarse y sulfurarse hasta niveles patéticos por las más absurdas banalidades de la vida cotidiana. Discusiones tremendas suelen originarse por los más nimios motivos. Motivos del todo intrascendentes le pueden abocar a controversias –y aun peleas- terribles.

A nuestro hombre vulgar le falta una visión y un sentido profundos y Superiores de la existencia que, de contemplarlos, minimizarían del todo el peso que las contingencias de la vida deberían de tener en su existencia.

Es de sobras conocido que los Estados Unidos de América son considerados como un *pueblo joven*. Una *joven nación* si nos atenemos a que apenas se independizó hace poco más de dos siglos. Pero, a nuestro parecer, no sería *joven* el término más adecuado para definir a este país, sino que sería más idóneo y ajustado el de *infantil*. Su nacimiento en una época marcada, en Occidente, por el mercantilismo viene íntimamente unido a las bases liberalcapitalistas de su Constitución fundacional del año 1.787. El protestantismo de sus *padres fundadores* allana mucho el camino que desemboca, inevitablemente, en esta visión economicista de la vida. Para esta religión la riqueza material es un don divino. A la hora de aspirar a la salvación eterna basta con la fe en Dios.

No nos ha, pues, de extrañar que una visión hondamente materialista se instalara, progresivamente, en las almas de los ciudadanos estadounidenses. Materialismo que comporta un concebir unidimensional de la existencia y, en definitiva, un reduccionismo que acaba, a la larga, por ignorar el plano de la Trascendencia y -tal como hemos señalado con anterioridad- por otorgarle, en lógica consecuencia, un valor absoluto a lo nimio y trivial inherentes a la cotidianidad y que acaba desembocando en esas actitudes caprichosas, y por ende infantiles, caracterizadas por la sed compulsiva de posesión *aquí y ahora* de los objetos de deseo.

De este proceder infantil podríamos mostrar multitud de ejemplos. Así, para una mente no anegada todavía por estos pueriles comportamientos, resulta como de escasa madurez el contemplar individuos ya granados y talluditos –muchos de ellos padres de familia- vistiendo gorras de béisbol en lugar de los sombreros o las gorras -delatadoras de la extracción social de sus portadores- que sus abuelos vestían décadas atrás. O resulta, igualmente, como de escasa madurez ver cómo se saludan muchos individuos -algunos ya entrados en años- palmeándose, recíprocamente, las manos en unos movimientos que arrancan desde diferentes direcciones. De la misma manera que provoca sonrojo ajeno contemplar cómo no

sólo niños sino como también padres viven con pasión (alzando pancartas y gritando con fervor) esos simulacros circenses de la auténtica lucha libre conocidos con el nombre de *wrestling* o *pressing catch*. O cómo los equipos que compiten en las diferentes modalidades deportivas implantadas en ese país se adjetivan todos ellos como para querer entusiasmar, de esta manera, aún más a unos seguidores que, por el tipo de adjetivación utilizada, podría parecer que se tratase exclusivamente de niños: *galaxy*, *hawks* (halcones), *bulls* (toros), *giants* (gigantes),… Y es que a pesar del sumo grado de decadencia por el que atraviesa Europa les resultaría difícil de concebir a sus ciudadanos que los clubs deportivos de los que son *fans* no se siguieran nombrando, tal como siempre ha sido, por el nombre de la ciudad en la que tienen su sede y añadidos tan poco rimbombantes como los de "club de fútbol", "*sporting*" o "*atlethic*".

Podemos considerar a los ciudadanos estadounidenses, por todo lo explicado y por los ejemplos dados, como paradigmas de *hombres infantiles* (permítasenos la paradoja), pero hemos por menos de señalar la triste constatación de que este infantilismo ha ya que traspasó las fronteras de su país para irse instalando, de forma acelerada, en las *conciencias* de los hombrecillos de todo este llamado *mundo globalizado* que comparte los mismos materialistas intereses y las mismas efímeras inquietudes. Los *hobbies*, actitudes y poses comunes al ciudadano medio de los EE.UU., que hace décadas hubiera provocado la hilaridad de los más en otros muchos países, hoy en día, por el contrario, son *hobbies* compartidos –o que empiezan a ser compartidos- por millones de individuos en nuestro cada vez más uniformizado y secularizado planeta. ¡Descorazonador síntoma!



El infantilismo como forma de ser de nuestros congéneres es un reflejo de la superficialidad, variabilidad y banalidad imperantes en la era que, proféticamente, fue denominada por Evola como la del 'Quinto Estado' (nuestro actual mundo globalizado y postmoderno)

La Lucha Interior (a modo de epílogo)

Publicado en el blog "Septentrionis Lux", día 19 de Febrero del 2009.

A menudo, cuando pretendemos ofrecer una alternativa al mundo decrépito que nos ha tocado ìvivirî, planteamos las soluciones económico-político-sociales que darían al traste con el armatoste que nos oprime exteriormente y nos olvidamos de que también existe otro género de opresión, mucho más profunda, que nos impide ser LIBRES en el sentido menos formal y más existencial de este término. Y es que a lo largo de siglos de decadencia de nuestra civilización el hombre ha ido, paulatinamente, embruteciéndose, por un lado, y, por otro, sometiéndose a los influjos caóticos del submundo emocional que irrumpe desde los estratos más abismales de nuestra mente.

Si queremos plantear una alternativa integral a los corrosivos tiempos que nos denigran y esclavizan hemos de empezar por librar la gran batalla: la batalla interna que conduzca a la victoria de lo inmutable, de lo fijo, de lo inmóvil y de lo eterno frente a lo variable, frente al marasmo que fluye sin rumbo fijo, frente a lo perecedero y frente a lo mutable y mutante. Que haga vencer a lo impasible y estable frente a lo inestable y contradictorio. Que consiga el triunfo del Espíritu, del Alma, de la Shakti del hinduismo, del Nous de los griegos, de lo Alto frente a los bajos impulsos e instintos, frente a lo emocional, lo pasional, los sentimientos descontrolados y cegadores, frente a lo bajo.

Hemos de conseguir el poder utilizar todo lo sugerente, embriagador y sugestivo que nos ìofreceî maliciosamente el ruinoso mundo que nos rodea como si se tratase de pruebas a superar que nos robustezcan interiormente. Hemos de recorrer nuestro vía, nuesto Do, nuestro camino iniciático enfrentándonos a los monstruos y titanes, miedos y flaquezas que anidan en nuestro interior y que son despertados, soliviantados, azuzados y espoleados por este falso mundo Maya, según, nuevamente, el hinduismo- que nos llega a través de los sentidos. Hemos de convertir el veneno en remedio. ¡Que lo que no nos destruya nos haga, cada vez, más fuertes! ¡Que el héroe solar derrote a la bestia, al animal primario que llevamos dentro! ¡Cabalguemos el tigre de nuestras debilidades! ¡Dominémoslo! ¡Que él no nos someta! ¡Que no nos despedace con sus terribles garras! ¡Que no nos destroce! ¡Cabalguémoslo hasta que reviente de cansancio y desista en sus propósitos! ¡Hasta que caiga sumiso ante nosotros; ante y bajo nuestros pies! ¡Destruyamos en nuestro foro interno lo que él simboliza y, así, nuestro Espíritu se enseñoreará de nosotros! De este modo nuestra alma será un espejo del Espíritu y no un receptáculo de lo inmundo que nos subyuga y nos convierte en enanos míseros que se arrastran a lo largo de una pútrida existencia. ¡Seamos caballeros invencibles y héroes indómitos! ¡Hagamos guardia perpetua! ¡Seamos guerreros de ademán impasible! ¡Que nada consiga alterarnos! ¡Tengamos robustez marmólea!

¡Renazcamos a lo Suprasensible a través de una voluntad granítica! La lucha encarnizada contra el tigre existe sólo para los hombres combativos que quieren alcanzar la Inmortalidad; aun en vida. ¡Eterno combate metafísico!:

El del Bien contra el Mal. El de lo Solar contra lo lunar. El del Espíritu contra la materia. El de lo vertical contra lo horizontal. El de lo Uránico contra lo telúrico, contra lo pelásgico, contra lo ctónico. El de lo olímpico y heroico contra lo titánico. El de los Asen contra los Gigantes. El de lo aristocrático contra lo demónico o demoníaco de demos-. El de lo viril contra lo afeminado. El de lo diferenciado contra lo igualitario. El de lo orgánico contra lo inorgánico. El de lo jerárquico contra lo anárquico. El de la calidad frente a la cantidad. El de lo que tiene forma frente a lo informe, amorfo e indiferenciado. El del Hombre frente a la masa. El de la medida, el equilibrio y la proporción frente a la desmesura, el desequilibrio y lo desproporcionado. El de lo lacónico frente a lo ampuloso y farragoso. El de la sensatez frente a la insensatez. El de la constancia frente a la inconstancia. El del vigor frente la abulia. El del valor frente a la cobardía. El de lo inasequible al desaliento frente a lo derrotista y a la molicie. El de la firmeza frente a la pusilanimidad. El de la cordura frente a lo impulsivo. El de la templanza frente a la concupiscencia y el desenfreno. El de la serenidad frente a la voluptuosidad. El de la línea frente a la curva. El de lo recto frente a lo torcido. El de la sobriedad frente a la ebriedad. El de lo impertérrito frente a lo voluble. El de la ética, el estilo y la rectitud frente a la inmoralidad y la corrupción. El de la Virtud frente al vicio. El de lo señorial frente a lo zafio. El de la franqueza y la sinceridad frente a lo taimado y al engaño. El de la nobleza frente a la ruindad. El de la austeridad frente al lujo. El de Esparta frente a Sodoma. El de la Idea frente al capricho. El de lo patriarcal frente a lo matriarcal. El del Imperium frente a lo tribal. El de lo gibelino frente a lo güelfo. O el de lo de Arriba frente a lo de abajo. O el de lo Suprasensible frente a lo sensible o sensitivo. O el de lo Metafísico frente a lo físico. O el de la Conciencia frente a lo inconsciente y ante el subconsciente. O el del Superhombre contra el hombrecillo moderno. O el de la Luz del Norte contra la luz del sur.

En definitiva: ¡¡NUESTRO COMBATE!! ¡¡NUESTRA LUCHA!!



Un tipo de hombre diferenciado que aspire a serlo de la Tradición debe permanecer imperturbable, firme, indómito y con -palabras de José Antonio- 'inasequiable al desaliento' ante todos los derrumbes y disoluciones que ha ocasionado y que ocasiona el funesto mundo moderno.

Bibliografía

"Actualidad y vigencia del pensamiento evoliano", por Marcos Ghio. Editado en la web del Centro de Estudios Evolianos: http://juliusevola.blogia.com/2006/111103-actualidad-y-vigencia-del-pensamiento-evoliano.-marcos-ghio..php

"El legado de un tradicionalista europeo. Julius Evola en perspectiva", por Guido Stucco: http://juliusevola.blogia.com/2006/090901-el-legado-de-un-tradicionalista-europeo.-julius-evola-en-perspectiva.php

"La tradición hermética", por Julius Evola, Editorial Martínez Roca.

"La doctrina del Despertar", por Julius Evola. Editorial Grijalbo. Ediciones Heracles.

"Obras de José Antonio Primo de Rivera", compiladas por Agustín del Rio Cisneros. Editorial Almena.

"José Antonio fascista", por José Luis Jerez Riesco. Ediciones Nueva República.

"Papeles póstumos de José Antonio", por Miguel Primo de Rivera y Urquijo. Editorial Plaza & Janés.

"Los hombres y las ruinas", por Julius Evola. Ediciones Alternativa. Ediciones Heracles.

"La raza del Espíritu" (Sintesi di dottrina della raza"), por Julius Evola, Ediciones Heracles.

"Más allá del fascismo" (Il fascismo. Saggio di una analisi critica dal punto di vista della destra". Con "Note sul Terzo Reich"), por Julius Evola. Ediciones Heracles.

"Meditaciones desde la cartuja", por Julius Evola. Artículo traducido por el Centro de Estudios Evolianos.

"Orientaciones para una educación racial", por Julius Evola. Ediciones 'S.O.S libros'.

"¿Qué es lo que quiere el falangismo", por Julis Evola. Artículo compilado en el "Cuaderno Evoliano I". Editado por la Asociación Cultural Tierra y Pueblo.

"El mito de la sangre", por Julius Evola. Ediciones Heracles.

"Escritos sobre la masonería", por Julius Evola. Ediciones Heracles.

"La guerra oculta", por Leon de Poncins y Emmanuel Malinksy. Ediciones Heracles.